

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

LOS ESTADOS UNIDOS, MEXICO Y LA GUERRA DEL 47
(LAS OPINIONES DE LA PRENSA PERIODICA DE
LA CIUDAD DE MEXICO. 1845-1848)

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
MAESTRO EN HISTORIA
P R E S E N T A

JESUS VELASCO MARQUEZ

MEXICO, D. F.

1 9 7 3



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A
Ana Romay de Márquez.
(.+ 1970)

I N D I C E G E N E R A L

Prólogo.....	3
Introducción.....	9
PRIMERA PARTE: LOS ESTADOS UNIDOS.....	37
CAPITULO I. El Paradigma.....	38
CAPITULO II. La Barbarie, el reverso de la moneda.....	66
CAPITULO III. La Amenaza del Expansionismo.....	84
SEGUNDA PARTE. MEXICO.....	111
CAPITULO IV. Del Pesimismo nace la conciencia.....	112
CAPITULO V. La Reforma del Sistema Político.....	169
CAPITULO VI. Los Programas de Reforma Social.....	213
TERCERA PARTE. LA GUERRA.....	281
CAPITULO VII. El Furor Bélico. 1845-1847.....	282
CAPITULO VIII. Las Justificaciones de la Guerra.....	334
CAPITULO IX. La Derrota despierta la conciencia.....	368
Conclusiones.....	387
Bibliografía.....	393
Apendice Documental.....	407

P R O L O G O

En el año de 1968 don Daniel Cosío Villegas publicó en el primer número de Anglia (1), un sugestivo artículo titulado "De la necesidad de estudiar a los Estados Unidos". El autor, después de mostrar el absurdo de muchas actitudes que mexicanos y otros pueblos adoptan frente a aquella nación, hacía notar la necesidad especial que tenía México de conocer a los Estados Unidos. En el artículo recomendaba algunos temas de historia común mexicano-norteamericana que consideraba básicos para comprensión de las relaciones entre ambas naciones. El primero de estos temas, no sólo por su prioridad cronológica, sino por ser fundamental en la historia de ambos países, era la guerra del 47.

Tres años más tarde al ingresar al Seminario de Historia Intelectual de los Estados Unidos dirigido por la doctora Josefina Vázquez de Knauth, decidimos los participantes en aquel año, recoger el reto de don Daniel y avocarnos al estudio de diferentes aspectos de guerra entre México y los Estados Unidos. Por mi parte, mis peculiares intereses me llevaron a elegir el estudio del efecto que la guerra había producido en los mexicanos contemporáneos al acontecimiento, principalmente políticos e intelectuales. La idea original era concentrar el trabajo en el estudio de las obras de algunos personajes representativos como Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Guillermo Prieto y otros, lo cual incluía obligadamente un estudio hemerográfico, ya que todos habían practicado el periodismo.

Pronto el material hemerográfico resultó ser abundante y rico.

Simultáneamente, al revisar algunas de las obras generales sobre el periodo de 1845 a 1848, nos percatamos de la enorme importancia que la prensa había tenido en los acontecimientos del momento. Justin H. Smith, por ejemplo, la hacía hasta cierto punto culpable de la declaración de guerra (2) y el tomo IV de México a través de los siglos. De acuerdo con la obra de Roa Bárcena y la de Alcaraz, insiste en el impacto que algunos periódicos tuvieron en los acontecimientos de aquellos años, precipitando muchas veces sucesos. La lectura de las obras de Merk y Fuller (4) en las que se hace un estudio de la opinión pública norteamericana durante la guerra con México, nos decidieron a hacer objeto principal de este trabajo la opinión de los periódicos de la Ciudad de México durante los años en que transcurrió la guerra con los Estados Unidos (5).

De los estudios alrededor de la guerra del 47, el del profesor de la Universidad de Nuevo México, Gene M. Brack (6) hizo de la prensa su campo de interés. Pero entre esa investigación y la presente hay varias diferencias. El profesor Brack concretó su estudio a los años anteriores a la guerra, su estudio no rebasa el año de 1845. Por otra parte, aunque él tomó en consideración algunos diarios de provincia omitió otros importantes que se publicaron en la Ciudad de México. Además Brack enfocó su investigación a las críticas que los diarios mexicanos hicieron en torno al racismo norteamericano. En este trabajo, a diferencia de aquél, se ha usado el material publicado en la Ciudad de México entre los años de 1845 a 1848, con especial interés en los editoriales. La finalidad no ha sido insistir sobre el problema de culpabilidad o responsabilidad de una u otra nación en

el rompimiento de las hostilidades, ni tampoco es un intento de describir todos los acontecimientos de la guerra. La intención del presente trabajo es mostrar, a través de las opiniones expresadas en los diarios de la Ciudad de México, el efecto que la perspectiva de la guerra, su desarrollo y desenlace tuvieron en la generación de mexicanos que la vivió. Había que mostrar por qué los periodistas capitalinos exigieron la guerra, cómo explicaron esta y la derrota final. Con estas finalidades y tomando en cuenta los datos que nos proporcionó el material, decidimos organizarlo en tres partes. La primera intenta presentar la imagen que tenían de los Estados Unidos los periodistas mexicanos; la segunda, la imagen que tenían de México y cómo el proceso general de la guerra promovió una campaña de transformación del país; y la tercera, la manera en que los periodistas manifestaron sus opiniones acerca de la guerra misma, cómo la pidieron y justificaron y cómo vieron y explicaron su derrota frente a los norteamericanos.

Durante esta investigación he recibido la ayuda de diversas personas para con las cuales quedo profundamente agradecido. La primera es la doctora Josefina Vázquez de Knauth a quien agradezco no sólo su dirección, la revisión del trabajo y las ideas y sugerencias que he recibido, sino también su comprensión, su ejemplo de honestidad académica y humana. Al doctor Edmundo O'Gorman y al desaparecido doctor Justino Fernández por sus valiosas enseñanzas. A los maestros Jorge A. Manrique, Eduardo Blanquel y Lothar Knauth, su amistad y siempre desinteresado consejo. A las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras, especialmente al director del siempre amenazado Centro de Estudios Anglo americanos, doctor Juan Ortega y Medina, por la beca

concedida en el ciclo 1972-73. A mis compañeros en dicho Centro, María de Jesús Cubas, Flor de María Hurtado y particularmente Patricia Bueno, por los múltiples favores de los que soy deudor. A Hugh y Celia Cleland por su amable acogida en la Universidad del Estado de New York en Stony Brook adonde terminé este trabajo. A mi madre, mi tío Luis Márquez, hermanos y demás familiares por su comprensión y ayuda. Y por último a mis amigos Aurelio de los Reyes, Roberto Cirou y Robert A. Cossidente, porque de una u otra manera siempre han estimulado mi trabajo.

Jesús Velasco Márquez
Verano de 1973.

N O T A S

1. Cosío Villegas, Daniel, "De la necesidad de estudiar a los Estados Unidos" en: Anghia. Anuario de Estudios Anglo-Americanos No. 1. México, 1968, p. 9-17.
2. Smith, Justin H. The War with Mexico. 2 volúmenes Gloucester, Mass., 1963.
3. Olavarría y Ferrari, Enrique. et.al. México a través de los siglos, tomo IV. México Independiente. 1821-1855. México, 1958, Roa Bárcena, José María, Recuerdos de la Invasión Norteamericana 1846-1848. México, 1947; Alcaraz Ramón et.al., Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos. México, 1970.
4. Merk, Frederick, Manifest Destiny and Mission in American History. A Reinterpretation. New York, 1966; Fuller John, The Movement for the Acquisition of All México. 1846-1848. Baltimore, 1936.
5. El trabajo que entonces presenté para el Seminario de Historia Intelectual de los Estados Unidos se publicó en Anghia. Anuario de Estudios Anglo Americanos No. 5 con el título "El Siglo XIX ante el conflicto con los Estados Unidos". México, 1972.
6. Brack, Gene M., "La opinión mexicana, el racismo norteamericano y la guerra de 1846". Anghia. Anuario de Estudios Angloamericanos No. 4. México, 1971. Durante mi estancia en la ciudad de New York descubrí en la Biblioteca Pública de la misma, la tesis doctoral de Homer Campbell Chany, The Mexican-United States war as seen by Mexican Intellectuals 1846-1956. Stanford, 1959, desgraciadamente no tuve tiempo de leerla pero no me queda duda que tiene estrecha relación con este trabajo.

I N T R O D U C C I O N

El 30 de mayo de 1848 los comisionados norteamericanos, Ambrose H. Servier y Nathan Clifford, se reunían con los representantes del gobierno mexicano en la ciudad de Querétaro para canjear las ratificaciones del tratado de Guadalupe Hidalgo. Había terminado el tercero de los cuatro conflictos internacionales que México tuvo durante el siglo XIX. Cualesquiera que hayan sido las causas de esta guerra,¹ parece indudable que era inevitable.

El expansionismo no fue la única fuerza que impulsó el desarrollo de los Estados Unidos, como pensaba Frederick J. Turner,² pero nadie puede negar su gran importancia. Desde el siglo XVII hasta los años de la emancipación de las trece colonias, cada una avanzó constantemente hacia el oeste. En aquellos años se sentaron las bases que determinarían este importante aspecto de la historia norteamericana. El hambre de tierras con que los colonos originales arribaron se combinó con la enorme disponibilidad de las mismas y los ideales religiosos que traían para empujarlos constantemente adelante. Por otra parte, las condiciones mismas a que se tuvieron que enfrentar para vencer a la naturaleza, al peligro que significaban las tribus indígenas y la repercusión que las rivalidades europeas tenían en la vida colonial, así como la constante llegada de nuevos inmigrantes, acabaron impulsando el deseo de ensanchamiento territorial. La compra, la conquista justificada en la necesidad de seguridad, o la toma de territorios como indemnización por gastos de guerra, fueron desde entonces los pretextos para adquirir nuevos

³ territorios. La independencia de los Estados Unidos, en cierta manera, también estuvo motivada por afanes expansionistas; La Ley de Quebec de 1774, fue una de las causas fundamentales que condujeron a la emancipación. La reorganización de los territorios del noroeste, por medio de las Ordenanzas de 1785 y 1787, fue un factor decisivo para la adopción de la Constitución,⁴ y una vez establecida la república federal, el deseo de aislamiento internacional y los ideales fisiócratas impulsaron a Thomas Jefferson a realizar la compra de la Luisiana, " a pesar de su temor de que el crecimiento del país pusiera en peligro la libertad garantizada por la Constitución".⁵ Nueve años más tarde los mismos ideales combinados, y nuevos y viejos factores económicos junto con la necesidad de afianzar la seguridad interior de la nueva nación, desarrollaron los impulsos expansionistas de la guerra de 1812, durante la cual se pidió la anexión de Canadá y las Floridas.⁶ Aunque nunca se consiguió la primera, las Floridas se compraron siete años después. A poco más de cincuenta años el país había duplicado su territorio.

Durante dos décadas, los Estados Unidos se vieron envueltos en un conflictivo proceso de transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales. El viejo fenómeno del seccionalismo complicó la diversificación económica y social y afectó el juego de la política norteamericana. Sin embargo, durante aquellas décadas, la confianza en la bondad de su sistema de gobierno favoreció la aparición de un fuerte nacionalismo en todos los grupos sociales. A pesar de las crisis padecidas, el país se fortaleció económicamente,⁷ y la creencia en la perfectibilidad humana, dió lugar a una serie de

movimientos utópicos y reformistas. Todo esto preparó el camino para la increíble fiebre expansionista de la década de 1840, que culminaría con la mayor adquisición territorial de toda la historia norteamericana, convirtiendo a los Estados Unidos en una potencia continental.

La anexión de Texas y la guerra con México permitirán a los Estados Unidos extender sus fronteras hasta el río Bravo y adquirir los territorios de Nuevo México y la Alta California, pero al mismo tiempo precipitó la guerra civil. El movimiento expansionista continuaría por largo tiempo, movido por nuevas circunstancias y apoyado en nuevas justificaciones. Estuvo tan enraizado en la historia misma del país e impulsado por tantas circunstancias que por muchos años iba a ser una fuerza por encima de los individuos, aunque éstos fueran sus agentes. El movimiento llevó a la nación a límites insospechados por sus mismos habitantes.

En contraste con el progresivo y constante fortalecimiento económico y político de los Estados Unidos, estaba la debilidad del país vecino. México había iniciado su vida independiente con el optimismo derivado de su riqueza y poderío durante el último siglo de virreinato. Su nacimiento no contó con condiciones favorables como las de su vecino norteamericano. No contaba con el dinamismo social que empujaba al vecino país y afrontaba mil problemas. Políticamente, sus dirigentes inspirados por las mejores intenciones y con serios conocimientos teóricos carecían de la experiencia práctica que requería la solución de los problemas internos. De 1821 a 1848 no hubo manera de consolidar un partido político, ni de crear un orden cons

titucional que respondiera a las condiciones del país. En consecuencia se impuso la fuerza carismática del caudillo que representaba viejos ideales, en lugar del pragmatismo que las condiciones pedían. Tampoco fue posible, pese a los serbs intentos realizados, afianzar las bases para el desarrollo económico del país. Por el contrario, la nación que nacía endeudada por una larga guerra, se empobrecía día a día, a pesar de que "su aristocracia" parecía vivir en condiciones cada vez mejores. El caos social que produjo la lucha independentista, lejos de ser frenado, se vió estimulado por la diversidad de intereses. No existía una meta común en los diversos sectores que componían la sociedad mexicana de aquellos años. Y para completar el dramático cuadro, México no sólo encontró mil problemas en sus relaciones internacionales, sino que sirvió de campo de competencia de intereses comerciales extranjeros. No es de extrañar que la situación durante la primera mitad del siglo XIX fuera realmente lastimosa.

En las condiciones extremas a que condujeran al joven país tantas fuerzas contrarias, se inició la guerra entre las dos naciones. Algunos mexicanos más o menos familiarizados con la política, trataron de evitarla, pero fue imposible. Los Estados Unidos ni pudieron, ni quisieron entender la posición y los argumentos mexicanos y tal vez podría decirse lo mismo del caso contrario, los mexicanos ni pudieron ni quisieron entender a los norteamericanos. El resultado de la guerra fue más allá de cualquier previsión mexicana. México no obtuvo ni una sola victoria y presenció la primera ocupación de su capital por un ejército extranjero. El peligro de que

todo el país fuera anexionado a los Estados Unidos pareció amenazar el horizonte del futuro de la nación. En estas condiciones y con estos temores se firmó el tratado de paz.

Desde el momento en que la guerra empezó a cobrar perfiles definidos en el panorama de las relaciones entre los dos países, la crisis política mexicana alcanzaba su máxima intensidad. El sistema monárquico volvía a plantearse como solución a los problemas internos, ahora sin disimulos y sin extrañezas. La Federación presentaba nuevamente una alternativa al fracaso del centralismo y el cambio de gobierno se dió con una rapidez desconocida en el país. Los problemas económicos y sociales llegaban a su punto más crítico. El país parecía desmoronarse.

Para fines de 1848, el panorama de la vida política mexicana empezó a tomar nuevas rutas. Entre ese año y el siguiente, se constituyó el Partido Conservador con un programa bien definido. Al mismo tiempo, en algunos estados como Michoacán, se empezaron a dar pasos firmes en la reforma socio-económica, detenida momentáneamente por la vuelta del imprescindible Santa Anna. Con el triunfo del Plan de Ayutla en 1855, un Partido Liberal más o menos constituido empezó a trabajar. Tres años más tarde se inauguraba una verdadera guerra civil producida por dos bandos con programas e ideologías definidas. En la guerra de Tres Años aparecía un nuevo tipo de ejército, formado por civiles y un nuevo tipo de caudillo, que sin carisma, pero con mano firme ganaría el respeto de muchos militares y acabaría triunfando. Se impuso un programa de reformas económico-sociales, diferente al de la década de 1830, y aunque en la década de 1860 el país

presenciaría el último y trágico intento conservador, y México sufriría la cuarta intervención extranjera del siglo XIX, aparecía un nuevo tipo de gobierno, fogueado en la lucha, con la firmeza y el sentido práctico que esperaban desde hacia mucho los mexicanos. El nuevo ejército, tal vez originado en las Guardias Nacionales del 1846, obtuvo un triunfo sorprendente sobre las fuerzas invasoras en la batalla del 5 de mayo de 1862. Durante la resistencia se usaron diferentes tácticas militares, se evitó la batalla formal y actuaron las guerrillas por todo el territorio mexicano. El interés público, y el espíritu de nacionalidad dieron muestras de estar más maduros. En resumen, al finalizar la lucha en 1867, México empezaba a ser una nación, había decidido la larga polémica por una forma de gobierno y parecía capaz de mantenerse a sí misma.

Si comparamos los periodos de 1821 a 1848 y de 1848 a 1867 encontraremos diferencias radicales y nos obliga a preguntarnos ¿Hasta que punto influiría en este cambio la guerra del 47? La historiografía sobre el acontecimiento casi no ha considerado la significación que el conflicto tuvo para México. El número de obras mexi-⁹ canas sobre el tema es infimo y la mayor parte de ellas están dedicadas a describir los hechos de armas, a fijar la responsabilidad de la guerra, a establecer sus causas remotas o próximas y a culpar o defender a sus participantes. A diferencia de los historia-¹⁰ dores norteamericanos que han tratado de relacionar el acontecimiento con el todo de la historia de los Estados Unidos, los mexicanos generalmente lo han aislado no sólo de hechos posteriores, sino de

los conflictos internos simultáneos a la guerra. Así la caída de Herrera y de Paredes apenas se relaciona con los problemas sobre el reconocimiento de la independencia o la anexión de Texas y la declaración de guerra a los Estados Unidos. La campaña monarquista de El Tiempo y de El Universal parecen estar aparte del contexto de la amenaza que significaba el expansionismo norteamericano. El restablecimiento de la Constitución de 1824 y las reformas de 1847, se juzgan como fenómenos a los que sólo de paso afectaron los problemas internacionales de aquellos días.

La historiografía mexicana de acontecimientos posteriores tampoco han sugerido preguntas que parecen naturales, a pesar de que la bibliografía sobre la Reforma el Segundo Imperio contrastan significativamente con la de la guerra del 47.¹¹ ¿Cómo afectó la guerra del 47 a la nueva generación de políticos mexicanos que actuaría en los importantes acontecimientos de las décadas de 1850 a 1860? ¿No tendría la guerra alguna relación con la aparición de los partidos políticos? ¿Afectó la experiencia militar de ésta, la formación de un nuevo ejército y el uso de tácticas contra los franceses? ¿Impulsarían la actitud de las clases sociales durante la ocupación norteamericana los afanes reformistas? ¿El fracaso del caudillo carismático en la guerra, despertaría el deseo de otro tipo de gobernante?

Estas han sido algunas de las preguntas que nos hemos planteado al realizar la presente investigación, surgidas por otra parte de los mismos datos. Uno de estos nos deja ver que los partidos políticos cobraron forma con la desocupación de la Ciudad de México por las fuerzas norteamericanas. Otro, el que de pronto surgiera un programa

de reforma diferente al planteado en años anteriores. Además, creemos que los caudillos de la segunda mitad del siglo XIX, de alguna manera recibieron el impacto de la invasión de los Estados Unidos. Por ejemplo, en 1847, Benito Juárez tenía cuarenta años y ocupaba provisionalmente la gubernatura de Oaxaca y había sido diputado de el Congreso que reformó la Constitución de 1824 y sancionó la ley del 11 de enero¹². Melchor Ocampo tenía treinta y seis años y era gobernador de uno de los estados que más contribuyó a la defensa nacional y que iniciaría el nuevo tipo de reformas¹³. Miguel Lerdo de Tejada con cuarenta y cinco años fue miembro del desprestigiado Ayuntamiento de la Ciudad de México durante la ocupación norteamericana¹⁴. Miguel Miramón tenía quince y fue condecorado como defensor de Chapultepec.¹⁵ Felix Zuloaga tenía treinta y siete y estuvo presente en la defensa de Monterrey.¹⁶ Juan N. Almonte tenía cuarenta y siete, fue ministro mexicano en Washington en 1845 y secretario de guerra y marina y de hacienda en 1846. Y podría continuarse indefinidamente la lista.

podríamos ir más lejos, si nos preguntáramos por el origen del pragmatismo que caracterizó a la política del gobierno del general Porfirio Díaz y del creciente anti-norteamericanismo que todavía se vive, tendríamos que recurrir a los años de 1845-1848 para encontrar las respuestas.

Es decir consideramos que la significación de la guerra mexicano-norteamericana de 1846-1848 es fundamental para la historia de México. Las consecuencias del conflicto fueron algo más de lo que los libros de texto nos han enseñado, o sea significó algo más que

"la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio original".

Periódicos y Periodistas, 1845-1848.

Se ha dicho que las obras escritas en México sobre la guerra del 47 y las referentes a periodos posteriores, poco o nada relacionan a estos con aquella. Sólo la consulta de las obras de los intelectuales y políticos mexicanos contemporáneos a la invasión, nos revelan el impacto y las consecuencias que produjo en su generación. Entre estos escritos, los artículos periodísticos ocupan un lugar preponderante, porque registran la reacción inmediata al hecho. Además los detalles que se pierden con la perspectiva del tiempo, están ahí presentes y proporcionan una información difícil de encontrar en otras fuentes. Por otra parte, los artículos de los diarios mexicanos de 1845 a 1848 permiten seguir el proceso de una serie de opiniones que tienen relación con algunas sostenidas todavía hoy en día. Las opiniones periodísticas revelan actitudes vitales producto de un círculo estrecho de individuos, pero con enorme importancia porque a través de la prensa llegaron a amplios sectores de la población, influyendo para formar lo que hoy llamamos "opinión pública". Es verdad que el círculo de lectores de los diarios mexicanos no debió ser muy amplio. Sin embargo, no hay duda que la opinión expresada en los periódicos de aquellos días tuvo gran impacto en los sectores medio y alto de la sociedad capitalina.¹⁸ Por otra parte, es cierto que los diarios mexicanos de la primera mitad del siglo XIX eran espejo de los intereses criollos, en cuyas manos estaban y a cuyos lectores iban dirigidos sus mensajes, pero por otro lado, nadie

puede negar que esos ideales criollos conformaron un ángulo muy importante de la actual imagen de México.

La estructura general de los periódicos de la época la describe así El Republicano:

Un periódico político en México se compone de algunas noticias de lo que pasa en las naciones extranjeras, de una recopilación de las más importantes providencias del gobierno, de un extracto de las cartas y periódicos pertenecientes a los Estados, de alguna composición literaria nacional o extranjera, de varios remitidos sobre diversas materias, de numerosos avisos y de la parte editorial, que forma la vida de semejantes publicaciones. Al compararlas unas con otras, notamos fácilmente que se copian con sobrada frecuencia, que las noticias del extranjero son interesantes muchas veces, pero siempre aisladas y reducidas, y que las del interior tienen los mismos defectos; que la parte oficial es necesariamente la misma en todos los periódicos; que los remitidos carecen, en su mayor parte de interés; que las piezas literarias son muy medianas; que los avisos abundan...; que las ciencias y las artes no contribuyen al material de tales impresos y que los artículos editoriales no descienden de los principios teóricos, sino para contrariar o defender, conforme a los que profesan, las pretensiones de los partidarios y los actos del gobierno. Según eso podemos afirmar que todos los periódicos no son más que la reproducción de uno mismo.

Durante el año de 1845 se publicaron varios diarios de los cuales los más importantes fueron: El Siglo XIX, El Monitor Constitucional y La Voz del Pueblo.²⁰ El Siglo XIX inició sus actividades el 8 de agosto de 1841, con motivo del triunfo del Plan de Tacubaya. Fundado y dirigido por Ignacio Cumplido estuvo, "especialmente protegido por los señores Rodríguez Puebla y don Manuel Gómez Pedraza".²¹ Entre los redactores fundadores estuvieron Juan Bautista Morales (El Gallo Pitagórico), Victoriano Roa y José María Castera. Para 1845 este diario se convirtió en el defensor más notorio de la administración de José Joaquín Herrera,²² actitud explicable ya que los personajes más notables y visibles de la revolución de 6 de diciembre de 1844 eran los mismos, formaban la plana mayor de la redacción de este diario.²³ Esta se había aumentado con los nombres de Mariano Otero, Luis de la Rosa, Luis G. Cuevas, José María Tornel, Manuel Payno, José María Iglesias, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto; y el mismo Lucas Alamán llegó a colaborar con este diario.²⁴ Dos de estos colaboradores, Luis de la Rosa y Luis G. Cuevas, formaban parte del gabinete de Herrera, el primero como Ministro de Hacienda y el segundo como Ministro de Relaciones. Durante la primera mitad de aquel año, este diario representó al llamado grupo "moderado" y hasta agosto de 1845 defendió todas las iniciativas del gobierno, como eran ya vacilantes, no es extraño que al grupo de redactores de El Siglo XIX recibieran el peyorativo título de "los tornasoles".²⁵ Sin embargo, hacia agosto de 1845 el general Herrera se vió presionado a cambiar su gabinete y salieron los ministros que colaboraban en el diario; este cambio en el gobierno se tradujo en un cambio de

posición del periódico con respecto a aquel, ^{pero} no hubo un ataque franco y directo.

Hasta el momento del cambio ministerial, la opinión de El Siglo XIX sostuvo las Bases Orgánicas y el centralismo, en contra de la campaña federal desarrollada por otros diarios. Después de agosto su posición varió poco a poco y a fines de 1845 empezó a defender en sus editoriales el restablecimiento de la federación; los editoriales fueron redactos por Juan N. Navarro, "demócrata exaltado que combatió uno a uno los principios políticos y económicos que en tiempos anteriores formaron el programa de El Siglo XIX".²⁶ Es conveniente subrayar sobre la importancia de El Siglo XIX, que tal vez fue el diario de más difusión en la capital y en el interior de la república y el extranjero.²⁷ Las listas de sus agencias de suscripción, incluidas en los últimos números de cada mes, revelan que se recibía en por lo menos siete ciudades extranjeras y más de cien del interior.

Con una política similar a la de El Siglo XIX, estuvo El Boletín de Noticias, en el que colaboraron Manuel Payno, Guillermo Prieto y José Sebastián Segura. Pero su vida fue muy corta, alcanzando sólo 68 números, del 19 de diciembre de 1844 al 11 de abril de 1845²⁸. Y lo mismo es válido para otro diario titulado La Unión.²⁹

Los periódicos de oposición, en 1845, fueron principalmente El Amigo del Pueblo y La Voz del Pueblo, en especial éste último.³⁰ La Voz del Pueblo inició sus actividades el 25 de enero de 1845 y contó entre sus colaboradores a Agustín Franco, un disidente de El Siglo XIX.³¹ Los dos atacaron sangrientamente al gobierno de

Herrera con cualquier pretexto y con especial cuidado al ministro de Relaciones, Luis G. Cuevas. El calificativo general del gobierno decembrista era "refractario", y se le inventaban acusaciones o se publicaban como ciertos fútiles rumores.³⁴ El ataque fue franco y decidido antes de agosto de 1845,³⁵ y se hizo aún mas despiadado después de esta fecha. Su bandera ideológica era el federalismo y el restablecimiento inmediato de la Constitución de 1824³⁶; pedía además la vuelta de Santa Anna, como ingrediente necesario para resolver los problemas internos y los externos del país.

Muy cercano al programa de estos diarios, estuvieron otros menos importantes como El Defensor de las Leyes (en el cual también colaboró Anastasio Zerecero y Manuel Baranda)³⁷ y El Estándar (editorial (dirigido por Vicente García Torres, al mismo tiempo editor del Monitor Constitucional). Finalmente, otros diarios como El Católico, El Monitor Constitucional Republicano, El Patriota Mexicano y El Mexicano completaban el panorama periodístico de 1845.

Hacia la segunda mitad de 1845 casi todos los diarios de la Ciudad de México se encontraban en oposición al gobierno de Herrera, con excepción del Diario del Gobierno. La polémica periodística llegó a ser exaltada, sobre todo en torno a la llegada de Slidell a México, que José Bernardo Couto, entonces Ministro de Justicia, ordenó al Diario del Gobierno suprimir su sección editorial con el fin de eliminar la discusión pública sobre asuntos de gobierno.³⁸ Pero no resultó y la polémica continuó. La Voz del Pueblo en forma directa y El Siglo XIX empezaron a preparar el terreno para la caída del gobierno, al que presentaban como traidor/ineficiente. Pero el golpe

de San Luis y el triunfo de Paredes, significó un cambio de gran fuerza conservadora que ninguno de ambos periódicos deseaba, y por tanto los dos decidieron cerrar sus prensas con los números del último día del año de 1845.

El acontecimiento periodístico más importante de 1846 fue la aparición de El Tiempo. Este diario vino a ser para el gobierno de Mariano Paredes, lo que El Siglo XIX había sido al principio, para el de Herrera, o sea, era el portavoz de su política sin ser oficial. El Diario del Gobierno, dicho sea de paso, fue encargado paradójicamente al ex-editor de La Voz del Pueblo.⁴⁰ Pese a la corta vida de El Tiempo (poco menos de seis meses) su significación fue enorme no sólo en ese momento sino para el futuro del país. Con un programa perfectamente definido desde su número inicial de 24 de enero, empezó a preparar el ánimo para su campaña monarquista descubierta abiertamente en el número del 12 de febrero, titulado "Nuestra Profesión de Fe". Según Guillermo Prieto, sus colaboradores fueron: Lucas Alamán, Bonilla, Hilario Elguero y Francisco Sánchez de Tagle, "más visiblemente, pero en que daban sus pinceladas", don José Dolores Ulabarrí, Ignacio Aguilar y Marocho y Manuel de San Juan Crisostomo Nájera. Además, se suponía que era amigo y protector de la redacción el ministro de España, Salvador Bermúdez de Castro.⁴¹ Se acusó al ministro de Relaciones Joaquín Castillo y Lanzas, de colaborar directamente en el diario para coordinar el que sus artículos salieran a tiempo justo que el gobierno daba los pasos necesarios para establecer la monarquía en México.⁴²

La respuesta liberal no se hizo esperar y se inició una de

las polémicas periodísticas más álgidas habidas en México. Por su parte, a pesar de ser partidario de las ideas conservadoras el gobierno de Mariano Paredes dejó a la prensa ventilar libremente el asunto sobre la forma de gobierno,⁴³ hasta que el escándalo llegó a tales extremos que la inquietud de la Ciudad y del interior le obligaron a decretar, el 14 de marzo, la supresión en todos los periódicos de la discusión sobre el tipo de gobierno que le convenía a México.⁴⁴ No obstante, la polémica continuó y tanto los periodistas republicanos como los monarquistas tuvieron más de una vez, que presentarse en los juzgados.⁴⁵ Los diarios liberales que participaron en la contienda fueron principalmente, El Republicano, El Monitor Republicano y Don Simplicio. De menor importancia, fueron El Espectador, la Reforma y La Hesperia; este último pese a que se venía publicando desde el año anterior, suspendió sus tareas el 8 de abril de 1846.⁴⁶

El Republicano fue la continuación del Memorial Histórico, que a su vez lo fue de El Siglo XIX.⁴⁷ El segundo de estos inició su publicación el 1 de enero de 1846 y la continuó hasta el 28 de febrero. Justamente cuando El Tiempo descubrió su programa, los redactores decidieron cambiar el nombre de la publicación para enfatizar su tendencia política y a partir del 1 de marzo empezó aparecer con el nombre de El Republicano. Sus colaboradores fueron casi los mismos del Siglo XIX, a excepción de unos cuantos que habían polarizado sus tendencias ideológicas. En términos generales éste diario mantuvo su posición moderada,⁴⁸ y aunque pugnaba por la federación y se oponía al gobierno de Paredes, lo hacía con bastante discreción.

El Monitor Republicano era hijo de otro diario publicado anteriormente, El Monitor Constitucional. El cambio tenía las mismas causas que el anterior. Apareció como tal, a partir de su número de 14 de febrero de 1846⁴⁹. El Monitor Constitucional había iniciado sus actividades el 21 de diciembre de 1844 al ser fundado por Vicente García Torres, quien junto con Ignacio Cumplido, fue uno de los más activos promotores del periodismo mexicano del siglo XIX. Este periódico, desde el año de 1845, fue más radical que El Siglo XIX y sus sucesores. No obstante, nunca llegó a los extremos de La Voz del Pueblo. Además, como éste no suspendió sus actividades a la caída de Herrera, fue el receptáculo de todos los ex-colaboradores de El Siglo XIX, que querían oponerse con las plumas a la subida de Mariano Paredes a la presidencia. Así la lista de colaboradores incluyó los nombres de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José María Vigil, Ramón Alcaraz, Juan Navarro, José María Castillo Velasco y José María Revilla. En el momento del cambio de nombre que significaba confesión de sus principios ideológicos, desarrolló una actividad increíble para oponerse al gobierno de Paredes. Guillermo Prieto, en sus Memorias nos dice que,

...aquella redacción ardía y se comunicaba con otras redacciones y con focos revolucionarios en continua agitación, porque es de advertir, que en el fondo, la política podía describirse con el quitate tú para ponerme yo, como se había repetido desde el famoso motín de la

51

Acordada.

Don Simplicio

Finalmente fue el último de los diarios liberales que dieron

fuerte batalla a El Tiempo. Este diario fue el producto de la iniciativa de Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, quienes desde fines de 1845 habían "pensado y madurado el establecimiento de un periodo satírico"⁵². A la empresa se le unió Manuel Payno, quien tenía una imprenta en unión de Juan de la Granja. Después de seducir a Payno -dice Prieto-, dejándole todo lo que fuese ventaja y lucro, se invitó a Vicente Segura, que aceptó de inmediato. Así, "el día menos pensado, derramando chistes y alborotando conciencias, burlando masones y alarmando bribones, salió a luz Don Simplicio, esgrimiendo su látigo en busca de peligrosas aventuras"⁵³. Sus colaboradores fueron Ignacio Ramírez, quien adoptó el pseudónimo de "El Nigromante", Vicente Segura, con el de "Cantárida" y Guillermo Prieto, con los de "Zancadilla" y "Don Simplicio". En total publicó setenta y seis números (más uno que apareció sin fecha ni serie), no desde el 1 de enero de 1846 hasta el 24 de abril de 1847. Ciertamente, no hubo otro diario de ésta época que tuviera la vida agitada de Don Simplicio. Fue suspendido cuatro veces debido al escarnio que hacía de todos los políticos y personajes notables del momento. Mariano Paredes que no intentó en un principio atacar la libertad de prensa, ordenó en una ocasión el cierre de la prensa de Don Simplicio y el encarcelamiento de su responsable, debido a la publicación de una copla que decía así:

Con bonete anda el soldado
Y el clérigo con morrión
La Cruz y la espada unidas

¡Que viva la Bella Unión! ++

Las revoluciones de Yañez en Jalisco, y Alvarez en el sur, sumadas a la oposición contra Paredes en la Ciudad de México, la falta de eco de la campaña monárquista en Europa, y el avance norteamericano, decidieron al gobierno mantener las Bases Orgánicas. Con ello El Tiempo cerro sus prensas, en espera de mejores tiempos para continuar su campaña. La prensa liberal quedó dueña y señora de la Ciudad de México.

Los tres diarios mencionados continuaron sus tareas en favor del sistema republicano federal, intensificados con el triunfo del movimiento del general Salas con la exigencia del restablecimiento de la Constitución de 1824. La llegada de Antonio López de Santa Anna y la repetición de binomio de 1833 y las medidas tomadas por el ministro de Relaciones Manuel Crescencio Rejón, primero, y después por Valentín Gómez Farías, dieron lugar a la lucha entre los diarios liberales durante los últimos meses de 1846 y los primeros de 1847. Por este tiempo, la redacción del Diario del Gobierno fue encargada a Anastasio Zerocere, quien desde sus columnas empezó a lanzar diatribas contra el clero y las altas clases del país, por no contribuir a la defensa de México.

55

El Republicano, cuyo principal colaborador era en este momento Mariano Otero, se opuso al gobierno de Gómez Farías y empezó a atacarlo en base a las declaraciones del Diario del Gobierno, hasta que logró la caída del ministro de Relaciones.

56

++ La Bella Unión era un conocido hotel en aquellos años centro de juego y prostitución de las clases altas de la Ciudad de México.

de Gómez Farias lo único que conseguiría era "hacer aborrecibles la República y el sistema federal", hacia El Republicano y al Monitor Republicano pedir la separación de este personaje del gobierno. ⁵⁷

Para entonces, Santa Anna había sido más o menos aceptado por los dos diarios. Don Simplicio no siguió el mismo tipo de conducta. Sus redactores, a partir del triunfo del Plan de la Ciudadela se habían opuesto sistemáticamente a que se llamara a Santa Anna y a su arribo a la capital, los miembros de la redacción de Don Simplicio parecieron estar a la caza de oportunidades para atacar al nuevo presidente de la república. Y como los mismos periodistas profesaban un especial desprecio al ejército y al clero, ante la falta de dinero y la inmovilidad del ejército en San Luis, no escatimaron críticas a todo el mundo. ⁵⁸

La crisis más aguda no se presentó sino hasta febrero de 1847, cuando los tres diarios abrieron campaña conjunta contra Gómez Farias, ⁵⁹ aunque apoyados en diferentes argumentos. En este momento, periódicos como El Católico (editado por Rafael Rafael y cuyo colaborador ERA EL JESUITA Basilio Manuel Arrillaga) ⁶⁰, que no había participado sino veladamente en asuntos políticos, empezaron a intervenir en la polémica pública en torno a las leyes de 11 de enero y 4 de febrero de 1847. La prensa liberal y los residuos de la conservadora se encontraron unidos en una causa común, de repente.

Las noticias de la toma de Veracruz y del avance de las fuerzas de Scott acallaron por un momento las discusiones periodísticas, además la llegada de Santa Anna a la Ciudad de México con el supuesto triunfo en la Angostura y la destitución de Gómez Farias, sus de-

cretos, también contribuyeron a esto. Pero sólo un mes duró la armonía entre periódicos y gobierno y entre ellos mismos. A la noticia de la derrota de Cerro Gordo, Don Simplicio decidió cerrar sus prensas el 24 de abril; El Católico hizo otro tanto el 1 de mayo. De hecho sólo El Republicano, El Monitor Republicano y El Diario del Gobierno continuaron con sus tareas. Los dos primeros lanzaron ataques contra Santa Anna, censurando con encarnizamiento su ineptitud militar y acusándolo de traidor. Se publicaron comentarios de oficiales en los que se acusaba al general en jefe de haber preparado deliberadamente la derrota de los mexicanos en Cerro Gordo.⁶¹ Los ataques se recrudecieron cuando llegó la noticia de que Puebla caía sin resistencia alguna. Mientras tanto, el Diario del Gobierno trataba de defender a Santa Anna, y los debates periodísticos volvieron a estar a la orden del día, situación que se calmó sólo cuando se dio la noticia de que se había decidido llevar a cabo la defensa de la Ciudad de México.

La calma duró bastante poco. El ministro de Relaciones Manuel Baranda al saber de la llegada de Nicholas Trist, empezó a publicar el periódico El Razonador⁶², el 15 de mayo. El programa de éste era mostrar la necesidad de firmar de inmediato la paz con los Estados Unidos, oponiéndose a que se realizara la defensa de la Ciudad de México. De inmediato El Republicano, El Monitor Republicano y el Diario del Gobierno,⁶³ unidos, se opusieron y volvió la polémica. Era tan intensa que el gobierno consideró que entorpecía los preparativos de defensa y ordenó el 11 de julio de 1847, la supresión de todos los periódicos de la Ciudad de México, a excepción del Diario

del Gobierno.

Con la toma de las principales plazas mexicanas por las fuerzas de los Estados Unidos, se empezó a desarrollar la prensa norteamericana en México. Uno de los primeros diarios de este tipo fue The American Eagle, cuya publicación se inició al día siguiente de la ocupación del puerto de Veracruz.⁶⁵ En la misma ciudad se inició la publicación de otro diario, The American Star, del cual sólo saldría un número en aquella, otro en Jalapa y otro más en Puebla. Después de la ocupación de la Ciudad de México su redactor, John Peoples, volvió a publicarlo sin interrupción hasta la desocupación de la Ciudad en mayo de 1848.⁶⁶ La política de John Peoples y de R. Bernard, otro de sus redactores, fue preparar el ánimo para la celebración de un tratado de paz y presentar al entonces llamado partido de los "puros", como el de los verdaderos patriotas mexicanos. En general éste diario criticó, desde un punto de vista muy norteamericano de aquella época, algunas de las costumbres de la sociedad, principalmente del pueblo bajo y el ejército, en especial a Santa Anna. Sus comentarios tendrían fuerte influencia en los diarios liberales publicados después de la salida del ejército norteamericano.

Otro diario norteamericano publicado en la ciudad de México fue The Northamerican, aparecido con posterioridad al anterior. Estaba redactado por dos oficiales del ejército de voluntarios norteamericanos, Tobey y Reid.⁶⁷ Quería convencer a los mexicanos de la ventaja que obtendrían con la anexión a los Estados Unidos y para ello publicaron artículos escritos por los propios editores o transcribieron otros similares publicados en los Estados Unidos. Esta

publicación era bilingüe, lo cual hace pensar que algunos mexicanos del partido liberal puro, colaboraban en este diario.

El Monitor Republicano reinició sus actividades poco después de la caída de la Ciudad de México, el 27 de septiembre de 1847, con el mismo equipo de redactores que había tenido antes. Asimismo apareció el Eco del Comercio, editado por Manuel Payno y Anselmo de la Portilla. Los dos mantuvieron sus tendencias liberales, pero durante los últimos meses de 1847 y los primeros de 1848 se olvidaron de la lucha ideológica, dedicados sólo a refutar las publicaciones norteamericanas y a realizar una campaña a favor de la firma de un tratado de paz. Otros diarios de menor importancia fueron El Congreso,⁶⁸ dirigido por Francisco Ortega, y La Patria, de tendencias monarquistas.⁶⁹

Después de la desocupación de la Ciudad de México, la actividad periodística la continuaron los diarios mexicanos arriba mencionados. Además aparecieron otros de importancia y duración muy diversa. Entre los efímeros estuvieron: La Palanca, que pedía el retorno de Santa Anna y el desconocimiento de la elección presidencial de José Joaquín Herrera, hecha en Querétaro;⁷⁰ El Estorín, el cual se inició en Querétaro y continuó por algún tiempo en la Ciudad de México, y paladín de los intereses del ejército;⁷¹ El Español, de francas tendencias conservadoras;⁷² El Constitucional, cuyo título evidenciaba su finalidad de defender la Constitución de 1824;⁷³ y finalmente, El Espíritu de la Nueva Sociedad, periódico de la Junta de Artesanos en el cual colaboraron, Prieto, Ramírez, Iglesias y Lafragua.

Los periódicos cuya vida se mantuvo mas o menos regular y que además tuvieron una significativa calidad durante el resto del año de 1848, se dividieron en dos grupos, muy bien definidos: los liberales y los conservadores. Los liberales pugnaban por mantener el orden constitucional establecido en 1847, pero con la aplicación inmediata de un amplio programa de reformas sociales y económicas, mayor firmeza y efectividad del gobierno; muchas veces hicieron objeto de sus críticas al moderado gobierno de Herrera. Entre estos estuvo El Eco del Comercio, desaparecido en octubre de 1848, El Monitor Republicano y El Siglo XIX, que reapareció con el mismo nombre a partir del 1 de junio de ese año.

Por parte de los diarios conservadores los más destacados fueron: El Observador Católico, editado por Rafael Rafael y cuyo principal colaborador fue el mismo que había tenido El Católico⁷⁴ y La Voz de la Religión cuyos colaboradores fueron dos antiguos liberales, Juan B. Morales y Anselmo de la Portilla⁷⁵. Estos diarios aunque conservadores, se mantuvieron durante todo el año de 1848 dentro de cierta tónica moderada; no así El Universal, que desde su primer número de 1 de noviembre de 1848, empezaría una campaña radicalmente conservadora. Este diario, que fue el alma del Partido Conservador y continuaría sus actividades hasta el año de 1855. Fue el sucesor directo de El Tiempo, no sólo por sus ideas sino por sus colaboradores⁷⁶ también.

NOTAS

1. Vid. Knauth, Josefina V. de, Mexicanos y Norteamericanos ante la Guerra del 47. México, 1972 y Ruiz, Ramón Eduardo, The Mexican War. Was it Manifest Destiny?, New York, 1966.
2. Turner, Frederick Jackson, The Frontier in American History, New York, 1920.
3. Sobre expansionismo norteamericano durante la época colonial son recomendables los siguientes títulos: Turner, op.cit., Bannon, John Francis, The Spanish Borderlands Frontier. 1513-1821. New York, 1970; Crane, Verner, The Southern Frontier 1670-1732. Michigan 1964; Leach, Douglas Edward, The Northern Colonial Frontier. New York, 1966, y Vaughan, Alder T., New England Frontier. Puritans and Indians. Boston, 1965.
4. Sobre la fuerza del expansionismo durante la Revolución y la formación de Constitución vease: Sosin, Jack M., The Revolutionary Frontier. New York, 1967 y Turner, op. cit.
5. Knauth, Mexicanos, p. 13
6. Sobre las tendencias expansionistas de la guerra de 1812 vease: Pratt, Julius W., Expansionists of 1812, Gloucester Mass., 1957.
7. Sobre el desarrollo norteamericano durante la era de Jackson, vease: Schlesinger, Arthur.M., The Age of Jackson, Boston, 1945.
8. Knauth, Josefina V. de, "Historia de México. 1821-1848", Manuscrito para la Síntesis de Historia de México de El Colegio de México.
9. Cfr. Cosío Villegas, Daniel. "De la necesidad de ..." p.12.

- Knauth, Mexicanos... y Connor Seymour V., "Changing Interpretations of the Mexican War. 1846-1970" en: The Mexican War. Changing Interpretations. Chicago, 1973, p. 204
10. Cfr. Knauth, Mexicanos...op.cit. y Ruiz, The Mexican...op.cit.
 11. Guzman y Raz Guzman, Jesús. Bibliografía de la Reforma y la Intervención y el Imperio. 2 v. México, 1930-1931. Quirarte, Martín Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano. México, 1970.
 12. Sierra, Justo, Juárez. Su obra y su tiempo. México, 1956, p.69-75
 13. Ocampo, Melchor, Obras Completas. 3v. México, 1900
 14. Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, Antón Lizardo, El Tratado Mac Lane-Ocampo. El Brindis del Desierto. México, 1962, p.276
 15. Sánchez Navarro, Carlos, Miramón el caudillo conservador. México 1945.
 16. Schefer, Christian. Los orígenes de la Intervención Francesa. (1858-1862). México, 1963.
 17. Jiménez Moreno, Wigberto, Historia de México, México, 1967.
 18. Para poder determinar realmente el impacto de los periódicos sería necesario contar con materiales que difícilmente existen en México, tales como número de ejemplares que cada diario tiraba, ventas de los mismo, estadísticas de analfabetismo, etc.
 19. "Los Periódicos Políticos", El Republicano, 7 de septiembre de 1846, p.3
 20. Olavarria y Ferrari, Enrique, et.al. México a través de los Siglos, t. IV, p. 542.
 21. Prieto, Guillermo, Memorias de mis tiempos, p.312-313
 22. Olavarria, op.cit., p. 530

23. Prieto, op. cit., p. 336
24. Ibid, p. 337
25. Olavarría, op. cit., p. 552
26. Ibid
27. Prieto, op. cit., p. 336-337
28. Estos datos están tomados de las anotaciones manuscritas que existen en el número 11 del 1 de enero de 1845 de la colección de la Hemeroteca Nacional.
29. Olavarría, op. cit., p. 542
30. Ibid
31. Prieto, op. cit., 312-313
32. Estos datos están tomados de las anotaciones manuscritas que aparecen en el número 1 de la colección de la Hemeroteca Nacional.
33. Olavarría, op. cit., p.555
34. Ibid, p. 542 y 552
35. Ibid, p. 544
36. Ibid, p. 552
37. Estos datos están tomados de las anotaciones manuscritas que aparecen en el prospecto del diario, incluido en la colección que posee la Hemeroteca Nacional.
38. Olavarría, op. cit., p.552
39. Ibid
40. Ibid, p.566
41. Prieto, op. cit., p. 378
42. Olavarría, op. cit., p. 558
43. Ibid, p. 556
44. Ibid

45. El Republicano, 16 de abril de 1846, p.4
46. Ibid, 8 de abril de 1846, p.4
47. Olavarría, op. cit., p. 556, cfr. El Siglo XIX, 4 de junio de 1848, p.4
48. Olavarría, op. cit., p. 604
49. Ibid, p. 556
50. Prieto, op. cit., p. 378-379
51. Ibid
52. Ibid, p. 380-381
53. Ibid
54. Ibid, p. 381
55. Olavarría, op. cit., p. 592
56. Ibid, p. 574
57. Ibid, p. 592
58. Ibid, p. 596-597
59. Ibid, p. 604
60. Bravo Ugarte, José, Periodistas y Periódicos Mexicanos, p.63
61. Olavarría, op. cit., p. 655
62. Ibid, p. 660
63. Ibid, p. 656
64. Mario del Gobierno, 11 de julio de 1847, p.1
65. Olavarría, op. cit., p. 651
66. Diccionario Porrúa de historia, geografía y biografía de México, V.II, p.1616.
67. Roa Bárcena, José María, Recuerdos de la Invasión norteamericana (1846-1848), V. III, p. 204, Alcaraz, Ramón, et.al. Apuntes para

la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos del Norte, p.369, Olavarría, op. cit., p. 704

68. Alcaraz, op. cit., p. 370
69. Roa Bárcena, op. cit. p. 204=205
70. Olavarría, op. cit., p. 717
71. Ibid, p.716
72. "Un nuevo Periódico", El Siglo XIX, 9 de septiembre de 1848,p.4
73. "El Constitucional", Ibid, 13 de septiembre de 1848, p.4
74. Bravo Ugarte, op. cit., p. 55
75. Ibid
76. Prieto, op. cit., p. 479-480

PRIMERA PARTE LOS ESTADOS UNIDOS

CAPITULO I

EL PARADIGMA

La emancipación de las colonias inglesas de Norteamérica significó, sin duda, la iniciación de una nueva época en la historia de la humanidad. Esto no sólo visto con la perspectiva del tiempo, desde el momento mismo en que éstas declararon su independencia de la metrópoli, todo el mundo se conmovió con el acontecimiento. Casi de inmediato políticos e intelectuales ilustrados pidieron que el futuro diferente, que esperaban estaba llegando. La decisión de la nueva nación sirvió de ejemplo a los movimientos liberales que sacudirían a Europa por casi un siglo.

El impacto que causaron los Estados Unidos, al constituirse y poner en práctica muchas ideas que formaban parte del ideal ilustrado que no pasaban, por entonces, de ser sino bellas teorías. Los Estados Unidos se convirtieron en la demostración de que los ideales de la Ilustración podían convertirse en realidad.

Si era de gran magnitud el impacto en Europa, no podía ser menor él que tendría en América. El Nuevo Mundo, nuevo sólo por haber sido encontrado tardíamente por los europeos, sino por ser ámbito de la renovación y continuación de los valores de occidente. En los territorios dominados por España la independencia sería un ejemplo y un estímulo; no sólo por el hecho mismo de la emancipación, sino como un paradigma del sistema de organización que vendría a los países por el sólo hecho de pertenecer a este continente. América encontró en los Estados Unidos a su representante

y su pueblo fue el de los americanos por antonomasia.¹

La Nueva España, por supuesto no fue ajeno a este sentimiento. Aun antes de ser independiente, hombres ilustrados como Fray Servando Teresa de Mier, Miguel Ramos Arizpe y otros, no dejaron de participar de ese sentimiento de admiración. Por eso desde los primeros días de la emancipación del país y desde los primeros intentos de organización, estuvieron presentes en la mente de los independientes, el modelo de los Estados Unidos.² Con el transcurso de los años, la inestabilidad política de México, la imposibilidad de constituirse de manera sólida y estable, la crisis económica, la pérdida del crédito internacional y el empobrecimiento físico y moral de la sociedad, actuarón como elementos que harían resaltar la ejemplaridad de los Estados Unidos. Cada desencenso de los mexicanos en la búsqueda de sí mismos, hacía aparecer a los norteamericanos más poderosos y gigantescos, en especial durante los años de 1845 a 1848. El hecho de que México viviera la crisis interna más aguda, y al mismo tiempo sintiera sobre sí la mano poderosa del agresor y una total impotencia, hizo que los mexicanos resaltaran las dimensiones del pueblo, el sistema, la cultura y la evolución de los norteamericanos. Claro está que esta valoración tuvo matices.

La imagen que los Estados Unidos proyectaron a los mexicanos, y que mantuvieron por mucho tiempo, fue la de ser "un pueblo feliz y grande"³. Pero justamente esta grandeza y esta felicidad los obligó a tratar de buscar sus raíces profundas. En un principio los mexicanos creyeron ver en la Independencia misma, el origen

de todos los bienes de los norteamericanos. Se recomendó tener la mirada fija en aquel país, pues todas las revoluciones continentales "habían tenido aquel origen"⁴. Por ello, también se proponía su conocimiento, ya que constituía el cuadro más acabado de las virtudes cívicas y el ejemplo más esclarecido de los esfuerzos del patriotismo, elementos que sin duda podían dar a la juventud mexicana un ejemplo de energía y constancia en el aprendizaje de sus derechos⁵.

Simultáneamente apareció la imagen deslumbradora del sistema. Eses sistema que los europeos no ^{podían} ver sin envidia, y al que los norteamericanos debían el grado increíble de prosperidad que poseían⁶. Según los periodistas mexicanos se tenía a la vista, allen de el Sabina, "el ejemplo vivo de una nación progresando y enriqueciéndose rápidamente a la sombra de instituciones protectoras"⁷ Federalismo y democracia, combinaban admirablemente una firme unidad con la pluralidad de intereses personales y regionales. Más aun, estimulaban el deseo de mejoramiento, al proteger de una forma eficaz la libertad, la panacea del momento. Por esta razón los mexicanos de 1846, decían que en 1824 habían huido de "las rancias y serviles máximas y costumbres de las naciones europeas, y propuesto un tipo en la República del Norte, después de haber logrado la independencia. Allí procuraron encontrar los principios...⁸ que debían cimentar nuestro gobierno".

Volvió a surgir la admiración por la Constitución de los Estados Unidos, lo cual no fue otra cosa que una reafirmación de la que ya se tenía por el sistema en general. En este fenómeno

influyó mucho la volubilidad constitucional de los mexicanos. Don Simplicio, por ejemplo, con su peculiar sarcasmo, propuso en alguna ocasión "que se remitiesen a Mr. Polk todas las constituciones mexicanas, para promulgarlas en los Estados Unidos"⁹. Ciertamente, la república del Norte era, a sus ojos, la única que constituida de una sola vez, había observado inviolablemente su "sabia constitución"¹⁰; y se había vigorizado en la práctica irrestricta de sus preceptos. A ello se debía la firmeza, la reciedumbre y la singular personalidad de aquella "república modelo".

De una manera paralela al desarrollo de los sentimientos arriba apuntados, y como una conclusión de los mismos, se prefiguró la imagen fraternal de los Estados Unidos. El hecho de que los mexicanos hubieran sido los padres fundadores del moderno republicanismo -"El sistema por antonomasia americano"¹¹ - los obligaba a defender al continente americano de cualquier intento de dominación europea. Entre México y los Estados Unidos, dadas su coincidencia de intereses, su indentidad de ambiciones y su misma vecindad geográfica, estaban llamados a "formar un vínculo estrecho y a hacer causa común"¹². Este sentimiento llegó a ser tan poderoso que no obstante que los ejércitos norteamericanos ya se aprestaban a realizar la ocupación del territorio entre Nueces y el Bravo, que los mexicanos reputaban suyo, ante la campaña monárquica desarrollada en la ciudad de México por El Tiempo, los liberales recriminaban a sus redactores:

¿sabes lo que lograreis?...romper los vínculos con naciones a quienes nos unen la naturaleza y los intereses

recíprocos, provocar reacciones atroces que nos ensangrienten y nos debiliten más y más cada día...¹³

Don Simplicio reafirmó esta idea días más tarde. Su opinión era que existía la necesidad de mantener a toda costa la alianza de todas las repúblicas americanas para resistir la de los reyes europeos, "para defender los intereses materiales de nuestro continente"¹⁴. Y un año antes, La Voz del Pueblo, ante el asunto de la anexión de Texas y la medición inglesa en él, afirmó categóricamente que era preferible la pérdida de Texas y verla anexada a los Estados Unidos, que permitir a Inglaterra tomar alguna posición en el continente americano¹⁵. Después de todo la declaración de James Monroe se convirtió en doctrina, ~~gracias~~ ^{no solo} a los norteamericanos.

La presencia de los ejércitos de los Estados Unidos en terrenos de México, la imposibilidad de los mexicanos para detener su irrefrenable avance; y consiguientemente, la impotencia para conservar su territorio, fueron algunos de los motivos, por los que los periódicos mexicanos reafirmaron su admiración por los Estados Unidos. México había tenido instituciones similares y en el momento crucial de la guerra, había restablecido el federalismo. Pero pese a todo, ante una comparación, era verdad ineludible la desventaja de los mexicanos. Esto condujo a buscar las verdaderas raíces del auge y poderío norteamericanos y surgieron dos teorías. Una sostenía que la causa de su admirable desarrollo se derivaba de la continuidad histórica que habían mantenido los norteamericanos. La otra lo atribuía a las características propias del pueblo de aquella nación.

Nadie, ni los más acérrimos apologistas de las tendencias europeizantes, pudieron negar que los Estados Unidos gozaban de una profunda y fructífera paz. Poseían un sistema avalado por un progreso material sorprendente. Tampoco se podía negar que en aquél país habían garantías suficientes para las libertades civiles: Además había oportunidades infinitas para el emigrado que llegaba diariamente a sus costas, porque las fuentes de trabajo eran infinitas. Su sociedad, por lo tanto, era dinámica e industrial; y éstas características, los mexicanos no podían dejar de apreciarlas, y menos aun en las circunstancias en las que en aquellos años se encontraban.

Pero para los conservadores de México las instituciones que eran admirables desde muchos puntos de vista, no eran otra cosa que una parte de la herencia que había dejado a los Estados Unidos "la más ilustrada, sabia y libre de las naciones modernas: Inglaterra"¹⁶. Por tanto quien pretendiera atribuir sólo al republicanismo, la sorprendente prosperidad de la América del Norte, se quedaría sólo en la superficie del problema¹⁷. Los conservadores pensaban que el progreso de los Estados Unidos se debía a que el país al independizarse, se había constituido políticamente con las mismas instituciones que tenía antes de ser independiente.¹⁸ Las colonias inglesas de norteamérica habían surgido, no como una empresa de la corona de Inglaterra, sino como resultado de los esfuerzos de los particulares. Estos no pertenecían a la religión oficial establecida en la Gran Bretaña, y por lo tanto, eran perseguidos por sus respectivas creencias. Habían pues llegado como

fugitivos a crearse una nueva patria. Los primeros colonos de norteamérica había venido a talar los bosques para hacer sus habitaciones, a organizar una nueva sociedad. Más tarde las guerras de religión que afectaron a otras muchas poblaciones de la Europa continental, hicieron que la solución planteada por los ingleses fuera imitada, entonces se inició un tránsito ininterrumpido de inmigrantes. Con el éxito de estos pioneros, el cambio de los intereses europeos y manifiestas las ilimitadas posibilidades de la naturaleza americana empezaron a llegar muchos otros, con solo un afán de riquezas. ¹⁹ Inglaterra, por su parte, no se propuso hacer de sus colonias una nación, sino una serie de factorías; por eso no tuvo cuidado durante mucho tiempo en implantar ahí instituciones políticas, ni sistemas restrictivos. Se preocupó en crear un mercado favorable para comprar y vender los productos que su admirable industria requería o producía ²⁰. Los colonos quedaron libres de la vigilancia metropolitana y ansiosos de tener todo lo que en Europa se les había negado. Como estaban divididos por la variedad de origen, educación, hábitos, costumbres, religión e idioma y carentes de grandes centros de población y de una capital que presidiese al país ²¹, no formaba sino una masa disímbola y heterogénea de hombres y poblaciones. Tenían un solo punto de unión, el querer alejarse de los intereses, de los sistemas y de la política de Europa.

Al consumir su independencia, los norteamericanos habían actuado con una cordura ejemplar. Necesitaban la fuerza que deriva de la unión y la buscaron, no sin preservar los intereses particu

lares que se habían gestado en el pasado, y a los cuales nadie estaba dispuesto a renunciar. Así surgió el republicanismo, surgió el federalismo y finalmente la democracia de los Estados Unidos²². Su constitución expresaba los hechos del orden administrativo y político que se habían seguido desde los primeros colonos. Se conservó la misma división territorial, la misma fraternidad religiosa, para que no combatieran las diversas sectas a que pertenecían y se repitiera la sangría de la que habían huido. Conservaron también su regimen interior en cada una de las localidades, su administración de justicia. En fin, no hicieron otra cosa que consignar principios eminentemente conservadores, todo descansó sobre hechos preexistentes²³. Por tanto, todo fue el resultado de la evolución política del pueblo norteamericano. Pero visto desde el ángulo de su desarrollo económico, se llegó a las mismas conclusiones. A Inglaterra no le preocupó que sus colonias progresaran económicamente; lejos de serle perjudicial, la beneficiaba. Las industrias, el desarrollo agrícola, la marina y el comercio eran viejas actividades para el tiempo de la emancipación. Para los norteamericanos, por el contrario, el intento de limitar esas posibilidades fue la causa del rompimiento entre ellos y la metrópoli. Los caudillos de la independencia norteamericana y sus sucesores en el gobierno de los Estados Unidos, sólo fortalecieron un espíritu emprendedor que era propio en sus compatriotas desde generaciones atrás²⁴. En conclusión, la prosperidad de la América del Norte, no era el producto de unas instituciones milagrosas. Ya eran prósperos antes de ser republicanos; o bien, eran republicanos an-

tes de darle un nombre a su sistema. La sabiduría de los fundadores de la nación americana consistió en la prudencia de no inovar nada de lo establecido. Con acertado criterio evolucionista, se concretaron a mejorar su situación, aprovechando para el bien del país cuanto de bueno existía. Más tarde, introdujeron algunas novedades pero sin destruir lo anterior. Si México en algo debía admirar a los Estados Unidos, era justamente como muestra palpable de los beneficios de una historia continuada, y en ser la negación de la efectividad de los pretendidos afanes innovadores llamados revolucionarios.²⁵

Los liberales mexicanos enfocaron el problema desde otro punto de vista. Los Estados Unidos habían conservado, en efecto, todos los caracteres de su período colonial.²⁶ Pero el éxito norteamericano no era obra de las instituciones solas, ni tampoco de la conservación de sus condiciones originales, la realidad respondía a algo más profundo; esto era lo que debía convertirse en el objeto de atención de los mexicanos: el pueblo norteamericano en sí mismo. Un editorial de El Siglo XIX hablaba de que los Estados Unidos no debían tanto su prosperidad a sus instituciones, cuanto a las disposiciones morales de sus habitantes al momento de su independencia, que ya entonces, tenían ilustración y sanas costumbres, hábitos de libertad y principios democráticos.²⁷ Por otra parte, estas características tenían su causa en el origen mismo de sus habitantes, a la vez que en las condiciones por las que se habían trasladado al continente americano.

También se tomaba en cuenta que la población de los Estados Unidos estaba integrada de los emigrados de los países más fríos y cultos de Europa que, a pesar de trasladarse a otro ámbito geográfico, conservaron los hábitos que dejaban en ellos el clima y la cultura. Las manifestaciones propias de los norteamericanos, ^{se} enraizaban en su origen racial, el que ya podía ser apreciado durante la ocupación. Eran producto de una población activa y emprendedora, robusta y egoísta. Propensos a la dominación, con una tenacidad que a su vez estaba estimulada por una conciencia de su propia fuerza y el orgullo de su origen. Los norteamericanos eran vanidosos y presuntuosos; se consideraban superiores física y culturalmente. Todo esto explicaba suficientemente esa prepotencia y esa inmoderada superioridad que manifestaban en todas sus relaciones; en las que, además, apenas admitían la igualdad "cuando la desigualdad ²⁸ no era posible" .

Por lo que se refiere a las causas por las que los norteamericanos habían abandonado sus lugares de origen, se dijo:

Fuertes deben ser y en realidad lo son, ^{en} ellos es conocido, el clima, a que están habituados, se habla el idioma de sus padres, las costumbres son las suyas, y en él se encuentran sus relaciones, sus parientes y sus amigos; así que la propensión a permanecer en la patria es fortísima y sólo se puede sobre poner a ella por causas poderosas, como son las que obran en los emigrados de Europa que habitando lugares sobrecargados de población, no les ofrecen sino escasamente los elementos más precisos para la

subsistencia, cuales son el alimento y el vestido; salen pues, en busca de uno y otro a establecerse en otras tierras, en donde van a buscar también la tranquilidad, amada de todos los hombres y necesaria a ellos sobre todo para establecer su industria, practicar su arte o poner en giro su capital...

El impulso de satisfacer las más elementales necesidades fue lo que los arrojó en los territorios de la Unión Americana. La promesa de un mejoramiento material había sido el resorte capaz de movilizar a los grupos humanos que se habrían de convertir en el pueblo de los Estados Unidos. Ahora bien, el afán de mejoras materiales que trajo el colono de Norteamérica, al establecerse en las costas del Atlántico, exigió enormes esfuerzos antes de dar sus primeros frutos. Los colonos no habían llegado a regiones habitadas y cultivadas; por el contrario habían arribado a lugares desiertos o apenas ligeramente poblados. La vida silvestre y un clima agresivo fueron los obstáculos que vencieron de manera inmediata. Ese poderoso impulso hizo que el colono sufrió todas las fatigas de la agricultura, comenzando por la tala de bosques y el cieque de pantanos. Muchos perecieron en la tarea , pero lograron improvisar ciudades en medio de los bosques, en las que a poco de fundadas, se dejó oír el "sonido del telar de la industria, donde antes ahullaba el lobo salvaje". Se vieron surgir los bienes de la agricultura en "páramos donde poco antes no había existido la más mínima huella del hombre" . El norteamericano había tenido que enfrentarse solo en esa batalla a muerte con la naturaleza, para ganar

la cual él mismo creó las armas necesarias. Pero había salido vencedor y en la prueba también había templado su espíritu y avivado su imaginación.

Estas experiencias y este origen, eran la explicación de que el norteamericano tuviera necesidad de goces materiales, amor a la riqueza e interés individual, que fueron fuertes estímulos para todas sus actividades. Además era versátil en sus creencias religiosas y mezquino en su culto. Reconocía a su verdadero Dios en la utilidad e hizo de la prosperidad su auténtico dogma³². Pero todo esto no fue mas que el principio. Las poblaciones que estaban aisladas, fueron creciendo con vertiginosa rapidez; y con ello, aumentaron las necesidades de cada una de ellas. La más inmediata fue la de tener comunicaciones, lo cual significó un nuevo reto a la laboriosidad, ingenio del norteamericano. Por ello, al poco tiempo de lograda su independencia, los sistemas de comunicación habían progresado sorprendentemente en los Estados Unidos. Ferrocarriles y canales atravesaban el territorio y aligeraban el comercio y desarrollaban la industria. Al mismo tiempo, estrechaban cada vez más sólidamente los vínculos entre todos los habitantes del territorio.

Simultáneo a este desarrollo económico, se fortaleció la sociedad. El individualismo, propio de quien esta aislado en su origen por creencias e idioma, hizo que el egoísmo presidiera cada uno de los pasos dados en las relaciones humanas y que nadie estuviera dispuesto a aceptar la prepotencia de otro. Con esto la máxima de superar o igualar, cuando menos al vecino, estuvo en el espíritu de cada uno de los hombres. De aquí que la sociedad nor-

teamericana no conociera la terrible desigualdad que caracterizaba a la mexicana³³. De ahí también, que los Estados Unidos tuvieran un sistema de contribuciones perfectamente arreglado, "que la empleomanía se desconociera, que el trabajo estuviera rodeado momento a momento de atractivos y que la industria tuviera mil franquicias"³⁴.

De esa manera, los mexicanos de tendencias liberales se explicaban el fenómeno de la prosperidad de los Estados Unidos, que en contraste con la indigencia mexicana del momento, resultaba alucinadora. En ella se vió la parte más importante de la ejemplaridad norteamericana. Don Simplicio, por ejemplo, como mofa a las ideas conservadoras sobre los Estados Unidos, publicó un "himno patriótico"³⁵ que decía:

Los mexicanos están
Cueros, pero en la gloria
Como nuestro padre Adán.
Este pueblo mexicano,
El Católico lo dice
Es el pueblo más felice
Del mundo, porque es cristiano;
No así el norteamericano,
Aunque le sobran dineros.

Por otra parte, si la explicación de la prosperidad económica de los Estados Unidos se había logrado encontrar en función del origen de su pueblo, este mismo origen planteaba una nueva interrogante. ¿Cómo era posible que una población tan disímbola, tan heterogénea, hubiera logrado constituir, una nación? Al parecer, a

simple vista, un pueblo en el que sólo actúan el interés individual y el afán egoísta de enriquecimiento, conserva en su seno la simiente de la anarquía y la disolución. De principio al fin de la guerra -y si se quiere mucho antes de plantearse el conflicto entre ambas naciones- los mexicanos veían con asombro, y sin duda con envidia, que los norteamericanos constituían un pueblo unido, no sólo superior en recursos de todas clases, sino también, en ciencia y disciplina³⁶. Además notaban que gracias a los adelantos logrados después de la independencia, habían hecho que su población aumentase hasta ser cuatro veces mayor de lo que había sido en 1780. Y lo afirmaban con asombro y temor "la fuerza de los Estados Unidos ya en sí muy superior, continúa aumentándose día a día. Los Estados Unidos del Norte son una puerta abierta a la emigración europea"³⁷. Grandes compañías norteamericanas, decía un periódico de 1848, se ocupan de procurar la emigración de operarios y labradores europeos, para surtir sus terrenos y talleres de gente útil y robusta³⁸. En otro del mismo año, se afirmaba que las revoluciones de la Europa hacían huir a masas enormes, cada año llegaban al puerto de Nueva York trescientos cincuenta mil emigrados de todas las regiones del Viejo Mundo³⁹. Toda esta nueva población encontraba suficientes estímulos materiales para desear trasladarse a Norteamérica:

Los innumerables buques de todos los días parten de los puertos de Europa a los Estados Unidos, y la suma baratura del pasaje, no hay duda facilitan la emigración; y

como hay la certidumbre de hallar ocupación, o trabajo, inmediatamente después del arribo, las familias indigentes de Europa emprenden su viaje con gusto; y como sobran empresarios que faciliten los gastos, encuentra la emigración cuanto apoyo necesita⁴⁰.

Pero además de ser sorpresivo ese aumento de población, lo más extraño era que en nada afectaba a la vida moral y política de los Estados Unidos, la llegada de estos nuevos habitantes. Por el contrario, el colono que arribaba se encontraba con una patria tan querida y sagrada como en la que había visto la primera luz⁴¹. Sin importar su origen cobraba casi de inmediato mayor afecto por la nueva tierra y en el caso de llegar a tener que luchar contra una fuerza europea, sacrificaría gustoso su existencia⁴². ¿Qué era, pues, lo que hacía posible esta unidad dentro de la pluralidad que constituía la población norteamericana? ¿En dónde estaba el secreto del nacionalismo norteamericano que partiendo del egoísmo individualista, ganaba una guerra internacional?

Al principio los mexicanos no alcanzaban a comprender como a pesar de poseer una estrecha unidad racial y religiosa, no habían logrado constituir una nación, y los norteamericanos careciendo de todo ello la habían constituido, al parecer con suma facilidad, conquistando el corazón aun del recién llegado. A fuerza de pensarlo encontraron la respuesta:

La cadena naturalmente segura de las familias, de los pueblos, de las naciones es el reciproco interés. Por eso contra todas las predicciones de los profetas políticos, muchos

países han prosperado y se conservan en paz; porque el comercio, la agricultura, los caminos de fierro, los enlazan y unen fuertemente...⁴³

En fin, el afán de enriquecimiento de los viejos y los nuevos habitantes, y el individualismo más egoísta había hecho que todas las diferencias desaparecieran, que todos encontraran en estos elementos el denominador común, capaz de constituirlos de una manera sólida y segura. Los intereses nacionales habían respondido plenamente a este estímulo material. Los militares norteamericanos habían conquistado sus títulos y dignidades, en guerras contra los indios bárbaros⁴⁴. Tales campañas no tenían otro significado que la protección de los bienes adquiridos y la posibilidad de adquirir otros nuevos; la actividad militar era un trabajo más, dentro de la tarea general de mejorar las condiciones individuales, haciendo otro tanto con las colectivas. Asimismo, la guerra contra México, no había sido otra cosa que una muestra más de ese sentimiento, pues según la opinión de muchos periodistas mexicanos, había sido suficiente asegurar un salario cuantioso a Scott para "que en nuestro palacio nacional nos dictara leyes y nos diera una prueba concluyente de que con el dinero se pueden tener hombres que maten con acierto y se dejen matar con entusiasmo"⁴⁵. A pesar de no ser militaristas de origen los norteamericanos, fue suficiente dictar una ley para que se formaran poderosos ejércitos de voluntarios⁴⁶. Y los redactores de Don Simplicio exclamaban:

...Mientras la guerra extranjera sea de voluntarios de allá, contra involuntarios de acá, se han de celebrar

capitulaciones muy honrosas, que sin embargo nos des-
47
honran .

Era un hecho irrefutable que los Estados Unidos habían logrado mantener incólume su constitución, porque previamente eran un pue-
48
blo constituido . Los bienes materiales, por tanto, no habían sido el único origen de la prosperidad económica, sino que eran la base sólida de la prosperidad moral; justamente por esto último, no se temía la llegada de nuevas oleadas de población, porque teniendo estas los mismos intereses que la original, el principio de constitución se mantenía inalterable. Por otra parte, la soberanía del pueblo era una realidad, al igual que la independencia del individuo, porque el principio individual y el colectivo eran exactamente el mismo. Todos egoístamente deseaban el mejoramiento personal, pero nadie negaba que dicho mejoramiento^{no} incluyera la paz y las relaciones armoniosas con el resto de los individuos. La libertad encontraba una garantía en el respeto a las leyes. A cada individuo ciertamente le interesaba la apertura de nuevas y mayores posibilidades de mejoramiento, pero simultáneamente, también estaba interesado en la conservación de las adquiridas con anterioridad. El afán en que se empeñaba el pueblo por mantener el principio de igualdad, se traducía, en lo político, en la lucha que desarrollaban los partidos y en la manera en que los individuos emitían sus opiniones y discutían lo que a todos interesaba; llegando inclusive "a las riñas y puñaladas", pero reconociendo todos en el orden, la estabilidad y la paz los elementos indispensables para el progreso. Al momento de la proclamación de un gobernante o de una ley "toda discusión cesa

ba y todos la obedecían" .

En este sentido, la madurez que el pueblo norteamericano reflejaba, obligó a los mexicanos a un reconocimiento. Los Estados Unidos eran el país donde la mayoría gobernaba con verdadero y hasta despótico dominio, donde la democracia vivía y obraba sin cesar con maravillosa actividad por la libre discusión de la prensa y las asociaciones; y sobre todo, porque los negocios públicos eran el primer negocio de cada hombre donde en fin el principio federalivo lo anima todo desde el poder central hasta la más insignificante municipalidad⁵⁰. Más aun, la verdad de todas estas afirmaciones la constituía el mismo hecho de la guerra entre México y los Estados Unidos:

En los Estados Unidos...los partidos son bastante numerosos y cada uno de ellos sostiene con bastante calor sus opiniones y sin embargo, no hay escenas de escándalo y de inmoralidad, esos levantamientos contra los supremos poderes...llamados entre nosotros pronunciamientos. Basta para convencerse de la verdad de nuestro acerto, observar la conducta que han observado en los Estados Unidos los partidarios de la paz y los de la agregación de México a aquella república. Unos y otros han representado al Congreso, han tomado empeño en que resulte electo presidente este o aquel individuo; ¿más ha declarado alguna reunión de hombres armados que no es voluntad del pueblo que siga funcionando el presidente Mr. Polk?⁵¹

Por esta razón al concluirse los Tratados de Paz, diversas

publicaciones de la Ciudad de México, se empeñaron en la tarea de dar a conocer la organización de los partidos de los Estados Unidos, mostrando los programas correspondientes y las prácticas tácticas utilizadas en una verdadera contienda democrática. Todo con el fin de indicar la infinita gama de recursos que estaban a la disposición de los mexicanos, dentro del ámbito del orden y la estabilidad.⁵²

Los norteamericanos resultaban ejemplares, hasta en muchas de las cosas que hacían en contra de los mexicanos. "Esa república -decía el Siglo XIX- que tantos motivos nos da para odiarla, es digna, sin embargo de que la imitemos aun en muchas de aquellas cosas que hace en daño nuestro"⁵³. Y ciertamente, uno de esos puntos era el de la política exterior de los Estados Unidos; pues, cuando fue benéfico y útil, para sus intereses mantener la política aislacionista que les recomendara Washington, la mantuvieron. Pero cuando el bienestar material -eterno motor de los impulsos norteamericanos- exigió una transformación, no hubo ningún problema para que se planeara y llevara a cabo. Los políticos norteamericanos "avisados y distros"⁵⁴, estuvieron al acecho de las transformaciones de su país, del surgimiento de las nuevas necesidades y plantearon las reformas necesarias en el momento oportuno. Entre éstas estuvo el de establecer el programa expansionista y el de continuarlo, con una guerra extranjera, como la había hecho a México. Guerra, a todas luces,⁵⁵ "sin el menos fundamento de justicia en que pudiera apoyarse" Pero vista a través del prisma de los cálculos de la política norteamericana, indiscutiblemente oportuna; puesto que dichos políticos escogieron después de veinte años, el momento más propicio para

realizar la anexión de Texas y declarar la guerra⁵⁶. Los motivos de conveniencia y seguridad que el gobierno norteamericano alegó para justificar la anexión de Texas, en el momento en que México trataba, bajo la protección de Inglaterra, de reconocer la independencia de su antiguo territorio eran dignas de encomio, si se juzgaban en función de los intereses que protegían.

Si México había permanecido adormecido por sueños de opio durante veinte años, ante un pueblo cuyas necesidades y naturaleza le obligaban a avanzar ¿habían actuado mal los políticos de aquel país sancionando la necesidad de expansión? En este punto, los norteamericanos venían a recordarle a los mexicanos los preceptos de la teoría política de Maquiavelo⁵⁷.

Los mismos medios usados durante el desarrollo de la guerra no pudieron menos que arrancar frases de admiración de los periodistas mexicanos, claro que revestidos de censura y recriminaciones. El juego que hicieron de los intereses políticos de México, despreciando sistemas, como la monarquía; a personajes como Santa Anna⁵⁸ o Rejón⁵⁹; a órganos informativos, como en el caso del periódico Don Simplicio⁶⁰. Unas veces se valieron de la alabanza y en otras de la exaltación de peligros reales o ficticios, pero no podía dejar de reconocerse que los jefes norteamericanos mostraban una habilidad magistral⁶¹. Todas estas actitudes vinieron a demostrar otra característica del pueblo norteamericano, también objeto de reconocimiento de los mexicanos, el pragmatismo. Este otro elemento, como los anteriores, respondía al mismo impulso, el de los inte-

reses materiales. Cada uno de los hechos de los norteamericanos lo ponía en evidencia. Si se analizaban los sistemas educativos y los resultados culturales de los Estados Unidos, se encontraba su presencia. No había existido ahí la preocupación de hacer sabios, "pero la educación estaba extendida en todos los ángulos del territorio"⁶². La ciencia se adquiría en los talleres y en las trojes y el resultado era que aparecieran hombres como Franklin, hábiles para la política y diestros en la invención de instrumentos de bienestar⁶⁹. Por eso, pululaban en los Estados Unidos mil objetos útiles para el mejoramiento de todos los ordenes de la vida. Si se estudiaban las medidas sociales y los programas de mejoramiento y su ejecución humana, que surgían en todo el territorio de Norteamérica, se encontraban las mismas características; todos tenían un fin utilitario y se basaban en éste para establecer sus programas. En México, después de la guerra se llegó a pedir, siguiendo el modelo de los movimientos de regeneración norteamericanos, la supresión de la fábrica de naipes -"semillero de delitos y una escuela de inmoralidad"⁶⁴. Se pidió, también para mantener efectivamente la seguridad del orden público, "formar al menos en la capital de cada Estado una penitenciaría central bajo el sistema de la de Nueva York"⁶⁵.

Por otra parte, la manera en que se habían realizado sus planes expansionistas demostraba, una vez más el sentido práctico de aquel pueblo. Cada paso que daban estaba previamente considerado. Por ello su presencia en cada nueva población que fundaban o que

tocaban, les atraía simpatías, por las ventajas que se obtenían con su presencia. En cada una de las expediciones norteamericanas, participaban atrevidos agricultores, sabios artistas, infatigables comerciantes, con el resultado consiguiente.

No hace todavía tres meses que las tropas yankees están estacionadas en Corpus Christi, donde no existía mas que un miserable rancho, y ya los progresos son grandes. Corpus Christi tiene ya una posada que se llama Gran Hotel Occidental, un teatro, tiendas de modistas y de otras clases de comercio. Un vapor, el Cincinnati, hace viajes regulares de Corpus Christi a Galveston, en combinación con los vapores de Nueva York, que hacen la carrera de Nueva Orleans; en fin, la transformación ha sido completa, y hasta una Gaceta se publica...⁶⁶

Si se toma en consideración que todos los intentos hechos hasta 1845 para colonizar las regiones del norte significaron rotundos fracasos para México, se explica el reconocimiento que se tenía para la actitud norteamericana. Y otro tanto sucedía con respecto al problema de los indios bárbaros. Estos indistintamente habían atacado a las poblaciones mexicanas y a las norteamericanas; sólo que mientras las primeras estaban día con día más indefensas, las segundas habían contenido las embestidas de los "salvajes", dando una muestra más de la efectividad de sus sistemas, pues se habían aprovechado de todos los medios para subyugar a los indios. Unas veces habían firmado tratados que la sabia política indicaba que no debían cumplirse. Otras veces se les había exterminado. Otras

se les había semicivilizado , creado ciertas necesidades, abriendo con ello nuevos mercados para sus productos ⁶⁷ . Pero de cualquier manera, la finalidad siempre se había cumplido; desalojar a los pobladores de las tierras que no obtenían ningún provecho de ellas, ⁶⁸ y convertirlas en parte de la riqueza pública .

Pero todos los ejemplos del pragmatismo norteamericano fueron débiles frente al ejemplo vivo que dejaron las tropas invasoras de su ocupación de la república mexicana. Antes de ese momento todo lo que se decía de los Estados Unidos había sido sólo el relato más o menos fidedigno de los viajeros o una crónica leída en los diarios. Después de la invasión, hubo una experiencia concreta y vital. En ese afán, propio de los norteamericanos de aprovecharse de cuanta oportunidad se les presentaba para la consecución de sus fines, y siguiendo las máximas de su maquiavélica política, se acreditaron a los ojos de los mexicanos un lugar especial. El Republicano dio en 1846 la noticia de que las tropas norteamericanas se habían prestado a ayudar a la población de Camargo, enseñando a los ⁶⁹ mexicanos lo que debían hacer durante la inundación de un poblado . Posteriormente, durante la ocupación de la Ciudad de México, se pusieron de manifiesto las medidas fiscales y los sistemas de contribución directa, impuestos por los americanos, cuya efectividad era avalada por los resultados mismos de la ocupación. Finalmente, el ejército de los Estados Unidos y el general Persifor Smith hicieron un plano y un proyecto para evitar las inundaciones de la Ciudad de México y para la desecación de los lagos que la rodeaban; así como para la construcción de canales de tránsito e irrigación de los

alrededores. Todo esto hizo que los periódicos liberales, que funcionaban en la Ciudad de México, durante 1848, clamaran por el sistema norteamericano, haciéndose eco de las palabras de El Siglo XIX:
... "queremos hechos prácticos, queremos el positivismo que acreditara nuestros enemigos, los invasores, sin tanta fórmula"⁷⁰.

En fin, los grupos liberales de México vieron en los Estados Unidos el modelo de una sociedad madura, por que tenía como base y fundamenteo de todos sus actos, el afán de mejoramiento material. De esa manera sostenía instituciones y formas de vida cosmopolitas, protectoras de la libertad humana y capaces de impulsar al hombre por la vía del verdadero progreso moral y material. Capaces de mantener el orden y la estabilidad interior, todo hacia de los Estados Unidos un modelo de nación, que protegía y abría el camino a sus hijos, y construía un pedestal inconvencible. En resumen, la imagen de los Estados Unidos que proyectaron los periódicos de la Ciudad de México durante los años de 1845 a 1848, tuvo diferentes matices y diferentes puntos de vista, determinados por prejuicios ideológicos del momento. Pero una cosa es cierta, ni liberales ni conservadores pudieron dejar de ver en los Estados Unidos, un paradigma para México. Dejaron entre líneas la idea de que si México había perdido, la derrota había sido ante un enemigo que se reputaba victorioso en cualquier ámbito y que pese a todo era digno de admiración.

CAPITULO I

N O T A S

1. O'Gorman, Edmundo. León Portilla, Miguel et.al., Estudios de Historia de la Filosofía en México, México U.N.A.M. 1963 p.104
2. O'Gorman, Edmundo, La Supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el Monarquismo Mexicano, México, Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1969. p.23-24
3. "Departamentos del Noxe", El Siglo XIX, 9 de febrero de 1845 p.3
4. Ibid.
5. "Remitido", El Siglo XIX, 15 de octubre de 1841, p.3
6. "Tejas y el Ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p.2-4
7. "Las dos épocas de la Federación", El Siglo XIX, 30 de diciembre de 1848, p.3
8. "Guerra y Unión", El Republicano, 16 de marzo de 1846, p.3
9. "Parte Mercantil", Don Simplicio, 3 de enero de 1846, p.4
10. "Discurso pronunciado en la Alameda de esta capital por el ciudadano Luis de la Rosa, en el aniversario de la proclamación de la Independencia", "El Republicano, 19 de septiembre de 1846, p.3
11. "Al tiempo", El Repúblicano, 10 de marzo de 1846, p.3
12. "Frutos de la Guerra" El Monitor Republicano, 7 de julio de 1848, p.3
13. "Primer rebuzno de Don Simplicio", Don Simplicio, 14 de febrero de 1846, p.3
14. "Recriminaciones", Don Simplicio, 21 de marzo de 1846, p.3
15. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.1

16. "Guerra con los Estados Unidos", El siglo XIX, 20 de julio 1845, p.4
17. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
18. "Parte Política", El Tiempo, 19 de mayo de 1846, p.1
19. "Carta de Teophilo a Philoparto", La Voz de la Religión, 23 de agosto de 1848, p.167
20. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
21. "La República y la Monarquía", El Tiempo, 6 de febrero de 1846 p.1
22. Ibid.
23. "Todas las constituciones son hojas de papel" El Universal, 17 de noviembre de 1848, p.1
24. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
25. Ibid.
26. "Al Tiempo, Don Simplicio, 4 de febrero de 1846, p.1
27. "Un partido más", El Siglo XIX, 22 de octubre de 1848, p.4
28. "Anexación", El Siglo XIX, 29 de octubre de 1848, p.3
29. "Emigración", El Siglo XIX, 5 de junio de 1848, p.4
30. "Tejas", Don Simplicio, 3 de enero de 1846, p.2
31. "Colonización", Don Simplicio, 19 de noviembre de 1846, p.2
32. "Anexación", El Siglo XIX, 29 de octubre de 1848, p.3
33. "Transformación Social", El Siglo XIX, 2 de octubre de 1848, p.3
34. "Imitación", Don Simplicio, 26 de septiembre de 1846, p. 1
35. "Himno Patriótico", Don Simplicio, sin fecha p.4 número 1
36. "Tratado de Paz", El Observador Católico, 29 de abril de 1848, p.142

37. "Emigración", El Siglo XIX, 5 de junio de 1848, p.4
38. "Sobre la introducción del Protestantismo en México", El Ob-
servador Católico, 15 de abril de 1847, p.76
39. "Rebusca de periódicos extranjeros", El Siglo XIX, 5 de agosto
de 1848, p. 4
40. "Carta de Teophilo a Philoparto", La Voz dela Religión, 23 de
agosto de 1848, p.167
41. "Colonización", El Siglo XIX, 19 de septiembre de 1845, p.4
42. "Monarquistas", El Eco del Comercio, 6 de abril de 1848, p.4
43. " Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845p.4
44. "Fuerza Extranjera", El Siglo XIX, 7 de julio de 1848, p.4
45. "Fuerza Nacional", El Republicano, 21 de junio de 1846, p.4
46. "Pronósticos para este año", Don Simplicio, 20 de enero de
1847, p.1
47. "Departamentos Fronterizos", Don Simplicio, 22 de julio de
1846, p.1
48. "Futura Constitución", Don Simplicio, 14 de enero de 1846, p.3
49. "Imitación", Don Simplicio, 26 de septiembre de 1845, p.1
50. "Organización del Senado", El Siglo XIX, 5 de agosto de 1846,
p. 4
51. "Paz Interior", El Monitor Republicano, 10 de junio de 1848,p.3
52. "Variedades, Denominaciones de los partidos en los Estados
Unidos", El Siglo XIX, 2 de agosto de 1848, p. 3
53. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845,p.4
54. "Editorial", El Defensor de las Leves, 25 de julio de 1845.p.3
55. "Frutos de la Guerra", El Monitor Republicano, 7 de julio de
1848, p.3

56. "Editorial", El Defensor de las Leyes, 25 de julio de 1845, p.3
57. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
58. "Politica perfida del gabinete americano", El Republicano, 26 de noviembre de 1846, p.3
59. "El señor Rejón", Don Simplicio, 21 de abril de 1847, p.4
60. "The Anglo Sajon", Don Simplicio, 17 de abril de 1847, p.4
61. "Invadido y los invasores", Diario del Gobierno, 22 de junio de 1847, p.4
62. "Imitación", Don Simplicio, 26 de septiembre de 1846, p.1
63. "Al Tiempo", Don Simplicio, 4 de febrero de 1846, p.1
64. "Fabrica Nacional Prohibida", El Monitor Republicano, 9 de julio de 1848, p.3
65. "Castillos en el aire", El Eco del Comercio, 17 de marzo de 1848, p.3
66. "Civilización en el Departamento de Tamaulipas", Don Simplicio, 31 de enero de 1846, p.4
67. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845, p.4
68. "Nuevo Instituto de Misioneros para nuestras fronteras del Norte", Don Simplicio, 4 de marzo de 1846, p.1
69. "Camargo", El Republicano, 16 de agosto de 1846, p.4
70. "Bandos de Policia", El Siglo XIX, 12 de julio de 1848, p.4

CAPITULO II

LA BARBARIE, EL REVERSO DE LA MONEDA.

Los Estados Unidos, la primera nación abiertamente secular, fue también la primera nación cosmopolita. Se le definió de muchas formas, entre ellas como, "puerta abierta a la emigración europea". Su carácter propio, su origen, la manera en que se fue gestando, hicieron de los Estados Unidos una sociedad tan compleja, que lógicamente guardaría en su seno algunas contradicciones. Todo esto no pudo escapar a las miradas interrogantes de los mexicanos; sobre todo, cuando aquella nación, a cada paso crecía y a cada paso resultaba más peligrosa. Por estas razones, al tiempo que los diarios mexicanos consideraron algunas de las peculiaridades de los Estados Unidos como un paradigma para México, vieron en muchas de las formas características de aquel país, un modelo de execración. Y estas actitudes no fueron patrimonio exclusivo de una facción política o una tendencia ideológica. Todos los órganos informativos de la Ciudad de México, participaron de la idea de ejemplaridad norteamericana y todos, de alguna manera, repudiaron también a los Estados Unidos. Al mismo tiempo que se vió a los norteamericanos como ricos, emprendedores, prácticos, respetuosos de las leyes y dinámicos, se descubrió que tenían también grandes lunares. Así pues tenemos que nada de lo que los periódicos mexicanos dijeron en contra de la conducta de los norteamericanos, era desconocido para éstos. En las cámaras, en la prensa y en las discusiones particulares y públicas, se ventilaban estos tópicos. Es más, los periodistas mexicanos

muchas veces transcribieron sólo artículos publicados en los periódicos norteamericanos, lo cual era suficiente para cumplir su finalidad.

No fue este periodo (1845-1848) el único que se dedicó a la tarea de poner de relieve las actitudes de barb^arie de los Estados Unidos. Esta labor se venía desarrollando desde antes y ha continuado hasta nuestros días. Pero ^{en} aquellos momentos, cobró una importancia especial por la necesidad compulsiva que se tenía de este recurso.

Cuando en México se recibió la noticia de que el Congreso de los Estados Unidos había sancionado legalmente la entrada de Texas como estado de la Unión Americana, abiertamente se inició una campaña para dar a conocer las características negativas de aquella. ¿No se había dicho hasta el cansancio que eran los paladines de la libertad? ¿No era cierto que ellos mismos se habían autollamado pueblo elegido para salvaguardar la legalidad? Los hechos demostraban que la verdad era otra. La anexión de Texas, al principio y la guerra contra México después, fueron muestras palpables de la violación de los tratados y, a la vez, un ejemplo, de atentados contra el derecho de las naciones ¹. Los Estados Unidos no mostraban otra verdad que la de ser, pues, un pueblo "hipócrita desleal y villano" ². Su malévola y réproba conducta, no mostraba otra cosa de su civilización, que no fuera más que ingratitud y perfidia ³. Se había invocado el nombre sagrado de la libertad -aludiendo probablemente a la teoría del Destino Manifiesto- únicamente para profanarla ⁴.

El grado de inmoralidad combinada con engreimiento que manifestaba su proceder⁵, obligó a los mexicanos a declarar que era incomprensible, "como un país que se envanece de haber sido el fundador de la libertad en la América... puede autorizar a los escritores a predicar propagandas de usurpación y rapiña...⁶

Pero incomprensible y todo, la explicación estaba en los hechos mismos; esa "degenerada y metálica raza de Washington"⁷, como la calificaban, ese rapaz e inmorales pueblo, como también le llamaban "no reconoce otros Dios que el dinero, ni otra alma que la codicia"⁸. Y ciertamente, los mismos periódicos habían puesto de relieve esas características norteamericanas, y veían en ellas el motor mismo de su progreso, y por tanto las habían alabado: Ahora sin embargo,

México era el directamente afectado.

Pero todo esto no era más que mostrar la superficialidad de la execración norteamericana. Si México se las tenía que ver con un enemigo, que a todas luces le hacía una guerra injusta y le trataba de arrebatar una parte de su territorio, era una muestra evidente que los intereses materiales eran tan poderosos que los hacían "vigilar sus propias leyes fundamentales"⁹. Los mexicanos debían conocer los fundamentos de esa conducta, para saber a que atenerse si la toleraba o saber como podía atajarla. De esta manera surgió una nueva interpretación de la naturaleza moral de los Estados Unidos.

Para este fin se volvió a partir de un análisis sobre el origen de los norteamericanos. Constituidos por sucesivas olas de inmigración, los pobladores de esa nación, no eran sino una mezcla heterogénea e informe de la "hez del mundo"¹⁰. Después de todo ¿cuáles habían

sido las causas para abandonar sus lugares de origen? Al hombre lo ligan mil y mil lazos a su suelo natal y sólo le obliga a abandonar la seguridad que le confiere el conocimiento del lugar en que nació, una idea altruista, como en el caso de los españoles que vieron ante todo a evangelizar al indio: la persecución en su propio país, o el que por su bajo desarrollo intelectual, no tenga oportunidades en su lugar de origen. De aquí que puesto que los pobladores de Norteamérica no habían venido para educar religiosa, cultural y moralmente a los primitivos pobladores; tanto los descendientes de los originales colonos como los nuevos habitantes fueran la conjunción plena de todo lo despreciable de Europa. Una mezcla de ignorancia, corrupción, delincuencia y prostitución .

La llegada de estos habitantes perseguidos por sus prácticas inmorales a un territorio infinito en posibilidades, hizo que por algún tiempo no se manifestaran sus profundos sentimientos delictivos. La propia Inglaterra, responsable por aquellos habitantes y aquellas tierras en nada se preocupó por hacer prevalecer el orden y las buenas costumbres en sus pobladores. La independencia misma de los Estados Unidos no fue otra cosa que una rebeldía a las medidas de orden que, tardíamente, la corona inglesa quiso imponer en sus colonias. Una vez libres, los norteamericanos, se organizaron bajo un sistema que no era otra cosa que la legalización de la licencia. Sus sistemas no fueron la consolidación de la libertad, sino el libertinaje más deshonesto. Todos respetaron las leyes porque lo único que sancionaban era el derecho a la usurpación y al robo, a la idolatría y a la barbarie; en fin, porque con ellas se daban los mate-

riales suficientes para levantar el altar al único dios adorado en esa nación civilizada, el oro¹².

La democracia norteamericana era, por tanto, el sistema de la ignorancia y la turbulencia, que destruye y desorganiza todo orden establecido. Su principio era el caos moral que los había constituido en base de su fundamental ética, "esa demagogia estúpida y torpe que no tiene otro medio de mando y de influencia que la proscripción¹³ de todo cuanto hay de noble y grande y respetado en las naciones".

Su éxito se debía a que sus dirigentes, al dar impulso a la naturaleza licenciosa del pueblo, habían fomentado la avaricia y habían dado libertad ilimitada a las más corruptas actividades. Constatyeron de esa manera, una riqueza pública espectacular, al mismo tiempo que conservaron la unidad de todos los habitantes en torno suyo, con su condescendiente indiferencia. Se concretaron a defender a toda costa ese deshonesto orden de cosas. Con todo esto, se fomentó el aumento de la población, pues, por otra parte, los países europeos para limpiar su territorio de la plebe asesina que desde la Revolución Francesa se empeñaba en subvertir el orden, habían hecho que todos aquellos que deseaban un enriquecimiento inmediato, vieran en aquel gobierno la panacea de sus intereses. De tal manera, el aparente éxito norteamericano era en realidad una inversión del orden de la moral, constituyendo al delito en virtud, y dándole el crimen una fuerza legal que lo disculpaba¹⁴.

Por lo tanto, la sociedad norteamericana era una sociedad sin freno, sin moralidad, sin verdaderas leyes. Sus costumbres resultaban "las más inciviles y aún las más feroces"¹⁵. El afán de pose-

sión de bienes materiales era lo único capaz de hacer mover aquella sociedad y todo lo que a ello se opusiera, fuera libertad, legalidad o moralidad, era poco menos que secundario. En esa sociedad era donde la mala fe resultaba más descarada y evidente¹⁶. Su movilidad no era otra cosa que una especie de instinto animal, producto de una pasión desmedida de tierra, explicable en aquellos que nunca antes habían poseído algo¹⁷. Las costumbres de ese pueblo de gambusinos eran el más acabado ejemplo de la vulgaridad, el alcoholismo y la grosería; todo lo cual los hacía comparables con los indios "salvajes" del norte¹⁸. Estos conceptos los reunió Don Simplicio al dedicar una copia conmemorativa de la salida de John Slidell en 1846:

Vuelve a mascar tu tabaco

Vuelve al bucy y a la cerveza

Ve, y encomiendate a Baco

Para olvidar tu simpleza

Vuelve a tu grande nación

De esclavos y cuarentonas¹⁹

La barbarie de los Estados Unidos y de su pueblo, además de todo lo antes mencionado, tenía tres formas características que en especial repudiaban los mexicanos; su falta de conciencia religiosa, su afán esclavista y su declarado anti-dindigenismo.

La carencia de una conciencia religiosa, era considerada el orgien de todos los males del pueblo norteamericano. La reforma protestante desde su origen, había sido la causa de que las costumbres morales, el orden y la estabilidad de Europa se relajaran. Como consecuencia el espíritu religioso, propio de la Europa cristiana, había perdido con la aparición de los intereses materiales como

únicos eslabones capaces de establecer ligas entre los pueblos. Por ello, al momento de propagarse, estas nuevas ideas, surgió la ola de sangre que cubrió durante muchos siglos a las naciones del antiguo continente, porque la religión católica, durante el tiempo que había tenido el dominio absoluto sobre el espíritu humano, había realizado:

...la empresa de suavizar las costumbres, abolir la esclavitud...enfrentar el poder y relacionar a este con los intereses públicos...dando nueva vida al individuo y reorganiz²⁰ando la familia y la sociedad.

Libres los hombres de las obligaciones inapelables de la religión, desataron sus afanes de dominio y poder sobre los más débiles e indefensos. Los norteamericanos eran los directos herederos de esta traición. Los Estados Unidos habían sido el receptáculo de todas las sectas, "de todos los absurdos, de todas las ridiculeces que bajo ese nombre se practican en el mundo"²¹. Estas proliferaban en un terreno fértil a todo exceso y contribuían a la confusión de los verdaderos principios morales, pues algunas de ellas exaltaban las más despreciables costumbres como fundamento de sus doctrinas. Un ejemplo claro de ellas eran los mormones. El pueblo norteamericano, pues, era el modelo de la ceguedad del espíritu humano.

...es imposible dejar de gemir...al considerar la muchedumbre de sectas que dividen a los Estados Unidos, que cada día se hacen más numerosas, por las divisiones y subdivisiones continuas que allí se verifican; y cómo podría de dejar suceder, cuando ninguna tiene regla de fe que las

22
contenga?

Además contra todo lo que creían muchos mexicanos, el fanatismo y la intolerancia "de los Estados Unidos, excede en mucho a los de los tiempos sanguinarios de las ponderadas hogueras de la inquisición"²³. El calvinismo de la Nueva Inglaterra podía muy bien ilustrar esa cruel intransigencia, pues entrañaba en su seno poderosos elementos de persecución²⁴. Por otra parte, se afirmaba que una de las más feroces persecuciones religiosas era la de Filadelfia en 1844, en la cual iglesias y casas de los católicos habían sido entregadas a las llamas²⁵. El panorama que presentaban los norteamericanos era que al no tener freno de una verdadera moral cristiana, su conducta era malévola y réproba²⁶. Como decía el Gallo Pitagórico:

Es necesario abusar o por mejor decir, burlarse de la ilustración de los hombres que la tienen, para proponer a los anglo-americanos como ejemplos de moralidad, ¿Qué ciudadano ilustrado de la república, o mejor dire, del mundo entero, ignora que entre los anglo-americanos... los hay verdaderos hipócritas, que cuando ejercen las virtudes no lo hacen por convencimiento ni amor a ella, sino por su propio interés? Esos mismos moralísimos individuos no son conocidos de todo el orbe sino como los más inmorales...²⁷

De esta falta de principios morales se desprendía que en los Estados Unidos pudiera considerarse virtuoso a un hombre que se - aprovechaba de otro, despojando a los pobres indios de sus tierras o bien que, malévolamente, firmara tratado que de antemano, tenía

la firme idea de no cumplir. Porque la falta de principios morales hacia que existieran infinidad de leyes bárbaras que nadie tenía el más mínimo deseo de derogar²⁸. Una de esas salvajes instituciones, producto de ese estado de cosas y tal vez su más execrable versión, era la esclavitud,

esa inhumana especulación...que explota al hombre, lo marca con un sello de servidumbre como si fuese un bruto, como si todo individuo de la especie humana no fuese hijo de Dios; contrariando la causa de la igualdad santa que nos predica el Evangelio²⁹...

Esta constitución parecía la más descarada de las contradicciones, la muestra más artera de la hipocresía que aquella nación que había proclamado la igualdad de derechos entre todos los hombres y mantenía en la esclavitud a multitud de seres humanos, "sin otro motivo que ser de distinto color que el resto de los habitantes del país"³⁰. A los esclavos se les trataba peor que a bestias de carga y de arado. Esta profunda llaga, esta barbarie de que eran responsables los norteamericanos, era el resultado de la reforma protestante³¹, porque si se recorría la historia de la humanidad, se podía encontrar que sólo el cristianismo había enfrentado efectivamente esta abominable práctica social³².

Lo dicho sobre las leyes y constitución de los Estados Unidos, cobraba un relieve singular visto desde el punto de la esclavitud. Según la opinión más generalizada en México, la esclavitud era la prueba más evidente^{de} que las leyes estaban planeadas para permitir los excesos más crueles³³. Además, su prosperidad resultaba la

más odiosa, puesto que en gran parte estaba fincada en ese "impío tráfico de la esclavitud"³⁴, especulaba con la condición de los negros, explotaba su trabajo y se enriquecía con su desgracia³⁵.

Ciertamente un pueblo cuyo gobierno democrático permitía tales prácticas, aceptaba unas leyes que consentían esa barbarie, y hablaba simultáneamente de extender "el ámbito de la libertad", no podía significar ninguna seguridad y menos podía considerarse un pueblo civilizado.³⁶

Al igual que la esclavitud, aunque con menos énfasis, los periódicos mexicanos hicieron algunas referencias al trato que recibían los indios que habitaban o habían habitado las zonas fronterizas de los Estados Unidos. El énfasis era menor, porque en este sentido la conducta mexicana no era tan inmaculada, y de haber podido, los mexicanos hubieran estado de acuerdo en el exterminio de los bárbaros del norte. El origen de la conducta de los norteamericanos hacia los indios, se achacaba a una codicia ilimitada de tierras, enraizada en el origen mismo de pueblo estadounidense. Al encontrar los colonos un obstáculo en los pobladores originales para la prosecución de sus planes de posesión, trataron por todos los medios de usurpar esos territorios. Primero se aprovecharon de la ignorancia del indio de los sistemas occidentales, que firmó tratados en los que éstos últimos resultaban perjudicados. Por medio de éstos, los norteamericanos adquirieron fértiles extensiones por cantidades risibles. Cuando la resistencia fue mayor, se firmaron contratos más ventajosos; pero más tardaban en ser firmados, que en ser violados por los norteamericanos³⁷. Cuando se llegaron a da:

casos de una resistencia abierta y definitiva, la conducta de los angloamericanos fue cazar a los indios como infelices bestias ³⁸.

El resultado, en cualquiera de los casos fue expulsar de sus territorios a los habitantes primitivos apoderándose de sus tierras. Quedaron convertidos en miserables horadas que tenían que dedicarse a la devastación para poder subsistir o vivir en condiciones humillantes, refugidos en las más inhóspitas zonas. Así, día a día se extinguían por falta de lo indispensable para la vida humana ³⁹. En esta campaña antiindigenista, el especulador de tierra y de pieles, contó con la efectiva ayuda del predicador de las sectas protestantes:

el fanático puritano...creyendo que su deber consistía en destruir no el error, sino al pueblo que lo cometía, a fuego y sangre lanzó al pobre indio del suelo de la Nueva Inglaterra, Después vino el protestante más refinado y calculador... que puso en sus manos un libro que no comprendía (La Biblia), les compro pieles, y les vendió polvora, fusiles y aguardiente. Así la embriaguez, el desorden, la guerra civil entre las tribus indias, acompañaban por todas partes al misionero protestante... ⁴⁰

Después de ver aniquilada a la raza indígena y de observar como se mantenía el mayor cuidado en tener en el más completo anodamiento a la raza africana, trasplantada para labrar sus campos y vista con más hondo desprecio que los bueyes y mulas, que en México hacían el mismo trabajo. Y así se preguntaba un periódico

mexicano, ¿podría afirmarse la existencia de libertad en los Estados Unidos? ¿había igualdad ante la ley, soberanía popular, moral, orden? ¿podía hablarse de un pueblo civilizado? La respuesta era negativa, los Estados Unidos son un modelo de barbarie⁴¹.

Por eso todos estos fenómenos que apuntaban los periódicos mexicanos sobre los Estados Unidos parecían ciertos. Si se carecía de un verdadero gobierno, de una moral, de una religión, en fin de todo aquello que se puede ligar estrechamente a los individuos de una sociedad. Si la codicia y el egoísmo eran los únicos elementos que impulsaban a aquella nación, ¿cómo se podía explicar su solidez económica y sus espíritu nacional? La respuesta que daban era que la prosperidad norteamericana era algo ficticio y aparente. El espíritu cívico en realidad no existía. En realidad no eran una nación, eran una masa informe de individuos con intereses irreconciliables. "No tenemos asegurarlo-decía un artículo de El Tiempo-⁴² la Unión Americana es un coloso con pies de barro" .

En la decantada nación no había vínculos sociales auténticos, lo único que existía era un desmedido afán de lucro individual, en cuyo fin se han unido momentáneamente⁴³ . No había tampoco instituciones políticas verdaderas, porque las que existían eran tan débiles, tan caóticas, que al más mínimo conflicto se vendrían abajo⁴⁴ . Lo que se llamaba espíritu público no era sino la manera⁴⁵ de cada quien defendía sus intereses pecunarios de los de los demás . Todos los habitantes de ese país eran extranjeros que habían llegado a buscar beneficios materiales, y en cuando éstos se ago-

tarán, lo abandonarían sin importarles su territorio, su honor y su gloria ⁴⁶. Si no era cierto todo esto -preguntaba un editorial- ¿Por qué el afán de dar concesiones a algunos estados como los del sur? ¿por qué el temor de que ⁴⁷ rompa el precario equilibrio y la debilitada unión entre los estados del norte y los del sur? ¿Por qué los intereses económicos de unos estados pugnan abiertamente con los de la otra mitad? ⁴⁸. Por eso mismo, cuando la noticia de la anexión de Texas fue conocida en México, El Siglo XIX, afirmó con cierto aire de complacencia:

Los Estados Unidos encontrarán en su delito el castigo. La agregación de Tejas va a ser para ellos un elemento de discordia; decidirá tal vez, el rompimiento de los Estados del norte con los del sur y acelerará la terrible revolución con que tarde o temprano se ven castigados los pueblos que han fundado su prosperidad en el impio tráfico de la esclavitud... ⁴⁹

Aunque no fue Texas sino California la causante, la profecía se cumplió.

Por todo lo dicho, se explica que muchos de los periódicos de la Ciudad de México al principio de guerra, creyaran que los Estados Unidos no resistirían el conflicto bélico que se proponían con México. Era casi una seguridad que aquel pueblo egoísta no respaldaría a su gobierno en la contienda. "Los Estados Unidos no son una nación aguerrida ni belicosa" ⁵⁰, comentó El Siglo XIX. La Voz del Pueblo dijo que no podrían hacer una guerra, porque sus militares "no han oído silbar una bala y han pasado la vida en el ocio de

la paz"⁵¹ . El Tiempo comentó por su parte:

¿De dónde viene a los Estados Unidos soñarse una nación guerra y conquistadora? ¿Cuáles son sus precedentes en las armas, cual la uniformidad de sus intereses y principios religiosos y políticos, cual la homogeneidad de su población? Compuesto informe de todo los cultos, de todos los pueblos y de todos los vicios, el yankee no ha ejercitado su valor sino en oprimir al hombre...⁵²

Una vez comenzadas las hostilidades y ante las sucesivas derrotas que México iba a padecer, los periódicos trataron de mostrar en forma encarnizada, el salvajismo y la barbarie de los norteamericanos. Se habló de quema de poblaciones, de saqueos⁵³, de violaciones; en fin de las peores crueldades de que era capaz el género humano⁵⁴. Ciertamente, si por una parte, los mexicanos alguna vez creyeron que habían sido vencidos por el pueblo más poderoso de la tierra, al mismo tiempo sintieron ser víctimas del pueblo más barbaro del orbe. La mezcla extraña de admiración y repudio que se dio en aquellos años, por aquellas muy peculiares circunstancias, se prolongó por mucho tiempo.

Tal vez sería aventurado afirmar que esa misma actitud de ambivalencia persiste todavía hoy ante los Estados Unidos.

CAPITULO II

N O T A S

1. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", la Voz del Pueblo, 26 de marzo de 1845, p.2
2. "Porvenir", El Siglo XIX, 25 de marzo de 1845, p.4
3. "Honor a nuestro ejercito", Don Simplicio, 25 de marzo de 1845 p.4
4. "Tejas y Federación", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.1
5. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
6. "Más sobre la República de Sierra Madre", El Siglo XIX, 3 de octubre de 1848, p.4
7. "Federación. Amnistía. Tejas", La Voz del Pueblo, 12 de abril de 1848, p.4
8. "Guerra y Unión", El Republicano, 16 de marzo de 1846, p.3
9. "Paz con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 9 de abril de 1845, p.4
10. "La independencia de México amenazada por los Estados Unidos", El Tiempo, 15 de mayo de 1846, p.1
11. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
12. Ibid
13. "La República y la Monarquía", El Tiempo, 21 de febrero de 1846, p.1
14. "La cuestión del día", El Tiempo, 12 de marzo de 1846, p.1
15. "Libertad", El Republicano, 20 de marzo de 1846, p.3

16. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
17. "Tejas y el ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p.2
18. "Atroz vandalismo", Diario del Gobierno, 23 de febrero de 1847, p.4
19. Don Simplicio, 8 de abril de 1846, p.4
20. El Católico, 18 de abril de 1846, p.172
21. "Otro argumento a favor de la tolerancia", El Observador Católico, 23 de diciembre de 1848, p.279
22. "Sectas religiosas de los Estados Unidos", El Observador Católico, 20 de mayo de 1848, p.201
23. op.cit. nota 21
24. "Revista Religiosa", El Católico, 21 de marzo de 1846, p.93
25. "Revista Religiosa", Estados Unidos", El Católico, 24 de enero de 1846, p.503
26. "Comunicados", El Defensor de las Leyes, 30 de abril de 1845, p.2
27. Morales, Juan Bautista, "Disertación contra la tolerancia religiosa", "La Voz de la Religión". 30 de agosto de 1848, p195
28. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
29. Rosa, Luis de la, "Discurso pronunciado en la Alameda..."El Republicano, 19 de septiembre de 1846, p.3
30. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.1
31. "Sobre la introducción del Protestantismo en México", El Observador Católico, 8 de abril de 1848, p.49
32. "Política Cristiana", El Católico, 23 de marzo de 1846, p.101
33. "Guerra de Castas", El Universal, 4 de diciembre de 1848, p.1
34. "Tejas agregado a la Unión", El Siglo XIX, 22 de marzo de 1845, p.3

35. "Más sobre la República de Sierra Madre", El Siglo XIX, 3 de octubre de 1848, p.4
36. "Unión", Boletín de Noticias, 25 de marzo de 1845, p.4
37. "Californias y la República", El Tiempo, 4 de febrero de 1846, p.2
38. "Tejas y el ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p.2
40. "Sobre la introducción del Protestantismo en México", El Observador Católico, 8 de abril de 1848, p.49
39. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", Ibid, 26 de marzo de 1845, p.2
41. "Guerra de Castas", El Universal 14 de diciembre de 1848, p.a.
42. "Parte Política", El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
43. Ibid
44. Ibid
45. Ibid
46. Ibid
47. "Estados Fronterizos", El Eco del Comercio, 28 de junio de 1848, p.4
48. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 26 de marzo de 1845, p.4
49. "Tejas agregado a la Unión", El Siglo XIX, 22 de marzo de 1845, p.3
50. "Cuestión de Tejas", Ibid, 26 de marzo de 1845, p.4
51. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.4
52. "Parte Política", El Tiempo, 9 de mayo de 1846, p.1
53. "Taylor", Don Simplicio, 9 de mayo de 1846, p.1

54. "Guerra defensiva o defensivos", Ibid., 22 de agosto de 1846,

p. 4

CAPITULO III

LA AMENAZA DEL EXPANSIONISMO

Los mexicanos, a juzgar por la opinión que se expresó en forma articulada, admiraban y repudiaban al mismo a los Estados Unidos, pero por encima de esto, les temían. Antes de 1845, las referencias a una posible agresión de los Estados Unidos se dejaban oír intermitentemente, pero no como tópico general sobre el que se insistió. La ayuda que Texas había recibido para emanciparse y mantenerse como estado libre se achacaba con razón a la política norteamericana pero no se veía con claridad como un paso definitivo en su carrera expansionista. El año de 1845, fue decisivo en ese sentido. Al momento de declararse abierta y legalmente la anexión de Texas, y más aun después de las declaraciones hechas por Shannon el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México, los mexicanos vieron con claridad, el expansionismo de los norteamericanos. Fue entonces cuando se empezó a ventilar el asunto en la prensa mexicana.

La posición que los periódicos mexicanos tomaron frente al expansionismo norteamericano, resulta muy singular. En todo momento se le criticó, porque México resultaba ser la primera víctima. Pero unos periódicos vieron el expansionismo como una prueba más de la efectividad del sistema norteamericano y de la fuerza de su sociedad, hábilmente organizada. Otros consideraron el fenómeno como muestra evidente de la execración, maldad y gérmenes nocivos de los anglosajones. Para todos, los Estados Unidos se convirtieron en un enemigo natural y providencial de México.

El origen del expansionismo norteamericano se hacía recaer en tres fundamentales puntos. Para unos era el resultado mismo de la conformación del pueblo norteamericano. Para otros, el paso que los gobernantes daban para satisfacer las exigencias negativas de su pueblo y mantener, de esta manera, la precaria unidad de los Estados Unidos. Para algunos más, era la trasposición al Continente Americano de la lucha secular de la raza anglosajona contra la raza latina. Todas estas diferencias que se hicieron del origen del expansionismo quedaron a nivel de individuos, no de periódicos; es decir, en un mismo periódico se llegaron a exponer las tres teorías.

La que veía el expansionismo como un resultado natural del origen y desarrollo del pueblo norteamericano, puso el acento vital en que los habitantes de los Estados Unidos eran inmigrantes. El hecho implicaba que una de las motivaciones más importantes que habían tenido los primeros habitantes, había sido obtener todo aquello de lo que habían carecido en el viejo continente; siendo básicamente sociedades agrícolas, el ansia de tierras era infinita. Las nuevas olas de inmigrantes, movidos por igual impulso, al encontrar las tierras de la costa ocupadas por los pobladores más antiguos, se vieron obligados a trasladarse al interior, y como por otra parte, los Estados Unidos constituían una puerta constantemente abierta para todo el que quisiera llegar, el avance de la población hacia el interior del país resultó incontenible. Además, varios artículos afirmaban que como el norteamericano no amaba a la tierra en sí, sino su producto; cuando se le presentaba la oportunidad de adquirir una que le prometiera mejores frutos, no tenía

escrúpulos para abandonar la que poseía originalmente. Una vez aban¹ donado su lugar de origen, cualquier desprendimiento era fácil. En resumen la causa del expansionismo debía encontrarse en "el carácter emprendedor de los ciudadanos de esa nación" y en la movilidad social que representaba el constante aumento de su población². Según esta explicación, el expansionismo no era censurable, estaba en el orden de la naturaleza humana.

Otro punto de vista interesante para explicar el expansionismo como producto del pueblo norteamericano, era el que lo hacía recaer en la naturaleza perversa de sus habitantes. Según esta explicación, siendo los norteamericanos la "hez del mundo", todos sus actos estaban determinados por los impulsos más negativos de la naturaleza humana, como la codicia, Delincuentes a causa de sus creencias religiosas o de sus ideas políticas, habíanperdido lo mucho o lo poco que poseían en sus tierras de origen, y en ellos se habían despertado los sentimientos insanos de avaricia de usura. Por eso aun cuan³ do su territorio podía contener cien veces más población de la que tenían, se movían tomando lo que encontraban a su paso, con la esperanza de mejores tierras y para ello hacían uso del dolo o de la violencia. Tal era el caso de la compra de la Luisiana y las Floridas.

Los norteamericanos habían adquirido...mucho más terreno del que podían poblar en dilatado número de años; pero su codicia no estaba satisfecha...

Pero hubo un tercer matiz en esta interpretación del origen del expansionismo: los Estados Unidos estaban interesados al mismo tiempo, en obtener las tierras de Texas y las de Oregón. Tomando

en consideración esto, el expansionismo resultaba de la falta de espíritu nacional auténtico de los norteamericanos, los que divididos por sus intereses económicos, individuales o regionales, pugnan por proteger cada quién los suyos sin sacrificar la unidad que obviamente necesitaban. Así, extendiéndose a costa de lo que fuera necesario, podrían satisfacer sus aspiraciones particulares y locales, y mantendrían simultáneamente incólume el interés nacional. Más aún, el expansionismo se convertía en sí, en un nuevo lazo de unión entre ellos .

Cualquiera que fuera el matiz que se diera, la conclusión era que:

en las diversas edades de los pueblos, así como en los de los hombres, va habiendo pasiones dominantes que determinan los procedimientos de cada época, y según que en el curso de la vida halagan más o menos tales o cuales sucesos, producidas por esta o aquella pasión, así se determina el carácter individual en los hombres y el nacional en los pueblos. El norteamericano tiene dadas pruebas repetidas de que sus circunstancias los impelen a la conquista y en los años que lleva de vida, ha indicado que su carácter ha de ser como ha sido... Los resultados que ha obtenido hasta hoy con su conducta, han sido de hecho favorables, aunque de derecho indebidos; pero aquello basta para determinar el carácter que sea más dominante... y por lo mismo debe tenerse como una verdad, que por muchos años los Estados Unidos del Norte han de ser conquistadores...

principalmente de los pueblos vecinos .

En cuanto a la segunda explicación, la que sostenía que era obra de los individuos y no de la totalidad del pueblo, habían dos posiciones. Una afirmaba que era obra de los partidos políticos; la otra, que era obra del gobierno de 1845, concretamente obra de James Polk. Según la primera opinión, cada partido representaba en los Estados Unidos, dos tipos de población más o menos diferenciada. El Whig, partido de los hombres ilustrados⁶, representaba a la población de origen, es decir, a los descendientes de los primeros colonos, y por lo mismo tenía una tradición y una cultura bien cimentadas. El Demócrata era el partido de la plebe, representaba los intereses de los nuevos inmigrantes, gamlusinos, viciosos y degenerados, desarraigados que habían llegado después de la independencia⁷, y cuya característica fundamental era la codicia . El primero obviamente estaba en abierta oposición a los intereses expansionistas⁸. El segundo, en cambio, era el alma de los mismos . El primero veía en este fenómeno el germen de destrucción de la unidad moral de los Estados Unidos, y un elemento poderoso para relajar las costumbres de los norteamericanos. El segundo, por el contrario, atento a los intereses primarios del hombre, sostenía la necesidad de satisfacer los apetitos de posesión de nuevas tierras de los recién llegados⁹. En esta lucha de partidos también se reflejaba el problema regional de los Estados Unidos. Se creía ver en el partido whig al defensor de la libertad y en el Demócrata, al que pretendía extender el área de la esclavitud¹⁰. Si se toma en consideración todo lo dicho, resultará explicable que los periódicos mexicanos pusie-

ran un empeño especial en dar noticia de la campaña presidencial de los Estados Unidos en 1848, porque del resultado de la misma, dependía de que los norteamericanos continuaran o no su trayectoria expansionista. De igual manera nos podremos explicar el entusiasmo expresado por todos los diarios ante el hecho de que Taylor hubiese ganado las elecciones. Pese a lo dicho, los mexicanos, también se percataron de una cosa y la transmitieron en sus periódicos: en los Estados Unidos, los partidos salvando todas las diferencias que los separaban, tenían siempre frente a sí el principio de la unidad norteamericana, y por ello, si en un momento se oponían a los afanes expansionistas, no era por tomar en consideración la justicia de Mexico, sino los intereses de los Estados Unidos¹¹. Con esta misma política era de esperarse que todos los partidos estuvieran de acuerdo en sostener la expansión, si esta era necesaria para proteger la unidad interna¹².

De esto último se desprendía la opinión de que, el sistema de los norteamericanos era el que había sancionado legalmente la expresión de los bajos sentimientos del hombre, y sus gobernantes, parte de ese pueblo nefasto. Estos últimos, adelantándose a las necesidades de la colectividad, se habían lanzado antes de que el pueblo lo exigiese por la trayectoria del expansionismo. Así esperaban tener satisfechas de antemano las necesidades de la población establecida y de la que día a día llegaba procedente de Europa. Con esto aseguraban, el enriquecimiento individual de los miembros del poder público y se afianzaba la continuación política que, por otra parte, les daba oportunidades como individuos. En tal forma Tyler y Polk,

como instrumentos de esa política y como especuladores individuales, eran los causantes de los atentados que sufría México.

13

El gobierno de los Estados Unidos favorece esta continua emigración. Sus intereses ganarán cada día, y el interés es el móvil único que da actividad y fuerza a la Unión Americana. Y aun cuando por miras de consideración y de lealtad pretendiera oponerse al movimiento de invasión, al espíritu que lanza a esos codiciosos aventureros sobre las tierras vírgenes de California, nada podría hacer para impedirlo, porque en aquel país la democracia arrastra y no sigue a los gobiernos. La promesa de la agregación de Tejas ha valido la presidencia a Mr. Polk; su fuerza consiste en la que le presta su política usurpadora... La cruzada se predica activamente en los Estados del Sur; se adoptan las palabras de la Biblia para ponderar la fertilidad de sus tierras de leche y miel; se pinta como fácil la empresa de usurpación; y se anuncia públicamente en la prensa y en los meetings, que si la agregación de Tejas fue la cuestión presidencial en 1844, la agregación de California será la cuestión para la presidencia en 1848.

14

Otros periodistas, sin duda más cortos de vista, hacían responsable al presidente Polk de todo el fenómeno expansionista de los Estados Unidos. Su acción individual era la razón misma del programa iniciado en el asunto de Texas. Dentro de esta corriente, un artículo de El Tiempo afirmaba:

Polk, tan temerario como el más ignorante de los seres,

hará, no hay que dudarlo, todos los esfuerzos posibles para traernos una guerra de exterminio, azuzando a los salvajes de nuestras fronteras, despertando la codicia de miles de aventureros que buscan tierras y minerales para echarlos como perros sobre nuestros departamentos limítrofes... Polk ambiciona un nombre en la historia, aunque sea para ser maldecido por una eternidad... y degr¹⁵arlo a la condición de bruto...

Al mismo tiempo, lo consideraban un farsante que no sólo agredía a México, sino que engañaba a los propios norteamericanos¹⁶. Con tal de llevar a cabo su programa, había llegado a violar los mismos proceptos constitucionales de los Estados Unidos.

...ha infringido escandalosamente esa misma constitución santa, bajo cuya égida se quiere poner a Tejas... ha recurrido a chicanas parlamentarias y a hacer degenerar la¹⁷ cuestión...

Pero hubo algún periodista que era la excepción de la regla, que llegó a justificar la política individual de Polk y hasta su conducta expansionista; y con base en los intentos de mediación inglesa en el problema de Texas, dijo:

...era imposible que consintiera se introdujese en nuestro continente y en sus fronteras, una población toda inglesa en sus costumbres, y sus intereses, en su gobierno, que naturalmente iba a tenerlos (a los Estados Unidos) en perpetua alarma, teniendo constantemente comprometida su

nacionalidad, su tranquilidad interior, o cuando menos la de los Estados limítrofes, donde podían excitar continuas turbaciones .

La opinión general de los periódicos mexicanos, no obstante, fue que "se considere como un acto privado de los súbditos de la república vecina, o bien como los simulados ataques de la política tortuosa y hostil de su gobierno"¹⁸, el expansionismo de los Estados Unidos implicaba una violación del territorio mexicano y por lo tanto una agresión abierta y definitiva.

Independientemente de estas dos explicaciones, estuvo otra que hacía creer en el expansionismo norteamericano, no era otra cosa que la continuación de una lucha racial, que había surgido muchos siglos atrás. No se trataba de que las circunstancias obligaran al pueblo de los Estados Unidos a extenderse, ni de la acción de tal o cual partido o individuo. Era la raza anglosajona que lanzaba un nuevo reto a la raza latina²⁰. Los Estados Unidos respondiendo a una fuerza que los rebasaba a un "destino manifiesto", eran por el orden natural e histórico de las cosas, nuestros enemigos; eran los "enemigos implacables de nuestra raza"²¹. Por una tradición enraizada en los siglos "nos desprecia y afecta respecto de nuestra raza la más insultante superioridad"²². La anexión de Texas²³ y la guerra no eran sino la prueba evidente de esto .

...al usurpar a Tejas han dado un grito de exterminio a la raza hispanoamericana; un grito que debe resonar en todo el Continente y ser para toda esa raza una señal de alarma...²⁴

La anexión de Texas era, por tanto, el primer paso en los proyectos²⁵ de dominación norteamericana sobre todo el Continente Americano ; pues era irrefutable que no habrían de quedar satisfechos", hasta que dominando a toda la raza hispanoamericana encuentren por únicos límites el Océano"²⁶... Visto así el expansionismo, estaba en peligro la existencia misma de México y de los mexicanos; "el dilema de ser o no ser"²⁷ . Por ello El Siglo XIX se preguntaba en 1848 si no era esta la explicación de la conducta de los norteamericanos en California y Nuevo México, "al imponerles un gobierno militar"²⁸ . Y con la misma monótona insistencia, todos los periódicos mexicanos durante el transcurso de la guerra habían estado clamando "lo que quieren (los norteamericanos) es la extinción de la raza hispanoamericana"²⁹ .

Más, en este punto, no toda la culpa era de los Estados Unidos, los mexicanos tenían una buena parte de ella. Colocadas dos razas enteramente distintas en el Nuevo Mundo estaban destinadas a mantener una perpetua rivalidad y México había dado la ocasión para desarrollar la prepotencia de la raza anglosajona. México había permitido a los anglosajones establecerse en Texas y California, a pesar³⁰ de que en dichos lugares era muy débil la población de raza latina .

Nuestra política natural era no poner en contacto dos civilizaciones distintas, dos razas diferentes, al menos mientras México no alcanzase los altos destinos a que le llamaban las circunstancias favorables que acompañaban su emancipación. Algunas leguas de desierto cuidadosa y soberanamente despoblado, eran pues, la mejor frontera

entre dos naciones que no podían en un plazo más o menos largo, dejar de ser rivales y enemigas³¹.

Con estos argumentos, pues, los periódicos mexicanos explicaron el origen y causas del expansionismo norteamericano. Pero no se detuvieron en este problema. El avance de los norteamericanos no era un peligro teórico, sino una realidad puesta en las fronteras mismas del país. Por ello, también se dieron a la tarea de analizar la forma o formas que adoptaba este fenómeno. Para plantear así, las soluciones y los medios de defensa correspondientes. En esta forma se llegaron a distinguir dos tipos de expansionismo que lógicamente se involucraban mutuamente: el ideológico y el territorial.

Ciertamente, como confesaba El Monitor Republicano, el expansionismo norteamericano no era algo desconocido para los mexicanos ilustrados³², pero como había sido el producto de una política basada en un frío cálculo, en una detenida meditación³³, tardíamente se habían podido percatar de las intenciones de los norteamericanos. Por ello no se habían puesto los medios efectivos de defensa. Según se deja traslucir, dos hechos hicieron que los mexicanos se dieran cuenta exacta del programa expansionista de los Estados Unidos y ninguno dejaba lugar a dudas. Uno era la anexión de Texas, el otro la teoría del Destino Manifiesto³⁴. Percatándose de la significación de estos hechos y volviendo luego la mirada al interior del país, amén de las declaraciones de Shannon, se llegó a la conclusión de que ciertamente, hacía muchos años que los Estados se habían propuesto apropiarse del territorio mexicano. Estos habían escogido

el momento preciso para iniciar su carrera de usurpaciones; "en 1821 -decía un artículo de La Voz de la Religión- no se habían atrevido a usurparnos un sólo palmo de tierra"³⁵. Por otra parte, nunca hubieran podido arrebatarnos de su territorio a México, sin guardar las apariencias, pues de lo contrario se hubieran atraído la animadversión de Europa, y su inmediata participación en el conflicto³⁶. En cambio si se seguía una política cauta, a la vez que artificiosa y siniestra, todos los peligros se podían sortear y se aseguraba simultáneamente la obtención del fin. La manera de llevar a cabo todo este programa había sido debilitar a México y mostrarlo en el exterior, abyecto y desorganizado.

La vecindad de la confederación americana, ha sido la verdadera causa de todas las desgracias de nuestro país. En nuestra infancia como nación le abrimos los brazos y seguimos sus consejos...³⁷

Pero ¿de qué manera habían podido llevar a cabo su proyecto? El primer paso fue que México, una vez alcanzada su independencia de España, destruyera el mecanismo administrativo y político que durante trescientos años lo había gobernado³⁸.

Más tarde, empezaron a levantar en México un imperio de otra clase: sus libros y sus ideas, las ofertas de sus representantes, y el engañoso espectáculo de su prosperidad, arrastraron por caminos nuevos y peligrosos nuestra generosa confianza. Las ideas republicanas se apoderaron al fin de la nación, y se formularon en el gobierno... Creímos que el camino más pronto para asegurar la liber

tad política, era arrojarnos en brazos de los Estados Unidos, imitar servilmente sus instituciones y sus consejos. Formose entonces la absurda Constitución de 1824, y el representante americano fundó sociedades secretas que tiranizaron y consumieron al país...³⁹

Estas instituciones, en sí negativas por su origen⁴⁰, trasladar sus gérmenes disolutivos al todo que había sido la Nueva España. Los Estados Unidos sabían bien que México jamás podría tener los medios, ni las condiciones para constituirse bajo el sistema republicano federal, y que por tanto, éstas producirían el efecto deseado: la confusión y el desorden⁴¹. Después de haber dado este paso, los norteamericanos se avocaron a la tarea de socavar el cimiento más fuerte de unidad entre los mexicanos: la religión católica. Con la fundación de las logias masónicas se había iniciado la campaña que concluiría dividiendo a los mexicanos, y haciendo que perdiesen el espíritu de nacionalidad

un espíritu oculto que mina los cimientos de nuestra sacrosanta religión; este espíritu no es nacional; es el espíritu de la impiedad que hace todos los esfuerzos para descatolizarnos y bajo el halagueño aspecto de una fermentada civilización colocarnos al nivel de sus doctrinas erróneas y antisociales⁴².

De esta manera se había perdido el vínculo de nuestra sociedad y la guerra civil se había entronizado. En esta situación surgió otro aliado que los norteamericanos ya habían previsto, la crisis económica. Sin darse cuenta de que la bancarrota había precedido a la independencia, lo veían de una manera simple: México, el país

más rico del mundo, se había empezado a llenar de deudas y miseria⁴³. Además, se fomentó el odio contra todo lo que fuese de España, separando a los mexicanos de sus aliados naturales.

Han querido separar el nuevo del viejo mundo, seguros de que la prepotencia de su nación, respecto de las otras repúblicas americanas, les daría con el tiempo su absoluta dominación, que ellos se extenderían hasta donde les conveniese, fijándose en primer término la posesión de México hasta Panamá, para seguir luego con las Antillas y ser dueños de todo el seno mexicano, y puede decirse sin temor, del comercio del globo⁴⁴.

Al mismo tiempo que hacían esto, aprovechando el desconcierto interno de México y que éste no podía vigilar sus fronteras, empezaron a mandar caravanas de comerciantes y aventureros, que cumplían con dos finalidades: Una era deslumbrar a los mexicanos con el progreso norteamericano, fomentando las simpatías hacia los Estados Unidos. Otra estableciéndose en aquellos territorios para preparar, por todos los medios a su alcance, un ambiente favorable para cuando la anexión de los mismos fuese oportuna⁴⁵.

Así los norteamericanos habían preparado la situación para llevar a cabo sus miras de expansión. ¿Por qué no era cierto que la federación había hecho que se perdieran los lazos de unión entre las partes y el todo?⁴⁶ Como decía El Tiempo en 1846 ¿no era cierto que hasta los últimos movimientos internos de Alvarez y Yañez respondían a proposiciones subversivas de los Estados Unidos?⁴⁷ El cálculo había sido perfecto. Texas se había perdido; las Californias estaban

por perderse; Yucatán se había separado y el gobierno no podía controlar los movimientos del sur y cuando las mismas causas siguieron produciendo los mismos efectos, "las estrellas norteamericanas nos irían arrancando uno a uno los pedazos de nuestro territorio"⁴⁸. Era evidente, pues que

Los Estados Unidos han sido, son y serán por mucho tiempo, directa e indirectamente, una de las principales causas de nuestras desgracias...⁴⁹

Algunos creían que el expansionismo territorial había sido precedido por el ideológico. Pero según otros, el afán de expansión territorial del pueblo norteamericano, nada tenía que ver con sus instituciones y su ideología; y menos con la implantación de éstas en el territorio mexicano. Estos últimos, proponían que lo único que habían hecho los norteamericanos era aprovecharse de las circunstancias favorables que la propia desorganización mexicana les daba; por consiguiente, sólo afirmaban la existencia real de un expansionismo territorial.

Era cierto, afirmaban, que desde hacía tiempo los Estados Unidos habían tratado de extenderse. La compra de la Luisiana, la adquisición de las Floridas y posteriormente, los diversos intentos legales^e/ilegales de comprar Texas, eran testimonios de esa ansia de poseer territorios⁵⁰. Era cierto que habrían de utilizar cualquier medio para alcanzar este fin. Se habían intentado las vías diplomáticas con Poinsett, Buttler, Shannon y Slidell⁵¹. Se habían enviado comerciantes a las zonas fronterizas como vanguardia política especialmente a Santa Fe para preparar el ánimo de los mexicanos de la

conveniencia de pertenecer a los Estados Unidos ⁵². Se habían perseguido a las tribus bárbaras, logrando arrojarlas delante de sí para que sirvieran "como el ariete de los romanos, de abrir una brecha donde se precipite la legión de conquistadores que quisieran ⁵³ ver su Capitolio en Panamá .

Finalmente, aprovechando la situación favorable que les daban los conflictos internos de México, se habían lanzado sobre el territorio de Texas. En este asunto había existido, en verdad, una política tortuosa por parte de los Estados Unidos:

Su política ha sido verdaderamente falsa. Mandaron a nuestro suelo una colonia...la elevaron a la categoría de pueblo independiente y soberano y después de esta farsa, la agregaron a la Unión. Esta ha sido, en pocas palabras la historia de Tejas, que no es mas que un episodio de la de los Estados Unidos ⁵⁴ .

Los pretextos para anexarse Texas habían sido, sin duda, injustificados, porque no era lógico culpar a los mexicanos de barbaridades con los texanos, cuando en los Estados Unidos existía la esclavitud ⁵⁵ . Tampoco era razonable que se alegaran principios de seguridad, porque en ese caso México podía esgrimir similares argumentos para anexarse todo el territorio del sur de los Estados Unidos ⁵⁶ . Por último, tampoco existía en la justificación del gobierno norteamericano, ningún elemento legal en que apoyar tal medida.

La anexión de Tejas es una violación al derecho internacional porque, aunque los Estados Unidos hayan reconocido la independencia de Tejas, este hecho no invalida el

derecho de México a ese territorio, como tampoco lo invalida el que no haya podido reagregarlo. Por otra parte, si los Estados Unidos afirman que es parte del territorio de la Luisiana, aunque así hubiese sido, ellos formalmente firmaron un tratado con España, primero y luego con México en los que no estipularon alguna pretensión sobre dicho territorio; en consecuencia se ha faltado a los tratados, y se han ultrajado nuestros derechos admitiendo a Tejas en la Union Americana⁵⁷

Pero, como los periódicos mexicanos dijeron, los mexicanos estaban convencidos que en este asunto lo que menos importaba eran los principios legales. La anexión de Texas era, en su opinión, un abuso de la supremacía y de la fuerza de los norteamericanos⁵⁸, pero en la que los mexicanos también tenían parte de culpa. La "cuestión de Tejas", según la opinión más generalizada, era tan sólo el principio de un programa total de los Estados Unidos. La gran mira de éstos -decía El Tiempo- era el extenderse sobre todo el territorio mexicano. Esta empresa necesitará tiempo pero ellos lo sabían aprovechar⁵⁹. El Siglo XIX, por su parte, afirmaba que una vez que los Estados Unidos sentaran el precedente de que podían aprovecharse del territorio que por razones de seguridad les conviniese, no pasaría mucho tiempo en que proclamaran que les pertenecía hasta el Istmo⁶⁰ de Tehuantepec. Don Simplicio comentaba:

Traducimos del Correo de los Estados Unidos el siguiente párrafo: "Parece evidente que existe en México una sociedad de patriotas, que tiene por objeto la fusión en una

sola confederación, de todas las repúblicas de América. El mes pasado se reunió esta sociedad en México y acordó lo siguiente: que la incorporación de los Estados Unidos del Norte a los Estados Unidos de México debe ser el gran objeto de la sociedad durante el año de 1846. En cuanto a la agregación de Cuba, El Expreso, refiere que varios habitantes de Illinois han tenido una junta en Springfield, en la cual resolvieron la agregación de la isla de Cuba, dando por razón que no era formada de otra cosa sino del barro del Mississippi ⁶¹.

Como se puede ver, nadie estuvo en desacuerdo con la idea de que el expansionismo de los Estados Unidos no se detendría en el Río Bravo. Sin embargo, en un principio se creyó que la anexión de la totalidad del territorio no tendría lugar de inmediato. Los Estados Unidos, por el momento, sólo parecían estar interesados en los territorios del norte ⁶². Estos eran objeto de serias preocupaciones, particularmente el territorio de las Californias.

La idea que entonces se tenía de la naturaleza de las Californias, que se confirmaría más tarde, era de que éstas eran un lugar especialmente privilegiado por su naturaleza física; sus tierras, fértiles, ricas en minerales preciosos y además, con el mejor puerto de toda la costa americana del Pacífico, que podía hacer de aquella región, el emporio del comercio con el Asia ⁶³. Estas condiciones, justamente, hacían muy atractivo ese territorio a los ojos codiciosos de los norteamericanos. Los hechos al menos así lo demostraban, y no pasaría mucho tiempo en que aquel territorio pasara a sus

a sus manos. Los periodistas mexicanos tenían presente que todas las empresas mexicanas por colonizar aquel territorio habían fracasado. El puerto de Monterrey, por otra parte, ya había sido objeto de un ataque y ocupación por la fuerza naval de los norteamericanos⁶⁴. Constantemente se habían dado movimientos subversivos en aquella región, en los que la participación de los comerciantes y colonos provenientes de los Estados Unidos, había sido franca⁶⁵. Por último, los políticos y los periodistas de los Estados Unidos, no guardaban ninguna reserva al proponer que Las Californias fueran anexadas también a su territorio con el pretexto de que México era incapaz de mantenerlas y no tardaría en cederlas a Inglaterra o Francia. Por ello, decían los periódicos mexicanos, día con día los Estados Unidos enviaban aventureros a aquellas tierras con el pretexto de pasar al Oregón⁶⁶. Todo esto lo manifestaban los periódicos de la Ciudad de México antes de la guerra. Esta vino a demostrar que no habían pecado de exageración en sus predicciones. El expansionismo ideológico podía ponerse en tela de duda, pero el territorio, era irrefutable.

Antes de la guerra, los mexicanos se percataron de que los Estados Unidos alegarían para sostener su avance territorial, razones de seguridad e intereses internos de su país, y que lo justificarían con los más diversos argumentos. Uno que llamó particularmente la atención de los periódicos mexicanos fue el de que México debía vender algunos de sus territorios. Antes de la guerra, este argumento había sido expuesto por los diversos representantes di-

plomáticos norteamericanos en México. Pero durante ésta, el pragmatismo característico de la manera de ser del norteamericano — que tanta admiración causaba a muchos mexicanos⁶⁷ — volvió a manifestarse. Los norteamericanos apoyados sobre argumentos de peso (sus victorias militares) de nuevo hacían ver a los mexicanos la necesidad de que se les vendieran los territorios del norte, México no sacaba ningún provecho de ellos y los mantenía casi deshabitados. La respuesta mexicana, en este momento, fue la de que el Diario del Gobierno expuso en las siguientes palabras:

Es esencia del contrato de compra-venta, que el consentimiento sea mutuo y espontáneo. No se puede comprar cuando el dueño de una cosa no quiere venderla. Me vendes o te asesinas, es el lenguaje del salteador: valiera más ocupar la cosa de hecho y no exigir ese género de consentimiento⁶⁸.

Ante el fenómeno del expansionismo norteamericano, los periódicos mexicanos, obviamente levantaron sus voces de protesta; criticando la conducta del pueblo y el gobierno norteamericanos. Pero no se concretaron a esto, sino que algunos propusieron los medios para obstaculizarlo. El Tiempo, por ejemplo, propuso el restablecimiento de una liga con Europa. Otros, por el contrario, se escandalizaron ante esa perspectiva. Estos últimos afirmaron que los mexicanos debían hacerle ver a los Estados Unidos cual era su verdadera responsabilidad con el resto del continente Americano. El Republicano, en este sentido resumió las ideas de los que comulgaban con el último de estos criterios. Partiendo de los mismos prin

cipios de la declaración de Monroe, de que el continente americano estaba llamado a ser en todo la antípoda del europeo, afirmaba:

Todas sus partes (del continente americano) deben formar un todo por medio de la coalición; mas no...por el de la subordinación...cada una debe formar un pueblo se parado que desarrolle sus elementos respectivos, y en este desarrollo y progreso debe consistir la armonía... que debe presentar el nuevo al antiguo mundo. Tan difícil es reducir a Europa a una sola monarquía, como las Américas a una sola república.

Este es el principio que desconocen los angloamericanos, que ofuscados con su desmesurada ambición olvidan las indicaciones de la naturaleza y aspiran al dominio universal de este continente.

Para que las repúblicas se refundieran en la de los Estados Unidos, sería necesario que estos por la fuerza las sujetaran, o que aquellas se amalgamaran voluntariamente con ellos. Esto segundo es imposible porque las costumbres, el idioma y los diversos intereses no permiten la fusión sincera de los pueblos. Para que estos lleguen a amalgamarse para formar uno solo, es preciso que unos pierdan sus costumbres y tomen las de los otros, o que todos pierdan las suyas y adquirieran otras nuevas... ¿dejarían los angloamericanos sus costumbres por las nuestras? ¿Abandonaríamos nosotros las nuestras para tomar las suyas?...

Este llamado era pues una especie de rectificación de la teoría continentalista del Destino Manifiesto, justificación moral del expansionismo norteamericano. En otro artículo se hacía un recordatorio a los norteamericanos de las máximas que el primero de sus presidentes les había dirigido medio siglo antes ⁷⁰. Pero por el momento, las circunstancias no eran propicias para que los Estados Unidos tomaran en consideración estas opiniones. Posiblemente, con el paso del tiempo, algunos políticos norteamericanos se plantearon la última pregunta del artículo mexicano: "¿Abandonarían los hispanoamericanos sus costumbres para tomar las suyas?" Tal vez por eso hayan resuelto no anexar todo el territorio de México. Y tal vez, esa misma pregunta haya servido de base a su política posterior.

Al terminar la guerra, el expansionismo norteamericano, como antes se ha dicho, dejó de ser una especulación para pasar a la categoría de un hecho. Por otra parte, en el transcurso de la contienda se clarificaron muchas de las características del pueblo de los Estados Unidos. De todo esto los mexicanos obtuvieron una enseñanza realmente substancial. De ésta, uno de los puntos principales fue que el fenómeno expansionista no se había detenido con la firma de un tratado de paz y con la cesión forzada de una buena parte del territorio. Si antes de la guerra había estado a discusión la causa de la movilidad de los angloamericanos, ahora se dilucidaban todas esas dudas: era el pueblo, y solamente el pueblo, el motor de ella. Por eso la amenaza quedaba latente. Bien podía subir Taylor o Clay a la presidencia, pero nada podrían hacer ante una fuerza tan brutal como la que significaba la población toda de Norteamérica.

En la Ciudad de México los periódicos redactados por los norteamericanos durante la ocupación, habían dejado caer insinuaciones de anexión total⁷¹. Además se corrieron rumores de que algunos norteamericanos participaban activamente en los movimientos revolucionarios desatados durante los últimos meses de la ocupación⁷². El comentario de El Siglo XIX fue:

...Es de creerse que aquel (el gobierno norteamericano) no tendrá conocimiento oficial de lo que pasa hasta que dentro de tres o cuatro años reciba una proposición de los cazadores de búfalo de la Sierra Madre, solicitando ser anexados a la Unión...⁷³

Los mexicanos se mantuvieron en una constante alarma, a través de sus periódicos, esperando a cada momento el desenlace fatal. A cada momento se denunciaban movimientos anexionistas en el norte, en la Sierra Madre, en Yucatán; en fin,^{en} muchas partes de la República Mexicana⁷⁴. Los más simples acontecimientos se interpretaron como pruebas de la diáspora que se había iniciado con la separación de Texas y precipitado con la guerra⁷⁵. La pregunta que en casi todos los artículos tácita o explícitamente aparecía era: "¿será posible que entre la república del norte y la nuestra haya paz duradera, mientras tengamos alguna cosa codiciable?"⁷⁶ La respuesta era una interrogación definitiva, pero siempre se recomendó estar pendientes de cada uno de los pasos que el vecino diera, porque hubiera o no una nueva guerra, se tenía la idea firme de que los Estados Unidos no eran otra cosa que "el enemigo natural e implacable que la Providencia nos ha designado"⁷⁷.

CAPITULO III

NOTAS

1. "Más sobre la República de Sierra Madre", El Siglo XIX, 3 de octubre de 1848, p.2
2. Ibid
3. "La cuestión del día", El Tiempo, 12 de marzo de 1846, p.1
4. "¿Cuánto vale Tejas", La Voz del Pueblo, 10 de mayo de 1846, p.2
5. "Sistema de Guerrilla", El Republicano, 21 de noviembre de 1846, p.3
6. "Tejas y el Ejercito", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p.2
7. "Editorial", El Estandarte Nacional, 9 de abril de 1845, p.4
8. Ibid
9. "Estados Fronterizos", El Eco del Comercio, 28 de junio de 1848 p.4
10. La Voz del ... op.cit. nota 6
11. El Eco del... op.cit., nota 9
12. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
13. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 19 de julio de 1845
14. "Californias y la República", El Tiempo, 4 de febrero de 1846, p.I
15. "Parte Política", Ibid, 9 de mayo de 1846, p.1
16. "Modas", Don Simplicio, 25 de marzo de 1846, p.2
17. "Paz con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 9 de abril de 1845, p.4
18. La Voz del P...op.cit., nota 13

19. "Colonias Militares", El Siglo XIX, 3 de septiembre de 1848, p.3
20. "Federales Santanistas", Boletín de Noticias, 11 de abril de 1845, p.4
21. "Comunicado", El Defensor de las Leves, 30 de abril de 1845, p.2
22. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 27 de marzo de 1845, p.3
23. "La Conquista", El Republicano, 25 de mayo de 1847, p.4
24. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
25. "La ambición disfrazada de honor nacional", Ibid, 11 de mayo de 1845, p.4
26. "Porvenir", Ibid, 25 de marzo de 1845, p.3
27. "Más sobre la República de Sierra Madre", Ibid, 3 de octubre de 1848, p.3
28. "Anexación", Ibid, 19 de octubre de 1848, p.3
29. "Nuevo México y los yankees", Diario del Gobierno, 4 de agosto de 1847, p.3
30. El Siglo XIX, 22 de abril de 1845, p.4
31. El Tiempo, *op.cit.* nota 3
32. "Frutos de la Guerra", El Monitor Republicano, 7 de julio de 1848, p.3
33. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", La Voz del Pueblo, 26 de marzo de 1845, p.2
34. "Parte Política", El Tiempo, 29 de mayo de 1846, p.1
35. "Carta de un amigo a otro..." La Voz de la Religión, 4 de noviembre de 1848, p.527
36. "Cuestión del día", El Tiempo, 5 de abril de 1846, p.1

37. "Proyectos de los Estados Unidos", Ibid, 13 de febrero de 1846,
p.1
38. Ibid
39. "Muestra Profesión de Fé", Ibid, 12 de febrero de 1846, p.1
40. Cfr. supra., capitulo II
41. "La Independencia de México amenazada por los Estados Unidos",
El Tiempo, 15 de mayo de 1846, p.1
42. "Política Cristiana", El Católico, 4 de octubre de 1845, p.106
43. El Tiempo, op.cit. nota 41
44. El Tiempo, op.cit. nota 34
45. El Tiempo, op.cit. nota 36
46. "Cuestión del Día", Ibid, 13 de marzo de 1846, p.1
47. "Parte Política", Ibid, 27 de mayo de 1846, p.1
48. "República y Monarquía", Ibid, 6 de febrero de 1846, p.1
49. "Parte Política", Ibid, 5 de febrero de 1846, p.1
50. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845
51. "Guerra y Unión", El Republicano, 16 de marzo de 1846, p.3
52. Estados Unidos", Ibid, 18 de abril de 1846, p.4
53. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845, p.4
54. "Guerra con los Estados Unidos", Ibid, 20 de julio de 1845, p.4
55. "Tejas", Ibid, 24 de enero de 1845, p.4
56. El Siglo... op.cit. nota 54
57. "Agregación de Tejas", Ibid, 5 de abril de 1845, p.3
58. "Cuestión de Tejas", Ibid, 26 de marzo de 1845, p.4
59. El Tiempo, op. cit., nota 41
60. El Siglo... op.cit., nota 57

61. "México y la isla de Cuba agregadas", Don Simplicio, 11 de febrero de 1846, p.4
62. "A última hora", El Defensor de las Leyes, 26 de marzo de 1845, p.2
63. "Californias", La Voz del Pueblo, 5 de febrero de 1845, p.4
64. Ibid
55. "Californias y la República", El Tiempo, 4 de febrero de 1846, p.1
66. "Nuevos disturbios en Sonora", El Siglo XIX, 3 de octubre de 1845, p.4
67. Cf.supra, capítulo I
68. Diario del Gobierno, 12 de septiembre de 1847, p.4
69. "Al Tiempo", El Republicano, 28 de marzo de 1846, p.3
70. El Siglo...op.cit., nota 12
71. "Carta de Teophilo a Philoparto", La Voz de la Religión, 23 agosto de 1848.
72. El Siglo...op.cit. nota 1
73. "Política del gobierno Norte-Americano", El Siglo XIX, 14 de septiembre de 1848, p.4
74. "Yucatán", Ibid, 3 de junio de 1848, p.3
75. "Los que quieren tolerancia...", La Voz de la Religión, 25 de octubre de 1848, p.475
76. El Siglo... op.cit. nota 1
77. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 9 de febrero de 1845, p.3

SEGUNDA PARTE MEXICO

CAPITULO IV
DEL PESIMISMO NACE LA CONCIENCIA

Tal vez uno de los factores que determinaron la aplastante derrota de los mexicanos en la guerra contra los Estados Unidos, haya sido su actitud pesimista, no solo ante su pasado remoto y próximo, sino ante su presente y su futuro. No se requiere una aguda perspicacia para darse cuenta que en la historia de México ha habido muy pocos momentos de verdadero optimismo. Más si bien es cierto que el optimismo no ha sido nuestra característica, también lo es que nunca el pesimismo ha alcanzado el grado que tuvo durante el periodo de la guerra contra los norteamericanos. Por supuesto tal pesimismo estuvo justificado por las circunstancias mismas. Recuérdese que desde diciembre de 1844 al mismo mes de 1848, además de la guerra extranjera, hubo cuatro golpes de estado de importancia: el de 6 de diciembre de 1844, el movimiento de San Luis en 1845, el de la Ciudadela en agosto de 1846 y el de los Polkos durante febrero y marzo de 1847. A estos se suman otros de menor trascendencia, como el motín del Peñasco en 1845; el de Yañez en Jalisco y el de Alvarez en el sur, en 1846; en Mazatlán hubo tres con diferentes planes cada uno entre los años de 1846 y 1847; y al finalizar la guerra en 1848, el de Jarauta y Paredes. Simultáneamente existieron dos zonas con sangrientas guerras de castas: Yucatán y la Sierra Gorda. Por supuesto los cambios materiales fueron incontables y ocho presidenciales en cuatro años. Para colmo, hubo un cambio constitucional: el restablecimiento

de la Constitución de 1824, la cual hubo tiempo de reformar y aún de crear el nuevo estado de Guerrero. Sin duda de todo pueden ser calificados los mexicanos de aquel tiempo, menos de perezosos.

Ante este panorama, como es fácil comprender, la prensa capitalina adoptó una gama variadísima de opiniones, tan caóticas como los acontecimientos mismos. En un solo punto fue constante la opinión de los periodistas, en su pesimismo ante el presente y el futuro del país. En general, los periodistas mexicanos opinaron que desde la independencia de México, hasta sus días, había solo dos momentos brillantes en los que se hubiera podido presagiar un futuro mejor para el país: El Imperio y la primera República¹. Después, la nación había iniciado su peregrinar por el sendero de las revoluciones, alcanzado el estado lastimoso en que se encontraba para el momento en que se iniciaba y desarrollaba la guerra contra los vecinos. También era general^{1a} opinión de que la constante agitación interna había causado el debilitamiento de la nación. No obstante esto, en las revoluciones de aquellos años, la prensa misma sirvió para fomentirlas, aunque se opinó que estos movimientos respondían a causas más profundas. En la interpretación de esas causas surgió la polémica, pues hubo diferentes puntos de vista.

Para los conservadores las revoluciones no eran otra cosa que el producto de la importación de doctrinas novedosas, que en todas partes habían causado el desquiciamiento de las sociedades². Los liberales, por su parte, atribuían su origen a la conservación de todo lo español, que siempre había sido pernicioso³. Los primeros sostenían que el mal radicaba en las instituciones fundadas a

partir de 1824 y los segundos, que el problema radicaba en la sociedad. Pero lo cierto es que ambos grupos llegaban a la conclusión de que nada bueno había en el país, tanto así, que los patrones sobre los que fincaban sus críticas eran tomados del extranjero. Así, al problema del pesimismo sumaron el de la inseguridad de hacer algo con los elementos con que se contaba. No servían ni la sociedad ni las instituciones.

Para aquellos que consideraron que el mal partía de la sociedad misma, o sea los liberales, ponían en duda la existencia misma de la sociedad mexicana de entonces y la consideraban "una simple reunión de hombres sin lazos"⁴. La sociedad mexicana les resultaba dividida bajo un criterio económico-racial-ocupacional. En la cumbre de la pirámide veían tres grupos: ejército, clero y aristocracia; seguía la clase media y en la base, el pueblo, al que a menudo se calificaba como los "indios". Era opinión general de los periodistas que comulgaban con estas ideas, que todos los estratos sociales, por una u otra causa, eran culpables del estado lastimoso en que se encontraba el país; pero sin duda cargaban mayor culpabilidad en las clases de los dos extremos.

El ejército recibía el peso de la culpa, en especial después de la guerra, en que las críticas a aquel se hicieron más constantes y crudas. Es necesario aclarar que en este caso liberales y conservadores estaban de acuerdo. Las críticas al ejército se hicieron a dos niveles. De acuerdo con la estructura interna del mismo, se criticaba tanto al grupo dirigente de oficiales como a la masa. De la oficialía se decía que estaba formada por individuos sin capacidad

ni méritos suficientes para ocupar los cargos correspondientes. La organización colonial había sentado las bases de este mal, pues durante trescientos años nunca existió la preocupación de preparar al oficial criollo, al cual se relegó a una segunda categoría y se le puso bajo las órdenes del peninsular, que contaba con la preparación cívica y militar requerida. El segundo paso se dió durante el movimiento de independencia, en el que estos mismos criollos, sin experiencia ni méritos, encontraron la oportunidad para alcanzar las más altas jerarquías⁵. Por último, la desorganización interna del país abrió aun más las posibilidades de la corrupción dentro de este cuerpo político y clase social; pues el ejército se había convertido en el refugio de los oportunistas e incompetentes, que siempre encontraban posibilidades de ascenso y mejora en la inestabilidad. En suma, el ejército era el primer resorte en la subversión del orden, el primer interesado en mantener una agitación constante. El Eco del Comercio en su editorial de 31 de marzo de 1848 resume los conceptos, que en este punto, se habían repetido durante cuatro años consecutivos, en las siguientes palabras:

... la guerra civil nos ha dejado... la multitud de oficiales sin educación ni principios, que la prodigalidad de algunos ministros ha creado, tal vez en recompensa de las acciones más bajas e infames; y sustraer a estos del dominio de la autoridad civil, es darles un privilegio de cometer maldades con impunidad. Así es que aun muchos individuos que por ningún estilo pertenecen

a la milicia buscan a todo trance...la compra de un despacho de oficial retirado... para poder burlar la justicia, porque nuestra corrupción e inmoralidad ha llegado al extremo de que los ministros hayan vendido patentes de seguridad contra el fallo de las leyes...⁶

En cuanto a la masa del ejército, la opinión no era muy diferente. Se conaturaba que ningún criterio selectivo hubiera regido la formación del cuerpo militar y que se hubieran admitido o forzado a entrar a individuos carentes de conciencia cívica y preparación militar. "Existen entre nosotros comentaba un editorial una masa de más de la mitad de nuestra población, que no conoce del gobierno más que las contribuciones con que extorsiona... Y precisamente de esa parte numerosa de nuestra población fue de la que se sacó el ejército"⁷.

Partiendo de estas bases negativas, el comportamiento del ejército ante los problemas internos y externos resultaba previsible. El militar, frente a la debilidad de la autoridad civil, se había convertido en un elemento indispensable para sostener a ésta; por ello, también, los diversos gobiernos habían coqueteado con los militares y habían fortalecido su posición con fueros y privilegios. Así el ejército podía considerarse indispensable e inmune a cualquier ataque, y, por supuesto, había perdido la proporción de su liga con el gobierno. En suma la situación había llegado al punto en que para el momento de la guerra con los Estados Unidos, El Dhrio del Gobierno lamentara la situación con las siguientes frases:

Entre tantos abusos y desordenes que se notan... se dig

tingue la insolente audacia con que algunos militares insultan al supremo gobierno y a sus superiores⁸.

Por otra parte, las relaciones entre la sociedad y el ejército tampoco eran buenas. La protección gubernamental de que había sido objeto el militar, así como la carencia de responsabilidad en todos los niveles de la estructura interna de la fuerza armada, la convertían no en la salva guardia de los intereses nacionales, sino en la amenaza para los mismos. El ejército había perdido la proporción de sus fines y relación con el resto de la sociedad; se creía desligado y por encima de "ese pueblo que le pagaba con enormes sacrificios, por garantizar sus derechos"⁹. Desligado de la sociedad y del gobierno, erigido sobre las bases del oportunismo y el aspirantismo, protegido por fueros y privilegios, el ejército era una presa fácil de la corrupción. Siempre estaba dispuesto a venderse a la facción que le asegurara mayores privilegios y oportunidades y siempre estaba dispuesto a fomentar la guerra civil. Como decía El Siglo XIX, "los antecedentes de nuestro ejército nos autorizan a prever defecciones y revueltas dirigidas a derrocar todo gobierno"¹⁰.

Pero no sólo eso, sino que la corrupción del ejército había sido acompañada por el progresivo relajamiento de las virtudes militares. Las guerras civiles habían producido, generalmente, un éxito ventajoso para las fuerzas contendientes, fuera cual fuese su posición de vencedor o vencido. De aquí que "ninguna de ellas cuide de desplegar todos sus recursos para vencer al contrario y consecuentemente esto ha engendrado el hábito de celebrar capitulaciones y convenios, contrarios las más de las veces a las prevenciones de las leyes milita-

res. La cobardía, el descuido, la relajación del pundonor, que es el precioso resorte de la milicia, son una consecuencia forzosa de semejante costumbre¹¹. Además si se tomaba en consideración a la masa del ejército, el problema era más agudo aun, pues dada sus características, ésta había adquirido la costumbre de o seguir incondicional e irracionalmente al caudillo carismático, o bien la de desertar ante el primer peligro, ésta última era más frecuente. En fin, como decía el Siglo XIX, "parecía que los mexicanos habían tenido especial entrenamiento en pervertir las ideas del honor militar, e interés en hacer que degeneren las más bellas instituciones"¹².

Para el momento en que la guerra con los Estados Unidos prevalecía un pesimismo sobre la efectividad del ejército y sobre su actitud ante los intereses nacionales era general. Nadie lo creía capaz de defender a la nación o de tomar una actitud responsable ante los problemas internos. Don Simplicio, en su sección de "Precauciones y remedios", sintetizaba la opinión general con las siguientes palabras:

Una nación generosa no quiere tener por gobernantes sino héroes, y se forma un gobierno militar; los hijos de Marte quieren corresponder al concepto que el pueblo se ha formado de ellos, y cate usted, a los soldados invadiendo el foro, la tribuna todo, todo y más que todo, el erario. Vense entonces armas en los cuarteles, armas en las plazas, armas en los conventos; guerras en los campos, guerras en las calles, guerras en las azoteas, menos sobre Tejas; y contribuciones, ilustración, orden, abundancia.

gloria, todo se espera de la fuerza. Y esa nación militar llega al brillante estado en que se encuentra México.

Si perdimos en el Bravo

Muy facil es el remedio

Con un general asedio,

Que un clavo saca otro clavo .

13

Por lo que al clero se refiere, la tónica de las críticas no fue menos intensa. Se esperaba que éste grupo colaborara incondicionalmente en el fortalecimiento del orden y la unidad interna del país. Se decía que la religión, había sido el núcleo de cohesión de los diferentes estratos sociales; en sus manos estaba la educación del pueblo y la práctica de la religión había sido impuesta como obligatoria durante tres largos siglos. Esto había permitido que sus ministros tuvieran privilegios especiales que habían permanecido incólumes en la vida independiente del país. Se consideraba además que la independencia y el fortalecimiento de la nación, de cierto modo habían reforzado el catolicismo en su lucha contra el avance del protestantismo. En suma, se esperaba que por todas estas razones, el clero tenía obligación de colaborar más que cualquier otro sector, con todos sus medios en la preservación del orden social y en el mejoramiento general y en la defensa contra cualquier peligro externo.

Estas esperanzas, según los progresistas, habían sido vanas desde la consumación misma de la independencia. La Iglesia no había sido capaz de lograr la unión de las clases sociales, ni había

colaborado en el mejoramiento moral y cívico de las mismas ¹⁴. Los sacerdotes, según ellos, preferían la vida cómoda de las ciudades al sacrificio que implicaba la educación del indio, en el campo. Estos, mantenían sus prácticas idolátricas y estaban al margen de la sociedad formada bajo los principios del cristianismo. En las ciudades, el caso no era diferente; allí el sacerdote había abandonado sus funciones entregado a una vida de ocio y disipación. La clase baja yacía en la más triste condición de ignorancia, y la alta y media estaban presas en un profundo escepticismo en cuanto a la mo¹⁵ral de los ministros católicos.

Pero el clero no sólo había fracasado en sus funciones educativas y cívicas, sino que había contribuido al debilitamiento económico de otros sectores, en especial del más indigente. Los privilegios económicos de la Iglesia despojaban al pobre de sus mínimos re¹⁶ cursos ^{al} tiempo que actuaban como fuerzas relajadoras de la moral del clero ¹⁷. Muchos sacerdotes habían abrazado la profesión no por una real vocación, sino como un medio de obtener inmunidad y un medio de fácil enriquecimiento. Por otra parte, en el afán de preservar su condición privilegiada, el clero se había asociado a grupos de sediciosos, había colaborado en el proceso de disolución social, financiando revoluciones y golpes de estado. El caso típico era el movimiento de los Polkos, producido únicamente por la fuerza corrup¹⁸tora del clero. Era indudable que los ministros católicos en México se habían convertido "en sectarios de intereses terrenales..."¹⁹ olvidando su misión divina".

A todas estas críticas se sumaban las referentes al comporta-

miento del clero durante el conflicto con los Estados Unidos. La crisis económica que sufrió el Estado por aquellos días y las re-
ticencias o imposibilidad del clero para contribuir a su solución;
junto a la carencia de una respuesta más agresiva por parte del
pueblo, fueron tomadas como pruebas evidentes del fracaso del
clero en sus funciones. Para 1847, el diario del Gobierno acusaba
el clero de que en su afán de preservar sus privilegios y fortunas
no había tenido ninguna reserva primero en prostituir a los guar-
dias nacionales, y durante la ocupación del enemigo, en mantener re-
laciones cordiales con los norteamericanos, no obstante no ser ca-
tólicos y haber atentado moral y materialmente contra la Iglesia.
El caso del Obispo de Puebla, era típico, sin "sentimientos patrió-
ticos de ninguna especie, sino tan sólo quiere la protección de sus
intereses por encima de todo"²⁰.

En resumen, el clero había fracasado de manera total, en su
compromiso con la nación. Lejos de mantener la unidad, había fomen-
tado la revolución; la educación se había olvidado; la crisis eco-
nómica había empeorado por el precipitado relajamiento moral de la
sociedad. Finalmente, la resistencia contra el enemigo externo la
había entorpecido.

La clase alta o aristocracia, como a veces se llamaba, se con-
sideraba integrada principalmente por "la vieja generación de -
criollos"²¹ con un status económico alto. Esta clase era caracte-
rizada por los progresistas como "los elegantes de café y teatros,
místicos de jubileos, soldados de chanza y abogados de portal"²².
Su función dentro de la sociedad se había concretado a "entonar su

propia alabanza" y a fomentar el ocio y la falta de educación práctica de sus miembros. Parásitos sociales, nada habían hecho por ser más productivos, ni por mejorar las condiciones del pueblo, pese a que en ellos había recaído la responsabilidad de conducirlo, dada la oportunidad de mejor educación que habían recibido. Y a la vez, nada había hecho por fortalecer la economía de las clases - bajas, pese a que en sus manos estaba la fuerza económica capaz de abrir fuentes de trabajo regeneradoras. El Eco del Comercio en 1848, sintetizaba las opiniones liberales de más de cuatro años:

El ocio va generalmente unido a la educación de las clases opulentas, y es muy triste el considerar que siendo los que por sus propios intereses deberían influir en la consolidación de un buen gobierno, estén excluidos por su poca ilustración, de tomar parte activa en los negocios públicos. Sus hijos siguen las huellas de los padres, que teniendo un poco las diversas profesiones, solo los educan en algunos ramos de brillo y escasísimo provecho .

La nación, según su opinión, no había recibido nada provechoso de este grupo. Y lo que era peor, nada podía recibir, por sus características mismas. Cuando habían participado activamente en la política, lo había hecho persiguiendo "sólo el objeto de satisfacer su ambición o avaricia, cuidando sólo de sus intereses particulares, sin que se les debiera el más mínimo sacrificio"²⁴ . A su actitud mezquina debía, además, sumarse su labor destructora. De sus filas habían salido "elementos de destrucción y ruina. -

hombres influyentes que acaudillan grandes masas, hombres que hubieran podido lograr la felicidad de su patria, pero que no atendían sino a la voz de la ambición, conspiraban contra ella y enarbolaban la enseña de las revoluciones" ²⁵ .

Más si internamente sólo habían fomentado la desorganización y la corrupción, por falta de una verdadera solidaridad social o por falta de comprensión del significado de un compromiso social, ante la guerra extranjera no habían manifestado mejores virtudes. En el climax de la guerra, se les acusaba, habían fomentado la idea de una paz para preservar sus intereses, sin tomar en consideración los de la nación. El Diario del Gobierno en su número de 21 mayo de 1847, lanzaba la acusación , que muchos diarios después sugirieron con variantes mínimas:

Los hombres que hoy están por la paz son unos cuantos facciosos, traidores, alimentados en la patria para su desgracia, y nutridos en la más insaciable ambición; son unos cuantos seres extraños en su propio suelo, y que tienen muy pocos que se les parezcan, porque en ellos son contados los animales raros. Los que quieren la paz son unos cuantos seres degradados, que todo, aun lo más sagrado, lo sacrifican a los placeres, al quietismo brutal, a la riqueza y a las sensualidades; unos cuantos que no reconocen otra ley que la ambición y adoran otra deidad que la vida muelle y femenil ²⁶ .

Para con la clase media, la actitud de los periodistas liberales, fue siempre menos acre. Se le entendía compuesta por los

"hombres que ejercen profesiones honrosas para subsistir, los que palpando los sufrimientos de la falta de recursos, están dispuestos a la compasión, abrigan sentimientos generosos por educación, y a veces por necesidad"²⁷. Esta clase, se decía se encuentra aislada, pues su genio no tiene apoyo del pueblo bajo, ni es sostenida por los ricos "jueces incompetentes en materia de conocimientos".

Los periodistas justificaron a este grupo, aun en momentos en que era difícil explicar su conducta. Tal fue el caso en el movimiento de los Polkos. Durante este movimiento de las guardias nacionales contra el gobierno liberal de Gómez Fariás la prensa, si bien no lo justificó, tampoco lo condenó; y cuando hizo alguna censura, ésta recala en el clero, agente de corrupción de la clase media. Al parecer la razón de esta benévola actitud se debió sólo a que las guardias nacionales estaban integradas en su mayoría por miembros de la clase media.

Pese a todo, la prensa no dejó de hacer notar ciertos tintes negativos de la clase media, pero se atribuían a las circunstancias en que las otras clases los habían mantenido y no a la naturaleza de sus miembros. Sin embargo, su efectividad en la solución de los problemas domésticos e internacionales, no era más acertada que la de otros sectores. Por ejemplo, se criticaba su falta de productividad. Don Simplicio decía que en México "el artista se cansa de hacer un par de zapatos a la semana, el empleado se enferma cuando pone dos oficios, el marino se marca en las canoas de Santa Anita"²⁸. Esto se debía a la educación y del ejemplo que esta clase había recibido desde los años de la colonia. "La juventud completaba en

otro artículo del mismo diario sólo aprende teorías y religión, el fanatismo político y religioso es desconocido a nuestros jóvenes, jamás serán héroes, y son muy vanos para ser artistas; hablan en la tribuna de las necesidades de México, como sobre el Parnaso de las desgracias de Grecia, por inspiración y con la lira en la mano. Todo esto se debe a las enseñanzas de los viejos, que son los troncos derivados y carcomidos; y los jóvenes son su polilla"²⁹.

Pero no cabía duda el principal culpable de esta situación de la clase media era el clero, en cuyas manos había estado la educación de la sociedad en general. Debido a sus prejuicios intelectuales, habían descuidado la enseñanza de las ciencias naturales y políticas, con lo cual no era posible esperar "el adelanto y moralización del pueblo"³⁰. No era nada extraño que la clase media se encontrara en un estado absoluto de postración y degradación, pero era lamentable que una clase en sí productiva, permaneciera en la miseria intelectual y material, ignorante de sus deberes y sus derechos, llegando al punto de desconocer en ocasiones "el destino que tiene que llevar sobre la tierra"³¹. De esa manera en lugar de tener el papel de estabilizadora y salvaguarda del orden que tenía en otras sociedades, en México era al igual que las otras, presa de las revoluciones y agente de las mismas. Por su ignorancia los miembros de la clase media, eran objeto de las maniobras de "cualquier intrigante de talento que puede mover como automatas a los infelices ilusos que embauca con fementidas promesas de felicidad"³².

En cuanto a responsabilidad social, el último de los grupos que tomaban en consideración nuestros periodistas, era el que unas

veces llamaban clase baja y otras simplemente indios. La diferencia entre estos conceptos no es muy fácil de percibir en los artículos periodísticos. No obstante, bien puede decirse que en el primero incluía a la población urbana, india y mestiza, miserable y de infima educación, asimilada a las formas de vida occidentales. El segundo de los términos incluía a la población rural, del mismo tronco racial que la anterior, y a los grupos no asimilados por el resto de la sociedad; como los habitantes de Yucatán y las tribus del Norte ³³.

Con respecto a este grupo social sus conceptos y críticas estaban determinadas por un profundo racismo. El Eco del Comercio, por ejemplo, afirmaba contundentemente que "todos los problemas de México provienen de la heterogeneidad de su población" ³⁴. Y casi no encontramos un solo periódico suscrito por lo que más tarde formarían el partido liberal (muchos de ellos miembros destacados de los gabinetes de Juárez y forjadores de la Reforma), los que al tocar "las cuestiones sociales", no destilan el anhelo de que la sociedad mexicana estuviera integrada solo por individuos de raza blanca de tronco europeo. Esta actitud tiene tal vez una explicación. Hay que recordar que nuestros periodistas, como casi todos los individuos de cierta preparación en el siglo XIX, eran criollos. Por otra parte, es bueno hacer notar que el racismo criollo ante el indio tuvo dos variantes fundamentales. Unos condenaban al indio afirmando que el mal estaba en su naturaleza, en otras palabras, era irredimible. Don Simplicio, por ejemplo, afirmaba:

El pueblo sin duda tiene alma, pero carece de las ³⁵
tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad .

Otros menos radicales, veían el mal de la población indígena no en su naturaleza, sino en las circunstancias en que se había vivido desde la colonia hasta el presente. Para estos el indio -
constituía una "raza generosa y dócil" ³⁶, pero degradada.

Los que comulgaban con el primero de estos puntos de vista, recordaban a aquellos científicos ilustrados del siglo XVIII, /se ^{ante los que} levantaron algunas voces americanas. Claro que no se incluían conceptos como el del "buen salvaje", puesto que para ellos el indio no era un problema teórico, sino real e inmediato, cuantitativa y cualitativamente hablando.

La raza indígena de México... es la que compone las siete octavas partes de la república. Es indolente, humilde, perezosa. Acostumbrada a vivir de poco desdén el trabajo; la debilidad de su constitución la inclina a la obediencia; sus escasas necesidades y su ignorancia no dan lugar en ella a el espíritu de empresa. Su educación es casi la del salvaje. Identificada con sus antiguos hábitos, no bastaría el tiempo, ni el ejemplo para arrancárselos. Es hoy supersticiosa como hace dos siglos, intolerante como la ignorancia, no encuentra medio entre su religión y la idolatría o el ateísmo ³⁷.

A base de estos conceptos, se afirmaba que la población urbana en nada contribuía al desarrollo de México. Por el contrario, se decía que "la raza degenerada y embrutecida de los nativos no con

tribuye, sino a impedir con su inercia los adelantos del país"³⁸. Y sobre la población rural o semi salvaje, se decía que habiendo adquirido destreza sólo en la guerra y habiendo roto los lazos de sumisión, a la caída del opresivo sistema colonial³⁹, se había - convertido en destructor constante de todo simiento de civilización. La prueba de esto la veían con absoluta claridad en los constantes ataques de las tribus del norte, a las poblaciones de esa misma área y en la guerra de castas de la península de Yucatán. En conclusión, este grupo clamaba por que los indios fueran considerados como "enemigos del género humano y de todo orden social"⁴⁰.

Los segundos atribuían el estado de postración de la clase baja a tres causas fundamentales. La primera era la privilegiada situación geográfica de México, "la fecundidad del territorio mexicano es una de las razones por las que las clases bajas con indolentes"⁴¹. La segunda, era el odio que, desde la conquista habían guardado para lo s que no eran de su clase⁴². Pero por encima de estas la más importante, la falta de educación. En este sentido, algunos periodistas, siguiendo muy de cerca los argumentos de un Clavijero, afirmaban que el indio era absolutamente capaz, pero que su inteligencia había permanecido "por siglos enteros en la inacción, en el olvido de todos los deberes sociales, dentro de un círculo muy estrecho de necesidades e imposiciones y viviendo una vida simplemente vegetativa"⁴³. Ante esta situación, la autoridad política había hecho muy poco o nada por solucionarla; ciertamente no por falta de deseos, sino por imposibilidad física y económica, dado que los indios vivían en "terrenos muy dilatados"⁴⁴ y sus fondos estaban

exhaustos. Por su parte, el clero, en cuyas manos había estado la educación de este grupo, y a quien ellos más respetaban, solo los había conducido a la inercia⁴⁵.

En consecuencia, la opinión casi generalizada era que el indio no participaba en los problemas del país y si algún lazo tenía con el resto de la sociedad, era muy débil⁴⁶. No podía esperarse de ellos un concepto de nacionalidad y en consecuencia tampoco la defensa de la integridad del país: Pues decía El Siglo XIX "en la actualidad, en ellos se ignora si aun somos súbditos del rey de España"⁴⁷. Además, a causa de estas mismas circunstancias y del ejemplo de los constantes asonadas, golpes de estado y revoluciones, eran un material siempre propicio para socavar el orden interno del país.

De manera que vista la sociedad en su conjunto, nuestros periodistas progresistas e inclusive algunos tradicionalistas, dudaban que existiera una nación o si el pueblo mexicano, "cuya docilidad compite con la de un rebaño de ovejas", presentaba mejores características que la de los salvajes⁴⁸. De hecho los primeros elementos sociales, el orden público y la solidaridad, los veían totalmente ausentes en México; tanto que, en su profundo pesimismo, los liberales no dudaban de afirmar que "se deben pedir al extranjero"⁴⁹.

Así las revoluciones, los constantes cambios de autoridades o instituciones, en fin la inestabilidad interna, base necesaria para la preservación de la nación ante los peligros externos, encontraba una amplia explicación. "Todas las revueltas -se decía-

no han sido otra cosa que el choque necesario entre los elementos que realmente componen nuestra sociedad"⁵⁰. Los cambios y alteraciones del orden que se habían presentado con intermitente regularidad en México, y que habían acabado por agotar al país, eran causados por la inmadurez de la sociedad, o como explicaba el Siglo XIX:

En México los asuntos públicos han sido muy poco o nada para inmensa mayoría de los ciudadanos. Apenas sensibles a los primeros intereses y celosos de los más capitales derechos, todo el conjunto de la organización política, toda aquella cadena de verdades, de instituciones y de derechos de la que depende, y sin la cual nada pueden ser los primeros principios, ha quedado abandonada por la indiferencia de muchos y el tibio celo de los demás, en las manos apasionadas de idealistas exaltados, o bien, de hábiles explotadores de las afecciones del -
51
pueblo.

Este era el triste panorama que los mexicanos veían sobre su propia sociedad.

Como dijimos al principio de este capítulo, el problema de México se distribuía no solo a los males de la sociedad sino a sus instituciones. Para los conservadores este era el punto vital, aunque las plumas liberales no dejaron de hacer fuertes críticas en contra de las instituciones políticas de su tiempo. Y por supuesto to los conservadores no fueron del todo ajenos a la crítica social.

La discusión sobre el tipo de instituciones que debían conformar a México, se inició con la consumación de la independencia, y aún antes, como lo ha demostrado el doctor Edmundo O'Gorman⁵². Pero, también es cierto que este problema nunca tuvo, ni la polémica fue ni ha sido tan decisiva para el futuro de México, como la de aquellos años. El problema de la inestabilidad política como - producto de las instituciones políticas, no era tema nuevo en la literatura periodística del período que nos ocupa. Los problemas se discutieron entonces, antes y después, pero en aquellos años los cambios se dieron con tal velocidad y la amenaza exterior era cada día más evidente, que la crítica que se produjo fue pesimista, más abierta y más cruda.

El Tiempo y su continuación ideológica y El Universal, hicieron del tema un punto decisivo, ya que alrededor de él modelaron la ideología monárquica de lo que después sería el Partido Conservador. Y a su vez los ataques que hicieron al republicanismó, dieron origen a la defensa organizada que permitió pulir ideas y establecer un programa liberal.

Desde enero de 1846, con los primeros números de El Tiempo, se enfatizó la idea de que todos los males que sufría el país, provenían de las instituciones establecidas a partir de 1824. Se consideraba que al proclamar su independencia México "era un país lleno de risueñas esperanzas"; por entonces contaba con la posibilidad de llevar sus elementos naturales y contaba con instituciones, "que por su conformidad a las costumbres de los habitantes, se hallaban arraigadas en los corazones"⁵³. El error se inició con la adopción

de los primeros legisladores de las instituciones de "nuestros vecinos, para acomodarlas a un país en donde no podían convenir por hallarse en circunstancias no solamente distintas sino diametralmente contrarias.⁵⁴ Ese espíritu imprudente de imitación, según los conservadores, nos había perdido. De hecho los mexicanos no habían sabido "ni conservar lo bueno, ni destruir lo malo que antes existía"⁵⁵. Lo prudente hubiera sido introducir mejoras al sistema anterior y México no se hallaría en el lamentable estado en que se encontraba. De este tiempo procede la errónea idea de que la Constitución de 1824 era una copia de la norteamericana y el olvido total del liberalismo español; los mismos liberales dedicados a denigrar la herencia española no supieron defenderse de una acusación tan injusta a los primeros constituyentes.

Estos conceptos fueron vertidos entre los meses de enero y febrero de 1846, con la idea de sentar las bases de la defensa que más tarde se haría sobre la conveniencia de restablecer en México el sistema monárquico. Mientras tanto, hacia marzo de ese año, en el editorial del día 14 aparece un resumen de estas ideas, que viene a ser el retrato del México que veían los conservadores.

Todos los mexicanos convienen en que los males de la patria han llegado a tal extremo, que si la providencia no manda un remedio eficaz, su ruina es infalible. México se ha encontrado sin administración de justicia, sin un ejército suficiente, sin hacienda, sin seguridad en el interior, sin crédito en el exterior, con la revolución perenne que a menudo hace horribles explosiones; y

todo esto ¿por qué? Porque veinticinco años hace que no tiene gobierno; porque en tan largo tiempo, nada ha establecido de sólido y duradero, porque los que han tenido en sus manos el poder, se han visto siempre obligados a cuidar exclusivamente de mantenerse en él, sin que les haya sido dable dedicarse a corregir los males del país, ni a promover sus adelantos.

56

México había sido un ensayo institucional muy costoso, y no había la menor duda de que "las instituciones republicanas" lo habían conducido al "estado de abatimiento y postración" en que se encontraba, para cuando la guerra contra los Estados Unidos empezaba a vislumbrarse como un hecho inevitable.

57

Ante estos ataques los liberales respondieron aceptando la premisa inicial de que los males de México habían llegado al extremo de una ruina que parecía fatal. Aceptaban que parte del mal estaba en las instituciones, reflejo de las condiciones sociales. Pero aunque aceptaban la ineffectividad de las instituciones, explicaban el fenómeno de una manera diferente. Don Simplicio decía criticando los argumentos expuestos por los editoriales de El Tiempo

Hemos conservado lo malo del sistema colonial. Si señores, y como hemos conservado todo lo de ese sistema, convenid en que todo era malo... sus embrollosos procedimientos jurídicos... las tradiciones de los intendentes y virreyes... y los trémulos pasos y la cascada voz de los oidores.

58

Ciertamente las instituciones que para entonces conformaban

políticamente al país, habían contribuido a llenarlo de oprobio y

miseria; el mismo periódico, se preguntaba:

¿Pero ha podido llamarse república a lo que hemos tenido?

¿Ese monstruoso diptongo de antigüedades y de inovaciones poco calculadas, es el sistema republicano? ¡República!

¿con guardias pretorinas y con teocracia bastarda e influente en los negocios públicos? ¡República! ¿con prerrogativas y fueros? ¡República! ¿o la sustitución de unos nombres a otros, y el cambio de uniforme a nuestros opresores? No, nosotros no hemos sido un sólo día republicanos...⁵⁹

Resulta paradójico que las dos interpretaciones llegaran al mismo resultado, unos consideraban el mal, en un intento de transformación radical y los otros una consecuencia de haber preservado el sistema colonial; pero ambos llegaban a la misma conclusión: no había principio de autoridad capaz de contener el caos interno del país. Estos puntos de vista y conclusiones fueron sólo el esquema sobre el que analizaría el problema de las instituciones políticas. Sin duda, pensaban, no había "buenas leyes e instituciones libres y solidamente afianzadas, de tranquilidad, paz, orden y seguridad". En México no existían "ninguno de los bienes de la civilización" y de hecho la libertad era una "irrisión" y todos los sistemas de gobierno una farsa⁶⁰. No obstante que el pueblo estaba dotado de "una sensibilidad exquisita" y que era capaz de desprenderse "gozoso y entusiasta de cuanto posee" en bien de la patria, no había encontrado el gobierno "justo y equitativo" capaz de estimular estas inclinaciones positivas. Por tanto, el pueblo permanecía en la

61.
más absoluta inercia y desinterés con respecto al futuro del país .
Y de aquí que la fuerza armada se hubiera hecho indispensable y junto
con esto se hubiera establecido "la ley y el derecho del más fuerte";
y de aquí también , el principio de la rebelión. La cadena de acontecimientos que habían llevado a la ruina al país, podía sintetizarse de la siguiente manera:

Desprestigiada una vez la autoridad, no hay sumisión, destruida la sumisión teine lugar la rebelión, desaparece la confianza; con la confianza se destierran las buenas costumbres, el comercio, la agricultura, la prosperidad y la paz.

62
Con una constancia difícil de superar, México había caminado desde el momento mismo de su independencia, por la senda de su autodestrucción. Desde ese mismo momento había facilitado el acceso a los puestos públicos, había destruido los respetos sociales y establecido o tolerado la impunidad de los delincuentes. La audacia, entonces, se sobrepuso al verdadero mérito y "quedó abierta la escala del aspirantismo para el malvado que no aventura nada al intentar una sedición". En suma, "los destinos públicos perdieron todos los alicientes para la gente honrada y de un modo lento pero continuado, los funcionarios se desacreditaron, los altos puestos quedaron degradados y el imperio del orden y la razón cedió el puesto al caos y la destrucción"⁶³.

Si bien era cierto que México no carecía de hombres capaces e íntegros, los mexicanos no habían sabido buscarlos. Por ello se había llegado a la situación en que el poder había caído en manos de aquellos cuyos antecedentes decían claramente que el bienestar de la sociedad era el primer y el único objeto de sus aspiraciones⁶⁴.

El país, consecuentemente, era objeto de las maniobras de "uncs cuantos tiranzuelos disfrazados con el ropaje militar o con la gorra de jacobinos"⁶⁵; cuya única obra había sido el exterminio total o casi total del espíritu público. El Republicano describía al gobernante típico de México de la siguiente manera:

Casi ninguno de nuestros presidentes ha llevado por título de gobernar; pocos de ellos han tenido en sus primeros años una educación social cultivada. Desde nuestra independencia hasta hoy, con muy cortas excepciones, si hay alguna, han salido los gobernantes de México, de las filas del ejército. El primer hombre de la revolución, ha sido el primero del ejecutivo, y comprometido anticipadamente a recompensar a sus cómplices, solo se ha ocupado de pagarles el mal que han hecho a la nación en el pronunciamiento.⁶⁶

Esta falta de responsabilidad social de los gobernantes mexicanos, esta carencia total de convicciones y por lo tanto la muestra clara del oportunismo, era ya para aquellos días ejemplificada en la persona de Antonio López de Santa Anna. Las opiniones de que sobre él se vertieron en aquellos años, serían las que la historiografía oficial recogería y transmitiría hasta nuestros días. El Monitor Republicano, en su número del 12 de octubre de 1847, decía:

El señor Santa Anna ha sostenido el centralismo, ha acabado y quitado Congresos; sostenido y quitado la federación, ha hecho causa común alternativamente y con

la mayor inconsecuencia con Iturbidistas, anti-iturbidistas, Guerreristas, anti-guerristas, federalistas, centralistas, aristócratas y sans-coulottes. La gran ciencia del general Santa Anna ha sido saber aprovecharse del aspirantismo militar y político de muchas personas que no tienen otra guía de sus acciones que su propia conveniencia⁶⁷.

Con estos argumentos, podemos ver claramente que una parte de los periodistas achacaban los males de México a los ocupantes del poder ejecutivo. Parece leerse entre líneas, que México había sido lo que querían quienes lo habían gobernado, y que México sería lo que quisieran los que en el futuro tomaran las riendas del poder. Así en 1848 el Universal afirmaba:

...recaiga (sobre ellos) pues, la infamia y la vergüenza, la confusión y el vilipendio de sus aberraciones, de sus extravíos, de sus vicios y defectos y no sobre el pueblo. Pues estos infames aprovechándose del infantil candor popular, tienen la desfachatez de atribuir al pueblo⁶⁸ los males de los que ellos únicamente son responsables.

Pero no se culpaba sólo al ejecutivo de la desorganización nacional, sino que también se hacía culpable de ésta al poder legislativo. Este poder, se decía, por lo menos teóricamente, tiene más que ningún otro la autoridad en sus manos y por lo mismo el deber de establecer en la nación "los ramos necesarios e indispensables, no sólo para constituirla y conservarla, sino también para conducirla a su engrandecimiento". Pero este poder no había hecho

nada desde la consumación de la independencia para cumplir con sus obligaciones. Los periodistas le atribuían la misma falta de responsabilidad que había caracterizado al ejecutivo, puesto que por apatía había dejado muchas veces sus funciones en manos del ejecutivo, mediante de facultades extraordinarias, y que abrían las puertas a la dictadura militar.

Mas en torno a este problema hubo otra interpretación interesante. La ineficiencia del legislativo, no era tanto producto de la apatía como de falta de preparación. Por su naturaleza misma, el legislativo, estaba en manos de "las masas ignorantes y empobrecidas" que, revestidas de una autoridad sin límites, sólo la habían usado "para sancionar todos los errores, para atacar todos los intereses" llevando al país a la anarquía. En esta situación el ejecutivo, había sido "un esclavo de ese poder colonial" ⁷⁰ ←

Hubo una tercera opinión, que creía que existía una falta de equilibrio en ese poder, que era lo que lo debía caracterizar, como reflejo de la opinión del pueblo. En otras palabras, los partidos políticos habían pretendido un dominio total del Congreso, en vez de dejar que todas las tendencias estuvieran representadas en su seno, con lo cual no había existido un gobierno realmente representativo y menos democrático. El Siglo XIX, describía este fenómeno de la siguiente manera:

El triunfo exclusivo de una sólo opinión, es decir el más absurdo, tirano y anárquico de todos, ha sido el principio de nuestras sectas... y sin exceptuar un solo Congreso, todos han reducido a un juego de azar las

elecciones, y todos han sancionado la existencia de
un sistema representativo sin equilibrio ⁷¹.

Intimamente ligado con el problema de la ineficiencia de los poderes, se hallaba el de las constituciones. La opinión más generalizada era de que las diversas constituciones que México había tenido, habían sido estériles para lograr "la felicidad pública y por lo tanto habían sido carentes de todo valor" ⁷². Desconociendo el empeño de los constituyentes de 1823 y 1835, afirmaban que no habían sido producto de la realidad concreta del país. Sin el sello del consentimiento universal, tenían sólo "el tinte de los partidos, sombreado bajo las más bellas apariencias", que nunca habían tenido cumplimiento ⁷³. Si veían con claridad que el problema de la legislación mexicana es no haber sido obedecida y por lo tanto incapaz de detener la anarquía. Básicamente había sido convencional, disociando los intereses de la política y el gobierno de la realidad concreta de la sociedad. En suma, las constituciones en México habían sido redactadas sin sistema, "basadas en las necesidades imaginarias, en virtudes que no existen, en una civilización que apenas se vislumbra, en un espíritu público ideal o ficticio, en unos principios, en fin, que siendo inteligibles para pocos, por ninguno pueden ser practicados" ⁷⁴. Así los fracasos de todos los intentos constitucionales pensando que el fracaso de la primera había sentado un precedente de destrucción para las subsiguientes.

Habiéndose dado una vez el funesto ejemplo de acabar con una constitución, era consiguiente que se perdiera

el respeto a todas" .

Otro punto de vista coincidía con la premisa de que las constituciones habían fracasado en su fin primordial de traer la felicidad y la estabilidad al país, pero creía que la causa era otra. Para los que sostenían esta opinión, el mal no estaba en las constituciones mismas, sino en el pueblo, desintegrado por trescientos años e incapaz de entender el significado de la ley. El paladín de esta opinión, Don Simplicio, decía al respecto en 1846:

Que la constitución futura sea federal, central, monárquica, como pretenden malas lenguas, teocrático-militar, me importa un pito y cien trompetas; porque hemos llegado al caso de no investigar cual gobierno es el mejor, sino cual podrá sostenerse en nuestra patria. No hay que cansarse, no queremos ni federación, ni centralismo, ni monarquía, sino motines. ¿Quién sostendrá, pues la nueva constitución? mientras el pueblo no ~~se~~ criere y vigore, mientras esas clases que se llaman privilegiadas no se moralicen y enfrenen; en una palabra, mientras al hacerse una constitución no se nivelen los derechos de todos, al pueblo se le dará una constitución
76
y no estará constituido .

Los periodistas capitalinos, vieron como otra causa importante de la desorganización política eran los partidos políticos. Hubo dos puntos de vista sobre el papel que jugaban como promotores del caos nacional, pero llegaban a conclusiones similares. Unos opinaban que si leyes y poderes habían fracasado en su cometido, se

debía a la obra destructora de las facciones. Los otros sostenían que el mal estaba en la inexperiencia política de los mexicanos, poco o nada familiarizados con la práctica de la política y por ello a menudo bajo el influjo carismático de ciertos personajes, que se interesaban en sus intereses personales. La primera opinión fue sostenida principalmente por los liberales y veía en el partido político un elemento corruptor del pueblo y de las constituciones. La segunda, expresada básicamente por los conservadores, achacaba la mayor culpabilidad a los individuos que habían hecho uso de los partidos para sus fines personales⁷⁷. Ambas interpretaciones terminaban por coincidir en que el problema fundamental de los partidos políticos radicaba en la falta de tradición y de experiencia de los mexicanos en el campo de la política mexicana. Muchas veces se repitió que "en los cambios y alteraciones políticas, la mayoría de la nación" no se mezclaba⁷⁸. Por lo tanto, la política era un campo reservado a un grupo de individuos que "alternativamente se adherían a cualquier partido, según sus circunstancias personales y sus intereses privados"⁷⁹. De esta manera se explicaba la necesidad de contar con un caudillo incondicional, que sirviera como lazo de unión entre intereses particulares, de un grupo poderoso, y la masa del pueblo. En otras palabras, que apoyara las aspiraciones de los sectores superiores de la sociedad y arrastrara, con su fuerza carismática, a la masa inconsciente, para la realización de las mismas⁸⁰. Por ello, al mismo tiempo que el partido político, había corrompido al caudillo, estaba a merced de él⁸¹.

El problema fundamental para los periodistas, era que en el afán de realizar sus objetivos, los grupos altos y educados habían olvidado la ideología y el programa, dos importantísimos elementos de un partido político. Ninguno de ellos, había contado con una estructura ideológica más o menos firme. En las diversas creencias políticas, las más de las veces, no se había dado "tanto la oposición de principios como la de personas"⁸². Esto podía apreciarse en el hecho frecuente de que los individuos pasaran de un partido a otro constantemente; en el de la colaboración de los mismos individuos en gobiernos de tendencias totalmente antagónicas⁸³. Por ejemplo, en 1846, El Republicano se escandalizaba porque un grupo que había colaborado cercanamente con el gobierno de Herrera y lo hicieran despues con el de Paredes. Nada podía decirse "de la firmeza de principios, nada de la decencia y el honor"⁸⁴.

También percibieron el problema de la carencia de un programa. Ansiosos de defender sus intereses particulares, anhelos o caudillos ninguno de los grupos políticos había reparado en los de la colectividad, ni tampoco a plantearse metas concretas para realizar en el futuro. Su acción se había concretado en colocar en el poder a su caudillo, o bien en formular una constitución, creyendo que cualquiera de estos elementos por sí solos acarrearían la felicidad de su facción o de la colectividad. Por ello, se habían lanzado imprudente y ciegamente a la revolución "sin preparar debidamente lo que había de suceder al orden de cosas que se empeñaban en destruir"⁸⁵. El Monitor Republicano, en un especie de acto de contricción, afirmaba en 1848:

Nosotros no hemos tenido más que un pensamiento, disputarnos a punta de espada los cargos públicos, y procurar cada uno el triunfo de nuestro partido, no por los caminos que nos dejan libres las leyes, sino a fuerza de motines y sedicciones escandalosas. De aquí es que las leyes fueran perdiendo fuerza, las autoridades su responsabilidad, hasta^{que} llegamos al triste punto en que nos encontramos ⁸⁶ .

Mas la falta de un programa y de una ideología, no sólo había conducido a subvertir el orden interno, sino que habían conducido a la pérdida de perspectiva de los problemas externos. La labor de los partidos, en muchas ocasiones, había antepuesto las cuestiones interiores a las exteriores, de las cuales "depende el honor y el porvenir de México" ⁸⁷ . Concretamente en 1845 el Boletín de Noticias acusaba que en el "asunto de Tejas", los partidos sólo veían las ventajas que podían sacar de este conflicto para colocar a su caudillo en el poder y que por ello gritaban "de día y de noche Tejas, Tejas, para convertir esta palabra en palanca y derrocar al gabinete" ⁸⁸ . Para 1846 después del triunfo de Mariano Salas, El Republicano se preguntaba "¿Qué aun triunfan las facciones, y hemos de perder la esperanza de tener un gobierno verdaderamente nacional?" ⁸⁹ .

En resumen, el problema no era otro que el de la total carencia de partidos políticos. Entre líneas los periodistas dejaban vislumbrar que ya se tenían un claro concepto de lo que un partido político debía ser: una organización con una ideología y un pro-

grama definidos, capaz de amalgamar a los políticos en una labor conjunta, dentro de un orden legal. En realidad se lamentaban a cada momento, que sólo existieran camarillas o facciones precaria y momentáneamente formadas para solucionar inmediatos problemas o aspiraciones personales, y sin perspectiva futura. Desde su formación misma esta/^{ban} condenadas a la desintegración y al fracaso. En 1848 el Siglo XIX comentaba:

Recomendamos la tolerancia política como la primera necesidad social, como primer paso al progreso, como la primera lección de una costosa experiencia. Recórranse los partidos que han dividido la República Mexicana y en todos se encontraran acertadas ideas y errores funestos. Los defensores del sistema colonial predijeron las graves desgracias que nos han agobiado desde el momento en que se consumo la independencia. Los insurgentes prefirieron cuerdamente un lejano pero risueño provenir, a una esclavitud segura. Los monarquistas constituciones demostraron que México no estaba preparado para las instituciones republicanas, y los republicanos que absolutamente no hay elementos para una monarquía. A los centralistas desagradaron, con razón, las pequeñeces que ocupaban/^a tantos hombres nulos en los congresos de los estados, y a los federalistas los abusos y el despotismo de los poderes generales. No es extraño que en la dictadura se haya buscado remedios que la ley no ha podido encontrar. Nos confiaremos en el respeto

que nos merecen las diversas opiniones, atendiendo a que todas ellas han sido defendidas por hombres de buena fe y de grandes talentos. Pero ¿por qué desgracia han sido exageradas? ¿Por qué se las ha mezclado con intereses personales? ¿Por qué se ha buscado su triunfo mejor que en la razón, en la fuerza? Siga, siga la lucha entre los entendimientos por conseguir el bien; pero sin especulaciones venales, sin sangre, y sin vergonzosas preocupaciones .

Hemos visto como los periódicos mexicanos explicaron las causas del lastimoso estado en que se encontraba México en el momento en que se enfrentaba a los Estados Unidos. Ante esta situación surge una pregunta fundamental: ¿Cuál fue la realidad que obligó a los periodistas mexicanos a ir en busca de los orígenes? ¿Por qué analizaban tan críticamente la realidad que veían? La respuesta a estas preguntas se ha dado en cierta forma al principio de este capítulo, pero parece necesaria una definición .

Una característica, ya apuntada, de la realidad que nuestros periodistas percibían era el pesimismo. Ahí no hubo discrepancias. Todas las tendencias ideológicas expresaron su desaliento y desesperación cuando se trató de definir la situación de México durante los años de 1845 y 1848. Por ejemplo, el Siglo XIX comentaba en 1845 que "una larga serie de desaciertos y faltas" había condu-

cido al país al "funesto trance" en que se hallaba ⁹¹. El Católico del mismo año, afirmaba que pese a todos los sacrificios realizados, la paz "ese bien tan suspirado y solicitado", se alejaba cada día más ⁹². Al año siguiente, el Tiempo comentaba que México se hallaba totalmente extraviado en sus objetivos y que sólo se podía vislumbrar "una multitud de males y calamidades todavía mayores" de las que hasta ese momento se habían vivido ⁹³. Contemporáneamente Don Simplicio llegaba a la conclusión de que la "nación carecía de todo porvenir" ⁹⁴, pues los nombres de independencia y libertad carecían de significado en los oídos de los mexicanos, y por lo tanto se acercaba "victorioso el exterminio" ⁹⁵. Durante 1847, los hechos eran suficientemente elocuentes que cualquier comentario resultaba obvio e innecesario, por lo tanto la prensa guardó silencio. Para 1848 los periodistas volvieron a escribir y su punto de vista no había variado mucho, con excepción, tal vez de un mayor pesimismo. A tal punto llegó el desaliento, entonces, que los más mínimos sucesos -como podía ser el robo de un rebozo- provocaban comentarios como este: "Sucesos de esta naturaleza dan a conocer que la sociedad se aproxima a su disolución" ⁹⁶. En fin, la pregunta que durante esos cuatro años, se formularon los diarios capitalinos era la que planteó el Siglo XIX, en los siguientes términos:

¿En qué pararemos? En esta frase parece que se halla representado el estado interior, los sentimientos y las convicciones de los mexicanos con relación a su país, pues ha llegado a ser una especie de epílogo universal. ⁹⁷

Al mismo tiempo que estos lamentos cubrían las columnas de todos los periódicos de la Ciudad de México, la opinión unánime fue de que la naturaleza física del territorio mexicano, era notable por su fecundidad y riqueza. Se mantenía la vieja tradición occidental, que primero había dotado al continente asiático con todo género de riquezas, que luego trasladó al americano. Los periodistas mexicanos afirmaban que México poseía "un suelo feraz, un cielo bello y sereno, un clima suave y en suma todos los dones con que la naturaleza puede dotar prodigamente a una nación"⁹⁸, pero pensaban que en toda esa misma riqueza estaba la raíz de los males del país. Los mexicanos a pesar de estar rodeados de las más favorables condiciones, habían sacado poco o ningún provecho⁹⁹. El país, estaba muy lejos de estar floreciente y aunque era el "país más rico del mundo"¹⁰⁰ estaba lleno "de deudas y miseria". El sistema mexicano -si es puede hablarse de alguno- había llegado al punto de mantener "un número considerable de labradores sin campos y de artesanos sin talleres"¹⁰¹. En suma, el mexicano había fracasado rotundamente en la tarea de sacar ventaja de lo que la naturaleza le ofrecía. En este punto el Republicano decía:

No hemos construido caminos ni canales; hemos agobiado a las clases productoras con exacciones infinitas; hemos contraído una deuda enorme y hemos sometido a nuestros labradores y gente del campo a castigos atroces.¹⁰²

El sistema hacendario, por su parte, había carecido de organización, con lo cual los sacrificios de los ciudadanos habían caído de fruto¹⁰³. Desde la independencia misma, el desequilibrio

brio era lanota más relevante de la hacienda y "lejos de disminuirse se había ido en progreso siempre, conduciendo a la nación, de una manera rápida y segura, a su indefectible ruina"¹⁰⁴. Lo único que podía definir la situación financiera de México, "era su inmensa deuda y su miseria notoria"; y si estos dos problemas no habían podido ser solucionados "en mejores tiempos y circunstancias", se preguntaban en 1846:

¿Se alcanzara hoy que no tenemos industria ni agricultura, ni comercio; en medio de revueltas que devoran tantas riquezas, ante la guerra exterior que exige tantos sacrificios y con gobernantes improvisados por la revolución?¹⁰⁵

Este panorama de 1846, para 1848 no había cambiado mucho; las perspectivas de soluccionar los problemas de la economía nacional se consideraban inalcanzables. El Siglo XIX, comentaba:

El erario se encuentra en bancarrota...la agricultura no levanta ninguna cosecha...el comercio no ha forrado sino aduanas y la industria se alimenta de productos -¹⁰⁶ mezquinos .

Toda esta riqueza junto a la absoluta debilidad y pobreza real, hacia temer que los ojos codiciosos y ávidos de Europa y los Estados Unidos estuvieran al acecho¹⁰⁷. Es decir, lo que parecía un bien, se tornaba en un mal mayor, pues a los infinitos problemas internos se añadía el inevitable destino de verse envuelto en conflictos internacionales.

En este punto hubo diversas opiniones. Unos consideraron que veían en el peligro mismo una posibilidad de salvación. Algunos consideraban que de cualquier manera México saldría perjudicado. Otros pedían la intervención directa de Europa; mientras un último grupo prefería la anexión total a los Estados Unidos.

En 1845 a la luz de la inminente proximidad de la guerra con los Estados Unidos y ante la necesidad de una inmediata declaración de guerra por parte de México, algunos periodistas apoyaron sus opiniones en el hecho de que Europa no podía dejar pasar desapercibido el engrandecimiento de los Estados Unidos¹⁰⁸. Aun así no podían olvidar que Europa estaba dispuesta a sacar ventaja por cualquier ayuda dada a México y se preguntaban: "Nos fiaremos a la precaria y peligrosísima protección de la egoísta y envidiosa Europa?"¹⁰⁹. No obstante, la cada vez más patente indecisión de México para afrontar el problema de la declaración de guerra a los Estados Unidos, desató una agria polémica al respecto de la conveniencia de una intervención europea en México. El Tiempo se encargó de sostener la necesidad de establecer una estrecha alianza con las potencias europeas, principalmente Francia e Inglaterra, pero aún en este punto, el mismo diario no era más optimista que los demás. En 1846, comentaba:

¿Qué somos en el exterior? Nuestra opinión en Europa esta perdida, se han acostumbrado sus oídos al perpetuo escándalo de nuestras revoluciones y se nos mira como una nación condenada... a ser presa y esclava de la federación del Norte... Nos vedan todas las alianzas políticas que

podieramos entablar en Europa para resistir las inva-
siones de los Estados Unidos ¹¹⁰.

Otros periódicos sostenían que nada podía ser más peligroso y nocivo para México que una alianza con Europa. Don Simplicio refutaba las opiniones de El Tiempo:

...Las naciones europeas, como quiere el partido del príncipe extranjero, solo ellas podrían mantenernos en paz, porque el sistema de la esclavitud es durable ¹¹¹.

Este diario y algunos otros no dudaban en afirmar que era mejor una liga con los Estados Unidos ¹¹². Llevando las cosas a los extremos, no había duda, México tenía más afinidad con Norteamérica que con cualquier país allende el Atlántico. Estos periodistas se volvieron a la vieja imagen fraternal de los Estados Unidos, aún en los momentos más cruciales del conflicto con aquel país.

Pero sin duda, los periódicos mexicanos se dieron cuenta de que México estaba solo, aislado y objeto de la envidia de los poderosos. Fue un sentimiento que alcanzó inclusive los límites de la paranoia. Posiblemente ya antes se había vivido ese sentimiento de desamparo y desconfianza, pero nunca con la intensidad de aquellos años. En 1845, por ejemplo el Boletín de Noticias comentaba:

Los acontecimientos que se esperan con la conducta doble y desleal de los Estados Unidos y la diplomacia europea, habían demasiado para que pudieramos entregarnos a una ciega confianza... los frecuentes insultos, las amenazas y los epítetos más denigrantes de hombres que no tienen otro medio de discutir que el de la lógica de los -

cañones, y poder así lograr sus grandes especulaciones,
y que les otorguemos cuanto les sugiera su ambición ¹¹³ .

Más tarde, en 1846, El Republicano, afirmaba que era indudable que la "república casi va poniéndose en situación de caer en manos europeas o en las angloamericanas" ¹¹⁴ y todavía en 1848, después de firmada la paz, se comentaba que los mexicanos que en 1829 habían considerado que "no había poder suficiente para obtener de ellos la más mínima ventaja", se veían ahora a merced del primer estado que quisiera mandarlos ¹¹⁵ . En fin, en aquellos años fue común y corriente la idea de que México, desaparecería tarde o temprano del "catálogo de las naciones independientes", o como decía el Eco del Comercio:

La República quizá existirá algún tiempo como una nación despreciada, y acabara por ser presa de los mismos Estados Unidos, o del primer pueblo ambicioso que quiera apoderarse de ella ¹¹⁶ .

El primer paso en el proceso de desmembración de México y su consecuente absorción por otras naciones, parecía evidente en el caso de los territorios del Norte. La razón estaba en la riqueza misma de tales territorios. California era descrita como "una de las porciones más bellas del hemisferio occidental, abundante en metales preciosos, en frutos y maderas exquisitos, y en animales útiles y hermosos" ¹¹⁷ ; sin embargo, no han sacado ningún provecho los mexicanos.

Los mexicanos habían mostrado una evidente ineptitud para colonizar aquellas regiones, en donde había unas cuantas pobla-

118
ciones precariamente habitadas . Existía el problema de los 119
indios bárbaros que arrasaban cualquier población que se fundara.
La falta de comunicaciones era otro elemento del precario desarro-
llo de los "Departamentos del Norte". En síntesis:

...las irrupciones de los bárbaros...la inmensa ex-
tensión territorial y la pequesísima población que la
cubre; la distancia y la dificultad de las comunicacio-
nes con el núcleo del país; he aquí otros tantos ele-
120
mentos de debilidad para México .

Pero también podía sumarse la falta de interés de los diver-
121
sos gobiernos mexicanos en resolver los problemas del norte. No
se había enviado ninguna ayuda para la defensa de las poblaciones
contra los asaltos indígenas. Desde la independencia misma, había
"constantemente grandes guarniciones en las ciudades principales
de la república y formidables cantones", y en cambio, "los Depar-
tamentos del norte han sido impunemente devastados por los barba-
122
ros" . Cuando algún gobierno había puesto sus ojos en aquellas
tierras había resultado en su desventaja. Las fuerzas militares
que se habían enviado, estaban por lo general formadas de indivi-
duos indeseables o peligrosos para el correspondiente gobierno.
Alejados del control gubernamental no habían dudado en hacer uso
de la fuerza para extorsionar a los habitantes del norte o bien
fomentar revoluciones, golpes de estado o asonadas, sin que el
123
gobierno tuviera algún control .

Los diversos gobiernos, mezquinos en su política... no
han hecho a los Estados del Norte más que el funesto

presente de ineptos y arbitrarios comandantes generales.
124

Con todos estos elementos resultaba predecible la separación de aquellos territorios y su anexión a cualquier otra potencia. Y el Siglo XIX comentaba, tomando en consideración un reciente informe del gobernador de Coahuila:

Nosotros preguntamos ahora ¿Qué bienes han resultado a Coahuila de su unión con México? ¿Qué este le mande de vez en cuando un comandante general y una parvada de empleados de hacienda y guerra? ¿Es este el único vínculo que debe atar a la metrópoli con sus colonias del norte? ¿Será posible que esta unión subsista por largo tiempo?
125

Para los periodistas mexicanos a nadie debía culparse sino a los mexicanos si la separación tenía lugar. Los habitantes del norte nada habían recibido del resto de la república y si sabían de la existencia de la ciudad de México, era sólo porque "les arrebatava
126 el sustento" . Las miserables condiciones de sus habitantes, unidas al "instinto natural de los pueblos por su propia conservación"
127 , hacía que éstos, día con día, se sintieran menos ligados a México. En fin, que era un hecho que los territorios del Norte estaban "muy debilmente unidos con el centro de la República, porque aunque la continuidad de origen, de lengua, de religión y de instituciones podían ser ligas muy fuertes, "la diferencia y aún la contrariedad de intereses" eran un principio de disolución aún más poderoso
128 .

Si a esta situación se agregaba que los países europeos, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, tenían puestos sus ojos en tales territorios, como era del dominio público, entonces la evidencia era irrefutable: México estaba condenado a perder tal porción de su territorio. Pero aún así, la culpabilidad era de México. Porque los habitantes de California y Nuevo México, habían sido consecuentes con los comerciantes, pioneros o militares que habían llegado. Los Estados Unidos, se habían infiltrado "prodi-gando beneficios a los departamentos del norte"; y finalmente se creía que los habitantes de aquellas regiones se anexarían a cual- quiera de esas potencias. Entonces -decía El Siglo XIX- "nosotros nos quejaremos de ingratitude de aquellos habitantes y les llama- remos rebeldes y traidores, sin acordarnos que la decidía y la ¹²⁹ imprevisión acarrearón tales consecuencias" .

Yucatán recibía igual atención por parte de los periodistas capitalinos. Sus alternativas separaciones y anexiones a México, su conducta neutral durante la guerra, sus abiertas proposiciones de alianza con Texas, y sus intentos de anexión a los Estados - Unidos o Inglaterra, no podían pasar desapercibidas. Pero al igual que en el caso de California o Nuevo México, pese a que se critica- ba su conducta, se le acaba disculpando. Yucatán se había separado "porque no había visto en México un gobierno fuerte para proteger- lo y estable para confiar en sus actos" ¹³⁰ . Además, los gobiernos nada habían hecho para auxiliarlo en la sangrienta guerra de castas ¹³¹ que entonces padecía .

Todas estas circunstancias, hacían que hubiera llegado para

México la crisis suprema en que su suerte iba a quedar decidida para siempre ¹³². Y justamente en ese momento, el espíritu público estaba totalmente "abatido y casi extinguido" ¹³³. Los efectos de la falta de seguridad individual, de la carencia total de justicia, de la ausencia de estabilidad política y en consecuyente permanente revolución, se dejaban sentir en la profunda demoralización de la sociedad, y en el hecho de que se había apagado el más mínimo destello de patriotismo ¹³⁴. Tan triste era la situación, decían los periódicos, que se veían obligados a "repetir diariamente a los mexicanos los que no había necesidad de inculcarse, porque son los sentimientos innatos que se deben tener, "la necesidad de tener una patria ¹³⁵ y un honor". El mejor retrato de México era el siguiente:

Una administración desorganizada, una hacienda perdida, deudas enormes que nos consumen, las rentas hipotecadas a nuestros acreedores, el soldado mendigando de la usura su escasa subsistencia, los servidores del estado desatendidos, la justicia descuidada, los bárbaros haciendo retroceder las fronteras de la civilización; Yucatán emancipado; los Estados Unidos ocupando nuestro territorio; y todo esto sin marina con que defender nuestras costas, y sin poder proporcionar los recursos necesarios a nuestro ejército para expeler del suelo de la patria a sus osados invasores ¹³⁶.

En toda esta toma de conciencia de los mexicanos sobre su realidad fue determinante un acontecimiento: la anexión de Texas. Este hecho puso de manifiesto el expansionismo norteamericano. Ciertamente

que para nadie eran desconocidas las propuestas de Poinsett o Butler; cierto que las voces de Alamán y Mier y Terán se habían dejado oír; y que las participaciones de voluntarios norteamericanos en la independencia de Texas no era secreta. Aunque, todo esto podía haber sido especulación, la verdad era patente. El interés de otras naciones de tomar ventaja sobre México era claro. Francia e Inglaterra habían reconocido la independencia de Texas, Inglaterra, venía incluso para que México reconociese aquel territorio como entidad independiente. Se comentaba como la prensa francesa no dudaba en afirmar que México quedaría absorbido por los Estados Unidos a menos que... "otra potencia le brindara su ayuda"¹³⁷. Y con el recuerdo de la guerra de 1838 parecía evidente.

A ellos les resultaba evidente que las potencias europeas estaban al acecho para sacar ventaja de la debilidad mexicana; y como pruebas elucubraban en incidentes como el del ministro francés en el asunto de "El Baño de las Delicias", o la actitud inglesa en el caso de Texas. El mismo problema de las Californias no alcanzó su total significación hasta que se consumó la anexión de Texas, pues pese a que nadie ignoraba los movimientos franceses de - Dehaut-Cilly o del ataque de Jones a Monterrey en 1842; estos hechos no cobraron total significado hasta entonces. Lo mismo podría decirse respecto de Nuevo México o Yucatán.

El asunto de Texas, desde 1836 hasta su desenlace en 1845, fue el acontecimiento que obligó a los mexicanos a cobrar conciencia de sus problemas internos. En otras palabras, la pérdida de toda esperanza de reconquista del territorio rebelde y el peligro de una -

guerra internacional, les hizo volver los ojos hacia sí mismos y preguntarse por su situación. Entonces se dieron cuenta de que el problema tejano, no había sido sino "un elemento de disolución interior"¹³⁸; que cobraba el carácter de "una insolente fábula para extorsionar al pueblo"¹³⁹. Conel problema se habían justificado "toda clase de medidas de represión, todos los préstamos forzosos, las contribuciones extraordinarias y los despilfarros de hacienda"¹⁴⁰. Había servido para levantar, dezzumbar y resucitar la reputación de personajes o partidos, y sobretodo, había servido como pretexto para cualquier movimiento revolucionario¹⁴¹. Había sido, también ejemplo y precedente para otros territorios de la República. Y finalmente, era la muestra más clara y patente de la debilidad e impotencia de México para solucionar sus conflictos internos y externos.¹⁴²

La conclusión resultaba clara:

...una de las más deshonrosas páginas en los anales de la república, es la historia de Tejas. No supimos fijar con talento las bases de la colonización de aquella importante región... no supimos luego, impedir, ni siquiera dila-tar el rompimiento que tarde o temprano debía estallar en él; una vez estallado, quisimos reprimirlo con una guerra de horror y barbarie, manchada con crímenes de que hace muchos siglos no ofrecía ejemplo la historia de los pue-blos civilizados; vencidos gracias a la pericia de unos de nuestros héroes, todo lo que hemos hecho para recobrar nuestro honor mancillado, es echar fanfarronadas factan-ciosas...¹⁴³

De tal manera para los mexicanos la anexión de Texas y la Guerra con los Estados Unidos, no fueron sólo la prueba más evidente de que se iniciaba un insaciable expansionismo norteamericano, sino un despertar de la conciencia mexicana que se veía obligada a revisar su situación interna y externa. Tal parecía, como decía un artículo de El Siglo XIX, que los mexicanos descubrieran una llaga "que debería estar oculta, pero el deber del que ama de veras su patria no es engañarla, ni adular vilmente sus preocupaciones populares, sino mostrar el mal por espantoso que sea" ^{144.} Hasta ese momento, todo había sido suposición sobre los peligros de disgregación y absorción; y en cada movimiento interno, se había visto el presagio de la época feliz de la nación. Ahora el mundo de las fantasías había llegado a su fin y la realidad obligaba a los mexicanos a tomar conciencia de sus errores y peligros. México empezaba a tomar el camino de la madurez. Por supuesto que esta toma de conciencia, este inicio del proceso de maduración, este abandono de una infancia llena de sueños, fue absolutamente dolorosa y pesimista; no podía ser de otra manera.

Desde 1845, cuando nuestros periodistas volteaban la vista a los extremos del país, estos ofrecían "un cuadro, en verdad deplorable. Texas y Tamaulipas invadidos por los angloamericanos; Californias amenazadas por ellos, Sonora destrozado por una guerra obscura y desastrosa; Yucatán mal unido con la República; Tabasco su-
blevado y unido a la anarquía". La situación, era tan lastimosa que nuestros periodistas no dudaban en afirmar que "casi arranca lá-
grimas al pensar en el destino futuro de la patria". ¹⁴⁵ En 1846,

poco antes de que se hiciera la declaración oficial de guerra a los Estados Unidos, nuestros periodistas al mirar el estado interior de la nación afirmaban:

Triste es a la verdad la situación de nuestro infortunado país; tras largos años de agitaciones sin término, de ensayos sin fruto y del desconcierto de todos los resortes de la maquinaria social, aún es muy débil el consuelo que inspira la esperanza de ver el fin de tantos males, de hallar el puerto que nos salve en el naufragio político de que ha tiempo estamos amargados. Una revolución ha sucedido a otra, se han escuchado constantemente promesas de bienestar futuro, y la realidad ha sido una decadencia progresiva que poco a poco nos ha ido orillando al precipicio; peor lo que es más triste contemplar aún, es la situación aciaga que por desgracia se repite hoy entre nosotros al vernos amargados por un enemigo extranjero, que perfido y falaz se aprovecha de nuestros extravíos para dominarnos, sin que la unión nos haga fuertes para hacernos respetar para salvar nuestra independencia, nuestro honor y nuestra nacionalidad.

Es evidente que los mexicanos se sintieron derrotados antes de iniciar las hostilidades. Bástenos comparar la imagen del enemigo con la propia y la evidencia resulta manifiesta. Pero que al mismo tiempo, la proximidad, el desarrollo y el desenlace de la guerra dieron a México la oportunidad de consolidarse, de adquirir un carácter propio.

El pesimismo fue el principio de un renacer responsable. Quedaban atras las ilusiones desbordantes de los mexicanos que fundaron la república. Pero la tragedia permitió que con una conciencia mas clara de sus problemas los mexicanos pensaran en alternativas, se definieran ideológicamente los dos grupos que existían incipientemente y que despues lucharan por poner sus programas en acción.

CAPITULO IV

N O T A S

1. "República Mexicana", "El Monitor Republicano, 19 de septiembre de 1848, p.3.
2. El Tiempo, 25 de enero de 1846, p.1
3. "Al Tiempo", Don Simplicio, 4 de febrero de 1846, p.1
4. "La paz interior", El Siglo XIX, 1 de junio de 1848, p.3
5. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 16 de marzo de 1848, p.3
6. "Cuestiones sociales", Ibid, 31 de marzo de 1848, p.4
7. "El Pasado y el porvenir", El Siglo XIX, 19 de noviembre de 1848, p.4
8. Diario del Gobierno, 21 de julio de 1847, p.4
9. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 31 de marzo de 1848, p.4
10. El Siglo XIX, 13 de julio de 1848, p.4
11. "Bienes de la guerra extranjera", El Siglo XIX, 1 de agosto de 1845, p.4
12. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845, p.4
13. "Precauciones y remedios", Don Simplicio, 15 de julio de 1846, p.4
14. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 22 de marzo de 1848, p.4
15. Ibid
16. Ibid
17. Ibid, 23 de marzo de 1848, p.4

18. Ibid, 22 de marzo de 1848, p. 4
19. Ibid
20. "Partidos. La Paz". Diario del Gobierno. 21 de mayo de 1847,p.4
21. "A los viejos", Don Simplicio, (sin fecha), 1845 (?), p.2
22. "Tejas", Don Simplicio, 3 de enero de 1846, p.1
23. "Cuestiones Sociales" El Eco del Comercio.,13 de marzo de 1848
p.4
24. "Emigración", El Siglo XIX, 5 de junio de 1848, p.3
25. "Revoluciones", El Siglo XIX, 11 de junio de 1848 p.4
26. "Partidos. La Paz", Diario del Gobierno, 21 de mayo de 1847,p.4
27. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de
1848, p.4
28. "Tejas", Don Simplicio, 3 de enero de 1846, p.1
29. "Las esperanzas de la patria", Don Simplicio, 10 de enero de
1846, p.1
30. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 23 de marzo de
1848, p.1
31. "Instrucción Pública", El Eco del Comercio, 2 de abril de
1848, p.4
32. "Colonización", El Siglo XIX, 8 de agosto de 1848, p.4
33. Ibid, 5 de octubre de 1848, p.3
34. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de
1848, p.4
35. "La Futura Constitución", Don Simplicio, 14 de enero de 1846,
p.3
36. Boletín de Noticias, 28 de marzo de 1845, p.1

37. "Anexión", El Siglo XIX, 29 de octubre de 1848, p.4
38. "Emigración", El Siglo XIX, 5 de junio de 1848, p.3
39. "República de Sierra Gorda", El Eco del Comercio, 26 de julio de 1848, p.4
40. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de 1848, p.4
41. Ibid, 18 de marzo de 1848, p.4
42. Ibid, 13 de marzo de 1848, p.4
43. Ibid, 22 de marzo de 1848, p.4
44. Ibid, 13 de marzo de 1848, p.4
45. Ibid,
46. Ibid
47. "Un partido más", El Siglo XIX, 22 de octubre de 1848, p.4
48. "Una esperanza", El Universal, 20 de noviembre de 1848, p.1
49. "Fuerza Extranjera", El Siglo XIX, 7 de julio de 1848, p. 4
50. El Tiempo, 24 de enero de 1846, p.1
51. "Organización del Senado", El Siglo XIX, 5 de agosto de 1845, p.4
52. O'Gorman, Edmundo, La supervivencia política Novo-Hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano. México, Centro de Estudios de Historia de México. Condumex. 1969
53. "Los padres de la patria", El Tiempo, 18 de febrero de 1846, p.1
54. El Tiempo, 5 de febrero de 1846, p.1
55. Ibid
56. Ibid, 14 de marzo de 1846, p.1
57. "Nuestra profesión de fe", El Tiempo, 12 de febrero de 1846, p.1
58. "Al Tiempo", Don Simplicio, 4 de febrero de 1846, p.1

59. "Primer rebusno de don Simplicio.Al Tiempo", Don Simplicio, 14 de febrero de 1846, p.2-3.
60. "Colonización", El Siglo XIX, 19 de septiembre de 1845, p.4
61. Boletín de Noticias, 28 de marzo de 1845, p. 1
62. "Soberanía Popular", El Universal, 10 de diciembre de 1848,p.1
63. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 16 de marzo de 1848, p.4
64. "Un partido más", El Siglo XIX, 22 de octubre de 1848, p.3
65. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 16 de marzo de 1848, p.4
66. "Presidente de la República", El Republicano, 2 de junio de 1846, p.3
67. El Monitor Republicano, 12 de octubre de 1847, p.3
68. El Universal, 24 de noviembre de 1848, p.1
69. "El Poder Legislativo", El Monitor Republicano, 4 de octubre de 1848, p.4
70. El Tiempo, 14 de marzo de 1846, p. 1
71. "Organización del Senado", El Siglo XIX, 5 de agosto de 1845,p.4
72. "Todas las cuestiones son hojas de papel", El Universal, 17 de noviembre de 1848, p.1
73. "A última hora", El Defensor de las Leves, 26 de marzo de 1845, p.2-3
74. "Legislación mexicana", El Universal, 22 de noviembre de 1848,p.1
75. El Tiempo, 30 de enero de 1846,p. 1
76. "La Futura Constitución", Don Simplicio, 14 de enero de 1846,p.3
77. "Federación", Boletín de Noticias, 26 de marzo de 1845,p.3-4

78. "Una esperanza", El Universal, 20 de noviembre de 1848, p.1
79. Ibid
80. Boletín de Noticias, 31 de marzo de 1845, p.4
81. Ibid
82. "El General Santa Anna y los partidos", El Republicano, 30 de octubre de 1846, p.3
83. "La Paz", El Monitor Republicano, 3 de junio de 1848, p.3
84. "Hechos para la Historia", El Republicano, 15 de junio de 1846, p.4
85. El Republicano, 9 de enero de 1847, p.3
86. "México y los Estados Unidos", El Monitor Republicano, 29 de julio de 1848, p.4
87. Boletín de Noticias, 31 de marzo de 1845, p. 4
88. Ibid
89. "Defensa del Territorio", El Republicano, 28 de agosto de 1846, p.3
90. "Tolerancia Política", El Siglo XIX, 13 de julio de 1848, p.4
91. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
92. "Política Cristiana", El Católico, 18 de octubre de 1845, p.150
93. El Tiempo, 25 de enero de 1846, p.1
94. "¿Cuál sera el porvenir de la República?", Don Simplicio, 11 de julio de 1846, p.1
95. "Sexto rebuzno de Don Simplicio" Ibid, 14 de marzo de 1846, p.1
96. "Rono escandaloso", El Siglo XIX, 5 de septiembre de 1848, p.4
97. "¿En qué pararemos?", El Siglo XIX, 15 de junio de 1848, p.4

98. "Colonización", El Siglo XIX, 19 de septiembre de 1845, p.4
99. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de 1848, p.4
100. "La independencia de México amenazada por los Estados Unidos", El Tiempo, 15 de mayo de 1846, p.1
101. "Californias", Don Simplicio, 11 de febrero de 1846
102. "Defensa del Territorio", El Republicano, 28 de agosto de 1846, p.3
103. "Exigencias de la Nueva Situación", El Siglo XIX, 12 de junio de 1848, p.4
104. El Tiempo, 26 de enero de 1846, p.1
105. "Suspensión de Pagos", El Republicano, 10 de junio de 1848, p.3-4
106. "Colonización", El Siglo XIX, 5 de octubre de 1848, p.3
107. "¿En qué pararemos?", El Siglo XIX, 15 de junio de 1848, p.4
108. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 26 de marzo de 1845, p.4
109. "Agregación de Tejas", El Siglo XIX, 5 de abril de 1845, p.3-4
110. "Nuestra profesión de fé", El Tiempo, 12 de febrero de 1846, p.1
111. "La futura Constitución", Don Simplicio, 14 de enero de 1846, p.1
112. Vid. supra. Capitulo I. nota 11 a 13.
113. "El ejército", Boletín de Noticias, 19 de febrero de 1845, p.4
114. "Guerra y Unión", El Republicano, 16 de marzo de 1846, p.3
115. "La Paz interior", El Siglo XIX, 1 de junio de 1848, p.3
116. "La Frontera Mexicana", El Eco del Comercio, 8 de julio de 1848, p.3

117. "Californias", La Voz del Pueblo, 5 de febrero de 1845, p.4
118. "La Frontera y los Cantones", Ibid, 10. de febrero de 1845,p.3
119. "Indios Bárbaros", Boletín de Noticias, 11 de enero de 1845,
P.4
120. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 9 de febrero de
1845, p.3
- 121."Californias y la República", El Tiempo, 4 de febrero de 1846,
p.1
122. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845,
P.4
123. "Californias", El Siglo XIX, 31 de enero de 1845, p.4
124. "República de Sierra Gorda", El Eco del Comercio, 26 de julio
de 1848, p.4
125. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845,p.4
126. Boletín de Noticias, 21 de diciembre de 1844, p.4
127. "República de Sierra Gorda", El Eco del Comercio, 26 de junio
1848, p.4
128. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845,
p.4
129. Ibid
130. "La República y la Monarquía", El Tiempo, 6 de febrero de 1846
p.1
131. "Guerra de Castas", El Universal, 8 de diciembre de 1848, p.1
132. El Tiempo, 31 de enero de 1846, p.1
133. "Bienes de la Guerra Extranjera", El Siglo XIX, 1 de agosto de
1845, p.4

134. "Proyectos de los Estados Unidos", El Tiempo, 13 de febrero de 1846, p.1
135. El Tiempo, 11 de mayo de 1846,p.1
136. "Nuestra profesión de Fe", Ibid., 12 de febrero de 1846, p.1
137. "El Diario de los Debates en la cuestión del Baño de las Delicias", El Siglo XIX, 24 de septiembre de 1845, p.4
138. "Política del gobierno mexicano en la Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 29 de julio de 1845, p.4
139. Boletín de Noticias, 21 de diciembre de 1844, p.4
140. "La Cuestión del Día", El Tiempo, 17 de marzo de 1846, p.1
141. "Resurrecciones Políticas", El Siglo XIX, 20 de mayo de 1845,p.4
142. "Parte Mercantil", Don Simplicio, 3 de enero de 1846, p.4
143. "Campaña de Tejas", El Siglo XIX, 2 de febrero de 1845, p.2
144. "Departamentos del Norte". El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845,p.4
145. "Nuevos disturbios en Sonora", El Siglo XIX, 3 de octubre de 1845, p.4
146. "El Gobierno y El Tiempo", El Republicano, 23 de marzo de 1846, p.3

CAPITULO V

LA REFORMA DEL SISTEMA POLITICO

Si en la naturaleza humana, individual y colectivamente hablando, las acciones fueran siempre previsibles, la historia carecería de sentido. Si en verdad hubiera leyes precisas en el comportamiento del hombre y las sociedades, el estudio de los hechos concretos e individuales sería inútil. Sólo ^{en} ese caso, las generalizaciones arbitrarias de los neopositivistas cuantificadores serían válidas, y el estudio del pasado podría hacerse a base de juicios universales basados en categorías del presente. Pero en la vida del hombre y en la de sus obras lo sorpresivo, lo inesperado y lo contradictorio juegan siempre un papel importante. La causalidad precisa y recurrente no pasa de ser un ideal abstracto. El optimismo a veces se traduce en absolutos fracasos; y por el contrario, actitudes pesimistas resultan en muchos casos la base de resultados positivos. Es decir, aquello que parece un fracaso a simple vista, tal vez en el fondo no lo sea y visceversa. Creemos que ese fue el caso de los mexicanos entre los años 1845 y 1848 y el de la Guerra con los Estados Unidos.

Hasta ahora hemos visto que en esos años el punto de vista de los periodistas capitalinos sobre la situación del país, fue abiertamente pesimista. Pero éste fue sólo el punto de partida, sobre el que nuestros periodistas construyeron todo un programa para solucionar los problemas del momento y del futuro. Ciertamente el punto de vista original fue decisivo en la derrota militar que sufrirían

los mexicanos; pero fue también el cimiento del deseo del salvar a México y mantener su nombre dentro del "catálogo de las naciones independientes". Así a pesar de opiniones opuestas, la guerra del 47 no fue del todo una pérdida para los mexicanos, ni tampoco fue una derrota absoluta. La experiencia daría a los mexicanos una aguda conciencia crítica que se traduciría en acciones positivas. Creemos que el hecho abrió los ojos a gran grupo de mexicanos y los hizo reafirmarse en su deseo de ser mexicanos.

Los periodistas mexicanos de los años del 1845 al 1848, pintaron la realidad que los rodeaba con los más oscuros colores, pero nunca transmitieron una idea de predestinación, nunca creyeron que el sino de México estuviera escrito de antemano y que la acción del hombre fuera inútil. Por el contrario, su idea siempre fue que existían remedios para cada uno de los problemas que aquejaban al país, y por ello se preocupaban por exponer los males, como prerrequisito para hallar las soluciones. Se concebían a sí mismos no sólo como los exponentes de una oscura realidad, sino como los encargados de ilustrar a los mexicanos sobre los medios para limpiar el horizonte del futuro del país. En suma, México tenía que afrontar la solución de sus problemas internos y externos, y para dar los medios que conducirían a tal solución.

Fue idea arraigada en los periodistas capitalinos, de cualquier ideología, que México tenía que afrontar simultáneamente los problemas externos y los internos, los dos se enlazaban y por tanto no podía pensarse en soluciones parciales. De aquí que dos palabras claves estuvieran presentes en el vocabulario periodístico del

momento: como Reforma y Guerra. La primera más frecuente que la segunda, que estuvo ligada a circunstancias especiales. Los dos conceptos, estuvieron estrechamente relacionados durante el periodo que nos ocupa. Se puede decir, en términos generales, que casi, todos los periódicos durante 1845 y 1846, comulgaron con la idea de que no podía obtenerse un resultado positivo en la guerra si no se llevaba a cabo una reforma, y que ésta recibiría un extraordinario impulso con la guerra. Más tarde, llegarían a la conclusión de que la única manera de evitar la guerra sería mediante la reforma, y por lo tanto, la veían como indispensable para salvar al país.

Por supuesto, no fue éste el primer momento, ni sería el último, en que la palabra reforma ocupó la atención de los políticos e intelectuales mexicanos. De hecho esta palabra junto con la de revolución ha sido tan usada y sobada, a través de nuestra historia, que hoy día ambas carecen de un real significado para la mayoría de los mexicanos. En esos años esa palabra se extendía en la plenitud de su sentido, en cada uno de los artículos en que fue usada no quiso decir nada más y nada menos que RE-FORMAR, volver a dar forma a algo que la había perdido, en este caso México. Todos los periodistas, liberales y conservadores, coincidieron en la necesidad de volver atrás en busca del modelo original, para reestablecer la forma que México había perdido. Reformar, no fue entendido por ningún no como transformar ni deformar. Por lo tanto, no fue en ningún momento, patrimonio exclusivo de los periodistas, liberales el proponer un programa reformista. Entre 1845 y 1848, ambos liberales y conservadores, vieron a México deformado y así se propusieron re-

formarlo. Por otra parte, tampoco fue patrimonio exclusivo de ningún grupo ideológico el hacer uso de la tradición y de la historia para sostener sus programas. Los dos grupos contendientes en México, volvieron constantemente sus ojos al pasado en busca de una continuidad perdida. Tal vez la diferencia radicó solamente en la manera de ver el presente.

Se propusieron dos programas reformistas planteados a dos niveles: al de las instituciones políticas y el de la sociedad. Los dos tuvieron como base, la necesidad de salvar a México de su posible absorción por los Estados Unidos. Pero los Estados Unidos no sólo fueron la instancia, sino también el ejemplo primordial que debía imitarse o rechazararse: el elemento catalizador definitivo.

1. La República Federal y su necesidad.

En agosto de 1846 triunfó el movimiento de la Ciudadela encabezado por el general Mariano Salas. Con él se restablecía la Constitución de 1824 y por consiguiente el sistema federal. Simplemente visto, resulta extraño y absurdo que los mexicanos se hayan envuelto en una nueva guerra civil y un cambio constitucional. Pero en realidad cada cambio tuvo una profunda significación en su momento y una trascendencia decisiva para el futuro.

En 1836, la Constitución Federal de 1824 fue derogada y en su lugar se estableció el sistema centralizado sancionado por las Siete Leyes Constitucionales. A su vez, éste sistema dejó su lugar a otro no tanto cuanto ambiguo, establecido bajo la égida de las Bases

Organicas para la administración de la República. Durante todo este tiempo, las voces en favor del restablecimiento de la federación se dejaron oír, pero ciertamente no con mucho estruendo. Por el contrario a partir de 1844, la idea federalista cobró una vigencia progresiva. Sin duda cuando el peligro del expansionismo norteamericano fue cobrando perfiles cada vez más definidos, fue cuando las posiciones en favor del federalismo se fueron definiendo y volviendo más agresivas.

Durante el periodo que nos ocupa varios periódicos fungieron como paladines de esta causa. En 1845 el más virulento y a la vez el líder fue La Voz del Pueblo. Sus ideas fueron seguidas muy de cerca por El Estandarte Nacional, El Defensor de las Leves, El Patriota Mexicano y otros. En ese año, México afrontaba un momento crítico en su desarrollo. Tres asuntos parecían irresolubles: La Cuestión de Texas, la proximidad de la guerra con los Estados Unidos y la desorganización política y económica del país. El primero conducía sin remedio al segundo, y éste amenazaba peligrosamente la existencia misma de la nación. Al mismo tiempo, ésta se encontraba a tal punto agotada que parecía imposible que pudiera afrontar la carga de una guerra con la nación vecina. Esto en otras palabras, significaba el dejarse absorber pasivamente. Por eso era necesario resolver los tres problemas a un mismo tiempo; pero dando, por el momento, preferencia a fortalecimiento interior del país. Los mexicanos debían crear "un dique tan fuerte y poderoso como el de la ci¹vilización" para con él atajar la devastación que les amenazaba.

A los ojos de los federalistas los tres problemas eran el resultado del sistema centralista. Según ellos este sistema había su mido a los Departamentos en un estado lamentable de inercia², había desquiciado la economía nacional³ y había fomentado la anarquía po lítica que se vivía desde la caída del "núcleo que era la Consti- tución de 24", que la nación había proclamado y observado espontá- neamente⁴. En otras palabras, este sistema había conducido a la - crisis que se vivía, porque había sido impuesto contra la voluntad expresa de los mexicanos, y como producto de un acto ilegal había iniciado el rosario de ilegalidades que se habían padecido durante cerca de nueve años. Esto no es exacto, por supuesto. El Constitu- yente de 1835-1836 había trabajado laboriosamente por encontrar una fórmula adecuada para los males mexicanos.

La violación del pacto federal el pretexto usado por los texa- nos para su separación y por tanto se veía como causa de los probl- mas de México con los Estados Unidos. La Voz del Pueblo, por ejemplo, explicaba el problema en los siguientes términos:

...la mayor parte de los colonos tejanos eran emigrados de los Estados Unidos, que acostumbrados a las ventajas del sistema federal, encontrandolo aquí establecido, se sujetaron con gusto a las leyes de la nueva patria que ha- bían adoptado. Pero destruido aquel en 1835, creyeron roto el pacto que los ligaba y se insurreccionaron, proclamando al principio solo el restablecimiento de la constitución derrocada...Necesitados de recursos para defenderse qui- sieron hipotecar sus bienes, pero esto lo consideraron

inadmisibles las casas prestamistas, mientras que el gobierno de México alegase derecho a las tierras, por eso proclamaron la definitiva independencia...⁶

El sistema centralista fue la causa de que los territorios del norte tuvieran cada vez más influencia norteamericana. Su esencia misma había fortalecido únicamente las zonas del centro y las más pobladas. El norte, como consecuencia, había estado completamente abandonado y sin defensa; además, el gobierno central le había negado a esa zona toda posibilidad de autodefensa.⁷ De acuerdo con esto se afirmaba rotundamente que la única y real causa de la toma del puerto de Monterrey en California en 1842, no era otra que el centralismo que había relajado el espíritu nacional entre los californios y los había dejado indefensos:⁸

...cayó la Constitución de 1824, y Tejas se segregó de la unión; cayó la Constitución de 24 y los Estados perdieron sus franquicias, y la miseria desplegó sobre ellos sus descarnadas alas y la república fue insultada por el extranjero y la industria se paralizó y el pueblo fue oprimido...⁹

y por lo tanto la solución de todos estos problemas, requería el inmediato restablecimiento del orden legal que se había perdido.

En marzo de 1845, el gobierno de los Estados Unidos anunció la anexión oficial de Texas como estado libre y soberano de la Unión. Faltaba que el Congreso de Texas y una Convención lo reconocieran. Los mexicanos vieron varias posibilidades: que Texas se reincorporara a México dentro del régimen federal; que se reconociera su indepen-

pendencia de Texas, bajo la condición de que no se anexase a los Estados Unidos. Se pensó, por supuesto, también en el caso de que Texas confirmara su anexión a los Estados Unidos. La primera la más ansiada era muy remota; la segunda era la promovida por los ingleses que Herrera llegó a aceptar como irremediable; se daban cuenta que la más segura era ^{la tercera,} la que aseguraba la inminencia de la guerra. Ahora bien, de cualquier modo a los periodistas liberales les parecía indispensable el restablecimiento del sistema federal.

Con el restablecimiento del sistema federal -decía La Voz del Pueblo- Texas quedaría sin justificación para mantenerse independiente o para anexarse; vería iguales ventajas políticas y económicas entre anexarse a los Estados Unidos o reincorporarse a México. Por otra parte, en el caso de que Texas optara por la última de las posibilidades, era obvio que había que tomar en consideración -decía el artículo- que la razón de su independencia había sido el uso de sus bienes, y por ello con mayor razón, había que restablecer la federación. De esta manera Texas tendría "soberanía propia para hacer uso de sus recursos"; como creyera conveniente y sería responsable en el pago de la deuda que había contraído durante su vida independiente; de otra manera toda la nación mexicana tendría que ^{car}gar con el problema económico de Texas ¹⁰. En síntesis para atraer a Texas y para resolver los problemas de su reincorporación, la federación era el requisito indispensable.

Unos cuantos días, ^oastaron para confirmar a los mexicanos en su idea de que la recuperación de Texas, por la vía pacífica, era poco menos que imposible. La guerra era inevitable e inminente, pero

no la pérdida de Texas. La única forma de afrontar y resolver ambos problemas era el restablecimiento del sistema federal. De nuevo,

La Voz del Pueblo, explicó por qué la federación era indispensable.

...Para recuperar a Tejas, para aprestarse a la guerra... es de primera necesidad que la forma de gobierno que se le da de la república ponga en manos de las diferentes partes de ella las más amplias facultades para su régimen interior, obsequiando de esta manera la voluntad general. La federación querida de los pueblos y pedida por ellos, facilitara, los medios de hacer la guerra, excitará el entusiasmo y promoverá simpatías a favor de un gobierno que nunca las podrá tener, si persiste con ciega obstinación
11
en negarse al voto común...

Es obvio, la fiebre belicista tuvo vigencia en el año de 1845 y los periódicos federalistas se dieron a la tarea de relatar las ventajas prácticas de este sistema en relación a la prosecución de la guerra que se aproximaba. En primer lugar, como se puede ver en la cita anterior, el sistema federal crearía la cohesión del pueblo en torno al gobierno, pues se asumía que el pueblo deseaba la federación y que por lo tanto apoyaría incondicionalmente al gobierno que la restableciera. La unidad, la deseada por el pueblo mexicano, se lograría de inmediato. El espíritu público y el patriotismo, ahora dormidos, despertarían de inmediato. La carga moral y material de la guerra se distribuiría equitativamente entre las diversas partes integrantes de la república. Cada estado colaboraría en forma eficaz con recursos humanos y económicos¹², pues cada uno se sentiría

responsable enla conservación de la república. Un gobierno centralizado tendría que "ocuparse de todos los asuntos y promover todos los adelantamientos del país", en el federalismo se vería la posibilidad de aligerar sus cargas, pues "cada gobernador, cada legislatura y cada uno de los funcionarios" se interesaría de su propia suerte y de la de su Estado ¹³. Así el gobierno se vería desembarazado "de la atención del interior" y podría consagrarse enteramente a la solución de los problemas externos ¹⁴. De la misma forma, se esperaba que al declarar la guerra y restablecer simultáneamente la federación; Texas, "viéndose pérdida" buscaría unirse a México, - esto era "mucho más fácil bajo el sistema federal" ¹⁵.

Sin duda la fundamentación de todos estos argumentos estaba en las ventajas que de manera inmediata se podían obtener para la solución de los problemas concretos que se encaraban en ese momento. Pero, más profundamente, existía la idea de que el pueblo realmente ansiaba el restablecimiento de la federación, y que su restablecimiento fortalecería, por tanto, internamente a la nación, y con ello la prepararía para afrontar todos los conflictos que se aproximaban. Por ejemplo en el número del 23 de agosto de 1845, La Voz del Pueblo publicaba una "iniciativa de la Junta Departamental de California", en la que se pedía el restablecimiento de la Constitución de 1824, y a continuación se comentaba:

Si pues la opinión nacional está decidida por el restablecimiento de la carta de 24...el gobierno no puede adoptar otro programa. Al hacerlo se pondría en contradic-

ción con la nación de quién recibe todo el poder, rompería con esto sus títulos y dejaría por el mismo hecho de existir. Nuestros consejos al gobierno estan pues, reducidos a este sencillo punto: Siga y acate en todo la ¹⁶ voluntad nacional .

En su intento de comprobar hasta que punto 'ere sistema se encontraba arraigado en el espíritu popular los federalistas recurrieron a la historia de México. La diferencia entre los resultados que se habían obtenido en dos guerras internacionales anteriores a el momento en que escribían, en su concepto, hablaban por si solos. El pueblo reaccionó ante la invasión de Barradas en Tampico en 1829, en cambio ante los franceses, en Veracruz, en 1838 no. La Voz del Pueblo llegaba a la conclusión de que "el desgraciado éxito de la segunda campaña" había sido "enteramente" producto del sistema de gobierno que entonces regia y de la aversión con que el pueblo siempre había mirado el centralismo: Además, durante la primera el sistema había asegurado recursos económicos y militares y en la segunda había sido incapaz de reunir ¹⁷ . Por tanto en 1845, la opinión de los federalistas era que el restablecimiento de la Constitución de ¹⁸ 1824 era no necesario, sino indispensable:

La Constitución de 1824... esta será la bandera en cuyo derredor se reuniran todos los mexicanos... Mientras esta Constitución no se ponga en práctica, mientras no tengamos un gobierno de leyes, corremos el riesgo de que aun cuando triunfemos en la injusta guerra a que se nos provoca, la victoria sobre el enemigo extranjero, el triunfo de la

independencia sea el principio para afianzar y consolidar tiranía doméstica, supuesto que habremos hecho la guerra, no en nombre de las leyes, sino en el de un gobierno anómalo, de un gobierno sin títulos y sin principios...¹⁸

Si en 1845 el panorama para México era alarmante, el año siguiente lo fue aun más. El golpe de estado de San Luis había destituido el gobierno de José Joaquín Herrera. Mariano Paredes, dirigente del movimiento se convirtió en presidente provisional y de acuerdo con el plan que sostenía, citaba a un Congreso Extraordinario cuyas inclinaciones eran manifiestamente monárquicas. Más aun, casi simultáneamente empezó a circular el diario El Tiempo, mismo que a todas luces fungía como órgano oficial del gobierno, exponiendo sin ningún disimulo los beneficios del sistema monárquico.

Por esas mismas fechas llegó a México el discurso que el presidente Polk había dirigido al Congreso Norteamericano el 2 de diciembre de 1845, en el que transformaba la declaración Monroe de 1823, en doctrina para las relaciones entre los Estados Unidos y el resto de países del continente americano. Ampliaba el contenido original de la declaración, prohibiendo la intervención diplomática de Europa, en los países americanos. Por último, la teoría del Destino Manifiesto era para entonces, bien conocida en México, y se sabía que ésta había influido decisivamente en el público y en los políticos norteamericanos. Obviamente estos elementos influirían en forma radical en el programa de los periodistas republicanos.

Durante todo el año de 1846 los periódicos dirigentes del movimiento republicano federal fueron dos: El Republicano y Don

Simplicio. Estos y otros que siguieron muy de cerca sus ideas, enfocaron fundamentalmente sus actividades al ataque de los editoriales publicados por el Tiempo, y con ello desarrollaron una defensa sistemática del republicanismo, primero y del federalismo, después.

En la defensa del sistema republicano, sus abogados esgrimieron ^{dos} argumentos. Una era el tradicional, el sistema republicano era el sistema "del tiempo", al cual todas las naciones debían ajustarse - siguiendo el dictado del desarrollo natural de los pueblos, de acuerdo al camino del progreso. Actuar en contra de este principio era actuar en contra del impulso natural de las sociedades. En este punto, decían, no había la menor duda. La misma Europa adoptará el sistema constitucional bajo la presión de los movimientos liberales. En consecuencia era absurdo que los mexicanos se negaran a ver esta evidencia ¹⁹. Más aun, a la acusación de que los males de México provenían de ^{su} sistema republicano, se contestó que los males del país provenían de que en ningún momento se había implantado correctamente dicho sistema. ²⁰

El segundo tipo de argumento era del todo nuevo y estuvo determinado por las circunstancias del momento. Según éste, México no podía adoptar otro sistema político que el republicano, por estar en el continente americano. Física y moralmente el planeta estaba dividido en dos esferas, cuyos intereses eran totalmente atagónicos e irreconciliables: el Viejo y el Nuevo Mundo. El segundo, más aún, había sido designado por la "Providencia" para servir de ejemplo al primero en la prevención de "todos los males que hasta ese momento ²¹ había sido víctima". En consecuencia, establecer la monarquía era,

a todas luces, un acto en contra de la naturaleza, en contra de los designios de la Providencia, y en contra de la más elemental solidaridad continental. El deber de los mexicanos era no ponerse contra todas esas fuerzas, sino cumplir con su destino y evitar la "lucha entre repúblicas hermanas". En otras palabras, la adopción de un sistema monárquico por México, justificaría por sí mismo, moralmente la intervención de los Estados Unidos y una posible anexión, sino los del continente americano²². Es evidente en este punto que los periodistas que lo afirmaban, tenían presente, además de su sincera convicción, que el gobierno de los Estados Unidos no permitiría en ningún momento una alianza estrecha entre México y Europa, como la que los conservadores proponían. Por otra parte, el temor a la invasión norteamericana no era suficiente, existía otro argumento aún más peligroso. Los Estados Unidos prometían extender el área de la libertad y aceptar en su seno a todos aquellos que manifestaran su deseo de vivir bajo un sistema democrático y republicano. En México -se afirmaba- existía un buen grupo de ciudadanos que en un caso extremo no dudarían de ampararse bajo esta promesa y unirse a los Estados Unidos²³. Un caso en que las dos posibilidades se habían manifestado claramente no era muy lejano: Texas. Así pues además de las razones de política interior por las de seguridad exterior era necesaria la república. Los periodistas liberales acaban sosteniendo y afirmando tanto los principios de la Doctrina Monroe y los del Destino Manifiesto en la defensa de su programa.

En cuanto a la defensa del sistema federal se siguió un camino similar. Primero se expusieron argumentos antes usados, añadiendo,

otros que eran producto de acontecimientos más recientes. Siguiendo muy de cerca el espíritu del documento que precedía a la Constitución de 1824, la prensa federal sostenía, en primer lugar, que México por su peculiar morfología no podía estar constituido por otro sistema que no fuera el federal²⁴. Además pensaban que el sistema era el más propicio para el progreso material de los pueblos:

Esta forma de gobierno es de tal naturaleza que por su esencia debe proporcionar a las fracciones de la nación que la adopta, todos los recursos necesarios para gobernarse bien. Cada fracción halla en su mismo seno la facultad de desarrollar sus elementos por sí mismas, para ser feliz y progresar; no tiene que salvar las grandes distancias en demanda de sus leyes, su gobierno y su administración de justicia. Hombres que siendo hijos del mismo Estado conocen de cerca las necesidades de él, sus conveniencias y sus recursos, todo lo encuentran sin dilación, y pueden aprovecharse de todo. Lo que exige cada fracción se le proporciona por quienes más que nadie están interesados en el bienestar de ella. Si esta no es la mayor de las conveniencias²⁵, no sabemos cual otra tenga esa calidad...

Y el carácter mismo de la población mexicana, con sus notorias diferencias regionales, determinaba en sí, la necesidad de la federación. Y además, se remitían al ejemplo que la historia daba "acerca de las naciones que han adoptado la forma federativa"²⁶.

Por último se afirmaba que la nación mexicana tenía un espontáneo y expreso deseo desde su emancipación de constituirse bajo la

"forma de república representativa, popular federal", en la Constitución de 1824. Dicha Constitución era la única legítimamente sancionada, y por lo tanto la única capaz de mantener el orden interior, la unidad del país y la seguridad ante el exterior²⁷. Esto -se afirmaba- podía ser perfectamente demostrado con el sólo hecho de comparar la situación que prevalecía en el país durante la vigencia de dicha constitución, con aquellas en que no lo había estado²⁸.

Hubo otras maneras de sostener la causa federalista, ante la Guerra con los Estados Unidos. Desde 1845 la Voz del Pueblo defendía las ideas de que el restablecimiento de la federación ponía la independencia nacional "a cubierto de las invasiones extranjeras" que la amenazaban y evitaría "la escisión de los Departamentos"²⁹.

... debía adoptarse un sistema de política interior y exterior, que reuniese a la vez, todas las opiniones en el interior del país y que dando garantías a nuestros vecinos, nos proporcionase el medio de entrar en honrosos arreglos que nos librase de los males de una guerra que nos amenaza...³⁰

Durante el 1846 estas ideas se desarrollaron. A medida que la guerra se presentaba desfavorable para los mexicanos y los norteamericanos avanzaban hacia el interior, los periodistas mexicanos insistían aún más en la necesidad de restablecer la federación:

... los malvados que nos invaden, quieren halagarnos para hacernos sus afectos, nos ofrecen también federación, y nos recuerdan, para indispo

neros contra los que mandan, que el pacto federal nos
31
fue arrancado por ellos .

De hecho, para ese momento era evidente la poca resistencia ofrecida por los territorios del norte, particularmente California y - Nuevo México. demostraba, según ellos, por una parte hasta que punto los mexicanos amaban la federación; y que no podían oponerse por la otra, sólo ejércitos a los norteamericanos, sino aceptar, los expresos deseos de sus habitantes; de otra manera nada detendría la invasión y el expansionismo norteamericanos. Creían pues que eran más "peligrosas las instituciones de los Estados Unidos, que sus ejércitos", por lo tanto no habría otra forma de detenerlos que adoptar sus instituciones .
32

Pero no sólo argumentos de orden moral se expusieron, también otros de orden táctico y económico. Con el restablecimiento de la federación, cada estado se responsabilizaría de su subsistencia y con ello ayudaría a "la existencia de la nación". Con ella, también se lograría una buena administración "de los recursos naturales y una sana economía, así como una sana justicia y la oportunidad de fomentar un sentimiento de unión y nacionalismo" que se traducirían en la aparición de guardias nacionales que defenderían sus propios territorios y ayudarían a otros "sin cargar la responsabilidad toda en el gobierno general".

Que los Estados y solamente los Estados, van a resolver irrevocablemente el ya sangriento y hoy fatídico problema de la subsistencia o insubsistencia del sistema federal en México, como que de ellos y por ellos se ha - de formar la unión nacional.... México va a pasar por la -

Última y más peligrosa crisis, y si este postrer ensayo se le desgracia, desapareciera del catálogo de las naciones; pues o será absorbida por los Estados Unidos, o la Europa se repartira sus miembros destrozados. La Federación, y solamente la Federación, puede salvarnos en este trance...³³

Así, en base a razones de configuración morfológica, a las ventajas inherentes al sistema, la diversidad de la población, de ejemplares de la historia y de legalidad, se exigía el restablecimiento de la Carta de 1824. Pero por encima de estas justificaciones tradicionales, la razón más profunda del restablecimiento del federalismo en 1846, era preservar la existencia de México como nación in dependiente para evitar ser absorbida por los Estados Unidos ³⁴ y "desarrollar todos los recursos de cada Estado y salvar con ellos a la República"³⁵.

Los federalistas de 1846, parecían utópicos, a juzgar por sus artículos, esperaban que el sólo restablecimiento de la Constitución de 1824 y de la federación, salvaría al país de la crisis en que vivía. Pero justamente la misma guerra con sus desastrosos efectos para los mexicanos, determinó el paso a una posición más realista y por tanto más efectiva. Poco a poco los federalistas se dieron cuenta de los problemas que el sistema encerraba y con ello de las posibles soluciones. Pero estaban convencidos que no podía existir otro sistema que la república federal.

En 1845 El Estandarte Nacional, en su editorial de 5 de abril comentaba que sin duda el restablecimiento de la Constitución de 1824 era "el único medio de salvación", ^{pero} en oposición a las opiniones de otros diarios, afirmaba que este restablecimiento sería sólo

el punto de partida . Pareció ser la premonición de lo que acontecería dos años más tarde. El restablecimiento del federalismo contribuiría a solucionar el problema de México, porque permitiría el florecimiento económico de los Estados . "Una de las ventajas de la federación -se decía- es la de que los recursos de cada una de las partes integrantes, escasas en sí para acudir a un gasto, son su ³⁷ ficientes para cubrirlo reunidos . Las circunstancias mismas del año de 1847 vendrían a derribar este sueño. La guerra se torno cada vez más desfavorable; y una de las razones fue la escasez de recursos . Los Estados contribuyeron con poco o nada, no por falta de patriotismo sino por la carencia total de posibilidades. Esto - obligó a los periodistas liberales a reconocer que era necesaria "una división territorial muy diversa," de la que hallaba sanción en la Constitución de 1824. Para que la soberanía de un estado no "estuviera únicamente consignada en un papel" sino que fuera real y para que su contribución al mantenimiento de la federación fuera auténtica, era necesario" que cada una de las porciones del territorio de la república "incluyera en su seno los elementos necesarios para subsistir, y "para pesar de una manera sensible en ³⁸ la balanza de la confederación" .

Por otra parte, no sólo se esperaba que el restablecimiento de la federación aligerara los problemas económicos, sino también los de defensa. Se esperaba que cada estado contribuyera con un proporcional contingente de sangre y que levantara dentro de sus respectivos territorios guardias nacionales. Lo cual sólo sucedió en algunas entidades; por ello Don Simplicio afirmaba:

...se hace sensible, se extraña con dolor, el participio eficaz de los otros Estados de la Unión, para concurrir del modo extraordinario que las circunstancias exigen, a la defensa común. En estos momentos solemnes los hechos deben ser la vindicación y el panegírico de la Federación. Ella no se ha hecho para sistemar el egoísmo; no se hecho para verificar el aislamiento impacible de pueblos enteros.

39

De hecho la carga de un problema nacional siguió pesando sobre la capital de la República; la suerte del país se continuó decidiendo en el centro, en contra de las esperanzas que los liberales habían cifrado en el restablecimiento del sistema ⁴⁰.

Pero el problema no quedó ahí. Para mediados de 1847 se resentía que el gobierno de la federación ^{no hallaba} "en todos los Estados aquel apoyo que indispensablemente" necesitaba para sostener "la difícil ⁴¹ situación". Yucatán, por ejemplo, se declaraba neutral en la contienda. Aguascalientes y Zacatecas se aprestaban a una guerra civil, uno para sostener su soberanía, el otro para recuperar el territorio perdido ⁴². Estos eran solo los ejemplos más notables, otros mostraban simple indiferencia. No había duda, en México había un espíritu de provincialismo más que uno nacional; y contra todas las expectativas de los federalistas, el restablecimiento de la Constitución no había bastado para suprimir uno y despertar el otro. Por lo mismo el Diario del Gobierno se veía en la necesidad de recomendar que:

es de suma importancia destruir el espíritu de provincialismo creado en la República después de la caída de la federación. Entonces los departamentos, que veían en la capital de la República el corazón que todo los absorvía, podrían con menos razón cuidar de sí mismos, ya que el centro no cuidaba; pero una conducta semejante no es justiciable bajo las influencias federativas. Lo que los Estados proporcionen al gobierno de la Unión, ha de ceder, por la naturaleza misma de las cosas, en bien de las partes unidas...⁴³

Cuando la guerra terminó con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, la solución a los problemas que se habían presentado desde el restablecimiento del sistema federal, no se habían solucionado. Por el contrario, a juzgar por los artículos de los periódicos liberales de 1848, la situación era que México estaba cogido entre los cuernos de un dilema. Por una parte, los Estados Unidos no habían abandonado su política expansionista, la cual se manifestaba unas veces veladamente, como en el caso de la Sierra Gorda; otras en forma abierta, como en el caso de Yucatán. En 1848, Polk volvía a usar la Doctrina Monroe para fines de expansionismo. Además ese mismo año la propaganda monarquista volvió a surgir, ahora con un programa definido más agresivo y expuesto con increíble habilidad por el Universal, el órgano informativo del casi organizado Partido Conservador. La existencia de México, como nación independiente, seguía amenazada de muerte. Según decía El Eco del Comercio:

... la nación mexicana se dividirá en dos bandos, ambos anti-patriotas, uno por la monarquía y el otro por la república; y el resultado final sería indefectiblemente el aniquilamiento de la raza actual...acabamos de ver que los americanos tienen un partido grande entre nosotros, lo mismo que lo tienen los sectarios de una dinastía extranjera; y llegando el caso de ser imposible conservar la nacionalidad, se obligará a todos los mexicanos a filiarse en una de estas dos banderas...⁴⁵

Este periódico junto con el Siglo XIX y El Monitor Republicano, eran los paladines de la causa federalista. El Eco confesaba que, "nuestra posición en el nuevo continente casi nos obligaba a ser republicanos"⁴⁶. Tenían la firme convicción de que los Estados Unidos jamás permitirían la intervención europea en las Américas, ni mucho menos la creación de un trono en un punto tan importante para su política como lo es México"⁴⁷. Además, el descrédito del sistema monárquico y su ineffectividad se podían apreciar en la propia Europa que para esos momentos se encontraba envuelta en luchas revolucionarias tan sangrientas como las que México padecía⁴⁸. Por último, era obvio que la "multiplicación de género humano, sus progresos, sus necesidades, este movimiento instintivo de los pueblos para buscar su bienestar", obligaba al establecimiento del sistema republicano federal⁴⁹. México había establecido este sistema porque veía el ejemplo de la nación vecina, que progresaba y se enriquecía rápidamente, a la sombra de instituciones protectoras de los intereses locales⁵⁰; pero también porque:

"Después de la independencencia... los pueblos sintieron necesidad de reparar las perdidas que les causaran tres centurias de opresión y once años de lucha desastroza".⁵¹

Por estas razones México debía de continuar constituido bajo el sistema republicano federal. Sin embargo, desde el restablecimiento de la Carta de 1824 pese a las reformas se notaba su ineffectividad. Durante la guerra las legislaturas locales y los gobernadores habian manifestado tanto celo en la protección de las soberanías estatales, que habian debilitado y entorpecido la defensa nacional.⁵² Además, lejos de haberse obtenido un avance económico, el resultado habia sido exactamente el contrario.⁵³ Si se atendia a los problemas de seguridad, el resultado, en el caso de los Estados del norte, era totalmente desalentador; los gobiernos locales nada hacian —o nada podian hacer— para solucionar el problema de los bárbaros, el de las comunicaciones y el de colonización. Y lo peor del caso era que justamente esos territorios debían "ser la fuerte barrera" para con tener las "nuevas" invasiones.⁵⁴ De esta manera no podían sino llegar a la conclusión de que en ^{la} situación concreta del país, la federación era un fracaso. Le achacaban las siguientes causas:

...primera, la nación adoptó para su gobierno un sistema, sin estudiarlo en sus verdaderas aplicaciones; segunda, que al pasar del unitario al federativo, se creyó que las instituciones del poder general eran cesiones gratuitas que los Estados hacian a aquella y no derechos imprescriptibles que la nación se reservaba sobre las posesiones territoriales a las que elevara al rango de Estados independientes en su gobierno interior. Con tales anomalias el sistema

federal se pierde en el descrédito y cada ^{de} se robustecen más y más los elementos de escisión que germinan en algunos Estados .

El conjunto de todos estos elementos hacia que el problema a resolver por los liberales en 1848 fuera visto en esta forma: el sistema federal debilitaba a la nación y la exponía a ser atacada; la monarquía además de ser un sistema obsoleto, pondría en peligro a la nación; la dictadura o el centralismo abrirían de nuevo las puertas a la guerra civil. De aquí que había necesidad de crear un sistema que no afectara las soberanías locales, ni los intereses de los Estados Unidos, capaz de mantener la unión y de desarrollar un programa de mejoras internas, sobre todo en los estados fronterizos⁵⁶, y controlar el desarrollo económico de cada una de las entidades. Tal fue el programa que El Monitor Republicano, proponía para la formación de un "partido" que atacara las tendencias monarquistas y las dictatoriales, por igual⁵⁷. El programa incluía un problema fundamental. Supuestamente la clave política para mantener el balance entre las soberanías estatales y el gobierno federal -como lo había demostrado la experiencia norteamericana-radicalba en el poder legislativo⁵⁸. Este poder en México, aunque poderoso constitucionalmente, había sido unas veces débil, y otras obtrusivo en medidas, a todas luces necesarias para el país. "Para nuestros congresos -comentaba el Siglo XIX- no hay medio: o una ciega esclavitud o guerra abierta al ejecutivo...Entre tantos extremos viciosos...a uno solo se han encaminado nuestros congresos: a no hacer nada"⁵⁹. Muchas veces se había puesto de manifiesto la falta de

reparación y responsabilidad de sus miembros, aun en los momentos más peligros para la nación. Como ejemplo, El Siglo XIX mencionaba que en 1846, cuando "el estruendo del cañón que en las fronteras anunciaba las derrotas de nuestro ejército, ", en el Congreso se oía "el palmoteo con que en las galerías se aplaudían las rifas de nuestros diputados"⁶⁰. En 1848 el mismo periódico afirmaba:

Inexplicable nos parece esa apatía en una asamblea que representa tan grandes intereses. ¿En qué piensa el Congreso...? ¿De qué modo piensa corresponder a la confianza de los pueblos? Seguramente que estos no los invistieron de su soberanía para que los dejase expuetos y sin defensa a la furia de las facciones, a la rapacidad del extranjero; más les valiera en ese caso sufrir el peso de una dictadura, porque los abusos de un usurpador no tendrían para apoyarse, como las omisiones del congreso, todo el aparato de la legalidad⁶¹.

El poder legislativo, en consecuencia, era inadecuado para representar ese principio de autoridad capaz de hacer que la "libertad no se convierta en desorden y que la exaltación no sea causa de discordias"⁶². México necesitaba de un principio de autoridad que siendo férreo; fuese al mismo tiempo ejemplo de respeto a las leyes, y estímulo del espíritu público. Una autoridad que:

...castigue a todo revoltoso, persiga sin tregua y sin descanso a la gente baldía y viciosa y proteja con toda clase de garantías a la industriosa y productora; que ataque con constancia y sin cesar una línea, los vicios

que se han apoderado de nuestra sociedad...

Querían un gobierno que los por medios legales evitara la guerra civil y supiera conservarse a sí mismo⁶⁴. Para que la federación funcionara era "necesaria una voluntad de hierro" que obrara con sabiduría, con justicia y con actividad"⁶⁵. Y como el poder legislativo⁶⁶ tenía que ser el ejecutivo .

Desde tiempo atrás los mexicanos eran conscientes de necesidad de "un hombre" capaz de hacer la felicidad de los pueblos. Los liberales no habían aceptado con agrado tal necesidad. En 1845, cuando se enfrentaba la inminencia de la guerra, El Defensor de las Leyes había dicho: "Para hacer la guerra es necesario un hombre capaz de despertar en entusiasmo y tener las dotes militares y la autoridad física suficiente"⁶⁷. La alusión era sin duda a Antonio López de Santa Anna, rechazado sistemáticamente, durante ese año, por el resto de los liberales. Para 1846, El Republicano, aunque sin reconocer en Santa Anna al "hombre" que México necesitaba, aun en su fiebre republicana y federal, se lamentaba que la nación no hubiera tenido al frente de su gobierno "un hombre de genio y cualidades, a quien la revolución hubiese respetado por unos cuantos años"⁶⁸. Y el mismo periódico afirmaría días después que era necesario un "hombre nuevo que fusione todos los partidos"⁶⁹.

Cuando en 1846 llegó Santa Anna al país, los periodistas liberales lo aceptaron, pero con reservas⁷⁰, aunque sin dudar en la necesidad de conferirle facultades extraordinarias⁷¹. Pero Santa Anna, una vez más, pareció no ser "un personaje que al talento y la experiencia reuniese la importante circunstancia de poder influir

en todos los partidos"⁷², sino que se convertiría en el símbolo de lo opuesto a lo que debía ser un gobernante; el anti-héroe por excelencia⁷³. Por tanto, para 1848, los periodistas liberales concidían en que la salvación de México dependía del individuo que ocupara el ejecutivo. Ese individuo "capaz de realizar la futura felicidad" de la nación, debía poseer "una mano segura, un espíritu recto, firme y totalmente exento de ideas de partido y exclusivismo "capaz de mantener el orden político, estimular el progreso, garantizar la libertad y la paz y de defender a la nación"⁷⁴.

2. La Monarquía y su necesidad

Al igual que la tradición federal, la monárquica está enraizada en los orígenes de la historia de México. El sistema republicano federal, tal y como se acabó implantando en México fue en cierta forma producto de la presión que significó la guerra con los Estados Unidos y lo mismo es válido para el fallido programa del Partido Conservador. Después del fracaso, ^{Agustín I,} la idea de la monarquía pareció quedar extinguida, con la excepción de la carta de Manuel Gutiérrez Estrada al presidente Anastasio Bustamante en el año de 1840. En 1846, El Tiempo, durante los seis meses de su existencia, expuso las bases del programa del Partido Conservador, completado entre los años de 1848 y 1849 por su sucesor, El Universal. Ambos periódicos parecen haber sentado las bases sobre las que se establecería el gobierno del segundo de los emperadores de México, Maximiliano I.

El programa monárquico de ambos periódicos se iniciaba con un análisis crítico del origen y consecuencias del sistema republicano federal en México. Si alguna fecha podía establecerse para marcar el principio del infortunio mexicano -decía el primer editorial de El Tiempo- ninguna más precisa que el año de 1824. En ese año, sobre una "base imaginaria", se había sancionado el régimen republicano federal después de tres siglos de gobierno" modelado sobre el de la monarquía española" y en consecuencia sin la menor idea de lo que era un "régimen representativo o un principio democrático"⁷⁵. Así, lo que había sido un todo unitario, se había dividido y "cada departamento, con el nombre de estado" se convirtió en un miembro independiente de "una confederación imaginaria"⁷⁶.

La adopción de ese sistema no podía atribuirse a fuerzas internas, sino a una influencia del exterior. El Tiempo sostenía que el sistema adoptado no era otra cosa que la "obra de los agentes de los Estados Unidos", empeñados en "relajar del todo el poderoso resorte de la moral "dentro del país. Con este fin habían convencido a los mexicanos de la efectividad del sistema republicano y así habían empezado a trabajar" para corromper las costumbres en todas las clases de la sociedad":

...conocieron los Estados Unidos, que no había medio de más eficaz para que jamás pudieramos constituirnos, que el que adoptásemos sus instituciones, y nosotros llevados del brillo exterior, de las hermosas palabras de libertad, de igualdad, de soberanía de las localidades, aceptamos una constitución monstruosa...

De aquí había partido la desorganización y la maraña, que por más de veinte años había sufrido el país. El poder legislativo en manos de "todas las masas revestidas de una autoridad sin límites" habían hecho uso de ésta para sancionar "todos los errores y atacar todos los intereses". El Ejecutivo, mientras tanto, se había convertido en "un esclavo de ese poder colosal", incapacitado para actuar efectivamente en la elaboración y en el mantenimiento de las leyes ⁷⁸. Al mismo tiempo,

...cada estado soberano, parecía competir con sus vecinos en errores y desaciertos; el gobierno general sin fuerza, sin recursos, sin prestigio, era llevado en todas direcciones, a merced de los vaivenes revolucionarios, como el bajel desmantelado con el que juegan las olas de un borrascoso mar... ⁷⁹

Falsos, improvisados y ambiciosos políticos, asuzados por deshonrosos diplomáticos norteamericanos, no habían dudado en debilitar a la nación con golpes de estado, asonadas y mal llamadas revoluciones ⁸⁰. Todo el desorden que había prevalecido en México entre los años de 1824 y 1846 no era otra cosa que el producto directo del federalismo ^{no}, otra cosa que el arma usada por los Estados Unidos ⁸¹ para debilitar a México. ¿Qué otra razón podía aludirse para justificar el establecimiento del federalismo en México?

...¿Qué puntos de contacto pueden encontrarse entre los Estados Unidos y la nación mexicana? ¿No era absurdo intentar servilmente la organización política de aquel cuerpo

social compuesto de pueblos, idiomas, costumbres y
religiones distintas?⁸²...

El efecto final del estado de cosas que había producido el establecimiento de las instituciones republicanas, las cuales se hallaban en absoluta "oposición con las costumbres, con la educación, con las necesidades de la patria"; había sido el entregar a México desarmado "en poder de los Estados Unidos," a quienes se debían las bases "y el arreglo de nuestras atrasadas instituciones"⁸³. El caso de Texas hablaba por sí sólo. Su emancipación no tenía otra explicación que "la exageración de los principios liberales y el establecimiento de raza enemiga en nuestro territorio"⁸⁴. La constitución federal era la causante de tal pérdida⁸⁵, el gobierno central "no había tendido fuerza para mantener ahí la abolición de la esclavitud, ni para detener en aquellos tiempos de debilidad de la colonia, el movimiento de separación que amenazaba a manifestarse"⁸⁶.

Pero Texas, había sido sólo el principio. El fin último que los Estados Unidos perseguía con su política era la disolución total de la nación mexicana. Esto era claro para los periodistas conservadores en 1846⁸⁷. En ese año Texas era un hecho consumado y ahora se trataba de Yucatán y de las Californias:

...Los Estados Unidos se hicieron los árbitros del país; abusando de nuestra inexperiencia, nos dieron formas de gobierno contrarias a nuestras necesidades; y desde entonces, como ha declarado audazmente su último representante en México, pensaron en arrebatarnos nuestro terrⁱ

torio. Calcuraron bien: Tejas se ha perdido; California está próximo a perderse; Yucatán se ha separado de la unión nacional,... y cuando las mismas causas siguen produciendo los mismos efectos, las estrellas norteamericanas, nos irán arrancando uno a uno los pedazos de nuestro territorio"⁸⁸.

En ese mismo año, la campaña republicana, según dijimos, estaba más que nunca sostenida por la prensa liberal. Ante ello, los conservadores preguntaban: "¿habrá alguien de buena fé, que crea ^{con} las instituciones repúblicas...se fijará el límite de las ambiciones de nuestros vecinos?"⁸⁹ La respuesta era obvia. Sólo ^{los} ~~los~~ carecían de sentido común o los traidores podían dar una respuesta afirmativa. Los Estados Unidos seguían aconsejando el establecimiento de sus instituciones para facilitar "nuestra desunión, nuestra miseria, seguros de que dentro de pocos años" no quedaría un palmo de terreno con el nombre de México⁹⁰. Los periodistas republicanos, consecuentemente, no eran otra cosa que los discípulos de los Estados Unidos, que aceleraban el proceso de aniquilación nacional⁹¹.

Al tiempo de esta campaña y de la invasión territorial, en el año de 1846, el general Alvarez se levantaba en el sur, en apoyo del plan del general Yañez en Jalisco: el restablecimiento de la federación y el regreso del general Santa Anna. Para los redactores de El Tiempo no era otra cosa que una prueba más de la infiltración de los Estados Unidos.

...Los pasos del campeón de esta causa prueban esta verdad; el general Alvarez se revela en el Sur para llamar

la atención del gobierno cuando empieza la guerra extranjera en el Norte. Complice de los Estados Unidos, el general Alvarez, les entrega un puerto del mar del Sur y evita que sean socorridos los ricos territorios que amenazan⁹².

Así pues en 1846, la opinión de la prensa conservadora, era que intelectuales y militares que sostenían las ideas republicanas y federales, eran agentes al servicio de los intereses norteamericanos, y en consecuencia traidores⁹³. Para 1848, los resultados mismos de la guerra y la situación interna que durante ese tiempo había prevalecido en México sirvieron como nuevos y poderosos argumentos para sostener los mismos principios que en 1846. El Universal, comentando la actitud de los Estados durante la guerra, afirmaba:

...Los gobiernos de los Estados encasillados en su ridicula independencia y soberanía, protestaron que el hacer la guerra no era de su incumbencia, y como si hubieran visto la conflagración en la China o la Tartaria, cruzaron los brazos...⁹⁴

Esos años eran años de decisión, en que México tenía que afrontar la crisis definitiva. La "cuestión del día" era de "vida o muerte para la nacionalidad mexicana". En el año de 1846 México tenía que detener el avance de las "usurpaciones de la raza angloamericana", de manera "perdurable y consistente"⁹⁵. Había que hacer la guerra para evitar la pérdida de más territorio; pero más que nada para presentar un bloque a la nociva influencia americana; y había que extirpar la cizaña sembrada y cultivada en los últimos

vointe años. En pocas palabras, se tenía que detener el expansionismo territorial de los Estados Unidos, pero para ello había que detener el expansionismo ideológico. Para lograrlo, se pensaba tanto en 1846 como en 1848 había que abandonar "nuestras mezquinas querellas, estableciendo un gobierno sólido y estable", capaz de resistir el choque con nuestros vecinos⁹⁶. Este gobierno debía basarse en el principio de que "las Instituciones políticas deben ser el resultado del estado de las cosas y no pretender que las cosas se amolden a las instituciones". En otras palabras, que el gobierno de México debía ser el que correspondía a la situación concreta de la sociedad y las condiciones físicas y morales de México, en ese momento. Esto no quería decir que dichas instituciones fueran a tener un carácter inmutable y eterno. Como decía El Tiempo:

La Constitución... debe ser para la generación actual, por lo tanto es menester que ella consulte a las necesidades presentes, dejando a las generaciones futuras el derecho y el cuidado de modificar estas instituciones según las circunstancias que en ellas obraren... Si nuestros principios son esencialmente conservadores, no pretendemos por esto cerrar la puerta al adelanto progresivo que es hijo del tiempo...⁹⁷

El punto clave para El Tiempo era el de preguntarse por las "necesidades presentes". La respuesta era evidente, las necesidades eran las mismas de los trescientos años de existencia de la Nueva España y los dos primeros de vida independiente de México.⁹⁸ México se había formado "como las naciones de Europa, por la conquista y por la fusión". México seguía poseyendo, pese a los

constantes intentos de transformación, las mismas "ventajas" que habían definido a la antigua colonia española, a saber:

"una sola lengua, una sola creencia religiosa, con una capital.
centro del comercio y de la actividad intelectual del país"⁹⁹.

Por lo tanto, el sistema, que aconsejaban las circunstancias internas y su historia, era enfatizar los elementos de unidad política y social¹⁰⁰, levantarlos /por encima de la heterogeneidad de su población y de elobstáculo físico de sus grandes distancias¹⁰¹.

La religión debía ocupar un lugar especial, puesto que ella era el medio más eficaz para apoyar la autoridad, para "unir y enlazar; el poder con los súbditos, y a los ciudadanos entre sí; y la unión capaz de proporcionar a las leyes un apoyo definitivo, puesto que,

...si las leyes no estan avaladas por una instancia superior al hombre, serán objeto de constantes violaciones y nadie reconocera deberes que no estén apoyados en una fuerza superior a la del hombre...¹⁰²

Por lo que toca a las circunstancias internas era necesario un sistema de gobierno "ilustrado y DESPÓTICO, si se quiere, pero que con honradez e imparcialidad"¹⁰³ restableciera el orden perdido.

En cuanto a las circunstancias externas era necesario un gobierno enérgico que pudiera salvar al país de "ser presa de un gobierno extranjero". Que restableciera su nombre glorioso y que lo colocara como "el centro de la política americana".¹⁰⁴ Un gobierno estable que inspirando confianza a la Europa, "nos proporcione alianzas en el extranjero para luchar contra los Estados Unidos, si se obstinan en destruir nuestra nacionalidad"¹⁰⁵.

Tal gobierno, en suma, conforme a los hábitos, la historia y las necesidades, que pondría fin a los desastres de un cuarto de siglo, y también a las codiciosas aspiraciones de nuestros vecinos ambiciosos"¹⁰⁶, no podía ser otro que la monarquía representativa. Según los proyectos la corona estaría en cabeza de "un príncipe de sangre real" que establecería una dinastía en México. Con esto, el pueblo se acostumbraría a ver en el "monarca el defensor nato de las leyes, el protector nato de la sociedad"; y a la vez, colocado el gobierno por encima de todas las ambiciones, su labor estaría encaminada únicamente a robustecer la prosperidad interior del imperio¹⁰⁷. Este programa no atentaba en absoluto contra la independencia y la autonomía nacional; el monarca sería mexicano y estaría apoyado sólo por mexicanos. Por ello ante los ataques de la prensa liberal, El Tiempo, afirmaba:

...Locura es creer que viniendo a México un príncipe de sangre real a establecer una dinastía, pudiese apoyarse en extranjeros. Eso podía hacerse hace tres siglos; eso no puede hacerse hoy...en el pueblo mexicano debe apoyarse solo, lo que pretenda ser estable en nuestro país...¹⁰⁸

Partían del supuesto de que las clases conscientes y productores de la sociedad, habían desarrollado durante los veinte años de desorganización política del país, un definitivo "horror hacia la forma federativa" ya que ella había puesto en peligro el desarrollo económico del país, através de la acción destructora de los diversos congresos. Además, tal sistema había sido la razón por la

109
que el militarismo se había desarrollado sin proporción alguna .Y
por el contrario, bajo el sistema monárquico el clero, una de las
más importantes fuerzas de la sociedad.

...puede tener una representación como cuerpo...puede
contar con suficientes garantías para la conservación de
sus propiedades; y a su abrigo puede creerse bastante reg
petable para impartir más eficazmente sus doctrinas y re
sistir más esforzadamente el vendaval de las pasiones... 110

Por lo que al ejército se refería, "dados su interés y su gloria"
no podía hallarse en su verdadero elemento, "sino bajo las institu-
ciones monárquicas constitucionales" ¹¹¹. Por último, para la clase
media las ventajas eran obvias. Colocando la autoridad suprema a
una altura considerable, fuera del alcance de "las pasiones y los
caprichos de las masas", al abrigo de los manejos incidiosos de "am-
biciosas y desenfrenadas medianías", no podía inclinarse a favor de
ningún grupo en particular. Por lo tanto, estarían siempre abiertos
los canales de mejoramiento colectivo ¹¹². Además, considerando que
en las monarquías constitucionales", sólo el trono está vinculado
en una familia"; el resto de las dignidades del Estado estarían a
disposición del pueblo. Por todo esto, no había motivo para pensar
que la monarquía se establecería sólo para beneficio de unos cuan-
tos, ni para la protección de intereses extra-nacionales; y en con-
secuencia, que tuviera que estar apoyada por fuerzas extranjeras. 113

Por otra parte, el establecimiento de la monarquía, con la
estabilidad política que representaría, sería la solución precisa
del problema económico de México. Co n ella no sólo el crédito in-

terior, sino el exterior se restablecería; y así se podrían conseguir los recursos necesarios para sostener la defensa del país, Pa¹¹⁴ ra impulsar la actividad económica en general. Con todo esto la prosperidad nacional recibiría un impulso decisivo, y consecuentemente, se establecería la barrera requerida para el expansionismo ideológico de los Estados Unidos.

No solo fines a largo plazo justificaban el deseo conservador; la guerra, la defensa inmediata del país contra el expansionismo territorial de los norteamericanos, daban fundamento a su programa. La monarquía, de manera inmediata podía dar protección a los "departamentos distantes", defendiéndolos de los salvajes que los veían asolando desde tiempo inmemorial; y además, fortalecería ahí, las "fronteras de la civilización que van retrocediendo ante la ba¹¹⁵rie". La monarquía podría realizar esto por el sólo y simple hecho, de que su establecimiento daría inmediato y efectivo control al gobierno sobre el ejército; dado que el carácter del militar era considerado de tal naturaleza que "nunca obedece con gusto al que ve como igual, sino sólo al que considera como superior"¹¹⁶. La prueba más efectiva de esto -se decía- era la vergonzosa derrota -¹¹⁷ que habían sufrido los mexicanos en la batalla de Palo Alto.

Pero por encima de todo, la monarquía sería la efectiva defensa contra los Estados Unidos y la ayuda más eficaz contra la guerra, porque México recibiría de inmediato la ayuda económica y militar de Europa; dado que los países de aquel Continente, veían - en México. "la única barrera que puede detener el ímpetu de los Estados Unidos, y por eso tienen un interés direc-^{este} to en la prosperidad y seguridad de/ país"-¹¹⁸

Justamente por esta razón, afirmaban los periodistas conservadores, el presidente Polk, había desenterrado la declaración de Monroe; y justamente por la misma razón, México debía solidificar su alianza física con Europa, ya que la moral jamás se había debilitado ¹¹⁹ .

De esa manera, los conservadores pedían la monarquía representativa para afianzar la unidad nacional, para establecer el orden junto con la libertad política y civil; pero sobre todo para mantener la integridad territorial y los cimientos estables "de nuestra gloriosa independencia" ¹²⁰ .

CAPITULO V

NOTAS

1. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 9 de febrero de 1845, p.3
2. "La Frontera y los cantones", La Voz del Pueblo, 1 de febrero de 1845, p.3
3. Ibid
4. "Otra vez Federación", La Voz del Pueblo, 28 de junio de 1845, p.2
5. "Maledico maledicens pejus audiet", El Defensor de las Leyes, 22 de mayo de 1845, p.3
6. "Tejas y el Ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p. 2
7. "La Frontera y los cantones", op.cit. vid. supra., nota 2
8. "Californias", La Voz del Pueblo, 5 de febrero de 1845, p.4
9. "A los Departamentos", La Voz del Pueblo, 26 de febrero de 1845, p.4
10. "Tejas y el Ejército", op. cit. vid. supra., nota 6
11. "Federación. Amnistía. Tejas", La Voz del Pueblo, 12 de abril
12. "A los Departamentos", op.cit. vid. supra., nota 9
13. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", La Voz del Pueblo, 26 de marzo de 1845, p.2
14. "Editorial", El Estandarte Nacional, 9 de abril de 1845, p.4
15. Ibid
16. "Federación", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.3
17. "Federación", Amnistía. Tejas", op. cit. vid. supra., nota 11

18. "Federación" y Tejas", La Voz del Pueblo, 19 de julio de 1845, p.2
19. "Monarquía Constitucional", El Republicano, 4 de abril de 1846, p.2
20. Loc. cit. vid. supra. Cap. 14 nota 59
21. "Al Tiempo", El Republicano, 28 de marzo de 1846, p.3
22. "Al Tiempo", Ibid, 10 de marzo de 1846, p. 3
23. "El Tiempo", Don Simplicio, 28 de enero de 1846, p. 4
24. "Al Diario Oficial", El Republicano, 22 de junio de 1846, p.4
25. "Federación", El Republicano, 11 de octubre de 1846, p.4
26. "Federación", Ibid, 23 de agosto de 1846, p.3
27. "Esperanzas de la Nación", Ibid, 20 de agosto de 1846, p.3
28. "Federación", Ibid, 12 de agosto de 1846, p.3
29. La Voz del Pueblo, 11 de junio de 1845, p.4
30. "Federación y Tejas", Ibid, 23 de abril de 1845, p.1
31. "Federación:" El Republicano, 2 de septiembre de 1846, p.3
32. "Salvación de la República", El Republicano, 2 de octubre de 1846, p. 3
33. "Primicias de la Federación", Ibid, 2 de diciembre de 1846, p.4
34. "La Constitución de 1824", Ibid, 19 de noviembre de 1846, p.3
35. "Discurso pronunciado en la Alameda por Luis de la Rosa", Ibid, 19 de septiembre de 1846, p.3
36. "Editorial". El Estandarte Nacional, 5 de abril de 1845, p.4
37. "El Gobierno. La Guerra. Los Estados de la Federación". El Diario del Gobierno. 9 de abril de 1847, p.4
38. "Creación de Nuevos Estados", El Republicano, 16 de enero de 1847, p.3

39. "Guerra Extranjera", Don Simplicio, 7 de abril de 1847, p.4
40. "Defensa Nacional", El Republicano, 8 de abril de 1847, p. 4
41. "Editorial", Ibid, 20 de mayo de 1847 p.3
42. "Editorial ", El Diario del Gobierno, 23 de julio de 1847,p.3
43. "El Gobierno"..., op.cit.vid.supra, nota 37
44. "Yacatán", El Siglo XIX, 3 de junio de 1848, p.4
45. "Monarquistas", El Eco del Comercio, 6 de abril de 1848, p.4
46. "Cuestiones Sociales", Ibid, 23 de marzo de 1848, p.4
47. "Monarquistas", op. cit. vid. supra., nota 45
48. "Revolución en Francia y Monarquía en México", Ibid, 14 de abril de 1848, p.3
49. "República de Sierra Gorda", Ibid, 26 de junio de 1848, p.4
50. "Las dos épocas de la Federación", El Siglo XIX, 30 de diciembre de 1848 p. 3
51. Ibid
52. "Política del Gobierno respecto de los Estados Fronterizos", Ibid, 3 de julio de 1848, p.4
53. "Las dos épocas...", op. cit. vid. supra., nota 50
54. "Estados Fronterizos", El Siglo XIX, 26 de junio de 1848, p.4
55. "Descredito de la Federación", Ibid, 26 de diciembre de 1848,p.3
56. "Política de..."op. cit. vid. supra., nota 52
57. "La Paz", El Monitor Republicano, 3 de junio de 1848, p.3
58. "Reformas", El Siglo XIX, 7 de septiembre de 1848, p. 3
59. "Poder Legislativo", El Siglo XIX, 23 de agosto de 1848, p.4
Cfr. supra. Capt. IV, nota 69
60. "Dignidad Parlamentaria", Ibid, 10 de septiembre de 1848, p.3

61. "El Congreso", Ibid, 7 de octubre de 1848, p.3
62. Don Simplicio, 26 de agosto de 1846, p.4
63. "Energía y Constancia", El Monitor Republicano, 4 de julio de 1848, p. 4
64. "Medidas Represivas", El Siglo XIX, 6 de octubre de 1848, p.3
65. "Paz Interior", Ibid, 7 de junio de 1848, p.4
66. "Facultades Extraordinarias" Ibid, 1 de julio de 1848, p.4
67. "Comunicado", El Defensor de las Leyes, 25 de julio de 1845, p.3
68. "Presidente de la República", El Republicano, 2 de junio de 1846, p.3
69. Ibid
70. "Autoridad y Leyes", Don Simplicio, 22 de agosto de 1846, p.4
71. "Poder Ejecutivo", El Republicano, 8 de agosto de 1846, p.3
72. "El General Santa Anna y los Partidos", Ibid, 30 de octubre de 1846, p.3
73. "Editorial", El Monitor Republicano, 12 de octubre de 1847, p.3
74. "Unión de los Partidos", El Eco del Comercio, 20 de marzo de 1848, p.3
75. "Editorial", El Tiempo, 24 de enero de 1846, p.1
76. "Cuestión del Día", Ibid, 13 de marzo de 1846, p.1
77. "La Independencia de México amenazada por los Estados Unidos", Ibid, 15 de mayo de 1846, p.1
78. "Parte Política", Ibid, 14 de marzo de 1846, p.1
79. "La Independencia de..." Ibid, vid. supra. nota 77
80. "La Cuestión del día", Ibid, 17 de marzo de 1846 p.1
81. "Nuestra Profesión de Fe", Ibid, 13 de febrero de 186, p.1

82. "Californias y la República", Ibid, 4 de febrero de 1846.p.1
83. Ibid
84. "La República y la Monarquía", Ibid, 6 de febrero de 1846,p.1
85. "Cuestión del...", Ibid, vid. supra., Nota 80
86. "Cuestión del...", Ibid,13 de marzo de 1846, p.1
87. "La República y la ..." Ibid, vid. supra., nota 84
88. Ibid
89. "Parte Política", Ibid, 29 de mayo de 1846, p.1
90. "Cuestión del..." Ibid, 5 de abril de 1846, p.1
91. "Proyectos de los Estados Unidos", Ibid, 13 de febrero de 1848, p.1
92. "Emigración de los Estados Unidos a Californias", Ibid, 16 de mayo de 1846, p. 1
93. "Parte Política", Ibid, 29 de mayo de 1846, p.1
94. "Guerra de Castas", El Universal, 8 de diciembre de 1848, p.1
95. "Parte Política", El Tiempo. 26 de febrero de 1846, p.1
96. "Parte Política", Ibid, 5 de febrero de 1846, p.1
97. "Editorial", Ibid, 24 de enero de 1846, p.1
98. Ibid
99. "La República y la..." Ibid, Vid supra., nota 84
100. "Californias y la..." Ibid, Vid. Supra., nota 82
101. "Editorial", Ibid, 25 de enero de 1846, p.1
- 102.-"Política Cristiana", El Católico, 18 de octubre de 1845,p.150
103. "Reformas", El Universal, 28 de noviembre de 1846, p.1
104. "Parte Política", El Tiempo. 29 de enero de 1846, p.1
105. "Nuestras Profesión de..., Ibid, vid. supra., nota 81

106. "Parte...". Ibid. vid. supra., nota 95
107. "La República y la..." Ibid. vid. supra., nota 84
108. "Nuestra profesión..." Ibid. vid. supra., nota 81
109. "Editorial", Ibid., 24 de enero de 1846, p. 1
110. "Parte Política", Ibid. vid. supra., nota 95
111. Ibid
112. "Guerra de Castas", El Universal, 14 de diciembre de 1846, p.1
113. "La República y la..." El Tiempo, vid. supra., nota 84
114. "La Cuestión del día", Ibid, 5 de abril de 1846, p.1
115. "Nuestra Profesión...", Ibid vid. supra., nota 81
116. "Parte Política", Ibid, 14 de febrero de 1846, p.1
117. "Noticias del Norte", Ibid, 23 de mayo de 1846, p.1
118. "Proyectos de..." Ibid. vid. supra., nota 91
119. Ibid
120. "Nuestra profesión..." Ibid. vid. supra., nota 81

CAPITULO VI
LOS PROGRAMAS DE REFORMA SOCIAL

1. El programa liberal

A raíz del triunfo del Plan de Ayutla, una nueva generación de liberales, que la tradición ha simbolizado en la persona de Benito Juárez, tuvo oportunidad de iniciar el programa de reformas sociales que había venido exponiendo desde 1848. Este programa fue legalizado en la Constitución de 1857 y en las Leyes de Reforma, sería la base de la actuación del gobierno liberal, después de su definitivo triunfo sobre el partido conservador y el Segundo Imperio Mexicano. Este además, sería el mismo que llevado a sus últimas consecuencias durante la dictadura de Porfirio Díaz -en todos sentidos, el digno sucesor de Juárez y continuador de su obra- produciría la Revolución de 1910. En consecuencia, este movimiento es la piedra clave de la historia de México.

Es cierto que el sistema de reformas sociales, planteado en la segunda década del siglo XIX, no fue ni el único ni el primero en la historia del país. Muchos estados habían tomado medidas anticlericales y reformistas desde 1823, antecedentes de las tomadas por Valentín Gómez Farias en 1833 y en 1847. Por lo tanto, el nuevo movimiento reformista fue deudor de aquellos antecedentes; su ideal principal, al menos, fue el mismo: crear una sociedad y un gobierno civiles. Pero de la misma forma, es obvio que entre los intentos de la primera mitad y los de la segunda hubo definitivas diferencias. En primer lugar, el programa de los años cincuenta constituyó un

movimiento, mientras que los anteriores fueron producto de acciones menos integradas; en segundo, fue más secular e intransigente; en tercero fue más pragmático y mejor definido en sus medios y en sus fines; por último, fue más norteamericanizado.

El momento en que el sistema reformista de la vieja generación fue puesto en crisis, y el momento en que el nuevo movimiento surgió fue el mismo; el periodo entre los años de 1845 y 1848. En estos años los viejos métodos fueron definitivamente sepultados y al mismo tiempo, su fin principal cobró nueva significación. Ambos fenómenos estuvieron definitivamente asociados con la guerra mexicano-norteamericana, y ambos fueron expuestos por la prensa liberal de aquellos años.

Para el año de 1845 la prensa liberal capitalina se encontraba dividida en dos grupos, dadas sus diversas posiciones ante el gobierno que presidía José Joaquín Herrera. La oposición estuvo dirigida principalmente por La Voz del Pueblo, y su contraparte por el Siglo XIX. El primero de estos periódicos fue el alma del movimiento pro-federación desarrollado en aquel año. Entre los argumentos usados para apoyar sus demandas para el restablecimiento del sistema federal, estuvieron algunos en relación con la estructura social de México. La Voz del Pueblo afirmaba categóricamente, que las condiciones de la sociedad mexicana eran tales, que no sólo permitían, sino que demandaban el restablecimiento inmediato de la Constitución de 1824 y del sistema que ella sancionaba. En su editorial del 12 de marzo, por ejemplo, afirmaba que los intereses del pueblo y los

de la aristocracia -los de la mayoría y de la minoría de la sociedad- estaban representados en dos palabras: federación y centralismo.

...la primera de estas voces es el símbolo de clase media, y de la clase menesterosa, del patriotismo y de la libertad; la segunda, es el emblema de la opulencia y del privilegio, el egoísmo y de la esclavitud. La primera trae a la memoria una época de franqueza, de ventura y de halagüeñas esperanzas; la segunda, una época de doblez, de in¹fortunio y de desastrozo porvenir.

El establecimiento del centralismo había sido, en consecuencia, un acto arbitrario. Había marcado el inicio de sangrientas luchas intestinas, que habían culminado con la separación de Texas, la pérdida de la seguridad exterior, la crisis económica y el debilitamiento general del "espíritu público"².

Este último punto era considerado por éstos periódicos, vital para la solución de los problemas que empezaban a vislumbrarse en el futuro de México. Para la "gran lucha" que México debía librar, era necesaria una "unión franca y fraternal", era necesaria estabilidad política y, finalmente, era necesario el despertar del patriotismo. Y justamente esta era la labor que el gobierno debía desempeñar. Al gobierno tocaba "hacer que los esfuerzos de los buenos mexicanos" fueran fructuosos y por ello debía "aprovechar hasta la más pequeña"³ circunstancia para excitar su patriotismo". El medio más efectivo, en su opinión, era el inmediato restablecimiento de la federación.

Aunque se demandaba el restablecimiento de un sistema ortodoxamente liberal, en el que cada individuo pudiera sostener sus opiniones, cada partido expresar su profesión de fe, en el que existiera "una discusión noble, franca y leal, en las calles y en las plazas y a la luz del día", se exigía también que el Estado no se concretara a una acción policiaca, sino que yendo más allá, restableciera el sistema que convenía. Por esta razón criticaban y se oponían a la política del gobierno del "6 de diciembre", al que calificaban de "inepto y somnoliento". Este gobierno arriesgaba la seguridad y despertaba "el fuego de internas y tristes convulsiones", porque no atacaba y suprimía a "los seres degradados que buscan en sus creencias, la conservación de sus ruines intereses"⁴. En suma, puesto que la sociedad estaba en su mayoría sumergida en la apatía /del egoísmo, el Estado, apoyando a la minoría consciente, debía establecer el sistema que convenía a la nación, aunque ésta no lo reconociera.

Por su parte El Siglo XIX sostuvo una posición liberal más ortodoxa aún en la defensa que hizo del gabinete de Herrera. Aceptaba como un dogma incuestionable que el Estado, con el sólo hecho de "dar todas las seguridades y garantías de patriotismo y honestidad"⁵, amalgamaría todos los intereses y conduciría todos los esfuerzos. El Estado debía dirigir a la masa de la población y despertar en ella un sentimiento patriótico, pero como un eco de sus deseos, nunca actuando sobre ella⁶. Dentro de la sociedad había que despertar el espíritu público, pero no era ésta estrictamente un labor del Estado, sino de la sociedad misma, que contaba con los

medios para hacerlo, uno de los cuales era la prensa misma ⁷. El periódico afirmaba también que la masa era inconsciente, irresponsable, improductiva, mientras que la minoría era justamente lo contrario. El gobierno por tanto, debía apoyarse en la segunda y reponder a las necesidades de ésta. De hecho este periódico reconocía que las fuertes tendencias de disolución no se encontraban en la masa, sino en la minoría; y que ésta, basaba su nacionalismo só lo en el interés material ⁸. Por ello veían como función del Estado la protección de la sociedad y la nación, e "impedir que el espíritu de desmembración" progresara. El Estado debía apoyarse en esa minoría y abrirle todos los conductos de mejoramiento material. Es decir, debía evitar las revoluciones, cambios de sistema que arriesgaran la estabilidad política, o cualquier medida externa que pusiera en peligro la seguridad nacional. Por ello no dudaban en dar todo su apoyo a las medidas que había adoptado el gabinete de José Joaquín Herrera ⁹.

Los acontecimientos que se sucedieron en los últimos meses de 1845, fueron suficientemente olocuentes para desmentir las opiniones que algunos diarios habían sostenido. La actitud "cauta" del gobierno de Herrera había conducido a la anexión definitiva de Texas a los Estados Unidos y había precipitado la guerra, amén de haber detenido los preparativos para la defensa. Había acelerado también la revolución con la que caería el gobierno. Además, el apoyo dado por las clases media y popular al levantamiento de Pañeres y a su programa reaccionario fue suficiente para no dejar ninguna duda de que el pueblo no era tan federalista como se suponía.

Tal fue la decepción de la prensa liberal aquel año, que ambos periódicos decidieron suspender su edición al ser electo Mariano Paredes presidente provisional.

Como era de esperarse desde principios de 1846, los periódicos liberales adoptaron una actitud diferente a la del año anterior. Don Simplicio el más radical y cínico de los diarios publicados en ese año desde su primer número, manifestó una actitud escéptica ante todas las soluciones intentas hasta ese momento, en la problemática del país. Para sus redactores, las soluciones eran el producto de la mente de "viejos teóricos y aristotélicos" -incluyendo tanto los conservadores como a los liberales- que se habían olvidado que el pueblo mexicano, no había leído ni a "Montesquieu ni la Biblia" ¹⁰. Estos habían expuesto los problemas y las soluciones de México, "como sobre el Parnaso, de las desgracias de la Grecia, por inspiración y con la lira en la mano" ¹¹. Consecuentemente, para los escritores de este diario; las bizantinas discusiones sobre las funciones del Estado o los sistemas de gobierno, eran problemas que imponían "un pito y cien trompetas" ¹². Porque mientras al pueblo no se le morigerara y vigorizara, mientras a las clases privilegiadas no se les moralizara y frenara, ningún sistema gubernamental funcionaría en el país.

El instrumento de la reforma de la sociedad mexicana era para Don Simplicio, el Estado. Este debía abrir los canales de mejoramiento económico de la ^{mayoría a partir} /del principio de que "la cadena natural y segura de las familias, de los pueblos, y de las naciones es el

recíproco interés"¹³ y el espíritu público el único resultado de los "intereses pecuniarios"¹⁴. El Estado, sin consultar al pueblo, pero respetando la vida y las propiedades de los ciudadanos, debía tomar todas las medidas necesarias para abrir las puertas al progreso material del país. Debía construir vías de comunicación para agilizar el comercio¹⁵, y hacer del "mérito personal", la base de su política¹⁶. Con esto se lograría crear una nación unida y soberana y el gobierno recibiría el apoyo incondicional de todos los ciudadanos.

Al proponer el programa, y su inmediata aplicación, los redactores de Don Simplicio respondían a las cuestiones presentes en los diarios liberales del año anterior, y que para 1846 eran mucho más alarmantes. Es decir cómo despertar el sentimiento nacional frente a la proximidad o inminencia de la guerra contra los Estados Unidos. Por ello, cuando la campaña monárquica se expuso sin reservas y Mariano Paredes parecía estar dispuesto a dejar su lugar a un príncipe europeo, y la guerra con los Estados Unidos estaba en puerta, este diario afirmaba que la situación de México era tal que

...se ha divorciado al gobierno de los hijos de la patria, se han roto los vínculos de confianza y se ha dado al pueblo la alternativa de vencer convirtiéndose en esclavos de un sistema de represión y aristocracia, o ser vencidos y encontrar la esperanza de nuevas oportunidades económicas y mejoramiento social...¹⁷

En otras palabras, que seguir los pasos que El Tiempo marcaba, era tanto como hacer de la guerra entre México y los Estados Unidos,

la guerra entre la modernidad contra el antiguo régimen. En tal caso ningún nacionalismo podía existir.

Más tarde, cuando el peligro monárquico había desaparecido, los redactores de este diario, consecuentes con sus principios, no estuvieron satisfechos con él solo restablecimiento de la Constitución de 1824. Ellos siguieron sosteniendo que la reforma social debía hacerse "de una manera fosfórica, electro-magnética e instantánea"¹⁸. En su opinión, el simple restablecimiento del sistema federativo no era suficiente para impulsar al pueblo a la defensa del país. La fórmula para despertar el patriotismo; para hacer "una cruel y positiva guerra" a los norteamericanos, era imitar, más aún, mejorar "las Instituciones de los Estados Unidos"¹⁹. En suma:

Herir por los mismos filos; he aquí nuestro programa respecto a los Estados Unidos, y si alguna vez hemos pensado con juicio, es cuando queremos oponer pueblo a pueblo, leyes a leyes benéficas, bienes a bienes materiales; y por último, civilización y progreso, a la civilización²⁰ y al progreso americanos...

El Republicano fue el otro órgano informativo de importancia con que contó la causa liberal durante el año de 1846. Como sucesor de El Siglo XIX, su posición continuó siendo más mesurada que la de su correligionario Don Simplicio. No obstante, las diferencias fueron menos marcadas que las que existieron entre los periódicos liberales de 1845. El Tiempo, sin proponerselo deliberadamente, había contribuido significativamente a la fusión de las ideologías liberales.

La redacción de El Republicano al proponer la necesidad y los medios de una reforma social en México, partió de las mismas bases que Don Simplicio. La guerra con los Estados Unidos, exigía despertar o crear un sentimiento nacional que estaba dormido o nunca había existido en el pueblo mexicano. Sentimiento de nacionalidad significaba para El Republicano ventajas y oportunidades económicas; mientras el pueblo no las tuviera no podía existir cohesión social, ningún sentimiento de unidad. Por esa razón, lo primero que debía hacerse en México para "poner un dique a los invasores de los Estados Unidos", era poner en práctica ciertas medidas, por medio de las cuales los Departamentos, en especial los del Norte, encontrarán "más ventajas en estar unidos a México que en agregarse a los Estados Unidos"²¹. Las ventajas debían establecerse de inmediato, porque los norteamericanos durante su invasión de Nuevo México, California y Tamaulipas, esparcían "entre nuestros pueblos de la frontera... mil promesas de un futuro e imaginario bienestar"; pero que los mexicanos creían y aceptaban, tomando en consideración el sistema y las instituciones de aquel país²². De aquí también que las medidas que en México se establecieran no podían ser otras que las mismas de los norteamericanos; pues para México, más que los ejércitos, eran las instituciones de aquellos, las que ponían en jaque su existencia. "Pongámonos a su nivel" era el lema de El Republicano²³.

Hacia mayo de 1846 cuando el gobierno de Paredes sufría ya la crisis que culminaría con su caída, El Republicano, temiendo que un nuevo movimiento revolucionario agravara más aun la situación del

momento, expuso cual debía ser la actitud que un gobierno debía adoptar en el manejo de la sociedad. Los pueblos, afirmaba entonces, cuando ven que los hombres que los gobiernan se manejan con honradez y provecho, automáticamente se convierten en el sostén de la autoridad y de las leyes que rigen. Por ello,

... si la patria es atacada por los extranjeros y al mismo tiempo el pueblo y el gobierno están entre sí en mal sentido, es muy difícil repeler aquellos ataques; y el pueblo propende a un levantamiento contra el gobierno, y este a contener las propensiones populares, y en medio de las conturbaciones el enemigo avanza en sus planes...

De aquí, que el gobierno para sostenerse y sostener a la nación debería convertirse en espejo de los deseos del pueblo, o de aquel sector del pueblo que siendo consciente puede o ser útil o ser una amenaza. Así, sin traspasar "los límites de sus facultades", el gobierno debería respetar "las garantías individuales y las leyes vigentes", y con ello, se atraería las simpatías y las voluntades necesarias²⁴. De hecho, el problema de México, había sido que los gobiernos -liberales y conservadores- siempre habían excedido sus funciones, nulificando "las fuerzas populares", base de "el verdadero poder respetable"²⁵.

Consecuentes con sus postulados, los redactores de El Republicano afirmaban que a la clase ilustrada, más que al gobierno, correspondía llevar a cabo la reforma social. Para ello dicha clase contaba con las armas necesarias. La primera era abrir los canales de

mejoramiento material.

Un pueblo tiranizado en nombre de la libertad, un pueblo constantemente engañado en sus más lisonjeras esperanzas; un pueblo robado por los que se han dicho amigos de la riqueza pública; un pueblo, en una palabra, como el pueblo mexicano, es muy natural que no tenga espíritu público, que se muestre indiferente a los males más graves, y que no de casi ningún indicio de nacionalidad, aun en los momentos más solemnes. ¿Qué recurso queda, mexicanos amantes de vuestra patria, para mover a este pueblo inerme? No otro, sin duda, que despertarlo de ese mortal letargo en que se encuentra, y despertarlo a gritos, para que oiga. El adelantamiento de las artes, el progreso de la industria, el fomento de la agricultura, son, es verdad, recursos que la sociedad franquea para crear y conservar amor a la patria, ese amor que es la virtud universal, que debe arder en todo corazón humano, que aun se deja ver en todo ser animado...²⁶

Además era la única clase con educación cívica. Eran esos hombres ilustrados los que debían llevar el mensaje "por las calles y por las plazas", para que el "fuego de la palabra" reanimara el pensamiento, que yacía muerto en el seno de la muchedumbre, "tan ignorante como indolente"²⁷. Se deberían estimular las festividades cívicas y crear reuniones populares, meetings, como los llamaban²⁸.

La clase consciente tenía que dar ejemplo de unidad y conciencia nacional, y "por su propia comodidad y la felicidad del país", no debía tener "ninguna afección política"²⁹. Debía ser la primera en alistarse en las fuerzas de voluntarios, Guardias Nacionales, formadas solo por personas con "hábitos de laboriosidad y moralidad". De ninguna manera se podían "confiar las armas a todos los vagos ebrios y demás gentes inmorales"³⁰.

La redacción de este periódico creyó en el programa que postulaba, y aún cuando resultaba evidente que no funcionaba, continuó insistiendo en su aplicación. A tal punto llegaba su fe en que "en los gobiernos republicanos, todo acto arbitrario es tiránico, y que hay tiranía cuando la voluntad no sirve de ley"³¹, que hubo momentos en que no dudaron en oponerse al gobierno que representaba el sistema que habían defendido. Para la segunda mitad de 1846, por ejemplo, la situación del erario nacional llegó a ser tan crítica, que no alcanzaba ni para pagar lo más necesario del ejército que debía llevar Santa Anna en su campaña del norte. El Diario del Gobierno publicó por entonces un artículo que afirmaba:

... los ricos siguiendo el noble ejemplo del general Santa Anna, aporten sus tesoros, no sea que el pueblo, que sabe donde estan sus arcas, se arrojé sobre ellas, extraiga el dinero y lo lleve a donde están nuestros soldados³².

El Republicano, calificaba de doctrinas "bárbaras y antisociales". Días más tarde en un editorial del 2 de octubre, titulado "Razgo de Patriotismo", hacía notar que los alumnos del Colegio de San

Juan de Letrán habían decidido "voluntariamente" cooperar con "el importe de un platillo de su comida"³³. En el mismo número se afirmaba:

... las garantías individuales, no son gracias que dispensan los gobiernos; son sí unos derechos que reclaman los pueblos; el que se los niega, traspasa los límites de la justicia, y entra en la senda tortuosa de la arbitrariedad. Si se quiere que la república se salve; si se desea que progrese, es necesario hacer de modo que todos los individuos concurren a este fin. Que el interés que cada uno tiene en conservar lo que es suyo, haga de toda la nación un cuerpo regular y compacto...³⁴

La solución, por lo tanto, no era como pretendía Manuel Rejón, el ministro del Interior o Valentín Gómez Farfías, el vicepresidente. Ningún grupo social, ninguna corporación, ni la iglesia podían ser forzados contra su voluntad a contribuir económicamente. Y por supuesto no debería asuzarse a "la plebe"³⁵ a asaltar las propiedades de la gente productora y "decente". Lo aconsejable era estimular a los soldados (como lo hacían los norteamericanos) ofreciendo "ascensos y condecoraciones" o con la promesa de dotaciones de tierras para cuando la guerra terminase³⁶. Por lo que al resto de la sociedad concernía, lo único que debía hacer el Estado era despertar el sentimiento nacional.³⁷

El año de 1847 fue el año decisivo para la unificación de los criterios de la prensa liberal, ya que en ese año todas las opinio

nes fueron puestas en crisis. El gobierno de Gómez Farias continuó insistiendo en la necesidad de aplicar la teoría de que la Iglesia estaba tan comprometida como el Estado en la defensa nacional y podía ser forzada legalmente a contribuir al sostenimiento de la guerra³⁸. Tanto El Republicano como Don Simplicio se opusieron a tal medida. Pensaban que esto podía sentar el precedente de posteriores ataques a las propiedades de corporaciones o individuos. Por tanto con las plumas y con las armas dieron/apoyo definitivo al movimiento de los polkos. Pero cuando el movimiento dejó de ser una defensa de la propiedad privada para convertirse en un plan reaccionario, los periodistas liberales se opusieron tanto a las pretensiones de los sublevados como a las del gobierno de Gómez Farias³⁹. Por otra parte, la actitud adoptada por el clero y la clase alta, fue suficiente para convencer a los redactores de que sus programas de auto-reformas y auto-convencimiento de la sociedad no pasaban de ser bellas utopías⁴⁰. En adelante estarían persuadidos de la necesidad de una acción directa del gobierno sobre la sociedad y de llevar la secularización hasta sus últimas consecuencias.

Durante los primeros meses de 1848, así como los últimos del año anterior, fueron casi nulas las opiniones sobre la reforma social en los periódicos liberales. La ocupación de la ciudad de México por las fuerzas de Scott obligó a la mayor parte de los diarios a cerrar; pero además el trauma fue tan violento que nadie quiso aumentar la crisis. El silencio parecía más acorde con la trágica solemnidad de las circunstancias.

En cuanto hubo noticias de la reanudación de las pláticas

entre el representante de los Estados Unidos, Nicholas P. Trist y los nombrados por el gobierno mexicano para establecer un tratado de paz. El Eco del Comercio, El Monitor Republicano y algo después El Siglo XIX empezarian a volver a insistir en la necesidad de llevar a cabo una reforma social.

La primera diferencia de la actitud de los tres diarios con los de años anteriores, estaba en que los criterios eran uniformes. Sólo hubo ligeros matices de opinión pero nunca en materias fundamentales. Pareceria que con absoluta conciencia, los liberales de aquel año querian constituir un partido político con un programa definido. El Eco del Comercio, por ejemplo, en su editorial del 15 abril, enumeraba con claridad ^{las metas} para todos aquellos que comulgaban con la ideología liberal. Los editoriales de los otros dos periódicos se apartaron muy poco de ellos, ⁴¹ y los tres aceptaron la propuesta de El Eco del Comercio en su número de 22 de mayo de 1848:

Esta nueva esperanza es la de que estos mismos partidos, cuya divergencia de opiniones sirve para dar actividad y movimiento a los gobiernos populares, se adunaran en las grandes cuestiones que importen a la felicidad general del país, y que la guerra que se haga sea filosófica, racional y justa... guerra de conciencia, de convicción y de raciocinio, no expresada por la brutal fuerza de los motines, ni por el ciego tumulto de las rebeliones... ⁴²

También es notorio que desde el primer momento, estos diarios manifestaron un ferviente deseo de renovación, establecer los medios y los fines de su programa, "a la vista del ejemplo vivo de lo pasado"

pero con la única finalidad de adoptar "una marcha enteramente nueva y opuesta a la antigua"⁴³.

La guerra con todos sus acontecimientos internos y externos y su fatal desenlace, debía estar presente /^{en} cada paso que México diera en su futuro. Durante ella, el país había arriesgado su existencia, pero no había desaparecido el riesgo con la paz⁴⁴. Según los periodistas liberales, la consecuencia inmediata de la paz, era poner en estrecho contacto a la población norteamericana con la mexicana. El contacto podía ser nocivo para la mexicana, si no llegaba a igualar los niveles de prosperidad norteamericanos⁴⁵. Según afirmaba el Siglo XIX:

...la consecuencia inmediata del cambio de fronteras va a ser dentro de pocos años poner en inmediato contacto a la población del Norte con la de la república mexicana; la prosperidad de aquella no será ya para ésta una narración más o menos exacta de algunos viajeros, sino el ejemplo palpable de un bienestar material puesto a la vista de nuestras fronteras...⁴⁶

y en verdad, dos meses de ocupación de la Alta California habían bastado para que la población original se hubiese "resignado al cambio" y adaptado a las nuevas instituciones que las regían, para que "las incursiones de los indios" se contuvieran y se iniciara la construcción de ciudades nuevas y justamente donde todos los proyectos de colonización mexicanos habían fracasado, había ya "una inmigración considerable"⁴⁷. Era indispensable que México desarrollara un programa que opusiera "población a población, mejora a mejora,

franquicia contra franquicia, y garantía contra garantía"; porque
...en la vida política de las naciones, no adelantar es
tener un atraso positivo, y si hasta aquí hemos recogido
la amargura, la desgracia y la infamia; más adelante no
recojemos nada; porque ya habremos desaparecido, como un
pueblo indigno de vivir entre las naciones civilizadas⁴⁸

El primer paso que se debía dar de acuerdo con el programa de
la prensa liberal era crear un sentimiento de nacionalidad en el
pueblo mexicano; entendiéndose por este concepto, la liga que un
individuo podía sentir por un territorio, por un gobierno y por una
sociedad, dados los beneficios materiales que de ellos obtenía. La
falta de este sentimiento había sido, en última instancia, la causa
de la derrota ante los ejércitos norteamericanos.

Por eso en los momentos terribles de la lucha con los
Estados Unidos del Norte, sólo hemos conseguido ofrecer,
al mundo el espectáculo de nuestra debilidad e impotencia...los
ciudadanos desconfiaban de los manejos de sus autoridades, y todos
preferían aventurarse a cualquier cambio por ver si su suerte
mejoraba, porque todos calculaban que el resultado final de nuestra
lucha sería el de volver a nuestros antiguos desórdenes.⁴⁹

La inestabilidad política fue el primero de estos obstáculos
porque había debilitado "los vínculos entre el súbdito y el manda-
tario"⁵⁰. Por eso se exigía que no se hicieran cambios institucio-
nales. Los mexicanos debían convenir "en no alterar el orden esta-
blecido"; sólo así se restablecería la confianza perdida en el

gobierno y se dirigieran los esfuerzos a todo aquellos que fuera
"conveniente a la nación"⁵¹. En su opinión, el sistema republicano
federal era el que mejor se prestaba "para los rápidos y grandes"
adelantos sociales que México requería. Pero podía servir "poderosa-
mente para destruir la unidad política" de que supuesta^{ente} ⁵²mera con
servador, si no existía una verdadera madurez cívica. Era pues
un ^{sis} tema bueno, pero ^{no} milagroso; además de mantenerse en el poder,
debía lograr que los ciudadanos cumplieran "religiosamente con las
cargas que la sociedad" imponía y tomará el mismo interés por los
negocios de la nación que por los propios. Sólo así se salvaría la
república⁵³.

La heterogeneidad racial y los intereses de los diversos grupos eran obstáculos que entorpecían el desarrollo de un sentimiento de nacionalidad. Y después de veinte años de desorganización política, parecían irreconciliables. Cada estrato de la sociedad, cada grupo racial en uso de la libertad, había subvertido el orden. La libertad se había llegado a entender como "la realización de pretensiones exageradas". El Monitor Republicano, "encontraba que estas eran enemigas de la libertad", pues,

...sólo pueden producir reacciones parciales, que poco a poco se convierten en generales; de las reacciones nace la desmoralización, la concentración de odios, la tenacidad de los partidos, y por fin, de todo la anarquía, cuyo remedio es el despotismo doméstico o extranjero...⁵⁴

El aprecio y el goce de la libertad requerían comprensión y conoci-

miento y el pueblo mexicano, "en su mayor parte", no los tenía . Era imposible dejar al libre juego de las fuerzas sociales el establecimiento de una reforma social que tendiera a la creación de un sentimiento de nacionalidad; se necesitaba un instrumento que con "energía y decisión", estableciera

...las reformas que reclama el estado de nuestra sociedad, cuyos vicios, cuyos abusos y extravíos la han arrastrado al borde del precipicio...

56

Este instrumento, obvio es decirlo, no era otro que el gobierno. Este debía establecer los "vínculos estrechos" que unieran "a un hombre con otro, a los pueblos entre sí, a las clases y a los diversos órdenes sociales". El gobierno debía expedir "las leyes sabias" que condujeran a cada una de las fracciones "a un centro común" .

57

Un tercer obstáculo para el desarrollo del patriotismo mexicano había sido la carencia absoluta de beneficios materiales, en realidad, consecuencia de los otros dos y el gobierno debía hacer algo para remediarlo. La sociedad estaba imposibilitada para desarrollar la prosperidad, dadas las circunstancias en que se encontraba. El siglo XIX afirmaba que

...para que los estados fronterizos no hagan una comparación desfavorable entre su situación y la de los pueblos que pronto estarán separados de ellos por una línea matemática, es indispensable que su prosperidad reciba un impulso violento y poderoso; que la acción del poder general, se haga sentir en ellos no como un eco que parte de la capital, sino como un movimiento cuya causa esta muy cerca; de hoy en adelante el gobierno de la federación

debe tener constantemente una mano en la frontera . México debía marchar al paso del siglo de actividad y movimiento⁵⁹ en que vivía . Se debía fomentar el comercio, la agricultura, la industria, la minería "y en general las artes y las ciencias"⁶⁰ , debían tomarse las medidas necesarias para poner a su sociedad "al nivel de nuestros vecinos" porque una vez que México pudiera darles a sus habitantes" tanta seguridad y protección como el norte" les daba a los suyos, quedarían destruidas "por los beneficios de la ley las maquinaciones de separación"⁶¹ . En consecuencia, lo que los periodistas liberales querían lo expresaba El Siglo XIX con las siguientes palabras:

...queremos hechos prácticos, queremos el positivismo que acreditaron nuestros enemigos, los invasores, sin tanta fórmula, sin tanto dictado, ni tratamientos; sin tanta ceremonia, sin tanto relumbrón y sin tanta bambolla, figurada con tanta palabra elegante y con tan bonitos dis cursos. Hacer más y decir menos es lo que necesitamos para mejorar de situación⁶² .

En conclusión, el gobierno debía conservar el orden establecido, bajo el concepto de libertad bien entendida e impulsar el progreso. Estas actitudes "positivas" establecerían las condiciones que, con el paso del tiempo forjarían en los mexicanos el sentimiento de nacionalidad. Se debía, además, de preservar a México contra los Estados Unidos aunque inspirarse siempre en las condiciones de aquel país⁶³ .

Para crear el sentimiento nacional se requería la total reforma de la sociedad mexicana. Había que combatir los males obvios: "el egoísmo refinado de las clases acomodadas la ignorancia de las clases bajas". Como afirmaba José María Iglesias, se hacía necesaria una "regeneración completa y absoluta" de todas las costumbres⁶⁴ y sentían que ellos, periodistas liberales, cumplían su responsabilidad nacional proponiendo programas.

Como el punto clave del programa liberal al crear una sociedad civil, el más inmediato, serio y difícil de sus problemas era el referente al ejército. Las revoluciones y guerras que se habían padecido desde el año de 1810, habían hecho de este cuerpo poderoso y corrupto, y lo peor es que era necesario. Antes de 1845 los liberales tenían ideas contradictorias sobre el ejército. Por entonces no parecía tan grande la necesidad de la fuerza armada⁶⁵, pero poco el panorama forzó a los diarios liberales a hacer encomios a las virtudes militares⁶⁶. El año siguiente, los acontecimientos dieron lugar a un conqueteo franco y descarado⁶⁷. Durante 1847 y los primeros meses de 1848, los sucesivos fracasos militares, presentaron la oportunidad para que se iniciara la campaña contra el ejército regular. El Calendario de Galván publicó una serie de proverbios como los siguientes:

"Más honroso parece el nombre del soldado muerto en la batalla, que ~~samo~~ en la huida⁶⁸

"Los laureles de un revolucionario están teñidos con sangre que los marchita"

"Un jefe sin instrucción puede conseguir una victoria, pero no aprovecharse de ella"

"Un ejército sin disciplina perjudica más al Estado que al enemigo".

"¿Queréis restablecer la disciplina militar? Castigad primero al jefe , y despúes al subalterno"

"Ved un ejército sin disciplina y os juzgareis entre una turba de malvados y fascinerosos; vedle disciplinado y ⁶⁹ le creeréis compuesto de hombres virtuosos y valientes"

Cuando el Tratado de Guadalupe-Hidalgo fue ratificado, la prensa contó con la firme e incuestionable base del descrédito total del ejército, para apoyar su programa de reformas al mismo ⁷⁰. Era necesario que estuviera bajo un verdadero control del gobierno; que se reconociera que el poder que ostentaban/^{no} debía usarse para usurpar los derechos civiles, ni para subyugar al pueblo. Se debía forzar al militar a reconocerse como parte y servidor de la sociedad y suprimir cualquier privilegio o fuera que le hiciera sentir que estaba por encima del resto de la población y protegido de cualquier ⁷¹ ataque . Eran conscientes de que las medidas no iban a ser aceptadas de buenas a primeras por los militares, era necesario tomar otras tendientes a contener sus ataques y a humillar su natural y estúpido orgullo. Para esto debían fortalecerse las Guardias Nacionales. Al respecto El Republicano comentaba en 1847:

...La propensión natural en el hombre a abusar de su fuerza...se desarrolla considerablemente y se hace siempre sensible en la fuerza armada...

Para minorar en parte...esa clase de males, sólo existe un remedio, y es el mismo que aplicado desde hace tiempo hubiera fundado entre nosotros un orden estable, y dado fin desde bien temprano a nuestras convulsiones. La agitación de nuestra historia política se ha debido casi exclusivamente a que aquella parte de la nación sana, morigerada y animada de principios desinteresados y patrióticos, se ha conservado extraña a los sucesos públicos...

A todos los que amamos verdaderamente a nuestra patria... no nos queda otro recurso, aun cuando el llamamiento de nuestro país no fuera tan imprescindible...que el de tomar las armas, para que de ese modo el uso que se haga de ellas sea el único verdaderamente favorable a la causa de la república. Si la voz del patriotismo o de otros sentimientos...no se hace oír de nosotros, escuchemos al menos la del interés; ella nos dice lo mismo; seamos todos soldados, y nuestra nacionalidad se salvará, y no habrá nadie que pueda abusar de su fuerza⁷².

Estas opiniones ciertamente no eran novedosas; desde 1845 se expresó el viejo proyecto liberal de crear cuerpos de civiles armados para defensa del país. Pero no fue sino^{cuando} la situación fue más alarmante que se insistió sobre el asunto. Para 1846 resultó común y corriente la idea de que el pueblo mismo debía impulsar y facilitar la defensa del país. "Arme el gobierno al pueblo -decía El Republicano-y México será respetado y temido"⁷³. Este mismo diario,

en agosto del mismo año, señalaba que la única diferencia entre el soldado permanente y el cívico no estaba en "la instrucción... sino en el fuero", por ello el segundo era de mayor utilidad y seguridad para el país, puesto que estaba sujeto a "las autoridades cívicas"⁷⁴. Hacía notar que este tipo de guardias, al estar integradas por hombres de recursos e instrucción, naturalmente estarían inclinadas a la protección de sus intereses, y por lo tanto a la conservación de la nacionalidad y del orden⁷⁵. Estas opiniones tuvieron eco en el gobierno que dió sanción oficial a la Guardia Nacional, Pero la práctica echó por tierra las teorías. Las guardias nacionales, que "por su naturaleza" no podían participar en ningún acto subversivo del orden⁷⁶, se convirtieron en actores de una nueva lucha interna. Esto no desilusionó a los liberales de las guardias nacionales. El movimiento de los Polkos, después de todo lo achacaron a la mano corruptora del clero y la aristocracia⁷⁷. La campaña en favor del mantenimiento y aun el fortalecimiento de las Guardias Nacionales se incrementó en los diarios liberales en 1848. Se hacía notar sus ventajas militares y políticas, El Eco del comercio, por ejemplo afirmaba que la absoluta abolición del ejército permanente era imposible puesto que México tenía "inmensas costas que resguardar, tribus salvajes que resistir, y mil peligros exteriores que temer". Al mismo tiempo asentaba que había que vigilar que se le utilizara como instrumento de intereses ajenos a los de la nación y su corrupción.

El ejército permanente debía estar en lugares en donde se .

mantuviera ajeno a la política y en constante práctica de su función como defensor del país. Al mismo tiempo, para la protección de las ciudades y para el sostenimiento del gobierno. La Guardia Nacional era mejor garantía.

Formada de hombres laboriosos de todas las clases de la sociedad, sin aspiraciones a ningún ascenso ni distinción y deseosa de que la paz se conserve para mejorar su situación, ella es la principal garantía de orden y la mayor enemiga de los que intenten subvertirlo .

El Siglo XIX, por su parte, repetía ideas semejantes ⁷⁸, pero además reivindicó las Guardias Nacionales. Ciertamente estos cuerpos contaban con la mácula de haber emprendido una lucha partidista cuando el ejército regular se batía en la Angostura y la población de Veracruz pedía refuerzos para resistir a Scott ⁷⁹. Este diario hizo notar, con motivo del aniversario de la toma de la Ciudad de México por los norteamericanos, que la defensa más heroica la habían hecho las Guardias Nacionales, no las fuerzas permanentes. Así los verdaderos héroes mexicanos eran Balderas y León, no Santa Anna y Valencia. Los hechos memorables eran los de Churubusco y Molino del Rey; en cambio Padierna era execrable y Chapultepec ⁸⁰ mediocre ⁸¹.

Otra de las medidas que se planteó fue el establecimiento de un "ejército extranjero". En 1845, El Siglo XIX, había publicado un "Proyecto de colonización militar en el norte", suscrito por José María Irigoyen, el cual no era otra cosa que una calca de los frontier towns establecidos en Massachusetts durante el siglo

XVII , o los fuertes de Carolina del Sur, durante el XVIII. En el proyecto se hablaba de crear colonias mixtas de militares y civiles en los territorios del norte, compuestas de inmigrantes europeos, para contener las incursiones de los indios y asegurar dichos territorios para México ⁸² . Por razones obvias, este proyecto no tuvo mayor trascendencia. Sin embargo, en junio de 1848, el grupo de periódicos liberales de la Ciudad de México, principalmente El Siglo XIX, volvió a insistir en crear en México fuerzas armadas con inmigrantes europeos.

La Guardia Nacional -afirmaba El Siglo XIX en su editorial de 7 de junio de 1848- era, sin duda, una solución efectiva para oponer un muro a los rudos golpes del despotismo y la anarquía. Pero dadas las condiciones de la sociedad mexicana, esa institución tardaría algún tiempo en rendir los frutos esperados y el mantenimiento del orden y la organización de la defensa, demandaban una solución inmediata. Por lo tanto la solución estaba en constituir un ejército con soldados extranjeros ⁸³ . Según decía un mes más tarde, el mismo diario:

...los mexicanos pueden ser soldados, pero no lo son y tardaran mucho tiempo en formarse, y entre tanto necesitamos un ejército...Sin una fuerza extraña y poderosa no se sujetaran a la disciplina, a la ciencia y al mérito los que tan fácilmente hacen su fortuna en las revoluciones...¿quién se atreverá a mejorar nuestra suerte sin necesidad de enfrenar antes todas las clases, todos los partidos...
84

En la búsqueda de argumentos en que apoyar la bondad de esta medida, los liberales no tuvieron que ir muy lejos. La guerra misma daba múltiples ejemplos. Al general Scott le había bastado "un salario seguro" para mantener orden y disciplina en la ciudad de México, donde ninguna autoridad nacional, aun en mejores circunstancias, lo había podido hacer. Sólo "una promesa de tierra y dinero" había sido suficiente para que numerosos irlandeses del ejército norteamericano desertaran y defendieran la causa mexicana. Otro tanto, se podía decir respecto a la contraguerrilla poblana, que había servido a los norteamericanos; y finalmente, lo mismo se podía afirmar sobre los voluntarios de los Estados Unidos⁸⁵ que se aprestan a ir a Yucatán".

De todos estos ejemplos, el de las "Compañías de San Patricio" fue el escogido para mostrar los beneficios y conveniencias de su proyecto. Nadie podía dudar, afirmaban, que estos irlandeses se habían batido como ningún mexicano lo había hecho durante toda la guerra⁸⁶. Habían dado muestra de una absoluta disciplina y de leal sosten de las autoridades constituidas:

El ejemplo de los irlandeses de las Compañías de San Patricio en Churubusco es bastante para demostrar el arrojo que puede tener un ejército cuando se le promete un bienestar material futuro, después de la victoria. Por otra parte, no comprometido excepto con el gobierno del que recibe su paga, sólo tratará de conservar a éste en el poder; infundiendo un saludable temor en los soldados mexicanos, quienes nada pierden con los desórdenes in-

ternos porque siempre encontrarán, una ventaja en el nuevo gobierno, pues éste los necesita, y los bienes anteriormente adquiridos no corren riesgo alguno. Además, al estar ajenos a los partidos los convierte en un garante de la paz y la estabilidad ⁸⁷.

A estas consideraciones, los liberales sumaban otras. La mayor parte de los irlandeses que no habían sido sacrificados, se habían quedado en México, por tanto estaban a mano para empezar a desarrollar el programa. Eran católicos, y por tanto contaban con la simpatía de la sociedad mexicana. Además, habían desarrollado un odio brutal a los Estados Unidos y no podía dejárseles ^{el} estado en que se encontraban, "aislados en medio de una población extraña, sin proporcionarles medios para atender a su subsistencia", porque se entregarían al robo y al vicio, o bien, estarían dispuestos a admitir "las proposiciones de los eternos promovedores de revoluciones" ⁸⁸

Otro de los grandes obstáculos para la prosecución del programa liberal, lo representaba el clero; y sin duda, era mucho mayor que el que podía representar el ejército. Por lo mismo, la actitud de los diarios fue mucho más cauta y cuidadosa en este asunto que en el del ejército. Una de las notas claras en los diarios liberales de 1848, es la ausencia casi total de referencias directas a la Iglesia. Esto resulta claro al compararlo con la actitud de Don Simplicio en 1846. No obstante, El Eco del Comercio, en su editorial del 22 de marzo de 1848, afirmaba que la religión católica no era capaz de lograr la unión de las clases, ni hacer que éstas adelan-

89

taran . Es decir, como institución social, la Iglesia no contribuía a las soluciones que la situación del país demandaba. No se mencionó nada acerca de principios morales o estructura dogmática de la Iglesia, ni tampoco se hizo referencia alguna a la existencia de una liga entre ésta y el Estado mexicano, como en 1847.

Se sostuvo categóricamente que los fueros y privilegios que poseía el clero, habían "contribuido poderosamente al relajamiento de sus costumbres"; pues estando sus miembros amparados, sus faltas "sociales" habían quedado sin el menor castigo. Y el mismo diario afirmaba:

...podríamos denunciar algunos delitos, que sujetos a la autoridad civil, hubieran sido severamente castigados, y que la eclesiástica ha dejado impunes, por la mal entendida consideración de que mal podrían castigarse sin excitar un escándalo; mientras tanto, la justicia ha quedado burlada y las víctimas del delito sin satisfacción...⁹⁰

Y a esto se agregaba que aunque se resintiera el amor propio de los eclesiásticos, la sociedad y ellos mismos tendrían muy poco que perder y mucho que ganar con la "abolición de los fueros"⁹¹.

Un tercer problema a solucionar era el de la población indígena de México. Las soluciones propuestas en este sentido, estuvieron - mechadas de un profundo sentimiento racista, patente en el pensamiento liberal desde 1845. En este año, por ejemplo, La Voz del Pueblo llegó a proponer que si la separación de las razas blanca y negra era necesaria para recuperar a Texas, este debía aceptarse indiscutiblemente⁹². Refiriéndose concretamente al problema que

presentaban las tribus salvajes del norte, no una sino muchas veces se afirmó que México debía emular las medidas que se habían tomado en los Estados Unidos en la solución de tal problema ⁹³. En 1846, en las páginas de Don Simplicio El Nigromante caracterizaba el problema de los bárbaros del norte, abusando a la persecución de los españoles y por la protección de los clérigos, del estado en que se hallaban, un intermedio "entre los hombres y los brutos". Con armas que habían arrebatado o se les había dado, se habían convertido en elementos de devastación y exterminio. Ante esta situación se preguntaba: ¿La solución será el exterminio?

...No, las luces del siglo nos aconsejan explotarlos...
Establezcamos misiones modificadas según exige la época en que vivimos...

Estas "misiones" parecían una especie de reservación. Se debían reunir a todos los "salvajes" en un lugar y fomentar en ellos "mil necesidades", para convertirlos en mercado fructífero "para reanimar nuestro comercio e industria". Esto, se decía, podía intentarse de inmediato "entre los apaches y los yaquis" ⁹⁴.

En otro momento, el mismo autor tocaba el problema de que para "ilustrar a los indios" había primero que sacarlos de la tutela en que se encontraban; había que obligarlos a que sintiern la necesidad de superarse para sobrevivir, sino serían siempre una carga para la sociedad y un obstáculo para el progreso ⁹⁵.

Para 1848 las opiniones sobre las posibles soluciones al problema que presentaba la población indígena para la prosecución de

los fines liberales, estuvieron determinadas tanto por la amenaza de las tribus del norte, como por la de la guerra de castas de Yucatán y Guanajuato. La respuesta al primer problema era la misma propuesta antes por el periódico Don Simplicio: había que batir a estos indigenas como si fueran "enemigos del género humano"⁹⁶ .

El problema de los indios que vivían en estrecho contacto con "la raza blanca", tenía que ser resuelto de manera muy diferente. Según editorial de El Monitor Republicano, el problema era una herencia del sistema español. Las autoridades peninsulares con el afán de mantener su despótico dominio sobre la Nueva España, habían mantenido la dependencia estimulado el crecimiento número de la "raza de color"; negándole al mismo tiempo "toda ilustración". Más tarde la independencia y sistema republicano les había hecho creer que eran "hombres como los demás". Tanto la independencia como las luchas intestinas, que siguieron hicieron creer que sus aspiraciones podían ser resueltas por medio de la guerra. La situación se había agravado con las derrotas sufridas ante los ejércitos norteamericanos que hacían patente la debilidad del hombre blanco, y ... así hemos visto aparecer la desastrosa (guerra de castas) que se ha presentado en Yucatán, y la que poco a poco va desplegándose en la sierra de Guanajuato...⁹⁷

El problema, en consecuencia era que en México la heterogeneidad racial se había sumado a la de intereses:

...Nuestra república presenta una anomalía que no se ve en las demás naciones... Toda nación se divide en lo que llamamos gente decente y plebe; pero la gente decente

y la plebe forman un pueblo homogéneo. No así entre nosotros; la gente decente pertenece casi en su totalidad a la raza blanca y la plebe a la de color, y aunque ambas son mexicanas, no forman un pueblo homogéneo y siempre se hallan inspirados de intereses opuestos...

Con esa base proponía acabar con la rebelión por medio de la fuerza, y al mismo tiempo establecer los medios para que no se dieran otras similares. Había que aumentar cuanto fuera posible la raza blanca "hasta hacerla preponderar, o al menos equilibrar" con la de color. Había que suprimir los sistemas proteccionistas, que amparados bajo el concepto de caridad, sólo producían holgazanería, irresponsabilidad e ignorancia en los indígenas⁹⁸. En esa forma, se les pondría en situación de desarrollar sus capacidades para asimilarse a la vida civilizada y demostrar si estaban capacitados para ello, si no lo estaban, poco a poco, de una manera incruenta, se irían extinguiendo⁹⁹.

El programa de reforma social propuesto por los liberales, tenía sin disimulo al fortalecimiento de los intereses de un grupo de raza blanca, católico, intelectual o pequeño comerciante, que puede ser definido como la clase media. Si consideramos que desde el punto de vista liberal la "raza de color" quedaba fuera de la estructura social, no es de extrañarse que se considerara a la clase media como: "una de las más numerosas de la república y la más sufrida de todas"¹⁰⁰. Esta clase por razón natural era la base del equilibrio social y la estabilidad política. Por su posición era el lazo de unión entre los sectores alto y bajo de la sociedad.

Por su educación e intereses tendía a mantener el orden y anhelar el progreso y, finalmente, era la única que tenía un concepto justo de la libertad¹⁰¹. Pero en México, esta clase había estado olvidada desde la independencia. Por esto fracasó la Constitución de 1824 y se iniciaron las luchas intestinas¹⁰². La protección que los diversos gobiernos habían dado a los extremos de la sociedad, había conducido al total desinterés de la clase media por los asuntos del país, facilitando la subversión y la indiferencia política¹⁰³:

...México hasta la fecha ha dejado en el abandono a todos aquellos de sus hijos, que dotados de talentos particulares para sobresalir en ciertos ramos, pudieren ser auxiliados por su gobierno, y que no obstante, no han encontrado ni aun la recompensa de ser bien pagados y considerados por el público...¹⁰⁴

El gobierno, por lo tanto, tenía que recuperar el apoyo de esta clase, tenía que recuperar su confianza, mediante muestras de justicia y equidad. Por esto tenía que restablecerse el principio de "la igualdad de derechos y obligaciones", como base de las instituciones. Desconocerse

...los fueros, los privilegios, las exenciones; en una palabra, todo aquéllo que tienda directa o indirectamente a establecer diferencias en favor de las clases o de las personas... todos los ciudadanos deben ser juzgados por unos mismos jueces y con arreglo a unas mismas leyes... las garantías de propiedad y seguridad deben ser para todos...¹⁰⁵

Y como "sólo el interés material puede servir de fundamento al patriotismo", cuando aquel falta, los pueblos, lo mismo que los individuos, no tienen inconveniente alguno para romper los lazos que los unen en un cuerpo político¹⁰⁶. El Estado, pensaban los liberales, no podía establecer sólo una igualdad de orden judicial, la reforma fiscal debía hacerse. Los impuestos que el gobierno demandara de sus ciudadanos debían ser sólo aquellos que "tuvieran un fruto positivo", que se tradujeran en "beneficios materiales". Es decir, sólo aquellos que el Estado necesitara para el cumplimiento de sus funciones y distribuidos equitativamente, pues "ninguno tiene derecho a ser inútil y gravoso a la sociedad"¹⁰⁷.

La distribución de la riqueza debía ser también modificada en México, a su debido tiempo. Debía ser sólo "fruto de la industria y el comercio" y no como hasta entonces resultado de un privilegio gratuito. La sana competencia entre los ciudadanos de un país por la acumulación de riqueza, era el mejor medio para que la sociedad se perfeccionara moralmente y progresara materialmente. El gobierno debía impulsar la competencia, suprimiendo antiguos privilegios heredados del período colonial, igualando las bases para la carrera del enriquecimiento y creando un ambiente tal, en que la acumulación de capital no fuera otra cosa que un reflejo del mérito personal¹⁰⁸.

Uno de los aspectos vitales en el desarrollo del programa de los diarios liberales, fue el de la educación. Se insistió en para lograr el progreso material era indispensable que el país contara con hombres "de vastos conocimientos en la mecánica, en las matemáticas y en otros ramos científicos"¹⁰⁹. También se necesitaban para

que las instituciones democráticas y republicanas fueran una realidad, los ciudadanos instruidos "de sus deberes y derechos"¹¹⁰. El futuro de México no dependería de la educación¹¹¹.

El programa propuesto por los liberales, estuvo basado en una crítica al sistema educativo que prevalecía en su momento. Se afirmó categóricamente que además de mantener en "el embrutecimiento" a las masas¹¹², respondía a los ideales del Imperio Español. Por temor a perder sus colonias, éste había procurado que la raza blanca "no se rebusteciese demasiado", para lo cual se le privó de ilustración "llamando en su auxilio la potestad civil a la eclesiástica"¹¹³. De esa manera, la educación en manos del clero tenía un doble inconveniente. Por una parte era obstáculo para el progreso material, porque su dogmatismo impedía toda innovación de orden científico¹¹⁴. Por la otra, los intereses creados durante trescientos años, su subordinación a una autoridad que sus miembros consideraban superior a la nacional, hacían del clero un enemigo del desarrollo de un sentimiento de nacionalidad y de respeto a la autoridad civil. Por todo esto, afirmaba El Siglo XIX, no se podía dejar en manos del clero, un arma tan poderosa para el "porvenir de las naciones" como era la educación¹¹⁵. El Estado debía ^{tomar} la responsabilidad de "difundir la ilustración"¹¹⁶; debía mantener "la libertad de enseñanza" como hija legítima de la "libertad de pensamiento", pero con un control para que el maestro no corrompiera, sino purificara y esclareciera el entendimiento de sus alumnos. El gobierno debía establecer escuelas suficientes y fijar las materias nece-

sarias para impulsar el conocimiento práctico y "formar en cada niño un digno ciudadano de la república"¹¹⁷.

Una idea presente en el ideario liberal de 1845-1848 fue la de que el Continente Americano, era el agente para la continuidad y renovación de la cultura europea. Estaba destinado, natural e históricamente, a ser el receptáculo de las fuerzas rejuvenecedoras europeas. Por esto México no podía cerrar sus puertas a la inmigración europea. Don Simplicio afirmaba que ^{con} la Independencia, se había reconocido que se debían "abrir las puertas... para que la emigración europea y la de los Estados Unidos, tuviese acceso en nuestro suelo"¹¹⁸.

En 1845, a pesar de tener a la vista el problema de Texas, los diarios liberales no dejaron de insistir en la necesidad de que los territorios del norte, particularmente California, fueran abiertos a la "inmigración de pueblos industrioses y de costumbres arregladas, como los suizos"¹¹⁹. La Voz del Pueblo, por ejemplo, afirmaba:

México por su hermoso cielo, por la feracidad de su suelo, por la riqueza de sus minas, por sus copiosos frutos y por la abundancia, en fin, de todos los elementos capaces de hacer la felicidad de cualquier pueblo, presenta poderosos atractivos para la emigración... (con la cual) se trasladaría dentro de pocos años la población, y con ella la ciencia, las artes, el comercio y el poder...¹²⁰

Todavía en 1846, Don Simplicio insistía en la conveniencia de colonizar explicando que la pérdida de Texas no había sido causada por

abrir el territorio a la colonización norteamericana, sino a no haber sabido establecer buenas bases para ella. Hacía notar que la inminente pérdida de California y Nuevo México resultaría de no haber atendido esos territorios con un programa de colonización, como aquel que habían llevado a cabo los norteamericanos en varias partes de su territorio¹²¹.

Con el fin de la guerra, estas ideas cobraron un nuevo ímpetu. La victoria norteamericana fue interpretada como resultado de que los Estados Unidos, habían cumplido con el deber ser americano,¹²² abriendo incondicionalmente sus puertas a la inmigración. Esta misma razón constituía una presente y constante amenaza para la integridad nacional y territorial de México¹²³. La población norteamericana aumentaba cada día en proporciones geométricas¹²⁴, lo que contrastaba con la situación de México. Por ello El Siglo XIX en su editorial del 29 de julio planteaba el problema en las siguientes palabras:

...¿qué resistencia será posible si no reanimamos el cuerpo social con sangre nueva? Si el día en que se verá fiqué otra invasión nuestro territorio esta desierto, los campos sin agricultura, las ciudades sin comercio, los habitantes sin garantías, los ciudadanos sin espítu público ¿Qué esperanzas podremos tener de conservar nuestra nacionalidad, combatida por un enemigo poderoso? No nos forjemos ilusiones; el único recurso que nos queda es llamar a los extranjeros a nuestros suelo, ofreciéndoles las mayores ventajas posibles...¹²⁵

O sea, a los mexicanos no les quedaba otro remedio "oponer la fuerza a la fuerza" y aumentar prontamente su población para poder resistir a la de los Estados Unidos .

El Monitor Republicano añadió otros argumentos para sostener la necesidad de fomentar la inmigración europea en Mexico. El primero era que puesto que la población "blanca" en el país, por los años de desorganización interna había perdido los hábitos necesarios para el progreso, se necesitaba el estímulo de nueva inmigración europea. El segundo fue que dado que la "raza de color" estaba "dispuesta a hostilizar a la blanca", había que fortalecer numéricamente a la blanca , "para poner un dique a este mal". La conjunción de ambos -afirmaba este diario-haría "fuerte a la nación"

Por otra parte la opinión de los periodistas liberales era que el año de 1848 era ventajoso para iniciar esta parte de su programa. Las revoluciones liberales conmovían a los países europeos y por la represión, grandes masas de pobladores empezaban a moverse en búsqueda de un ámbito para desarrollar sus ideas y alcanzar sus aspiraciones. Una masa de desheredados, hambrientos de tierra y mejoramiento material buscaban un lugar donde encontrar satisfacción a sus necesidades . El gobierno mexicano debía establecer las condiciones necesarias para que el país resultara atractivo a estos inmigrantes. Como decía El Siglo XIX:

...no olvidemos que tenemos por rival, en este punto, a una nación grande y vecina, y debemos por tanto en esta pugna ofrecer mejores ventajas a los emigrados, para que en la elección prefieran nuestro suelo...

El país necesitaba ofrecer paz ¹³⁰ y "pan y garantías" lo que implicaba la reforma de las condiciones internas del país ¹³¹. Era indispensable también sancionar legalmente la "libertad de culto" en México, pues la mayor parte de los inmigrantes eran campesinos ^{po} ^{co} dispuestos a romper con las tradiciones de sus padres, y entre ellas ¹³² estaba la religión. De tal medida se desprendía estable cer "otras reglas relativas a los casamientos, nacimientos, entierros, etcétera, cuyo conjunto forman lo que se llama el Registro Civil" ¹³³. Además, había que reafirmar las otras tradicionales garantías individuales ¹³⁴.

A estas reformas morales, había que añadir algunas materiales. Había que tener siempre presente que "el patriotismo es el interés personal, y este interés, por medio de bienes materiales, se puede dar a los extranjeros" ¹³⁵. México no tenía problema alguno, si se atendía a sus condiciones naturales, pero como "la tercera parte de los bienes raíces" pertenecía al clero, y "otra tercera parte, a los descendientes de nuestros conquistadores" ¹³⁶, el problema resultaba bastante serio. La solución, en consecuencia, era que el gobierno tomara medidas directas tendientes a la desamortización y distribución de esos bienes; y en caso necesario su nacionalización ¹³⁷.

Pero con la experiencia pasada, los diarios liberales advertían tomar medidas sensatas, para evitar:

...un mal cálculo en la colonización de Texas, e imprudentes concesiones dieron lugar a mil diferencias, y por fin a la última guerra tan desastrosa para México... ¹³⁸

México debía asimilar completamente a sus nuevos pobladores, debía "mexicanizarlos". Con el sólo hecho de establecerse en México tenía que ser considerado mexicano y estar sujeto a las mismas leyes. Según afirmaba el Siglo XIX:

...Los habitantes de toda la nación deben estar sujetos a leyes idénticas; plantese en buena hora estas reformas que reclaman las luces de la época en que vivimos; pero no se limite a ciertos y determinados lugares, no se establezcan sistemas excepcionales en poblaciones que son parte de un mismo todo...

139

En resumen, todas estas reformas fortalecerían moral y materialmente al Estado; se crearía una autoridad y un lazo de cohesión civil entre la sociedad, la base para el orden, la libertad y el progreso; y con todo esto, aparecería el sentimiento de nacionalidad.

2. La Reforma Conservadora.

El periodo de 1845 a 1848 fue tan decisivo para el pensamiento conservador, como para el liberal. No obstante que las tendencias ideológicas a las que se les daría finalmente este nombre habían sido anteriormente expuestas, por personajes como Lucas Alamán y Manuel Gutiérrez Estrada, hasta entonces habían constituido actos y creencias individuales, suscritas por sus autores. Las opiniones expresadas por algunos de los diarios de la Ciudad de México, a partir de 1845, constituyeron un programa que fue la voz de un grupo

unificado en torno al mismo. La divergencia de opiniones entre los diarios conservadores de este tiempo fue realmente insignificante, lo cual revela que entre todos aquellos que comulgaron con estas ideas existió una cohesión que tardaría mucho más en darse entre los liberales. Por otra parte, el programa expuesto para la prensa conservadora durante estos años, comparado con las exposiciones individuales de años anteriores, fue mucho más preciso tanto en sus propósitos, como en los fines para llevarlos al cabo.

Al igual que los liberales, la definición del propósito de su programa, estuvo motivada por las condiciones concretas de los años 1845 a 1848. Antes y después de la guerra con los Estados Unidos, tuvieron siempre presente el peligro que representaba para México el expansionismo ideológico y territorial de los norteamericanos. A diferencia de los liberales, los conservadores creían sinceramente que mientras México se identificase con los Estados Unidos se facilitaría el proceso de absorción, "pues el cuerpo mayor siempre absorbe el menor". De aquí que siempre sostuvieran que para conservar la independencia del país, era necesario tener las menores relaciones posibles con "el poderoso" que pudiera subyugarlo. La experiencia enseñaba con claridad cual era el resultado a que se exponía la nación con la imitación de instituciones y costumbres norteamericanas. En consecuencia, todo su programa iba a estar inspirado en el principio que El Observador Católico expuso en las siguientes palabras:

Opongamos a estos proyectos de nuestros vecinos, muy antiguos y sabidos, de hacernos su presa, unos elementos

que no se combinen fácilmente con los suyos; opongamos raza a raza, religión a religión, instituciones a instituciones...¹⁴⁰

Los diarios conservadores confesaban, también a semejanza de los liberales, que tales condiciones sólo podían realizarse sobre la base de un profundo sentimiento de nacionalidad, que por desgracia se encontraba totalmente abatido en México¹⁴¹. La razón de ello ^{era} un cuarto de siglo de desorden, "la paz y la tranquilidad pública, la estabilidad del gobierno y la seguridad individual" ¹⁴² trágicamente tornadas. La libertad, a su vez, había acabado por ser entendida como la acción de "voluntades aisladas" e intereses desconectados¹⁴³, lo que había agotado todo destello de espíritu público. Pero todo esto sostenían, no era otra cosa que el resultado de la implantación de un sistema fuera de la realidad y de la comprensión de los mexicanos¹⁴⁴.

Partiendo de estas premisas, los diarios conservadores afirmaron la necesidad de establecer en México un sistema en que las instituciones estuvieran en absoluta armonía con las condiciones de la sociedad mexicana; un sistema que no estuviera en una esfera de perfección superior a los alcances de la mayoría de la población¹⁴⁵, que sancionara la realidad concreta de México. Para ello era necesario que el sistema estuviera sostenido por la tradición y avalado por la historia del país, dado que la realidad no era un producto espontáneo sino un desarrollo lógico. No quería decir que los conservadores hubieran cerrado sus ojos al futuro;

anhelaban restablecer el justo orden y el verdadero concepto de libertad, para que México alcanzará "el alto puesto que le ha señalado la Providencia"¹⁴⁶. Según sostenía El Tiempo,

...buscamos en el tiempo pasado las lecciones y la experiencia para dirigirnos en el presente, y pretendemos que el tiempo presente encierre y desarrolle el germen de los adelantos del tiempo por venir...¹⁴⁷

Dados estos principios, tal pareciera que la idea de "reforma social" no estuvo dentro del programa conservador. Pero en la realidad, sucedió lo contrario. Los diarios conservadores al exponer sus ideas sobre el sistema monárquico y su conveniencia lo hicieron con el supuesto de que este sistema¹⁴⁸ se adaptaba a la realidad de las circunstancias sociales del momento. Pronto cayeron en una crasa contradicción al afirmar que dada "la desmoralización general y absoluta de todas las clases de la sociedad"¹⁴⁹, era necesario tomar todas las medidas para "salir de tan triste y lamentable situación"¹⁵⁰ y por lo tanto para "reedificar el edificio social".

Consecuentes con su pensamiento, los conservadores empezaron por preguntarse sobre el origen de la sociedad mexicana y su naturaleza. La vieron como producto de la conquista y la fusión de razas y culturas antagónicas, como muchas otras sociedades. En todas ellas la heterogeneidad racial, lingüística y de intereses había prevalecido por muchos siglos antes de constituir un pueblo unido. La pugna entre la raza conquistada y la conquistadora era y había sido el principal problema de este tipo de sociedades¹⁵¹, por ello principios como el de la soberanía popular no podían ser apli

dos sino hasta después de mucho tiempo . Esto se debía a que podían precipitar las tendencias naturales desunificadoras. Por esta razón, los españoles sabiamente habían fincado las bases de su gobierno sobre una instancia mas allá de los intereses materiales: la religión católica ¹⁵³ . Las condiciones de entonces en México, eran las mismas, pese a todos los fallidos intentos de transformación.

Por tanto todos los diarios conservadores trataron de sostener y demostrar los beneficios de mantener incólume a la religión católica como principio de unidad social y de sentimiento nacional. En 1845 la redacción de El Católico, después de afirmar que no participaba de ningún color político, se dió a la tarea de enfatizar los beneficios de la religión católica sobre las sociedades en general:

...con la fiel observancia de las máximas sublimes del Evangelio...se establece-n la verdadera libertad, la bien entendida igualdad, el orden, la paz y la justicia. La religión católica es la que produce verdaderos héroes que se sacrifican por el bien de su patria con generosidad, con desinterés y con fortaleza invencibles. Sola la religión católica produce magistrados incorruptible, jueces impavidos, soldados invencibles, generales desprecia-dores de la muerte, esposos immaculados, vírgenes inocentes; si, por ~~mucho~~ ^{mucho} apreciando generosamente los bienes y los males de esta vida transitoria, estan persuadidos de que al cumplimiento de sus respectivas obligaciones está

prometida una corona inmortal de gloria...

Según el autor la verdad de estas afirmaciones podía apreciarse a través de la historia de las naciones europeas. Ahí el catolicismo había salvado a los pueblos que "caminaban presurosos a su ruina", los había sacado de "la barbarie, la idolatría, la superstición, las ambiciones, las discoridas y las revoluciones". Y por lo tanto, "al catolicismo y sólo catolicismo" le esta reservado "librar a la generación actual del caos, de la anarquía, de la sedición y de la lucha de partidos". Otro artículo afirmaba que si volvían los ojos a otro ángulo, se vería que las desgracias de las naciones de Europa ^{que} habían intentado

...innovarlo todo bajo el aspecto brillante y seductor de la reforma...Los que concibieron el ~~des~~gnio de destruir el altar y el trono...trataron de hacer políticos, aún a los plebeyos...fascinandolos con vanas ideas de libertad y de igualdad...despertando el grave pecado de la ambición, la codicia y el apego a los bienes materiales, relajadores preciosos del espíritu de rectitud y obediencia, las que son bases del funcionamiento de la vida social.

Es obvio que en todos estos comentarios había una indirecta referencia a México, más esto no quiere decir que El Católico hubiera mantenido siempre esta tónica. En muchas ocasiones sus comentarios eran directos y específicos. En su número del 7 de septiembre de 1845, por ejemplo, afirmaba que México no sólo por su pasado remoto sino por el más inmediato, estaba estrechamente ligado con

el catolicismo. En esta ocasión, hacía una extraña interpretación del movimiento de independencia. Según el artículo Hidalgo, se había levantado en armas "frente al hereje Napoleón" e Iturbide había decidido llevar a cabo la consumación de la independencia, - pues creyó necesario enfrentarse a "los ateos ilustrados que sostenían la Constitución de Cádiz"¹⁵⁶. Se sostuvo que en México todo -"genio, índole, carácter, propensiones, leyes, usos y costumbres"- todo respiraba un aire religioso; en todas las clases existía el mismo espíritu, por ello la religión era el único y verdadero núcleo de cohesión de la sociedad mexicana. Ser católicos era un "sentimiento nacional", y por ello era

...inoportuno y aun insultante recordar a nuestros gobernantes esta determinación nacional... Sobre este punto no hay partidos, no hay divergencia de opinión... la religión será nuestra ley fundamental sobre la que se basaran todas las otras leyes...¹⁵⁷

Con estos elementos El Católico concluía que si la meta de los mexicanos era la paz, la unión, el orden, la libertad y la civilización, sólo podían alcanzarse siguiendo el camino del "cumplimiento estricto de las obligaciones que la religión impone a las personas de la más alta categoría y a las de la más ínfima plebe"¹⁵⁸

En 1846 El Tiempo, al hacer su "profesión de fe"¹⁵⁹, enfatizó más el carácter nacional del culto católico en México. Por ello, además, puntualizó que una de las intenciones de los norteamericanos era atacar este principio no sólo ideológicamente sino mate-

rialmente también. De aquí que afirmara textualmente:

Queremos el sosten...del culto católico de nuestros padres...Hemos nacido en el seno de la Iglesia y no queremos ver las catedrales de nuestra religión convertidas en templos de esas sectas que escandalizan el mundo con sus querellas religiosas; y que en vez del estandarte nacional, no queremos ver en sus torres al aborrecido pabellón de las estrellas.

Para 1848 cuando la prensa liberal publicaba sus ideas reformistas, los diarios conservadores respondieron. El punto crucial de la disputa fue la libertad de cultos. El primero en oponerse fue El Observador Católico. Según este diario "la unidad religiosa" era la única que se había salvado "del naufragio universal" que había significado la derrota con los Estados Unidos, y por consiguiente, la única capaz de "regenerar e infundir nueva vida a ésta sociedad moribunda". La unidad religiosa había sido el poderoso y fecundo principio que había salvado a la civilización europea de la "irrupción de los bárbaros"; había defendido a Europa contra "los embates del islamismo"; había dado a los guerreros de España el valor y la constancia suficientes "para emprender y terminar gloriosamente una guerra de ocho siglos"; y en tiempos modernos, había salvado a Europa, "armando contra Napoleón al primer pueblo que supo detener su marcha triunfante". Con todos estos puntos, el autor concluía:

Ved aquí porque los que desean la humillación de México, no cesan de abogar por la introducción del Protestantismo. Mientras subsista la unidad religiosa en México formará

siempre un pueblo, dividido si por el espíritu de partido y por ambiciones privadas; pero un pueblo al fin ligado por un poderoso lazo, y acorde y unanime en el grande y único principio que forma ahora todo su espíritu social. Cortado este lazo, disuelto este gran principio, México no formará ya un pueblo. México consistirá en una multitud de individuos discordes, de principios opuestos, de intereses en pugna, sin ningún punto de contacto, sin ningún lazo social. La conquista de un pueblo entero, por débil que sea, es siempre difícil y costosa; pero la sujeción de un número cualquiera de individuos aislados, sea cual fuere su valor, sea cual fuere su origen, es fácil y sencilla .

La Voz de la Religión también dejó oír su opinión con menos retórica y más sentimiento práctico, atacó con argumentos de mucho peso la petición liberal para la "tolerancia religiosa". En el primero de sus artículos sobre este tema, afirmó que si "la que se llamó Nueva España y hoy República Mexicana" se hubiera formado desde el principio de hombres de distintas creencias religiosas, sería lógico e indispensable sancionar la libertad de cultos. Pero la realidad era lo contrario, siendo innecesario y peligroso dictar este principio, pues "se arrojaría la semilla de eterna desunión de las generaciones venideras"¹⁶¹ . En otras palabras, a las luchas políticas y a las discordias civiles padecidas hasta ese momento, se añadiría¹⁶² la posibilidad de conflictos religiosos . Pero este diario no contentaba sus críticas a este punto, sino que iba más lejos, y criti

caba el fundamento mismo sobre el que los liberales solicitaban tal principio; esto es, se oponía a que México abriera sus puertas a la inmigración europea. La guerra con los Estados Unidos se citaba como el ejemplo principal; México había perdido por la desunión de los mexicanos, que podía agravarse con la entrada de otro nuevo tipo de pobladores. Además, la guerra se había originado en el problema de Texas; ¿y no había sido éste a causa de haber recibido ¹⁶³ inmigrantes con diferentes religión a la de los mexicanos? El diario terminaba comentando:

¿Quién pudiera creer que una experiencia tan costosa como amarga, lejos de producir aversión, como era natural, a los que nos acarrearón males de todo género, nos había de inclinar a la imitación de su conducta, sobre todo, a la adopción de las ideas sociales, políticas y religiosas, que con señalado esmero procuraron difundir y recomendar durante su ingrata permanencia en nuestro ¹⁶⁴ suelo?

En síntesis, el único principio sobre el cual México podía y debía fincar su sentimiento de nacionalidad y alcanzar sus propias metas, ¹⁶⁵ era afirmando el principio de unidad en torno al catolicismo.

Es obvio que si la religión era el más importante núcleo de cohesión social, sus ministros deberían ocupar un lugar preferente dentro del programa social conservador. El clero, afirmaba El Tiempo, debía tener una representación como cuerpo en el gobierno. Este debía dar todas las garantías para que los fueros, inmunidades y privilegios del clero quedaran al abrigo de cualquier ataque; ya que

sólo a través de éstos, el clero podía mantener su autoridad moral y colaborar así, para mantener la del gobierno civil ¹⁶⁶. Dos años más tarde El Observador Católico volvió a insistir sobre los mismos argumentos. Ahora subrayó su necesidad de mantener los fueros a la luz del problema de la guerra de castas de Yucatán:

...esa guerra fratricida no ha reconocido otro principio que el de haber desprestigiado al clero en esa península, privándolo del respeto y debida veneración que le profesaban los indios...¹⁶⁷

Uno de los privilegios sobre el que particularmente se insistía que el clero debía conservar era el del monopolio de la educación, porque era uno de los más poderosos resortes para dirigir bien el espíritu de los pueblos y desarrollar el sentimiento de nacionalidad. No podía estar en otras manos que no fueran la de los ministros católicos ¹⁶⁸. Por otra parte, el mismo diario afirmaba que todas las naciones eran deudoras de la religión católica y de sus ministros por la difusión de las ciencias humanas y naturales. Era injusto, absurdo e impolítico, por tanto pretender privar a este cuerpo ¹⁶⁹ de su derecho de controlar la educación.

Pero si sobre la educación se insistió, más aun se hizo sobre la necesidad de proteger los bienes del clero. El primer argumento en que los periódicos conservadores libraron la batalla para defender este principio, fue que el clero era una corporación, que como cualquier otra tenía derecho a poseer bienes materiales. Éste era un derecho que no provenía del "derecho civil, ni de la voluntad de los gobiernos, sino del derecho natural"; cualquier indivi

duo podía adquirir bienes por cualquier vía legal, y una vez adquiridos no podía disponer de ellos la potestad civil; el hacerlo era un "atentado igual al que se cometería usurpando las propiedades de los particulares"¹⁷⁰. En base a este principio, cuando la ley del 11 de enero de 1847 fue promulgada, la voz de la prensa conservadora -y la liberal también- se dejó oír en contra de esta medida. El Católico, por ejemplo, en su número de 16 de enero de 1847, preguntaba y contestaba de la siguiente manera:

¿Tiene el Congreso Nacional derecho de apoderarse de los bienes de la Iglesia? No, no tiene otro derecho que el de la fuerza, y el derecho de la fuerza es el derecho de los tiranos y de los déspotas...¹⁷¹

Y una semana más tarde, añadía que por ningún motivo -ni aún en el caso de la defensa nacional- le era lícito a ninguna autoridad "disponer de los bienes ajenos contra la voluntad de su dueño"¹⁷². Es ciertamente curioso, que en este punto los diarios conservadores sucumbieran en defensa de los bienes de clero, el principio liberal de que el Estado, por ningún motivo, podía exceder sus funciones. Mientras que el gobierno de Gómez Fariás usara en su apoyo la vieja tradición de que la Iglesia debía contribuir para la defensa de la nación. Los primeros inclusive llegaron a hacer críticas del gobierno, sobre la base de sus tendencias dictatoriales. Por ejemplo, El Católico decía en su "Revista Religiosa" de 30 de enero de 1847:

La imposibilidad de poner en ejecución la ley sobre bienes eclesiásticos, ha sugerido al Gobierno la idea de pedir la derogación de las excepciones, quedándose facultada-

do para vender cuanto pueda y al precio que pueda. Cabalmente coincide esta circunstancia con la noticia muy fundada de que el general Santa Anna consentirá en dejarse proclamar Supremo Dictador o Protector de la nación, y ya no habrá guerra a los norteamericanos. En consecuencia, el producto de la venta de los bienes eclesiásticos se emplerá en elevar a la dictadura al dicho general Santa Anna ...Señor apiádate de nosotros, porque estamos muy hartos de oprobios ¹⁷³.

no sólo
Pero los diarios conservadores/defendieron el derecho de la Iglesia de mantener sus bienes, sino que también las ventajas sociales de que ellos se obtenían. Los bienes de la Iglesia se habían conservado hasta el momento en su plena integridad. A diferencia, de aquellos bienes que habían pasado a manos del Estado -como los del Fondo Piadoso de las Californias- los de la Iglesia se habían mantenido" pese a las fluctuaciones políticas". El Estado encontraría siempre en ellos el depósito más seguro, el más franco tesoro de donde obtener socorros abundantes"para los menesterosos de todas las clases"; para auxiliar "la educación, las artes, las ciencias, la agricultura y otros diferentes ramos" ¹⁷⁴. Si el Estado suprimía los bienes eclesiásticos, los males serían múltiples:

...en vez de un alivio para los pueblos, el recargo de contribuciones para indemnizar al clero; en vez del aumento del erario público, la miseria de la clase baja de ingreso sería mayor: (en suma) un principio de aflicción y de miseria... ¹⁷⁵

En base a estos criterios, cuando el Congreso sancionó la ley del 11 de enero de 1847, El Católico recriminó al primero con estas palabras:

El quitar el pan de la boca a las innumerables familias que hoy comen de los bienes de la Iglesias; no te es lícito. El privar al Estado del único fondo en donde encuentra recursos en sus angustiadas escaseces, sin la usura escandalosa del agio: no te es lícito.

El quemar la única mano que ha socorrido a tu gobierno por amor de Dios: no te es lícito.

Por lo que al ejército se refiere, los diarios conservadores mantuvieron una actitud más o menos cauta. De hecho reconocían el enorme peligro que este cuerpo constituía, dado su relajamiento y corrupción, pero reconocían su necesidad. La prensa conservadora no atacó los fueros y privilegios de este cuerpo, afirmó que los conservadores estaban por el mantenimiento de "todos los intereses creados, cualquiera que fuera su origen".¹⁷⁷

Pidió que fueran "respetadas las jerarquías militares", pero que las que se dorgasen de nueva cuenta, se dieran tomando en consideración únicamente el verdadero mérito y capacidad.¹⁷⁸ Se afirmó constantemente que el desprecio que los regímenes republicanos tuvieron por él, era una de las causas de su agresión y desconfianza para con el Estado.¹⁷⁹ Así que se afirmaba la necesidad de restablecer dicha confianza y moralizar al ejército, con un justo reconocimiento de los servicios militares, una firma y honesta autoridad y una edu-

cación religiosa entre los miembros del mismo .

"La clase productora" fue objeto de atención especial. Se entendía que la integraban grandes y pequeños propietarios, los comerciantes e industriales y los intelectuales; en suma, la burguesía. De acuerdo a las características propias de este sector, los periodistas conservadores -como los liberales- sostenían que el Estado debía abrir todas las oportunidades para que, a través de un sistema de competencia ¹⁸¹, sus miembros encontraran oportunidades de mejoramiento material. Un estado de cosas en que se asegurara la regularidad al comercio, la protección a la industria e impulso a la actividad intelectual. Esto porque la idea conservadora era que en México no debía existir

...otra aristocracia que la del mérito, de la capacidad, de la instrucción de la riqueza, de los servicios ¹⁸² militares y civiles...

Ciertamente, los conservadores, también siguieron de cerca las doctrinas liberales del momento, pensaron que la estabilidad política del país dependía de las condiciones de esta clase; y lo mismo podía decirse del sentimiento de nacionalidad. Ya pues la burguesía era una clase egoísta por naturaleza, el Estado no sólo debía abrirle los canales de mejoramiento para recibir su apoyo, sino que también limitar algunas de sus pretensiones, para mantener el orden interno. Este era necesario para la apertura de oportunidades ¹⁸³. Había que infundir la conciencia de que sus intereses materiales estaban en recíproca relación con los "intereses creados del clero, del ejército". Con motivo de la convocatoria para elecciones a un

Congreso Extraordinario del 26 de enero de 1846, El Tiempo comentaba satisfactoriamente:

...es el sistema más razonable que hemos visto aplicar en la República. Por primera vez se llama a la propiedad, a la industria, y al comercio; por primera vez se convoca al clero, a la milicia, a la magistratura, a todas las clases responsables y profesiones, legítima y verdaderamente representadas a deliberar sobre los destinos del país...¹⁸⁴

Cuando el movimiento de los polkos tuvo lugar, El Católico, comentó con beneplácito que era la muestra más clara de que los intereses del clero, de la burguesía y del ejército se habían estrechado, por fin, en un lazo indisoluble. Al gobierno no le quedaría más remedio que reconocer este hecho para mantener la paz interior¹⁸⁵. Era además, el principio de un sentimiento de nacionalidad.

El aumento de la población productora del país, también preocupó a los conservadores y la creían que era posible solo mediante la estabilidad política y el progreso material. Veían varios caminos; uno mediante una libre competencia y la apertura de canales de ascenso social. El Tiempo sostenía que había que establecer un sistema en el que "el hijo del sacristán y del carretero" pudieran llegar por sus servicios, por su talento o por sus méritos personales "a adquirir todos los títulos, honores y distinciones"¹⁸⁶. El Universal más tarde, sostuvo que "no era la abundancia de población" lo que hacía la prosperidad de una nación, sino el impulso que ésta recibía a través de leyes apropiadas para su mejoramiento¹⁸⁷.

Otro grupo de conservadores, opiniéndose a estos puntos de vista, sostuvo que era necesario abrir las puertas a la inmigración europea, pero no con la amplitud que los liberales proponían. La Voz de la Religión aseguraba que la inmigración era recomendable si se acompañaba del proceso de "mexicanización" del inmigrante. "Mexicanización", para este diario, era sinónimo de "catequización", es decir, admitir católicos ó bien individuos que estuvieran dispuestos a convertirse voluntariamente al catolicismo ¹⁸⁸.

Finalmente los indios ocupaban un lugar importante dentro del programa conservador. Como se ha visto anteriormente, los diarios conservadores partían de la idea de que México se había constituido por el golpe de la conquista y por la sobreposición de la raza española y el sometimiento de la india. Los miembros de la primera -clero, ejército y burguesía- aunque separados por intereses, conservaban entre sí vínculos raciales, lingüísticos y culturales. Pero ^{este} este grupo y el de los indios no existían tales vínculos. Por razones obvias la raza blanca mantenía una superioridad absoluta sobre la "de color" a la que los mismos diarios calificaban como "rebaño de ovejas u horda de salvajes" ¹⁸⁹. Pretender una igualdad con éstas era absurdo. Por tanto, el primer problema que según los diarios conservadores era establecer un lazo de unión entre ambos grupos y al mismo tiempo respetar las diferencias; éste, sin duda, no podía ser otro que la religión ¹⁹⁰. El otro problema era el de el mejoramiento de las condiciones de los indios, al cual los conservadores sólo encontraron una solución: mantener un sistema proteccionista tal como lo habían practicado los españoles. Quitar a

los indios los sistemas proteccionistas que habian gozado durante tres siglos y obligarlos a competir, como los liberales pretendian, era colocarlos en una posición definitivamente desventajosa. El Tiempo pensaba que no estaban preparados para entender y practicar un sistema competitivo basado en cánones occidentales y era condenarlos a una degradante servidumbre que los embrutecería más. A su natural resentimiento de raza conquistada, se sumarían nuevas animosidades y justificaciones para futuros levantamientos de indios contra blancos ¹⁹¹.

Estos argumentos fueron hechos en 1846. Dos años más tarde, con la guerra de castas, se encontrarían mas justificaciones. El Universal explicaba las causas de la guerra por el decreto del principio de "soberanía popular", el cual lejos de haber servido para estrechar los lazos entre las dos razas, había ahondado su división y despertado la osadía y el atrevimiento de los indios ¹⁹². El equilibrio que entre ellas había existido, se había disuelto casi por completo ¹⁹³, desde que individuos de raza blanca, como Hidalgo y Morales, habían invitado a los indios a participar en asuntos que solo les estaba dado a resolver a los blancos ¹⁹⁴. Esta actitud había sido continuada por los liberales, los cuales habían hecho "constantes declamaciones contra la raza conquistadora, pese a ser miembros de la misma". y con ello habían "trastornado la historia", borrando de ella los beneficios de que los mismos indios eran deudores ¹⁹⁵.

La solución de este gravísimo problema sólo podía encontrarse

volviendo al buen sentido, y reconociendo la verdadera posición, que los indios debían tener:

...reconociendo en la conquista el origen de su existencia y de todos sus derechos, y en vez de clamar contra ella y contra todas sus consecuencias...se sostenga todo cuanto de la conquista ha emanado...¹⁹⁶

En otras palabras, para solucionar el problema de los indios había que aplicar los métodos aplicados por los españoles después de la conquista. El primer punto era desarrollar el principio religioso y el segundo, fomentar el respeto profundo a la autoridad. Con estos se lograría "la profunda sumisión de los indígenas a la raza española"¹⁹⁷. Y una vez, hecho esto, el programa debería continuarse protegiéndolos económicamente; darles tierra para cultivar, pero sin posesión directa de tales bienes¹⁹⁸; establecer un íntimo comercio con ellos, procurar abolir sus idiomas autóctonos y fomentar la educación¹⁹⁹.

Este era el programa conservador para la solución de los problemas sociales de México. Según sus propias palabras podía resumirse en el intento de volver a establecer "los elementos que existían en la nación mexicana en el año de 1822, cuando se verificó la independencia"²⁰⁰.

CAPITULO VI

N O T A S

1. "Federación y Centralismo", La Voz del Pueblo, 12 de marzo 1845, p.2
2. "A última hora", El Defensor de las Leyes, 26 de marzo de 1845, p.2
3. "Guerra con los Estados Unidos", El Patriota Mexicano, 5 de agosto de 1845, p.7
4. La Voz del Pueblo, 30 de agosto de 1845, p.3
5. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 27 de marzo de 1845, p.4
6. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 26 de marzo de 1845, p.4
7. El Siglo..., op.cit., nota 5
8. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 27 de marzo de 1845, p.4
9. "Indios Barbaros", Ibid., 6 de septiembre de 1845, p.4
10. "A los viejos", Don Simplicio, s/f, p. 2
11. "Las esperanzas de la patria", Ibid., 10 de enero de 1846, p.1
12. Loc.cit., capitulo IV, nota 56
13. "Los Departamentos Fronterizos", Don Simplicio, 22 de julio de 1846, p.1
14. "Al Tiempo", Ibid., 4 de febrero de 1846, p.1
15. "Primer rebuzno de Don Simplicio", Ibid., 14 de febrero de 1846, p.3
16. "¿Cuál será el porvenir de la República?", Ibid., 11 de julio de 1846, p.1
17. "Sexto Rebuzno de Don Simplicio", Ibid., 14 de marzo de 1846, p.1

18. "Reformas", Ibid, 23 de septiembre de 1846, p.1
19. "Guerra a los Estados Unidos", Ibid, 9 de septiembre de 1846, p.4
20. "Imitación", Ibid, 26 de septiembre de 1846, p.1
21. "Inglaterra", El Republicano, 20 de abril de 1846, p.3
22. "Política de los Invasores", Ibid, 2 de agosto de 1846, p.4
23. "Salvación de la República", Ibid, 2 de octubre de 1846, p.3
24. "Derechos y Deberes", Ibid, 3 de mayo de 1846, p.3
25. El Republicano, 14 de junio de 1846, p.4
26. "Reuniones Populares", Ibid, 5 de octubre de 1846, p.3
27. "Festividades Cívicas", Ibid, 18 de julio de 1846, p.3
28. "Juntas Populares", Ibid, 17 de octubre de 1846, p.4
29. "Unión", Ibid, 16 de octubre de 1846, p.3
30. "Alistamiento Nacional", Ibid, 7 de octubre de 1846, p.3
31. "Energía del Gobierno", Ibid, 2 de noviembre de 1846, p.3
32. "Editorial", Ibid, 26 de septiembre de 1846, p.4
33. "Rasgo de Patriotismo", Ibid, 2 de octubre de 1846, p.3
34. "Salvación de la República", Ibid, 2 de octubre de 1846, p.3
35. "Caracter de los disturbios de la capital", Ibid, 29 de octubre de 1846, p.3
36. "Recompensas militares", Ibid, 22 de julio de 1846, p.3
37. "Recursos para la guerra", Ibid, 3 de octubre de 1846, p.3
38. "Editorial", Diario del Gobierno, 13 de enero de 1847, p.4
39. "La Revolución y el Gobierno", El Republicano, 1 de marzo de 1847, p.4
40. "A última hora", Don Simplicio, 21 de abril de 1847, p.4, "Mutuos deberes", Diario del Gobierno, 10 de julio de 1847, p.4

41. "Exigencias Nacionales", El Eco del Comercio, 15 de abril 1848, p.4
42. "La Paz", Ibid, 22 de mayo de 1848, p.4
43. Ibid
44. "República de Sierra Gorda", Ibid, 26 de junio de 1848, p.4
45. "Política del Gobierno respecto de los Estados Fronterizos", El Siglo XIX, 3 de julio de 1848, p.4
46. "Descredito de la Federación", El Siglo XIX, 26 de diciembre de 1848, p.3
47. "Descubrimiento de Gran Riqueza en California", Ibid, 25 de agosto de 1848, p.4
48. "El Pasado y el Porvenir", Ibid, 19 de noviembre de 1848, p.3
49. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 16 de marzo de 1848, p.4
50. Ibid
51. "Energía y Constancia", El Monitor Republicano, 8 de junio de 1848, p.3
52. "Estados Fronterizos", El Siglo XIX, 26 de junio de 1848, p.4
53. "En qué pararemos?", Ibid, 15 de junio de 1848, p.4
54. "La Paz", El Monitor Republicano, 3 de junio de 1848, p.3
55. El Siglo XIX, nota 48
56. El Eco del Comercio, nota 42
57. "Cuestiones sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de 1848, p.4
58. El Siglo XIX, nota 45
59. El siglo XIX, nota 53

60. "Ideas Positivas", El Monitor Republicano, 8 de junio de 1848
p.3
61. El Eco..., nota 44
62. "Bancos de Policia", El Siglo XIX, 12 de julio de 1848, p.4
63. "Castillos en el aire", El Eco del Comercio, 17 de marzo de
1848, Cfr. Capitulo I, nota 64 y 65
64. "Discurso pronunciado el 16 de septiembre...por el C. Lic. José
María Iglesias", El Siglo XIX, 16 de septiembre de 1848, p.1
65. "El Ejército", El Boletín de Noticias, 19 de septiembre de
1845, p.4
66. "El Ejército del Norte", Ibid, 22 de marzo de 1845, p.4
67. "Por venir del Ejército", Don Simplicio, 8 de julio de 1846, p.1
El Republicano, 29 de agosto de 1846, p.4
68. Calendario de Galvaán, 1847, p. 7
69. Ibid, 1849, p.9-25
70. "Reformas", El Siglo XIX, 10 de junio de 1848, p.4
71. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 31 de marzo de
1848, p.4
72. "Guerrillas", El Republicano, 8 de mayo de 1847, p.3
73. "Fuerza Nacional", Ibid, 21 de junio de 1846, p.4
74. "Milicias Nacionales", Ibid, 15 de agosto de 1846, p.4
75. "Organización de las Milicias Locales", Ibid, 19 de agosto de
1846, p.4
76. "Alarmas. Guardia Nacional", Ibid, 19 de enero de 1847, p.3
77. Vid. Supra, Capitulo IV, nota 18
78. "Guardia Nacional", El Eco del Comercio, 9 de agosto de 1848,
p.4

79. "La Guardia Nacional y las Clases acomodadas de México", El Siglo XIX, 6 de junio de 1848, p.4, "Exigencias de la nueva situación", Ibid, 12 de junio de 1848, p.4
80. "Guardia Nacional", El Eco del Comercio, 9 de agosto de 1848, p.4
81. "El General don Antonio de León", El Siglo XIX, 8 de septiembre de 1848, p.4, "La invasión de México", Ibid, 1 de junio de 1848, p., "A los mártires de Churubusco", Ibid, 25 de junio de 1848, "A la memoria del señor Don Lucas Balderas", Ibid, 27 de octubre de 1848.
82. El Siglo XIX, 2 de febrero de 1845, p.4
83. "Paz Interior", El siglo XIX, 7 de junio de 1848, p.4
84. "Fuerza Extranjera", Ibid, 7 de julio de 1848, p.4
85. Ibid
86. "Remitido", Ibid, 13 de junio de 1848, p.3
87. "Fuerza Extranjera", Ibid, 22 de junio de 1848, p.4
88. "Fuerza Extranjera", Ibid, 14 de junio de 1848, p.4
89. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 22 de marzo de 1848, p.4
90. "Cuestiones Sociales", Ibid, 23 de marzo de 1848, p.4
91. "Cuestiones Sociales", Ibid, 31 de marzo de 1848, p.4
92. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.4
93. "Departamentos del Norte", El Siglo XIX, 24 de mayo de 1845, p.4
94. "Nuevo Instituto de misioneros para nuestras fronteras del Norte", Don Simplicio, 4 de marzo de 1846, p.1
95. "Educación de los Indios", Don Simplicio, 2 de septiembre 1846, p.1

96. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de 1846, p.4
97. "Frutos de la Guerra", El Monitor Republicano, 9 de julio de 1848, p.3
98. "Caridad", El Eco del Comercio, 28 de abril de 1848, p.3-4
99. "Vagos", Ibid, 29 de abril de 1848, p.3
100. "Recursos para la Guerra", El Republicano, 3 de noviembre de 1846, p.3
101. El Eco...op.cit., nota 96'
102. "El día 4 de octubre", El Siglo XIX, 4 de octubre de 1848, p.3
103. "La Mayoría de la Nación y las facciones", El Siglo XIX, 16 octubre de 1848, p.3
104. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 18 de marzo de 1848, p.4
105. "Igualdad Republicana", El Siglo XIX, 24 de noviembre de 1848, p.3
106. "Indios Barbaros", Ibid, 31 de agosto de 1848, p.3
107. "Exigencias de la nueva situación", Ibid, 12 de junio de 1848, p.4
108. "Transformación social", Ibid, 2 de octubre de 1848, p.3
109. "Propagación de las luces", Ibid, 23 de junio de 1848, p.4
110. Ibid
111. "Importancia de la educación", Ibid, 18 de noviembre de 1848, p.3
112. Instrucción Pública, El Eco del Comercio, 2 de abril de 1848, p.2

113. El Monitor...op.cit., nota 97
114. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 23 de marzo de 1848, p.4
115. "Reformas", El siglo XIX, 10 de junio de 1848, p.4
116. El Siglo...op.cit., nota 109
117. "Instrucción a la juventud", El Siglo XIX, 2 de septiembre 1848, p.3
118. "Colonización", Don Simplicio, 19 de septiembre de 1846,p.2
119. "Californias", La Voz del Pueblo, 5 de febrero de 1845, p.4
120. "Tejas y el Ejercito", Ibid, 19 de marzo de 1845, p.2
121. Don Simplicio, op. cit., nota 118
122. Cfr.supra., capitulo I, notas 27-42
123. Cfr.supra., capitulo III, 1-4
124. Loc.cit.supra., capitulo I, nota 39
125. "Colonización", El Siglo XIX, 29 de julio de 1848, p.4
126. "Emigración", Ibid, 5 de junio de 1848, p.4
127. El Monitor, nota 97
128. El Siglo XIX, nota 125, Cfr.supra., Capitulo I, nota 29
129. El Siglo XIX, nota 126
130. Ibid
131. "Colonias Militares", El Siglo XIX, 26 de agosto de 1848,p.3
132. El Siglo XIX, nota 125
133. "Colonización", El Siglo XIX, 3 de agosto de 1848, p.3
134. "Fuerza Extranjera", Ibid, 7 de julio de 1848
135. "Colonización", Ibid, 25 de julio de 1848, p.4
136. "El Tiempo", Don Simplicio, 31 de enero de 1846, p.3

137. "Colonización", El Siglo XIX, 8 de agosto de 1848, p.3
138. El Siglo XIX, nota 126
139. El Siglo XIX, nota 135
140. "Otro argumento a favor de la tolerancia", El Observador Católico, 23 de diciembre de 1848, p.279
141. El Tiempo, 24 de enero de 1846, p.1., "Colonización", El Universal, 6 de diciembre de 1848, p.1
142. "Colonización", El Universal, 22 de noviembre de 1848, p.1
143. Ibid
144. "Legislación Mexicana", El Universal, 22 de noviembre de 1848, p.1
145. Ibid
146. El Tiempo, nota 141
147. El Tiempo, 24 de enero de 1846 p.1
148. Cfr. Supra., capítulo V, notas 107 a 112
149. "Una Esperanza", El Universal, 20 de noviembre de 1848, p.1
150. Ibid
151. "La República y la Monarquía", El Tiempo, 6 de febrero de 1846, p.1
152. "Soberanía Popular", El Universal, 7 de diciembre de 1848, p.1
153. "La independencia de México amenazada por los Estados Unidos", El Tiempo, 15 de mayo de 1846, p.1
154. "Introducción", El Católico, 30 de agosto de 1845, p.16
155. "Política Cristiana", Ibid, 7 de septiembre de 1845, p.24-25
156. Ibid
157. "Política Cristiana", Ibid, 4 de octubre de 1845, p.106

158. "Política Cristiana", Ibid, 18 de octubre de 1845, p.150
159. "Nuestra profesión de Fe", El Tiempo, 12 de febrero de 1846, p.1
160. "Sobre la introducción del Protestantismo en México", El Observador Católico", 25 de marzo de 1848, p.2
161. "Tolerancia", La Voz de la Religión", 2 de agosto de 1848, p.65
162. "Carta de Teophilo a Philoparto", Ibid, 23 de agosto de 1848, p.167
163. "Carta de un amigo a otro, contra la introducción..." Ibid, 4 de noviembre de 1848, p.527
164. "Carta de Teophilo a...", La Voz de la Religión, nota 162
165. "Una esperanza", El Universal, 4 de diciembre de 1848, p.1
166. "Parte Política", El Tiempo, 26 de febrero de 1846, p.1
167. "Reflexiones sobre las verdaderas y únicas causas del..." El Observador Católico, 8 de julio de 1848, p.367-384
168. "Política Cristiana", El Católico, 11 de octubre de 1845, p.126
169. "Influencia de la religión en la sociedad", Ibid, 18 de julio de 1845, p.485
170. "Política Cristiana", Ibid, 6 de diciembre de 1845, p.315
171. "Sobre el despojo de los bienes de la Iglesia", Ibid, 16 de enero de 1847, p.495
172. "Revista Religiosa", Ibid, 23 de enero de 1847, p.520
173. "Revista Religiosa", Ibid, 30 de enero de 1847, p.552
174. "Política Cristiana", Ibid, 13 de diciembre de 1845, p.341
175. "Política Cristiana", Ibid, 20 de diciembre de 1845, p. 363
176. "Revista Religiosa", nota 172, El Católico
177. "Nuestra Profesión de Fe", El Tiempo, 23 de febrero de 1846, p.1

178. Ibid
179. Ibid, 14 de febrero de 1846, p.1
180. Ibid, 26 de febrero de 1846, p.1
181. "Al Memorial Histórico", Ibid, 1 de marzo de 1846, p.1
182. "Nuestra Profesión de...", El Tiempo, nota 177
183. "Una esperanza", El Universal, 20 de noviembre de 1848, p.1
"Reflexiones sobre Las verdaderas y Únicas causas del estado en que se..." El Observador Católico, 1 de julio de 1848, p.345-356
184. El Tiempo, 18 de enero de 1846, p.1
185. "Revista Religiosa", El Católico, 20 de febrero de 1847, p.648
186. "La República y la...", El Tiempo, nota 151
187. "Colonización", El Universal" 6 de diciembre de 1848, p.1
188. "Carta de Teophilo a..." La Voz de la Religión, nota 162
189. "Una esperanza", El Universal, nota 183
190. El católico, 18 de abril de 1846, p.172-173
191. "Al Memorial..." El Tiempo, nota 181
192. "Soberanía Popular", El Universal, 10 de diciembre de 1848, p.1
193. "Guerra de Castas", Ibid, 14 de diciembre de 1848, p.1
194. "Carta de un amigo a..." La Voz de la Religión, nota 163
195. "Guerra de Castas", El Universal, 11 de diciembre de 1848, p.1
196. Ibid
197. "Guerra de Castas", El Universal, 9 de diciembre de 1848, p.1
198. "Otro argumento en favor de la tolerancia", El Observador Católico, 23 de diciembre de 1848, p.279
199. "La Colonización", El Universal, 19 de noviembre de 1848, p.1
200. El Tiempo, 24 de enero de 1846, p.1

TERCERA PARTE LA GUERRA

CAPITULO VII
EL FUROR BÉLICO. 1845-1847

1. El Origen. La Cuestión de Texas.

La Cuestión de Texas, afirma una reciente publicación norteamericana, no fue la causa de la guerra entre México y los Estados Unidos, pese a que muchos historiadores así lo consideren¹. Esta contundente afirmación es dudosa aunque hubo otras causas más profundas y mediatas en este conflicto. Pero sin duda la anexión de Texas a la Unión sí fue una de sus causas inmediatas. Al menos esa fue la opinión de los periodistas mexicanos que nos ocupan. Antes de la independencia de Texas declarada el 2 de marzo de 1836, los políticos mexicanos habían previsto el incidente y los futuros conflictos que de él podrían desprenderse. La Noticia Estadística publicada por Almonte en 1835 y la iniciativa presentada por Lucas Alamán ante el Congreso el 8 de febrero de 1830, lo demuestran². Por otra parte, desde el reconocimiento de la independencia texana por los Estados Unidos (aceptado por el Senado el 11 de julio de 1836), hasta su definitiva "agregación" al territorio de aquel país, los diarios mexicanos siguieron muy de cerca todos los movimientos de los texanos y los del gobierno norteamericano. Pese a esto se percibe en los diarios publicados de la Ciudad de México de 1844 y 1845, que la noticia de que el gobierno de los Estados Unidos y el de Texas habían firmado el tratado de anexión tomó por sorpresa a los mexicanos. No obstante, el hecho de que el Congreso de los

Estados Unidos rechazara en un principio dicho tratado, y de que Inglaterra manifestara su abierta oposición, inspiraron esperanzas en los mexicanos de que la anexión no se consumaría. Estas duraron poco. La misma insistencia y declaraciones de los ingleses precipitaron el truco que permitió que se pasara como resolución conjunta del congreso, el 1 de marzo de 1845, y aprobada dos días después por el presidente Tyler.

Tan pronto llegaron las noticias a la Ciudad de México, los periódicos desaprobaron unánimemente el hecho. Se fundaban en argumentos legales. Lo veían como atentado contra los tratados firmados, porque al "agregar aquel territorio a la Unión, negando o coartando los derechos de México", era un franco atentado a su soberanía³.

El Siglo XIX comentaba que el presidente Tyler para lograr la anexión, había "recurrido a chinacenerías parlamentarias:"

...Si la legitimidad de la agregación se funda en la soberanía de Tejas...esa agregación no ha podido verificarse sino en virtud de un tratado, y los tratados no se aprueban, según la constitución de los Estados Unidos, por leyes dadas en la forma de la ley de agregación⁴.

Las bases mismas de la anexión, fueron objeto de fuertes censuras por parte de los periodistas mexicanos. Según lo había expresado John C. Calhoun, forjador de esta medida⁵, no habían respondido a otro objetivo que el de los intereses de los Estados Unidos y a su seguridad interior y exterior. El Siglo XIX opinaba que era inadmisibile, pues

...una vez admitido el principio inmoral de que los

Estados Unidos pueden apropiarse todo lo que les con- venga...¿quién pondrá límite a su voracidad?...Pues que ni los principios del derecho natural de gentes, ni los del derecho positivo son un freno para ese pueblo engrai- do y codicioso ¿quién lo detendrá en su carrera de desvas- tación?

Estos fundamentos sirvieron de inspiración a los mexicanos, para oponerse a la anexión, insistiendo en las ventajas materiales/⁷ significaba para México el territorio de Texas. El territorio "era abundante en puertos magníficos", cuya pérdida afectaría el comer- cio de importación, "y por consiguiente el erario público"; al per- der "las rentas pingües" que le proporcionaban.⁷ Los periodistas mexicanos pecaban de ingenuos, ya que tales rentas nunca existieron, pues justamente al tiempo de empezar a co- brarlas, los texanos habían iniciado su movimiento independentista. Sostuvieron también, siguiendo el ejemplo de los norteamericanos, que la seguridad nacional se veía directamente amenazada por la me- dida tomada por el gobierno de los Estados Unidos con argumentos to- talmente fundados.⁸ El Boletín de Noticias calificaba el asunto - "el compromiso de la existencia de nuestra patria", el problema vi- tal de "ser o/^{na} ser".⁹ El siglo XIX sostuvo que la agregación de Te- xas a los Estados Unidos, era la única medida sobre la cual México nunca podría tratar voluntariamente.¹⁰

Pese la resolución del Congreso norteamericano y la aproba- ción del ejecutivo, el tratado firmado por los comisionados texanos con el del gobierno norteamericano estipulaba que la anexión no

quedaría totalmente legalizada hasta que el Congreso texano y una Convención especialmente citada, para tal efecto, le dieran su aprobación definitiva. Por lo tanto, aun quedaba una esperanza a los mexicanos. En Texas parecía existir un partido fuerte que se oponía a que el territorio se anexara. Inglaterra le daba abiertamente su apoyo a este grupo, al mismo tiempo que insistía en México sobre la necesidad de reconocer la independencia de Texas para evitar su anexión. El gobierno mexicano parecía estar de acuerdo en este punto. El 21 de abril de 1845, Luis G. Cuevas, ministro de Relaciones del gobierno decembrista, pidió autorización al Congreso para oír las proposiciones de los comisionados texanos¹¹, misma que le fue conferrida el 3 de mayo siguiente.

Ante tal perspectiva, los periódicos mexicanos se dividieron en sus opiniones. El grupo radical encabezado por La Voz del Pueblo se opuso definitivamente. Este periódico, aun antes de que oficialmente se hablara de oír las propuestas de los comisionados texanos, pedía que todo aquel que hablara de oír las propuestas de los comisionados texanos, pedía que todo aquel que hablara de reconocer "la segregación de Tejas", ya fuera como nación independiente o como parte de los Estados Unidos, sería considerado traidor y "castigado con la severidad de las leyes"¹². El Estandarte Nacional se hizo eco de esta opinión¹³ y El Defensor de las Leyes comentó:

...no se alcanza la diferencia positiva que pueda existir para México entre perder a Tejas como Estado independiente, y perderlo como parte de los Estados Unidos. ¿Alguno ignora que México lo pierde de todas maneras, y con él

su honor y su nacionalidad?...¿Por qué Tejas no se agrega a los Estados Unidos deja acaso esta nación de ser dueña de hecho como hasta aquí de aquel territorio? ¿Es población tejana la que se ha alzado con este departamento? ¿No son y han sido siempre individuos de los Estados Unidos y aventureros de otros países los que nos han robado esta parte de la república?

Es de tenerse presente que a los intereses de esas naciones que ahora aparecen como mediadoras, ha de convenir mas adelante que continúen las escisiones de nuestro territorio, y siendo la conveniencia el punto de partida de la política europea ¿podrá esperarse que pongan esa conveniencia al fiel cumplimiento de sus compromisos, en los nuevos y afrentosos límites que se proponen entre México y Tejas?

Además de estos argumentos, los editoriales de La Voz del Pueblo del 19 de marzo y del 23 de abril, hacían notar que al sancionarse la independencia de Texas, esta quedaría indisolublemente ligada a la Gran Bretaña con lazos morales y económicos. Su territorio se llenaría con habitantes de aquellas tierras, fieles a sus instituciones monárquicas; y por lo tanto, ese territorio se convertiría en una amenaza para las instituciones republicanas de México. Y el fiel seguidor de este periódico, El Estandante Nacional dijo al respecto:

...reconocida la independencia, con la circunstancia de que la poderosa nación que nos ofrece su garantía con

el santo fin de hacerla efectiva, pondría muy probablemente un ejército en Tejas, el cual no sería más que el cuerpo de apoyo de los monarquistas, una gran avanzada del rey, con que tanto tiempo hace nos quieren obsequiar ciertas gentes...¹⁶

Esto por otra parte, afirmaban estos diarios, lejos de conjurar el peligro de que los Estados Unidos dejaran de presionar a Texas para hacerla parte de su territorio aceleraría el proceso. Los periodísticos radicales sabían bien que el gobierno norteamericano haría uso de la declaración de Monroe para legalizar la anexión. Además, por el hecho de que los primeros colonos de Texas habían sido norteamericanos, los Estados Unidos contaba con más simpatías que Inglaterra. Por último, la cercanía geográfica era otro elemento que se tomaba en consideración para preveer el resultado final, que se lograría si los mexicanos se hacían portavoces de los intereses ingleses.¹⁷

Todo lo anterior era el resultado de un análisis de los resultados políticos que acarrearía el hacer un tratado con los texanos. Legalmente no se podía oír las proposiciones del gobierno de Texas, porque implicaba reconocimiento de su legitimidad/^{deada}el momento mismo en que se había constituido y por lo tanto la ilegalidad de todas las campañas realizadas por los mexicanos. Implicaría también, que México daba un tácito reconocimiento a todas las medidas tomadas por dicho gobierno, incluyendo un tratado de anexión a los Estados Unidos.¹⁸ Económicamente, el reconocimiento de su independencia po¹⁹ día afectar de inmediato a México, pues "el contrabando se haría

a diario y sin remedio" a menos que los mexicanos estuvieran con las armas en las manos todo el día. Por todo ello el lema de estos diarios era "ni anexión, ni independencia, Tejas no debe ser más que un estado de la federación mexicana"²⁰.

Los diarios que opinaron así consideraron que el papel que debía desempeñar la prensa mexicana en el asunto de Texas, debía ser el "fomentar el entusiasmo e indicar los medios para recobrar ese Departamento"²¹. Para alcanzar esta meta, proponían dos medidas. Una era la reconquista por medio de la guerra, que sería no sólo "necesaria" sino "fácil"²². Se contaba con la división de opiniones en Texas, con la división en los Estados Unidos sobre la anexión. Todo consistía en organizar una campaña por tierra y un bloqueo de sus puertos por mar y el asunto quedaría concluido en unos cuantos meses²³. La otra posibilidad, era dar ciertas garantías a los Estados Unidos de que no se permitiría en Texas ninguna influencia de origen europeo y a los texanos ciertas leyes excepcionales, amén de su soberanía como estado libre e independiente de la Unión Mexicana,

...como por ejemplo, la libertad de cultos, el juicio por jurados, y la conservación de los esclavos que actualmente tengan, sin que se permita la introducción de otros, con la condición de que reconozcan al gobierno de la república y que se sujeten en lo demás a nuestras leyes, formando en toda una parte de la República Mexicana; y como de este modo se quita también a los Estados Unidos y el único fundamento y alguna consideración en que

pueda apoyarse el decreto de agregación de Tejas, podrá negociarse también la revocación de ese decreto .²⁴

El Siglo XIX, por aquellos días vocero oficial del gobierno, se encargó de presentar la otra cara de la moneda, es decir, de hacer la defensa de la necesidad de firmar un tratado con Texas reconociendo su independencia, bajo la condición de no anexarse a los Estados Unidos, tal como proponía el gobierno de José Joaquín Herrera, de acuerdo con los consejos de la Gran Bretaña. Este diario empezó su campaña al igual que su contraparte, aun antes de que hubiera alguna noticia ^{oficial} al respecto. En su editorial de 2 de febrero de 1845, sostenía que de realizarse la anexión de Texas a los Estados Unidos, éste sería el primer paso del expansionismo norteamericano a costa de México. Este último se vería comprometido en un conflicto mayor y dadas sus circunstancias internas no lo podría solucionar satisfactoriamente, arriesgados a perder más territorio, y quizá su existencia misma. Así ^{ismo} para no verse envueltos en conflictos de "trascendencia inmensa", los mexicanos debían esforzarse para "ganarles de mano a nuestros leales y buenos amigos los norteamericanos". Esto no podía ser de otra manera que la de firmar un Tratado con Texas, en el que "el honor, los intereses y sobre todo y es lo principal, que la seguridad ulterior de la república" quedarán plenamente afianzados ²⁵. De los Estados Unidos no podía esperarse un cambio de política ²⁶, pero si los texanos "antes de anexarse a los Estados Unidos" se acercaban a México, este no podía "negarse a oírlos pues sería obrar neciamente, sería renunciar sin motivo a grandes recursos de salvación". En suma un tratado con Texas era necesario porque

...todas las soluciones, ya basadas en la independencia o bien en la reincorporación de Tejas, necesitan ser arregladas en una negociación...²⁷

Ahora bien, la segunda de estas posibilidades debía ser descartada de inmediato; la historia del problema de Texas lo dejaba ver claramente. Partiendo de la diferencia y rivalidad raciales, afirmaba El Siglo XIX en abril, desde el momento en que México había abierto aquel territorio a la colonización anglosajona se habían sentado las bases de su separación²⁸. Después se habían dado pretextos para llevarla a cabo con la anulación del sistema federal y "las barbaries de un hombre detestado por la república" en el Álamo²⁹ y en Goliad. Luego se había abandonado la campaña y el gobierno mexicano se concretó a lanzar "bravatas ridículas para tener a la nación con la boca abierta y sacar contribuciones y celebrar presantos"³⁰. Y mientras Texas crecía rápidamente en población y hacía tratos con los Estados Unidos para agregársele,

...México tan sólo de cuando en cuando solemnizaba con una salva el maravilloso acontecimiento de haberse entrado o salido, o avistado desde lejos, con ayuda de una largomira, la ciudad de San Antonio Béjar...³¹

Pero además de estos argumentos había otros en los que los defensores de un tratado apoyaban sus opiniones. Una campaña militar, requeriría "superabundantes recursos en numerario" y México no los tenía³². Aún en el caso de tenerlos -comentaba el Siglo XIX- ...para que la campaña tuviera éxito permanente, sería

preciso exterminar o sustituir con otra su población;
de otra manera ella se rebelaría incesantemente contra
nosotros con quienes no la unen un sólo vínculo...³³

Igualmente, el principio de que un pueblo no podía consentir en la
desmembración de su territorio, era considerado "histórica y poli-
ticamente ridiculo". La dignidad de una nación, se aseguraba, no
consistía sino "en conservar, aumentar o disminuir su territorio de
la manera conveniente para su seguridad exterior y su prosperidad".
El verdadero patriotismo, "el legítimo honor nacional", exigían
principalmente que se hiciera la felicidad de los pueblos; y que
los elementos de ventura y prosperidad no se sacrificaran en "una
guerra larga y costosa"³⁴. El oponerse a la guerra de Texas, por
lo tanto, no era una cobardía. La raza española se caracterizaba
por "un valor indómito".

...y sin embargo, la España reconoció nuestra indepen-
dencia, sin que este hecho le haya impreso la más ligera
mancha de cobardía...³⁵

Por el contrario, concluía este diario, pretender que la repúbli-
ca mexicana, "aun consumada la independencia de Tejas", continua-
rá protestando era "presntar una palabra ridícula y vacía de todo
sentido"³⁶. A México no le quedaba otro remedio que reconocer la
independencia de Texas, así se anularía la posibilidad de su ane-
xión, y el peligro de sentar un precedente para futuras rapiñas, y
contaría además, con una nación aliada para oponerse a la política
de los Estados Unidos.³⁷

Los proyectos, de los que esperaban un arreglo pacífico.

fueron desvaneciendo progresivamente. El 16 de junio el Congreso de Texas rechazó la propuesta de un tratado con México, el 21 del mismo mes dió su aprobación a la anexión a los Estados Unidos y finalmente, el 4 de julio la Convención texana citada ex profeso, sancionó la medida. Los norteamericanos habían dado una prueba más de sus habilidades y Texas había caído en la ignominia, según El Siglo XIX. Esta había preferido "suicidarse políticamente" en vez de figurar entre las naciones libres del globo. Por lo tanto, decía el mismo artículo,

...presentara a sus habitantes al escarnio universal teniendo que elegir entre un pueblo que les concedía el don más precioso, el de la posesión de su independencia, y otro que les quitaba, hasta sus existencia; y los presentara decidiéndose por éste último y haciéndose, por el mismo hecho, indignos de esa soberanía de que han hecho tanto alarde...

A México no le quedaba más según la opinión general de los periódicos "que estorbar por la fuerza que los Estados Unidos" se apropiaran de dicho territorio ³⁹. No porque se creyera que se podría reanexar a México, esperanza totalmente perdida ⁴⁰, sino para evitar que su anexión, en especial como que con ello se sentaba un precedente en futuros casos. Es decir, había que dejar claro que México no aceptaría pasivamente cualquier agrandamiento territorial que los norteamericanos desearan hacer a costa de México ⁴¹. Para la prensa mexicana la cuestión de Texas sería el origen del furor bélico que desarrollaría casi hasta el momento mismo de la ocupación

de la Ciudad de México.

2. El Desarrollo.

El espíritu bélico de los diarios capitalinos durante los años de 1845 a 1847 no fue regular y uniforme. Las circunstancias las posiciones ideológicas y los compromisos de los editores con los diversos gobiernos, fueron fuerzas que empujaron a los diarios de la Ciudad de México, por vías opuestas. No obstante, el denominador común fue un furor belicista continuado desde 1845 hasta el momento en que las fuerzas del general Scott estuvieron a las puertas de la misma. Este furor, por otra parte, fue decisivo en todo el conflicto; tanto que muchas ocasiones éste forzó a los gobiernos a tomar un camino que ellos mismos no deseaban.

Los dirigentes de la opinión pública en México durante el año de 1845 fueron El Siglo XIX y La Voz del Pueblo. En ese momento, el primero representó la posición moderada y el segundo la radical, no solo en sus concepciones sobre la teoría liberal, sino en su actitud frente a la posibilidad de la guerra. El primero afirmó casi a principios de ese año, que la guerra no debía "considerarse sino como un último recurso" para consumir los hábiles cálculos del patriotismo inteligente ⁴². Sin embargo, dos meses más tarde, en su editorial del 22 de marzo ⁴³, sostuvo una posición diferente. México había sido insultado por el decreto de anexión de Texas, despreciado por el gobierno norteamericano "delante de todo el Universo", por tanto, el solo pensamiento de transacción era considerado como "un crimen". Agredido y no agresor, México debía resistir la rapiña de los Estados Unidos con todo su valor "y hasta agotar el último

de sus recursos. Y concluía:

En esta lucha no puede haber transacción y los mexicanos...se aprestaran gustosos a ayudar el gobierno que trata de vindicar los más santos derechos nacionales... En estos momentos no debe escucharse mas que una sólo razón: La voz del deber y el que ella antepusiese cobardes y egóistas consideraciones, no merecerá el nombre de mexicano.

Cuatro días más tarde volvería a insistir sobre el asunto. Los editoriales del 26 y 27 de marzo ⁴⁴, titulados "Cuestión de Tejas" aseguraban que mientras México había tenido una pesperanza, "de que no se abusaría de la supremacía", había sido cuestionable la guerra, mas en el día el no hacerla debía ser considerado un delito de traición. No sólo los intereses materiales del país, sino los morales, se veían afectados por la política de los Estados Unidos. México debía constituirse en un baluarte para detener la ambición y sostener los principios de la justicia. Las condiciones para llevar a cabo la guerra, en ese momento, eran favorables para México. Los Estados Unidos habían llevado a cabo la anexión de Texas, fundándose en la apatía y debilidad de los mexicanos, así que si este últimos se apresuraban a "desconectar sus planes", los cálculos de sus enemigos quedarían frustrados. A la vez México contaba a su favor con ciertas condiciones internas de los Estados Unidos.

Pensemos en el desequilibrio que va a producir la adición de un nuevo estado, cuyos intereses pugnan con los de la mitad septentrional; pensemos en que los Estados Unidos

no son una nación aguerrida ni belicosa, y en que le sería difícil plantar de pronto un ejército respetable; pensemos en que podemos invocar en nuestra ayuda la libertad de la raza esclavizada; pensemos en que nuestras huestes podrían desvastar los inmensos campos de Tejas; pensemos en que la Europa no puede reconocer de liso en llano la agregación de Tejas; pensemos en que el simple transcurso del tiempo basta para cambiar y en contra nuestra, las más de estas condiciones ventajosas...

Por todo esto, la guerra con los Estados Unidos no era solo justa, gloriosa, inevitable, sino "urgentísima". Si los mexicanos querían que su país continuara existiendo como nación independiente -condían estos artículos-, sino no consentían "en cambiar el yugo de España" por otro, debían hacerla guerra de inmediato. "La sola tardanza, la más insignificante contempORIZACIÓN", sería un "crimen digno de execración pública".

El 9 de abril el editorial de El Siglo XIX volvió a tocar este asunto ⁴⁵, con ideas repetitivas. Éste marco el principio de un periodo de tres meses de silencio de este diario. La palabra guerra fue descartada del vocabulario del diario; el presidente Herrera no quería la guerra, o por lo menos ^{trataba} de conjurar el peligro de la misma y la salida que encontró fue la de hacer un tratado con las autoridades de Texas. El 16 de julio el ministro de Relaciones de México informó al congreso del mal éxito del proyectado arreglo y cuatro días más tarde, El Siglo XIX, volvió a su posición ante-

rior . Después de hacer una apología de los beneficios de la paz, ahora se daba a la tarea de exigir la declaración inmediata de guerra. Se oponía inclusive, al gobierno del cual había sido vocero.

El 21 de julio de 1845 Luis G. Cuevas presentó a las cámaras una iniciativa de declaración de guerra a los Estados Unidos; pero se afirmaba que la guerra debía tener un carácter exclusivamente "defensivo", y no debía declararse sino hasta que la anexión fuera un hecho consumado; es decir, hasta que el presidente del vecino país firmara el acta de admisión a la Unión. El siglo XIX comentó que el hecho de que Texas hubiera decidido a anexarse a los Estados Unidos, en nada variaba las relaciones entre México y aquél país; la resolución del Congreso norteamericano significaba declaración de guerra:

Si la declaración es el anuncio formal de que una nación da a otra de que se propone perseguir sus derechos, por las armas, no se puede poner en duda, ni por un momento, de que México ha cumplido sobradamente con este requisito; porque diversos ministros, con diversos motivos, y bajo diferentes formas, han anunciado de la manera más clara y explícita, que México reputaría el decreto de agregación dado por los Estados Unidos, como un agravio de tal magnitud que haría imposible todo acomodamiento y lo obligaría a apelar a las armas.

...a las razones que en general se pueden alegar en comprobación de que una declaración formal no se necesitaba para justificar la guerra, se debe añadir, que aun cuando

se necesitase dicha formalidad, esta sobradamente llena da en la infinidad de notas todas con este y nunca desmentidas en que México ha significado clara y resueltamente su determinación de apelar a las armas sino obtenía reparación por las vías pacíficas.

Otro punto discutible sobre la iniciativa de Cuevas era el de el carácter defensivo de la guerra. Según el ministro si México inicia las hostilidades, ese hecho lo colocaba en la posición de ser ofensor, lo cual estaba en oposición al sentimiento nacional. El siglo XIX contestó que los conceptos de agresor o agredido no tenían nada que ver con quien iniciara las hostilidades. Definían agresor como "el que trata de dañar los derechos ajenos, el que ofende" y "^{agredido,} el que trata de oponerse a esa lesión, el que se defien de". Por lo tanto, aunque México iniciara las hostilidades, esto no le quitaría su carácter de agredido y la guerra que hiciera, aun pa sando los límites de su territorio, no dejaría ser puramente defensiva .

En agosto de 1845 se inició la crisis que terminaría con la caída del gobierno decembrista. Jose⁵⁰ Joaquín Herrera para ser declarado presidente constitucional tuvo que aceptar la renuncia de todo su gabinete debido a las fuertes censuras . El 8 de agosto las fuerzas del general Filisola se amotinaron en El Peñasco; era el - pronostico del futuro levantamiento de Paredes ⁵¹ . Las relaciones di plómaticas con Francia habían alcanzado un punto crítico a raíz del escándalo del Baño de las Delicias, y el ministro francés había sa lido de México ⁵² . La endémica crisis económica volvió a manifestarse.

No es por tanto de extrañar que Manuel de la Peña y Peña, el nuevo ministro de Relaciones, aceptara recibir a un comisionado investido de amplios poderes para resolver las cuestiones pendientes entre México y los Estados Unidos⁵³. El gobierno guardó un absoluto silencio sobre el asunto de la guerra. Por ello El Siglo XIX del 24 de noviembre, censuraba acremente al gobierno y afirmaba que parecía que la cuestión de Tejas y la invasión "de los bárbaros" eran asuntos que "nuestros nietos" habrían de resolver⁵⁴. Y sobre la posibilidad de que se hiciera un arreglo pacífico con los Estados Unidos, basado en el reconocimiento de la anexión de Texas, comentó:

México, no puede comparar lapaz a otro precio que el de su sangre. La derrota, la muerte a las orillas del Sabina seran gloriosas y bellas; infame y execrable la paz firmada en el Palacio de México⁵⁵.

Además, las noticias de que las fuerzas de Taylor iban aumentando-se día con día en Corpus Christi⁵⁶, acabaron por exacerbar el ánimo de la redacción de este diario. El gobierno de Herrera, decían, ni había preparado la guerra, ni había preparado la paz. Era cierto que tenía a su favor la disculpa de que había encontrado la opinión pública extraviada, mal establecidas las negociaciones diplomáticas, y destruidos los recursos para hacer la guerra. No obstante, su comportamiento no era del todo justificable:

...Oficialmente amenazamos al Norteamérica de romper la guerra si decretaba la agregación. Decretóse ésta y nosotros redoblamos nuestras amenazas, mas no rompimos la

guerra. Dijimos después, que esperaríamos para hacerlo, a que por el consentimiento de Tejas se consumase el despojo. Consumóse el despojo y no rompimos la guerra. Proponíamos a hacerlo luego que nuestro territorio fuese invadido, por ejércitos angloamericanos. Invadiólos el del general Taylor, y tampoco hemos roto la guerra. ¿A dónde vamos a parar? ¿Así se juega con el nombre y los intereses de un pueblo?

57

Para El Siglo XIX la guerra era el único abitrio, el único medio para hacer la paz honrosamente y preservar la seguridad ulterior de la república y exigía su inmediata declaración.

Por su parte, La Voz del Pueblo mantuvo durante todo el año una actitud más constante; de principio a fin de 1845, su posición fue la de exigir la guerra a toda costa. La guerra, para sus redactores, era tan necesaria y justa como lo habían sido en su momento las Cruzadas. El mismo espíritu y fanatismo que había caracterizado a aquellas, debía revivirse en México, "el ejército y la nación reunida marcharan a destruir a los injustos usurpadores de nuestros derechos". Entre marzo y abril, cuando los rumores de que el gobierno estaba dispuesto a buscar un arreglo pacífico empezaron a circular, el diario empezó a criticar el gabinete de Herrera, en particular a Luis G. Cuevas, destructor del "entusiasmo nacional", se insinuó sutilmente a que era traidor. México no debía tener otro agente diplomático que "el general en jefe de nuestro ejército", y los únicos tratados posibles serían los escritos "con la punta de la espada, sobre las riberas del Sabina". El agresor era el go-

58

59

60

bierno norteamericano, él había provocado a México, y en consecuencia era el único responsable de la guerra. La justicia había estado y estaría siempre del lado de México, fuesen cuales fuesen los argumentos esgrimidos en los Estados Unidos. De aquí que no debía haber ninguna duda, ningún titubeo en declarar la guerra⁶¹. Por el contrario, si esto se hacía de inmediato, México obtendría los más positivos resultados.

...nuestros soldados guiados por jefes aguerridos y acriditados, y los ciudadanos armados bajo la dirección de jefes de su misma elección atravesarán los desiertos, y el pabellón mexicano tal vez pasará las márgenes del Sabina; tal vez avanzará mucho más allá; quizá vendrá a tremolarse sobre el capitolio de Washington...Contamos con la división de opiniones que reina en Tejas y en los mismos Estados Unidos, sobre la agregación de Tejas a aquella república, y sobre su independencia como nación separada, contamos con las patentes de corso que se podrán expedir, contamos con que sus militares no han oído silbar una bala, pues han pasado su vida en el ocio de la paz...⁶²

Con estas ideas, no resulta extraño que los redactores de La Voz del Pueblo interpretaran la actitud cauta del gobierno de Herrera como un intento mezquino de conservarse en el poder, sacrificando los intereses nacionales⁶³; y prostituyendo más aún la fuerza militar del país⁶⁴, confinaba a la molición de la Ciudad de México, en vez de defender la frontera. No dudaba en sugerir que

tanto el presidente como su gabinete eran unos traidores y hacia preguntas como las siguientes:

¿Dónde están los acopios de municiones? ¿Dónde están los viveres? ¿Dónde están las tropas? ¿Dónde la artillería?
¿Dónde los trenes de equipaje? ¿Dónde las guarniciones de nuestros puertos? ¿Dónde la Guardia Nacional? ¿Dónde está todo? Vergüenza es la única respuesta que acaso tiene esas preguntas.
65

Y su conclusión era que si el gobierno no estaba dispuesto a llevar a cabo la guerra, los mexicanos unidos debían hacerla, aun teniendo que oponer primero a él.
66

Otros dos diarios, El Defensor de las Leyes y El Boletín de Noticias, también presionaron al gobierno en 1845 para que hiciera la declaración de guerra a los Estados Unidos, pero sus argumentos repetían los mencionados.
66

Durante 1845 la opinión articulada de la Ciudad de México fue más o menos optimista y cuando pedía la ruptura inmediata de hostilidades. Pero al año siguiente, el panorama iba a ser diferente. Las circunstancias son suficientes para explicar el cambio. En esos años en la historia de México han sido tan agitados y caóticos. La guerra pasó a ser no el tema principal de la literatura periodística, como lo había sido el año anterior, sino uno más de los muchos que se debatían. Además, pocos gobiernos han sido tan impopulares de principio a fin como el de Mariano Paredes. Aun antes de ocupar la presidencia, era objeto de acres críticas por parte de la prensa liberal, que lo consideraba causante de los posibles desastres

que la guerra tendría en el norte. Don Simplicio, por ejemplo, en el primero de sus número anunciaba:

Diversiones Públicas

Gran Teatro Nacional

Noche. Comedia Nueva: EL TRIS

68

Los Yankees en Matamoras, y las tropas en San Luis .

A pesar de que la guerra no fue el único objeto de la atención, fue considerada como "el punto más vital para México después de su independencia"⁶⁹ . El propio Mariano Paredes había esgrimido este argumento en su plan y había atacado en este sentido la política del gobierno del general Herrera. El había prometido llevar a cabo una campaña para resistir a los norteamericanos. Por ello El Tiempo, el vocero semi-oficial del gobierno de Paredes, durante el tiempo de su publicación fue tan belicista como los diarios de 1845.

Para este diario, la guerra era el único partido que quedaba a los mexicanos si no querían "perderlo todo"⁷⁰ . Los norteamericanos se habían quitado la careta que durante muchos años había encubierto sus reales pretensiones. El bloqueo que empezaban a realizar en los puertos mexicanos, los auxilios y estímulos que daban a las tribus "bárbaras para su guerra de exterminio en el Norte", el avance de sus huestes, "compuesta de una soldadesca desenfrenada", no eran otra cosa que las pruebas más claras, "más de hulto", de la rapacidad de los Estados Unidos, y por ello se planteaban las siguientes preguntas:

...¿Puede dudarse que estamos en los momentos más críticos de una guerra eminentemente nacional? ¿Qué gloria,

qué realce no daría al nombre mexicano el que esas hordas de ladrones, encontrasen el escarmiento de su audacia en vergonzosas derrotas?...

Pero este mismo diario consideraba a los Estados Unidos como "un gigante" que había esperadamente a que los gérmenes de debilitamiento moral y físico, que había introducido en México, empezaran a dar sus frutos para atacar a este ⁷², México, por lo tanto, no estaba preparado para resistir por sí solo la embestida del norte. Debía procurarse la alianza de una potencia europea. Esta, dadas las circunstancias del momento, no podía ser otra que Inglaterra. ⁷³

En base a estos argumentos, El Tiempo justificaba parte de la conducta seguida por el gobierno de Herrera respecto al asunto de Texas. Sin embargo, se le criticaba por no haber tomado las precauciones necesarias durante el lapso en el que las conversaciones con los texanos se llevaban a cabo; se le criticaba, también, que al decretar los texanos su anexión a los Estados Unidos, se hubiera buscado un arreglo con estos últimos. Aquel gobierno era culpable de haber proporcionado a los norteamericanos un argumento más para justificar su deplorable conducta, ya que la misión de John Slidell no había sido otra cosa que,

...un lazo grosero que se nos intento tender con un fin maquiavélico y ultrajante. Porque el dilema era muy sencillo. O admitía el gobierno mexicano a un ministro ordinario de la Unión, lo cual equivalía a restablecer, sin satisfacción las relaciones amistosas entre ambos paí-

ses, sancionado la usurpación de Tejas y probando al mundo, que a pesar de todos los ultrajes y despojos, México sería siempre dependiente y esclavo de los Estados Unidos; o como era más probable, no se prestaba el gobierno mexicano a este exceso de humillación, y entonces había un pretexto para apelar a la guerra y consumir nuevas usurpaciones...⁷⁴

Lo que aquel gobierno debía haber hecho, y lo que el presente justamente pretendía, era buscar la alianza con alguna potencia europea. Por entonces no podía ser otra que Inglaterra.⁷⁵ Por esta razón, a pesar de que este diario pugnaba por la guerra, hubo un periodo en el que no insistió mucho esperando, sin duda, que la alianza llegara^a/ser realidad.

Mientras tanto, Mariano Paredes, había perdido el furor bélico manifestado en el Plan de San Luis. Su política era ahora tan cauta como la de Herrera el año anterior. Se imponía la realidad. Los diarios liberales temerosos de que la alianza con Inglaterra y el establecimiento de la monarquía, llegaran a ser realidad, se comportaron discretos en el asunto de la guerra. Su opinión era que⁷⁶ en tal evento, era preferible a una alianza con los Estados Unidos; y al mismo tiempo, culpaban a los conservadores de dar nuevas bases⁷⁷ al expansionismo norteamericano. Sin embargo, esto no fue suficiente para que las voces en favor de la guerra desaparecieran del todo.

El Republicano durante la primera mitad de 1846, al publicar noticias con respecto a los movimientos de Taylor en el norte y de

la armada norteamericana en el Golfo, hacia sutiles comentarios y críticas al gobierno de Paredes por no tomar las medidas necesarias para la defensa del país. Pero en ningún momento presionó para que se hiciese una declaración formal de guerra⁷⁸. Don Simplicio, el otro dirigente de la prensa liberal, pese a que sostenía igual criterio que su colega, iba un poco más allá. El no pedía una declaración de guerra, pero sí que detuviese a las tropas norteamericanas en los límites del Nueces⁷⁹.

Para la segunda mitad de 1846 el peligro monárquico había desaparecido, el Congreso extraordinario creado por la Ley del 26 de enero parecía tener la tendencia a conservar las Bases Constitucionales⁸⁰; El Tiempo, por su parte, había cerrado sus prensas⁸¹. Ninguna potencia europea, por el momento, significaba un real peligro para la seguridad e independencia del país. El 1 de junio, Inglaterra declaraba su posición neutral, ofreciéndose tan sólo a interceder por la paz⁸² y cinco días después, abría sus negociaciones con los Estados Unidos para terminar el asunto del Oregón. México había quedado libre de esa amenaza, y ahora estaba sólo para enfrentarse a los Estados Unidos. Mariano Paredes, presionado por la prensa capitalina, había dado órdenes al general Arista para detener el avance norteamericano en las márgenes del Bravo, y a su vez, había dado el pretexto al gobierno norteamericano de hacer una declaración formal de guerra. El furor bélico de los diarios capitalinos alcanzaba su meta, México estaba en guerra con sus vecinos. Pero México, por su parte, no había hecho su declaración; además, el ejército mexicano había sido derrotado en dos batallas: Palo Alto y la Resaca;

y los norteamericanos habían ocupado Matamoros. La invasión se preparaba; Kearny se lanzaba hacia los territorios de Nuevo México y Fremont declaraba la independencia de California. Tampico había sido atacado y el bloqueo del puerto de Veracruz se había iniciado desde el 20 de mayo. Ese era el panorama exterior.

En el interior de la república las cosas no estaban mejor. El general Alvarez se había rebelado desde el 16 de abril en Acapulco, Castillo Negrete el 7 de mayo en Mazatlán, y el 20 de mayo José María Yañez en Guadalajara. Ante esta situación el espíritu bélico de la prensa capitalina no desapareció, pero el pesimismo si se apodero de las plumas. Un ejemplo es el editorial el 20 de junio de 1846 en El Republicano :

...Es notable la desconfianza de unas naciones para con otras, y el continuo peligro en que se hallan las más débiles de ser invadidas o por lo menos oprimidas por las fuertes. Tal ha sido, desgraciadamente, nuestra situación respecto de los Estados Unidos. Nadie duda cuales han podido ser desde hace mucho tiempo las miras del gabinete de Washington, respecto de México, y a nadie le es igualmente desconocido el estado actual de uno y otro país. El primero de alza orgulloso y feliz con su civilización...el otro es detenido a cada paso en su carrera por el fuego abrasador de la guerra fratricida...Uno pelea por la causa de usurpación, el otro defiende la justicia. Tales son los combatientes, cuya lucha ha comenzado ya.

y de la que esta pendiente nuestra felicidad futura o nuestra eterna esclavitud.

No diremos si ha habido medios por los que se pudo evitar llegar a tal extremo; la guerra esta comenzada y la naci3n altamente comprometida, pues si bien la justicia esta de su parte, no es esto, por desgracia, bastante para obtener un triunfo y contener las demasias de un enemigo poderoso...La guerra repetimos ha comenzado ya para nuestro mal, y es menester no perder el tiempo...

Durante el mes de junio el gobierno de Paredes dio pasos concretos para llevar a cabo tanto la guerra como la pacificaci3n interna del pa3s. El 12 de junio el Congreso Nacional eligi3 como presidente constitucional a Mariano Paredes y a Nicol3s Bravo como vicepresidente, siete d3as m3s se le autoriz3 al primero para ponerse al frente de las fuerzas que deb3an ir al Norte; y mientras tanto el presidente hab3a lanzado ya, el 16 de junio, la iniciativa para la declaraci3n formal de guerra a los Estados Unidos; la cual no se hizo sino hasta el 6 de julio. Ya para entonces Nuevo M3xico y California estaban en total posesi3n de los Estados Unidos. Y Mariano Paredes a3n no sal3a de la capital, al parecer m3s interesado en sofocar los movimientos internos que en detener el avance norteamericano. La prensa capitalina empez3 a atcarlo, precipitando su ca3da. Don Simplicio public3 una serie de coplas sat3ricas, como la siguiente:

Para cortar camino
y alcanzar glorias

A Tejas por Jalisco
Van nuestras tropas
Otros más duchos
Buscan a Matamoros
84
Por Acapulco.

Un mes mas tarde el movimiento de la Ciudadela encabezado por el general Mariano Salas triunfaba. La prensa liberal recibió una momentánea inyección de optimismo. Por otra parte, las declaraciones hechas por los diversos generales norteamericanos al ocupar las plazas que caían se referían a los proyectos monárquicos del gobierno de Paredes y prometían aplicar el sistema de su país. Se empezaron a publicar periódicos en los que, sin disimulo se hablaba de que la guerra que hacían los norteamericanos era para proteger al pueblo mexicano, para regenerarlo y sacarlo de su caos permanente. Algunos de estos diarios y proclamas llegaron a la Ciudad de México y de inmediato dieron nuevas bases a los periodistas mexicanos para reforzar su espíritu bélico. Nunca, decía El Republicano, la invasión ha carecido de algun pretexto aparente en que apoyar su injusticia. En el caso de los norteamericanos, las justificaciones iban más allá, incluían injurias al gobierno de México. Por lo tanto la guerra debía llevarse hasta sus últimas consecuencias, para salvar el "honor" de la patria. Y concluía:

Fije nuestro gobierno, pues la atención sobre las injurias que la falsa y malévola política de los Estados Unidos esta infringiendo a la patria, y haga esfuerzos para poder exigir una pronta y justa reparación de ellas,

porque de lo contrario cada día, como ha sucedido ya, se irán aumentando más y más con mengua nuestra"⁸⁵ .

El gobierno de los Estados Unidos habiéndose posesionado de los territorios que deseaba en primera instancia, en julio de 1846, volvía a intentar la apertura de negociaciones con México, Manuel Crescencio Rejón contestó un mes más tarde, que ese asunto debía remitirse al Congreso Mexicano⁸⁶ que se reuniría en diciembre. Por su parte, el presidente Polk mandó el 8 de agosto un mensaje especial al congreso, solicitando dos millones de dólares para fijar los límites con México o continuar la guerra. Para septiembre, estas noticias formaban parte del contenido de los diarios de la Ciudad de México, y su opinión fue que por ningún motivo debía hacerse un tratado con los Estados Unidos. Primero por que estos no representaban una garantía ya que sin ningún escrúpulo habían violado los anteriores⁸⁷ . La posibilidad de un arreglo, por otra parte, en las circunstancias en que México se encontraba serian totalmente desventajosas, México debía obtener una victoria antes de decidirse a iniciar pláticas con los Estados Unidos; al decir de El Republicano:

...no debe rehusar entrar en un tratado de paz, despues que nuestras armas hayan adquirido algunas venfajas sobre las del enemigo, aunque para ello sea necesario prolongar⁸⁸ por algún tiempo más las hostilidades...

Las declaraciones hechas por el gabinete de Washington afirmaba el mismo diario, eran la prueba palpable de que el objetivo norteamericano ~~era~~ su agrandamiento territorial; una guerra emprendida por semejantes motivos era "injusta y bárbara" y sus autores debian ser

vistos como "enemigos de la humanidad". México, por lo tanto, no podía dejar de hacer la guerra, debía continuarla a toda costa, sin ser por ello el responsable de la misma, como las notas diplomáticas y el mensaje del presidente Polk lo habían sugerido.

Todo el derecho del que hace la guerra, dimana de la justicia de su causa. El primero que le acomete o le amenaza, que le niega lo que le pertenece, en una palabra que le hace una injuria, le pone en la necesidad de defenderse o hacerse justicia con las armas en la mano; le autoriza a todos los actos de hostilidad, indispensables para lograr una satisfacción completa. Por consiguiente, el que toma las armas sin motivo legítimo, no tiene absolutamente ningún derecho; son injustas todas las hostilidades que comete.

El gobierno, pues que emprende una guerra sin motivo justo, es responsable de todos los males y horrores de ella; la sangre derramada, la desolación de las familias, las rapinas, la destrucción, las violencias, los incendios, son obras suyas y sus crímenes.... Tal es el caso que se halla el gobierno de ^{los} Estados Unidos al haber emprendido la injusta guerra que hoy nos hace.

En el transcurso de estos meses el avance norteamericano había llegado a la ciudad de Monterrey; ahí se había aceptado la firma de un armisticio, con el objeto de que las negociaciones diplomáticas encontraran un camino expedito; pero ante el fracaso de éstas, Taylor había recibido órdenes de volver a romper las hostilidades

y Scott de ponerse, al frente de campaña de occidente. Mientras tanto en México se habían dado cambios radicales que habían inyectado un momentáneo optimismo en la prensa, pese a los conflictos económicos y políticos que se vivían por aquellos días en la capital, Santa Anna parecía haber adoptado una actitud responsable, y se le veía al frente de un ejército aparentemente respetable que detendría en avance de Taylor. Por todo esto Don Simplicio comentaba sobre la noticia de que Taylor había dado por concluido el armisticio y que se disponía a avanzar.

A llegado el momento de que nuestro ejército humille, a su ^{vez} el orgullo infundado de los norteamericanos, y venga las derrotas que ha sufrido... Si como lo suponemos y esperamos (el general Santa Anna) está bien persuadido de sus obligaciones, y quiere cumplir con ellas a toda costa, no le queda más alternativa que escoger entre la muerte y la victoria...

Y la nación, que combate hoy por decidir, si ha de ser independiente y soberana, o si ha de quedar esclavizada al infando yugo del pueblo más vil de la tierra, no debe tener más que un pensamiento el de llevar adelante la guerra hasta que sus ciudades todas se conviertan en montones de ruinas, y exhale el poster suspiro el último de sus habitantes... Mexicanos... volemós a oponer nuestros pechos un muro de bronce al enemigo. Venzámolo en un combate sin tregua, o sucumbamos dejando la grata memoria que esta reservada a los pueblos que prefieren su anonadación a la

deshonra.

La ola de optimismo se prolongó a las primeras semanas de 1847. Llegaron noticias de que el Congreso debatía acremente la solicitud de Polk de presupuesto para sostener que invadía México. Era paradójico que los periodistas mexicanos mencionaran el nombre de Calhoun con beneplácito. Estos últimos esperaban que la lucha seccional en los Estados Unidos se desatara de un momento a otro, y que el pueblo se opondría a las cargas fiscales que la persecución de la guerra implicaban.⁹² Todo parecía ser una ventaja para México; y según Don Simplicio, explicaba el interés de Buchanan en entablar de nuevo las pláticas de paz. Pero por ello mismo México debía continuar con "mas entereza" la guerra.⁹³

Sólo dos semanas bastaron para que toda esta confianza volviera a caer por tierra. Las medidas tomadas por Valentín Gómez Farías volvieron a despertar la latente agitación en la Ciudad de México; y casi simultáneamente algunas guarniciones, como la de Mazatlán, proclamaban dictador a Santa Anna.⁹⁴ El general por otra parte no daba señales de avanzar, mientras los norteamericanos invadían todo el territorio. Por ello Don Simplicio, con su peculiar estilo comentaba:

Ya por Veracruz los yankees	Tampico al comercio yankee
Nos pretenden invadir	Dizque se acaba de abzir
Alla levantan el grito	Entablando la conquista,
Porque no se halla un tomin	Mas fatal, la mercantil
Por Chihuahua, los del Paso	¿Qué hacen entre tanto, amigos,

Pronto tendrán Sanquintín;
Pero ¡ay, ay! del que amenace.
A las fuerzas de San Luis.
Bien puede invadir el Norte
con fuerza, todo el país;
Que tremolen sus banderas
A cinco pasos de aquí;
Que vengan por varios rumbos
Y en todo tiempo, eso sí;
Pero apostárseles puede
¿A qué no entran en San Luis?
En Ciudad Victoria estaban,
Según cartas leí,
Varios resueltos dragones
Con Iturbide Agustín
Ya dizque vienen los yankees
Ya se les va a combatir;
Pero hay dragones en contra
Eso esconde algún ardid
Claro...que todo se deja;
Pero firmes en San Luis

esos veinticinco mil;
¿De cuántos modos ostigan
Al invasor?...Eso sí
Haciendo que mire tantos
tantos, tantos, en San Luis.
Esclavos, sobre su frente
Sintiendo una marca vil,
Esa marca de ignominia
De ceder sin combatir
Gimiendo hambriento en las ca
Ya extranjero en su país ^{llies}
Mirara como sarcasmo
Que le diga un galopín;
¡Hijo...todo esta perdido!
Pero da gusto San Luis.
Ah, no, quiero en una cueva
Mi existencia sumergir
Irme mas bien a los montes
Con libertad a morir;
Pero a esos montes hermosos
Que dicen que hay por San Luis
Donde suben los patriotas
Cual Moisés al Sinaí
Para enseñar lo que valen
Nuestras leyes por allí.

Noticias acerca de que Santa Anna estaba de acuerdo con los invasores empezaron a circular, al mismo tiempo que los problemas financieros alcanzaban su climax y el movimiento de los polkos se encontraba en plena efervecencia. Pese a estos acontecimientos, el espíritu bélico no se desvaneció. Los mexicanos más que nunca debían continuar la guerra, "Mientras circulara sangre en sus venas"⁹⁶.

El 1 de marzo, llegaron a la Ciudad de México las noticias de la batalla de la Angostura, en un principio interpretadas como una victoria para los mexicanos⁹⁷. Sin embargo, quince días después se publicaron malas noticias de Veracruz⁹⁸, y la petición de Polk, de tres millones de dólares para concluir un tratado de paz y límites con México⁹⁹.

Para el 31 de marzo, el general Santa Anna hacía una proclama notificando la caída de Veracruz en manos de las fuerzas del general Scott¹⁰⁰. Pero se insistía que los acontecimientos, "por tristes y dolorosos" que fueran, debían estimular más a los mexicanos para proseguir la guerra, antes/^{que} firmar "una paz de oprobio, que haría a México el objeto del desprecio del Universo"¹⁰¹. Los Estados Unidos hacían una guerra de conquista, y los mexicanos no tenía otro recurso que defenderse, sin importar las derrotas que se podían sufrir. Aun después de la batalla de Cerro Gordo, El Republicano afirmaba:

La guerra, y nada más que la guerra, es el recurso que nos queda; es necesario no considerar los reverses que sufriran nuestras armas, sino como una cosa que debe aumentar más y más el resentimiento hacia esos barbaros...¹⁰²

Después de estas derrotas, algunos sectores de la Ciudad de

México, temerosos de que la guerra llegara a ésta, empezaron a favorecer la idea de la paz. Desde octubre del año anterior el ministro inglés había ofrecido sus servicios como mediador entre México y los Estados Unidos¹⁰³. Nuevamente la amenaza de la intervención de un país europeo^{se invoca/ucraína} en los asuntos del país, volvió a plantearse en las columnas de los diarios. Don Simplicio sostenía que, aunque la situación de México era "ciertamente deplorable", el país quería conservar ileso su "nacionalidad y no podía dar muestras públicas de su impotencia". Volvía a insistir en que no debía hacerse tratado de paz; la nación debía combatir "por su independencia" o sucumbir "pero con honor y con dignidad"¹⁰⁴.

No obstante, los partidarios de la paz iban ganando a la Ciudad de México día a día, en especial al llegar la noticia de la llegada del comisionado norteamericano Nicholas Trist a la ciudad de Puebla. Pero la misma noticia no lograba apagar el espíritu bélico, sino que lo excitó aún más. Era cierto, comentaba El Diario del Gobierno, que el estado normal de una nación^{no} era la guerra, pero había que recordar que México defendía su territorio y su independencia y en tales circunstancias la guerra era una necesidad¹⁰⁵.

(la paz) que hoy pudiera celebrarse entre la República mexicana y la del Norte de América, sería ignominiosa a la primera y ganaría para lo sucesivo un descontento/ante tal las demás naciones y males interiores de tal género, que pronto México volvería a ser teatro de la guerra y desaparecería el catálogo de los pueblos libres e independientes...¹⁰⁶

La idea de que México debía obtener por lo menos una victoria, antes de prestarse a escuchar al comisionado norteamericano, se repitó constantemente . El Diario del Gobierno -el único que siguió publicandose después de la ley de 11 de julio- manifestó el 25 de julio, que una vez que México hubiese recobrado el prestigio, podría ofrecer a sus enemigos la oliva de la paz.

La cuestión entonces sería puramente de límites, sería de igual a igual, y una vez vengado el agravio, una vez recobrada nuestra reputación antigua, la cuestión de intereses aparecería con un carácter secundario y de poca importancia...
107

Pero al día siguiente, la opinión del mismo diario había cambiado. Ahora estaba de acuerdo en que se oyera al comisionado norteamericano, para que el gobierno de los Estados Unidos no cargara la responsabilidad de la guerra sobre México. El espíritu bélico de los periodistas mexicanos parecía empezara a ceder ¹⁰⁸ . El grupo que favorecía la continuación de la guerra, aunque no tenía órgano periodístico para manifestar sus opiniones, presionó de tal forma que no fue recibido el comisionado. Las derrotas de Padierna y Churubusco, un mes más tarde, fueron suficientes para que el asunto de la paz se volviera a plantear. En uno de los últimos artículos periodísticos publicados en la Ciudad de México en el año de 1847, se decía lo siguiente sobre el armisticio firmado después de Churubusco,

...El armisticio era indispensable para oír al comisionado, y si como hemos visto este es útil y patriótico, el medio no puede menos que serlo igualmente, tanto más cuanto que fue pedido por el general enemigo en nombre de

la humanidad. No es en este siglo, ni en los presentes días en los que solo la fuerza ciega de las armas tiene el derecho de decidir las cuestiones. Cabalmente admira que un gobierno republicano, como el de los Estados Unidos, haya apelado a esta última razón para conquistar como dice, un derecho que jamás podrá darselo sino la voluntad libre de la nación representada en su congreso soberano; era pues, en beneficio, no solo de la humanidad, sino de la civilización, aprovechar la oportunidad, que tan decorosamente se presentaba, para volver a la senda, cuyo extravío tendran que deplorar dos naciones por dilata¹⁰⁹do tiempo.

Las hostilidades se volverian a romper pocos días más tarde, y aunque el pueblo de la ciudad respondería con extraordinario patriotismo¹¹⁰, el furor bélico ~~que~~ la prensa capitalina había mantenido por dos años, estaba ya totalmente sepultado.

3. Las Tácticas.

Mientras el furor bélico de los periódicos de la Ciudad de México estuvo vivo, éstos no se concretaron a pedir la guerra a los diversos gobiernos, sino que en algunas ocasiones se dieron a la tarea de recomendarles la forma en que la guerra debía ser llevada a cabo.

En este sentido, durante todo el año de 1845 los periodistas mexicanos hicieron una radical diferenciación entre la guerra

con Texas y la guerra con los Estados Unidos. La primera era considerada parte del territorio nacional, pese a que los Estados Unidos hubieran decretado su anexión. A Texas -decía El Siglo XIX- "lo podemos atacar desde mañana sea cual fuere el estado de nuestras relaciones con los Estados Unidos, porque Texas lo reputamos parte de nuestro territorio, y entrar en él es entrar en nuestros dominios"¹¹¹. México podía, sin faltar a la justicia ni a los tratados, puesto que no había firmado ninguno reconociendo la anexión o la independencia, hostilizar a Texas de inmediato. Esta guerra sería tan legal como la de hacía nueve años. Mientras tanto, decía el mismo artículo, se podía "llenar un último deber pacífico y amistoso con respecto a la Unión Americana".

Este argumento no sólo respondía a finalidades de orden legal, sino que las había de orden estratégico, también. Tomando en consideración que México carecía de marina, no se podía atacar al enemigo real, los Estados Unidos, fuera de esta región¹¹². Se ponía de relieve que los texanos mismos estaban divididos entre sí. Según La Voz del Pueblo, la población texana estaba dividida en tres grupos: los mexicanos nativos de San Antonio Béjar, los primitivos colonos y los "nuevamente venidos". Los primeros estaban por la reincorporación a México, los segundos por la independencia definitiva, y los terceros por la anexión a los Estados Unidos¹¹³. El Siglo XIX, veía solo dos grupos: "los agregacionistas y los independientes". Pero ambos diarios coincidían en que:

...se ha depositado ahí un germen de división...muy favorable a nuestros intereses, que podrá muy bien expl

tar la política y que acaso no será útil para las
operaciones de guerra...¹¹⁴

Por otra parte, vencer a Texas no se consideraba una empresa difícil. Además de fomentar la división interna, tan sólo había que destruir su fuerza económica. Como Texas era agrícola, los mexicanos debían "devastar sus campos", y ni siquiera había necesidad de presentar batalla¹¹⁵. Esto no sería más que el primer paso: lograda la sujeción de Texas, los mexicanos debían "construir la fortaleza sobre el mayor número posible de líneas", no sólo para defenderse de los texanos, sino para "establecer almacenes de guerra y provisiones de todo género", para lanzarse al ataque de su enemigo real¹¹⁶, los Estados Unidos. Lograda la dominación de Texas, México-opinaba La Voz del Pueblo-debía apelar a la fuerza para obtener una reparación por parte de los norteamericanos, "para obligarles a ser justos". Para ello no debía concentrar sus actividades a defender las fronteras, sino que debía ir más lejos, debía invadir los Estados Unidos. Se suponía que los ejércitos norteamericanos ni eran suficientes, ni belicosos y el ejército mexicano tampoco eran tan grande como para menener un control absoluto en toda la línea fronteriza. Por ello la guerra debía ser ofensiva, a la vez que sorpresiva¹¹⁷. El Boletín de Noticias, decía:

...yo desafío allí bajo todos los aspectos al poder de los Estados Unidos; y juraría desde ahora, que con una mitad menos de fuerza que la de ellos, nos sería dado a nuestra vez, no ya sostener una mera guerra defensiva en sus fronteras, sino penetrar hasta el centro de aque

llos estados, y derribar con las culatas de nuestros
fusiles aquel coloso con pies de barro... 118

Al proponer la guerra ofensiva, los mexicanos partían de varios supuestos. Uno era la división seccional de los Estados Unidos. Para algunos todo el conflicto que se presentaba no era otra cosa que - como algunos historiadores y políticos norteamericanos lo han llamado- una conjura esclavista del Sur. Otro era la participación de los norteamericanos en la guerra de 1812¹¹⁹, en la que el ejército de los Estados Unidos había hecho un papel poco digno y en la que el mismo Capitolio de Washington había sido arrasado y quemado. En base a todo esto, El Defensor de las Leyes decía:

...pasaremos el Sabina, y tremolando el pendón mexicano en los estados del mediodía, los invadiremos y el capitolio donde el ilustre Washington sancionó el código de sus leyes, será demolido, sus mismas leyes halladas por nuestras huestes, el pabellón mexicano caminará triunfante hasta enlazarse con el de la Nueva Inglaterra... 120

La Voz del Pueblo, considerando las condiciones económicas y sociales de los estados del Sur, sostenía un similar punto de vista al anterior; contamos, decía,

...con el elemento de la población de color. Proclamemos la libertad de los negros, y haremos un servicio a la humanidad, y destruiremos de un golpe todas las siembras de algodón, caña de azúcar y café que forman la prosperidad de los Estados del Sur, y precipitaremos esa parte de la población sobre nuestros codiciosos vecinos,

y será lo mismo que soltar los diques de un torrente.
Más les valiera acaso, que saliera de madre todos sus
ríos; que un terremoto arruinase sus más bellas pobla-
ciones...
121

Pero este diario, a diferencia del antes citado, no consideraba que la agresión de los norteamericanos a México fuera sólo por parte de los Estados sureños. Sostenía que los intereses comerciales del norte estaban también envueltos y para que la ofensiva estuviera completa debía atacarse sus intereses comerciales. Más como el problema era que México no contaba con la fuerza naval suficiente para llevar a cabo esta importante parte de la ofensiva; para atacar el comercionorteamericano "esa fibra delicada y vital de los Estados Unidos", proponían que el gobierno expidiese patentes de
122
corso.

Más el optimismo que inspiró todos estos sueños de los periodistas mexicanos fue efímero. Para fines de agosto, como ningún paso serio se había dado los diarios comenzaron a ver la imposibilidad de llevar a cabo lo que con tanto entusiasmo había propuesto. El siglo XIX, en su editorial del 26 de agosto, aseguraba que ya se habían pedido "los propicios momentos de triunfo". y que la guerra ofrecía ahora grandísimas dificultades para México. En este momento, no sólo se le recriminaba al gobierno de no haber hecho una guerra ofensiva, sino no estar preparado para una defensiva. Este artículo concluía diciendo:

...El establecimiento de una línea fuerte bien continuada, la formación, de depósitos, la erección de plazas fuertes, en una palabra, lo que únicamente merecía el nombre de

llamarse preparativos para la campaña, ha sido descuidado, olvidado enteramente por todos nuestros gobiernos, sin excepción de uno solo...¹²³

Durante el lapso de agosto de 1845 a julio del año siguiente, los diarios capitalinos apenas hablaron sobre la forma en que la guerra debía llevarse a cabo. El Tiempo tan sólo en una ocasión se refirió a este asunto y estaba de acuerdo con otros diarios en que la guerra debía ser ofensiva en vez de defensiva, porque de otra manera "nuestra fuerza moral" quedaría para siempre arruinada¹²⁴. El relativo silencio de estos meses desapareció a partir del 6 de julio de 1846, cuando el Congreso mexicano hizo finalmente la formal declaración de guerra a los Estados Unidos¹²⁵. Entonces los diarios volvieron a tomar sobre sus espaldas la responsabilidad de aconsejar al gobierno las tácticas que debía desarrollar en la prosecución de la guerra.

Don Simplicio, pasando por alto las derrotas que ya para ese momento se habían sufrido, volvió a insistir en que la guerra tuviera un carácter ofensivo. Según él había que hacer creer a los mexicanos que invadiendo a los Estados Unidos, encontrarían riquezas sin límites. Porque si la guerra no tomaba un carácter ofensivo, si se limitaba a proteger el territorio de México sin invadir el del enemigo, al momento de obtener el triunfo,

...la mayor condición que se podrá imponer a los yankees será que desistan de su agresión y dejan libre nuestro territorio; y después de incalculables sacrificios,

las ciudades destruidas las repararemos con suscripciones, y los gastos de la guerra con nuevos tributos...¹²⁶

El Republicano, a su vez partió de las condiciones en que se encontraba el ejército, la crisis económica que se sufría y el extraordinario avance que habían hecho las fuerzas norteamericanas hasta ese momento, tomó una actitud más realista. Repelar la invasión por medio de una defensa formal, lo consideró absurdo; y no se diga, el hacer una guerra ofensiva. Lo que debía hacerse era el "levantamiento de la nación toda", aplicar el sistema de "guerrillas" único ante el que se habían "estrellado en todos los tiempos la fuerza de los grandes ejércitos conquistadores"¹²⁷. En su editorial del 21 de noviembre de 1846, titulado "Sistema de Guerrillas", volvió a insistir y afirmaba que la presente guerra no era otra cosa que el primer paso de la "conquista" que los Estados Unidos, por su carácter mismo, tenían planeada desde hace tiempo de nuestro territorio. Por tanto, no solo para sostener ésta invasión sino para rechazar otras en el futuro, debía usarse este sistema táctico.

... Toda nuestra frontera debe estar cubierta por buenas tropas mexicanas; y por lo mismo nuestras fuerzas deben estar diseminadas y no concentradas; deben extenderse por toda la frontera para contener y castigar a los bárbaros cuyas irrupciones son el precursor de la invasión de los norteamericanos. Esa diseminación de fuerzas beligerantes, no es otra cosa, militarmente hablando que la adopción en la práctica del sistema de guerrillas; y he aquí los motivos fundados porque a cada paso hemos estado pidiendo

que se adopte ese sistema. El es en verdad el que mejor conocen nuestros guerreros, y el que produjo en la guerra de insurrección los mejores resultados, hasta alcanzar nuestra independencia...

En la guerra actual, nos parece más útil el sistema de guerrillas que otro alguno. Las fuerzas invasoras son superiores a las nuestras por el arte, de ninguna manera por el valor...la superioridad de aquellas consiste en la artillería...Formado nuestro ejército en batalla, será el blanco de la artillería certera de los invasores, que sosteniéndose por piezas de mayor alcance y efecto que las nuestras, ofenden sin ser ofendidos, y triunfan sin luchar. Concéntrense nuestras fuerzas y se dará un punto más determinado, en el que la artillería enemiga opere con más éxito y ventajas...Disemíense nuestras fuerzas, y se dividirá la atención de los yankees. Carguen nuestros soldados por diversos puntos, y dividiendo a los contrarios, los desordenarán y triunfarán de ellos. Dividir para triunfar debe ser nuestra divisa.

128

Más tarde, después de la derrota de Cerro Gordo, insistió de nueva cuenta en que presentar una batalla formal como Santa Anna lo había estado pretendiendo, no era posible, La guerrilla era la única solución; por lo menos los éxitos parciales que Urrea y Romero habían obtenido, así lo venía a demostrar. El único problema que entonces veía El Republicano fue que este sistema podía prestarse a algunos

abusos, dado que el gobierno carecía de control sobre las fuerzas guerrilleras¹²⁹. No obstante, dada la situación a la que se había llegado, para defender la Ciudad de México y el resto del país que no había sido ocupado, no quedaba más remedio que hacer de cada casa un frente de batalla:

...si cada padre de familia arma a sus hijos y sus criadas y defiende su casa ¿qué plan de ataque bastaría para rendir una población?¹³⁰...

Esta fue la última solución que se presentó antes de que la Ciudad de México fuera ocupada y antes de que el espíritu bélico desapareciera totalmente.

CAPITULO VII

NOTAS

1. Faulk, Odie B. Stout Joseph A., The Mexican War. Changing Interpretations. Chicago, The Swallow Press., 1973, p. 2.
2. Roa Barcena, J.M., Recuerdos... op.cit., t.I., p. 328 ss.
3. "Agregación de Tejas", El Siglo XIX, 5 de abril de 1845, p. 3.
4. "Paz con los Estados Unidos", Ibid., 9 de abril de 1845, p. 4.
5. Carta de John C. Calhoun a Richard Pakenham, Washington, 18 de abril de 1844, Works of John C. Calhoun, 6 v., New York, Richard K. Crallé, 1854-1857, v.V, p. 345 s.
6. El Siglo... op.cit., nota 3.
7. Ibid.
8. El Siglo... op.cit., nota 4.
9. "Federación y Tejas"., Boletín de Noticias, 8 de abril de 1845, p. 3.
10. El Siglo XIX, 22 de abril de 1845, p. 4.
11. Olavarría y Ferrari, E. México a través... op. cit., p. 539.
12. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", La Voz del Pueblo, 26 de marzo de 1845, p. 2.
13. El Estandarte Nacional, 5 de abril de 1845, p. 4.
14. "Comunicado", El defensor de las Leyes, 16 de abril de 1845, p. 3.
15. "Tejas y el Ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p. 3. "Federación y Tejas", Ibid., 23 de abril de 1845, p. 1.

16. "Editorial", El Estandarte Nacional, 9 de abril de 1845, p. 4.
17. "La Unión Nacional y la Voz del Pueblo", La Voz del Pueblo, 24 de mayo de 1845, p. 3.
18. La Voz del... op.cit., nota 12.
19. "¿Cuánto vale Tejas?" La Voz del Pueblo, 1 de mayo de 1845, p.1
20. El Estandarte... op. cit., nota 16.
21. "Tejas y solo Tejas", Boletín de Noticias, 31 de marzo de 1845, p. 4.
22. La Voz del... op. cit., nota 15.
23. El Estandarte... op. cit., nota 16.
24. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, Cfr., capítulo V, notas 29 y 30.
25. "Campaña de Tejas", El Siglo XIX, 2 de febrero de 1845, p. 4.
26. "Paz con los Estados Unidos", Ibid., 9 de abril de 1845, p. 4.
27. "Editorial", Ibid., 22 de abril de 1845, p. 4.
28. Ibid.
29. "Tejas", Ibid., 24 de enero de 1845, p. 4.
30. "Editorial", Boletín de Noticias, 29 de diciembre de 1844, p.4.
31. "La ambición disfrazada de honor nacional", El Siglo XIX, 11 de mayo de 1845, p. 4.
32. "A última hora", El Defensor de las Leyes, 26 de marzo de 1845, p. 2.
33. El Siglo... op. cit., nota 31.
34. Ibid.
35. Ibid.
36. Ibid.

37. Ibid.
38. "Política del gobierno mexicano en la Cuestión de Tejas", Ibid., 29 de julio de 1845, p. 4.
39. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p. 4.
40. "La Cuestión del Día", El Tiempo, 17 de marzo de 1846, p. 1.
41. "Estado de la Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 30 de noviembre de 1845, p. 4.
42. "Tejas", Ibid., 24 de enero de 1845, p. 4.
43. "Tejas agregado a la Unión", Ibid., 22 de marzo de 1845, p. 3.
44. "Cuestión de Tejas", Ibid., 26 y 27 de marzo de 1845, p. 4.
45. "Paz con los Estados Unidos", Ibid., 9 de abril de 1845, p. 4.
46. "Guerra con los Estados Unidos", Ibid., 20 de julio de 1845, p.4
47. "Declaración de Guerra", Ibid., 27 de julio de 1845, p. 4.
48. Ibid., 15 de agosto de 1845, p. 4.
49. Ibid., 8 de agosto de 1845, p. 4.
50. Olavarría y Ferrari, E., México a través..., p. 543-44.
51. La Voz del Pueblo, 20 de agosto de 1845, p. 4.
52. Bosch, Carlos, Material para..., p. 532.
53. Ibid., p. 533
54. "Iniciativas del Gobierno", El Siglo XIX, 24 de noviembre de 1845, p. 4.
55. "Estado de la Cuestión de Tejas", Ibid., 30 de noviembre de 1845, p. 4.
56. El Siglo XIX, nota 54.
57. El Siglo XIX, nota 55.

58. "Tejas y el Ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p. 2.
59. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", Ibid, 26 de marzo de 1845, p. 2.
60. Ibid.
61. "Federación y Tejas", Ibid, 23 de abril de 1845, p. 1.
62. Ibid.
63. Ibid, 19 de julio de 1845, p. 2.
64. "Boletín de Tejas. Rumoris Vagis", Ibid, 26 de julio de 1845, p. 2.
65. "De la Guerra con Estados Unidos", Ibid, 30 de julio de 1845, p. 3.
66. Ibid, 2 de agosto de 1845, p. 3.
67. Algunos de los artículos de estos diarios referentes a este tema son: "A última Hora", El Defensor de las Leyes, 26 de marzo de 1845, p. 2. "Notición", Ibid, 9 de abril de 1845, p. 4. "Calumnias Atroz"; Boletín de Noticias, 5 de febrero de 1845, p.4. "Unión", Ibid, 25 de marzo de 1845, p. 4. "Editorial", Ibid, 28 de marzo de 1845, "Federación y Tejas", Ibid, 8 de abril de 1845, p. 3.
68. Don Simplicio, núm. 1 s/f, p. 4.
69. Ibid, 1 de enero de 1846, p. 4.
70. "Parte Política", El Tiempo, 27 de mayo de 1846, p. 1.
71. Ibid, 4 de mayo de 1846, p. 1.
72. Ibid, 27 de mayo de 1846, p. 1.
73. "Nuestra Profesión de Fe", Ibid, 12 de febrero de 1846, p. 1.

74. "La Cuestión del Día", Ibid, 5 de abril de 1846, p. 1.
75. Ibid.
76. Cfr. supra, capítulo I, nota 13.
77. Cfr. supra, capítulo IV, notas 22 y 23.
78. "Guerra a Tejas", El Republicano, 4 de marzo de 1846, p. 4, Ibid, 5 de marzo de 1846, p.4. "Muy importante", Ibid, 5 de 1846, p. 4, Ibid, 6 de marzo de 1846, p.4. "Departamentos del Norte", Ibid, 6 de marzo de 1846, p. 4.
79. "Exterior Tejas", Don Simplicio, 28 de marzo de 1846, p. 1.
80. El Republicano, 6 de junio de 1846, p. 1.
81. Ibid, 10 de junio de 1846, p. 4.
82. Bosch, C., Material, p. 571.
83. "Neutralidad", El Republicano, 20 de junio de 1846, p. 3.
84. Don Simplicio, 1 de julio de 1846.
85. "Política de los Invasores", El Republicano, 15 de septiembre de 1846, p. 3.
86. Smith, J., The War, p. 386.
87. "El último mensaje de Mr. Polk", El Republicano, 15 de septiembre de 1846, p. 3.
88. "Terminación de la Guerra", Ibid, 28 de noviembre de 1846, p.3.
89. "Prolongación de la Guerra", Ibid, 9 de noviembre de 1846, p.3.
90. "La Guerra", Ibid, 23 de octubre de 1846, p. 3.
91. "Ruptura de Hostilidades", Don Simplicio, 14 de noviembre de 1846, p. 4.
92. "Estado actual de la guerra", El Republicano, 2 de enero de 1847, p. 4.

93. "Guerra con los Estados Unidos", Don Simplicio, 20 de febrero de 1847, p. 2.
94. El Republicano, 7 de febrero de 1847, p. 1.
95. "Letrillas", don Simplicio, 20 de enero de 1847, p. 4.
96. "Editorial", Diario del Gobierno, 13 de febrero de 1847, p. 4.
97. "Muy interesante. Derrota de los Norteamericanos", El Republicano, 1 de marzo de 1847, p. 4.
98. El Católico, 6 de marzo de 1847, p. 27.
99. El Republicano, 6 de abril de 1847, p. 4.
100. Olavarría y Ferrari, E., México a través..., p. 641.
101. "No Importa", El Republicano, 21 de abril de 1847, p. 4.
102. "Guerra a muerte", Ibid, 23 de abril de 1847, p. 4.
103. Smith, J., The War, p. 386.
104. "Intervención de Inglaterra", Don Simplicio, 24 de abril de 1847, p. 4.
105. "La Nación. El General Santa Anna. Los Partidos", El Diario del Gobierno, 24 de julio de 1847, p. 3.
106. "La Guerra y la Paz", Diario del Gobierno, 8 de julio de 1847, p. 3.
107. "La Paz", Ibid, 25 de julio de 1847, p. 4.
108. "Editorial", Ibid, 26 de julio de 1847, p. 4.
109. Ibid, 4 de septiembre de 1847, p. 4.
110. Ibid, 11 de septiembre de 1847, p. 4.
111. "Declaración de Guerra", El Siglo XIX, 27 de julio de 1845, p.4.
112. Ibid.

113. "Tejas y el Ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p. 2.
114. "Política del gobierno mexicano en..." El Siglo XIX, 29 de julio de 1845, p. 4.
115. "Cuestión de Tejas". Ibid, 26 de marzo de 1845, p. 4.
116. "Editorial", Boletín de Noticias, 28 de marzo de 1845, p. 1.
117. "De la Guerra con los Estados Unidos", La Voz del Pueblo, 2 de agosto de 1845, p. 3.
118. A diferencia de esto se creería que el ejército mexicano por el hecho de haber estado en luchas continuas presentaba condiciones ventajosas en el caso de la guerra por ello se afirmaba: "Nuestros soldados han nacido tal vez bajo las cureñas de los cañones, se han mecido al estallido de la artillería; su educación, su alimento, su vivir ha sido la guerra. ¿Cómo podrán resistirlos los que no han oído silbar una bala, los que han pasado su vida en el ocio de la paz", "Federación de Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p. 1. Cfr. supra, capítulo II, nota 50.
119. Boletín de Noticias, nota 117.
120. "Comunicado", El Defensor de las Leves, 29 de marzo de 1845, p. 3.
121. La Voz del Pueblo, nota 118.
122. Ibid.
123. "Nuevas dificultades para la campaña de..." El Siglo XIX, 26 de agosto de 1845, p. 4.

124. "La Campaña sobre el Bravo", El Tiempo, 3 de mayo de 1846, p. 1
125. El Republicano, 7 de julio de 1846, p. 4.
126. "Guerra defensiva o defensivos", Don Simplicio, 22 de agosto de 1846, p. 1.
127. "La Guerra", El Republicano, 1 de julio de 1846, p. 4.
128. "Sistema de Guerrillas", Ibid, 21 de noviembre de 1846, p. 3.
129. "Guerrillas", Ibid, 8 de mayo de 1847, p. 3.
130. "Defensa de la capital", Ibid, 17 de mayo de 1847, p. 4.

CAPITULO VIII
LAS JUSTIFICACIONES DE LA GUERRA

Según hemos visto en el transcurso de este trabajo, la prensa periódica de la Ciudad de México mantuvo casi constantemente una posición belicista, aun en contra de los dos gobiernos que precedieron a la ruptura de las hostilidades y también sus puntos de vista pesimistas en cuanto al estado general del país. De esto se desprende lógicamente una pregunta: ¿Por qué los periódicos mexicanos insistieron en la necesidad de declarar la guerra, y mas tarde en mantenerla a toda costa? La respuesta a esta pregunta es bastante compleja. Los periodistas mexicanos no apoyaron su furor bélico en una sola justificación, sino en varias. Algunas justificaciones tenían proyección nacional, otras internacional.

1. La resistencia al expansionismo y la reafirmación del respeto internacional.¹

Para los diarios capitalinos los Estados Unidos significaron una amenaza para México, dada su actitud expansionista. Durante todo el periodo que nos ocupa y para todos los diarios publicados en el mismo, la conducta de los norteamericanos sería interpretada como "la que tiene el bandido con el caminante". Aquel país, sin el más mínimo disimulo habían estado provocando a México con "el único objeto" de arrebatarse sus "más fértiles territorios", y sin otra justificación que la de sus propios intereses y deseos.² En consecuen-

cia, la primera y fundamental razón por la que México debía hacer ^{era} la guerra, para protegerse contra esas tendencias.

Con "La Cuestión de Tejas" como objeto de discusión, los pa-
riodistas mexicanos, amén de reconocer la culpabilidad de su país
y de acusar a los Estados Unidos por su política tortuosa la consi-
deraron "el primer paso en la ocupación de toda la república"³. Por
ello, unos pedían la inmediata declaración de guerra y otros un
arreglo pacífico con Texas; ninguno aceptó que su anexión fuera
reconocida como un acto legal, pues esto sentaría un precedente
peligrosísimo. Por lo tanto, la guerra en esos momentos fue consi-
derada como: "...el único arbitrio que nos queda para no perder
mas que a Tejas, y no perderlo con ignominia..."⁴

Pero si la guerra era necesaria con respecto a Texas, no lo
era menos en relación a otros territorios, particularmente a los de
las Californias y Nuevo México.⁵ Según La Voz del Pueblo opinaba:

...nuestro pabellón tiene una mancha que ha de tardar
mucho tiempo en borrarse; esa mancha es la huella de la
mano del comodoro Jones...⁶

Lo cual significaba que los Estados Unidos tenían puesta la mirada en
tales territorios de manera muy especial; y para los mexicanos la
pérdida de los mismos vendría a ser tanto como el principio de su
completa disolución, ya que su importancia era reputada como de pri-
mera categoría por las siguientes características:

...las producciones variadas de aquel hermoso clima, sus
magníficos puertos, su facilidad de comunicación con las
Indias Orientales, con las Filipinas, con la Oceanía;

la pesca de la perla, de la ballena y de otros valiosos cetáceos, el excelente vino de sus costas, todo contribuía a hacer de aquel territorio una de las partes más ricas y preciosas de la nación mexicana...

Además, si las Californias llegaban a caer en manos de los Estados Unidos la seguridad del país quedaría en entredicho, todos los "puertos del Sur quedarían completamente indefensos"⁷. Así aun cuando la ocupación de Nuevo Mexico y las Californias todavía no se efectuaba, la guerra a los Estados Unidos era casi un deber vital, derivado de las primeras "naciones de la justicia y de la ley de la propia conservación". El Siglo XIX pensaba que había que luchar para impedir los primeros pasos "en la carrera de las usurpaciones" y para fijar un hasta aquí a "ese Mar del Norte que se ha alzado para invadirnos"⁸.

No sólo se llegó a temer la fuerza expansionista de los norteamericanos, sino también las tendencias anexionistas de los mexicanos. Ciertamente, una de las preocupaciones de los diarios mexicanos era que los habitantes de "los departamentos occidentales o interiores", comprendiendo la "inmensa debilidad" de México, se entregaran a los Estados Unidos. Por tanto, la única forma capaz de afianzar la integridad territorial de la nación, era la guerra.⁹

En junio de 1846 arribaron a la Ciudad de México las noticias de la ocupación de California y Nuevo México. Más aun, se supo que no solo habían sido ocupados, sino declarados territorios de los Estados Unidos.¹⁰ Las sospechas no eran tales, el Congreso Norteamericano había declarado la guerra para vengar supuestos ultrajes

y defender su territorio. Era un hecho que el único fin que perseguían los Estados Unidos, era su expansión territorial a costa de México. Como decía El Republicano:

Las miras de un engrandecimiento han movido a nuestros enemigos a servirse de los pretextos más frívolos, a imputarnos agravios imaginarios, a suponer su dignidad ofendida; para seguir unicamente el ciego impulso de su avaricia, de sus caprichos o de una idea de grandeza, de poder y fama que no se puede definir, para abusar, en fin, de su potencia...La prepotencia es inseparable de la injusticia, de la ambición, de la sed de conquistas, de la dominación...¹¹

La guerra que debía haber tenido un carácter preventivo, adquiría ahora una reafirmación. A partir de este momento, los periodistas la consideraron como la nueva guerra de independencia. Aunque no era para alcanzarla, si era "para defenderla contra ese torrente de bandidos" que ocupaban ya el territorio nacional y se lo anexaban sin disimulo.¹²

La opinión se fue definiendo durante el año de 1847. El cambio de táctica militar de los norteamericanos, la ocupación de la Ciudad de México, vino a fortalecer la convicción de la necesidad de continuar la guerra. Ya no se trataba de la ocupación de algunos territorios sino, al parecer, de todo el país; y si los periodistas de la capital habían pedido tenazmente la guerra para oponerse a la pérdida de "la herencia" que les habían legado sus ancestros¹³, con mayor razón ahora que las acciones de Scott, les recordaba a Hernán Cortés.¹⁴

Consideraban que había que detener el expansionismo norteamericano a toda costa. Un artículo publicado por el Diario del Gobierno, poco antes de la ocupación de la Ciudad de México, comentaba una proclama lanzada por Kearny en Monterrey (California) y el arribo de Trist:

Las pasiones se exaltan de una manera extraordinaria al ver la mala fe, la perfidia y la imprudencia del gobierno no de los Estados Unidos de Norteamérica, al posesionarse y obrar como dueños de un país acerca del cual jamás pueden alegar otro derecho que el brutal de la fuerza y la conquista.

...bastaría sólo para que nos abstuviésemos de entrar en tales negociaciones y desechemos toda idea de paz, la conducta que observa el gobierno americano en los territorios que trata de usurpar, entre los cuales se cuentan las Californias...¿Cómo pues, a la vista de esto podría establarse una negociación? Y suponiendo que llegase a establarse, ¿cuál sería el resultado de ella? Fácil es conocer...que creyendo su posición ventajosa...había de manifestar...sus ambiciosas tropas. Terminamos, pues, manifestando de nuevo que en nuestro concepto no debe ni aun mencionarse la palabra paz mientras se encuentre ^{un} solo regimiento de los Estados Unidos en nuestro territorio, restableciendo las cosas al estado en que se encontraban antes del primer acto de hostilidad de aquella nación...

En estrecha relación con el problema del expansionismo norteamericano estuvo la preocupación de los periodistas mexicanos de que su país fuera respetado por el resto de las naciones. Sabían perfectamente que Inglaterra y Francia también estaban interesadas en porciones de su territorio. Desde el 3 de diciembre de 1844, el momento en que se conoció el discurso que el presidente Tyler dirigió al Congreso Norteamericano, en que recomendaba la anexión de Texas, los periodicos de la capital habían manifestado su inquietud. El Siglo XIX afirmaba que "la independencia de las naciones y la tranquilidad del mundo" se acabarían el día que se reconociese el principio de que un pueblo extranjero podía constituirse en juez de la conducta que una nación había observado en sus luchas civiles, como era el caso entre México y Texas.¹⁶

La Voz del Pueblo aludía a la intervención inglesa en el asunto de Texas y sostenía que el ejemplo de los Estados Unidos había excitado a otras naciones, que creían a México incapaz de "una vigorosa resistencia" y trataban de aprovecharse.¹⁷ Para ese diario la mediación inglesa, constituía un peligro tan grande como la anexión misma y no veía sino el camino de la guerra como único para "afianzar el honor de nuestro pabellón y conciliar a la nación, la respetabilidad del mundo" para el futuro.¹⁸ Y el mismo Siglo XIX, que por un momento estuvo de acuerdo con la mediación de la Gran Bretaña, para julio de 1845 afirmaba:

... ¿quién no se creera con derecho para despojarnos, para vejarnos, para ultrajarnos y afrentarnos, si sufrimos pacíficamente, el escándalo horrible que han perpetrado los Estados Unidos? Mil veces más valdría no haber figurado

jamás en los anales del mundo, que pasar a la posteridad
con la nota de cobardes e imbeciles.¹⁹

Las ideas de El Tiempo despertaron de nueva cuenta, en 1846,
la discusión sobre el asunto. Los redactores de este diario opinaban
que México debía buscar la alianza con las potencias europeas para
poder luchar contra los Estados Unidos²⁰; pero al mismo tiempo, de-
bía mantener con constancia la defensa de su territorio para resta-
blecer el nombre de México "en el concepto de la Europa" que lo con-
sideraba condenado "por la fatalidad a ser un país de conquista"²¹.
El nombre de Inglaterra volvió a aparecer asociado a la causa mexi-
cana; el hecho de que tuviera el conflicto sobre el territorio de
Oregón, con los Estados Unidos, la hacia natural aliada de México.

Los periódicos liberales rechazaron de inmediato el pro-
grama de El Tiempo, y fueron acusados de traidores y anexionistas.
Mas su respuesta no se dejó esperar con cargos similares, afirmaban
despreciar la dominación extraña "bajo cualquiera denominación"²²;
detestaban a los Estados Unidos "como usurpadores" y a todas las na-
ciones e individuos que comprometieran "en un ápice la independencia
santa" de la nación mexicana²³. Con respecto a Francia, dados los
antecedentes que presentaban las relaciones con ese país, se prefe-
ría su neutralidad a cualquier intervención en favor de México.²⁴
Y con respecto a Inglaterra, se ponía en tela de juicio su supuesto de
sinterés al intervenir. En conclusión, la opinión que en este sentido
mantuvieron firme los periódicos liberales fue la misma que El Repu-
blicano expresó en estas palabras:

La Europa y los Estados Unidos del Norte se nos han de presentar como dos extremos entre los que no puede darse medio; y de los que nos sea necesario tomar uno para salvar nuestra existencia política. Detestemos ambos extremos, y si no podemos encontrar otro medio para evitarles, sino perecer en la lucha, perezcamos noblemente antes de arrastrar cadenas...

26

2. El Despertar del sentimiento de nacionalidad.

Segun se ha visto, uno de los problemas que en ningún momento escapó a las observaciones de los periodistas, fue la inexistencia de lo que en aquellos días se consideraban los "elementos constitutivos del sentimiento de nacionalidad". La guerra les parecía un medio propicio para crear las condiciones que despertarían ese sentimiento entre los mexicanos.

Antes de la declaración de guerra y del rompimiento de hostilidades se empezó a hablar sobre este asunto. El Siglo XIX comentaba la división de ideologías y veinte años de luchas civiles, y veía en la cercanía de la guerra el vínculo que volvería a ligar a los mexicanos en un proyecto común. "Ante una cuestión de existencia" -decía- tendrían que desaparecer las subalternas sobre el modo de existir. México contaba con el medio capaz de amalgamar todas las tendencias e intereses, es decir, la necesidad de vengar, de defender la justicia, la conveniencia y el honor ultrajados por los Estados Unidos²⁷. Además, con un momentáneo destello de optimismo, afirmaba

que el momento para realizar/^{esto} era favorable. Suponía que México, a raíz de la revolución del 6 de diciembre de 1844, tenía a su pueblo unido en torno al gobierno. La lucha partidista estaba extinta; y la opinión a favor de la guerra unificaba criterios. El "sagrado estandarte de la guerra" uniría a los mexicanos y sería "indefectiblemente" la enseña de todo el pueblo congregado. No dejó de caer en una contradicción; aceptaba la existencia de oposición al gobierno a la vez que "la masa de la nación" se mostraba insensible. Recomendaba por tanto, a los encargados del gobierno, despertar "los sentimientos de orgullo y de honor". Este diario fue el primero en retractarse de su inicial furor bélico, cuando el gobierno se inclinó a buscar medios pacíficos para solucionar los problemas con Texas.²⁸

Los temores de la división de opiniones no tardaron en ser una realidad. No obstante, los diarios de la Ciudad de México continuaron insistiendo en que la guerra era el vehículo justo para despertar el patriotismo y acabar con la lucha de facciones. La Voz del Pueblo, afirmaba:

...ha llegado el tiempo de los sacrificios; todos debemos sacrificar en aras de la patria nuestros odios, nuestros resentimientos, nuestras ambiciones personales...²⁹

Y el Boletín de Noticias haciendo una paráfrasis, sostenía que un pueblo en las condiciones en que estaba el mexicano, y no sabía consolidar su unión, no valía nada.³⁰

Para agosto de 1845 el relativo optimismo de los primeros meses había desaparecido; no obstante esto reafirmó el interés en la guerra. El Siglo XIX, de nueva cuenta, publicó en su número de

l de agosto de 1845 un significativo editorial, con el ^{7144/0}de "Bienes de la guerra extranjera". El aspecto de la guerra era "tan horrible" que apenas podía creerse que fuera capaz de producir algún bien. Sin embargo, para el artículo, la historia daba muestras de lo contrario; todas las grandes potencias habían llegado a serlo después de largas y desastrosas guerras, en las que parecía que sucumbirían. En el caso concreto de México, continuaba, la primera de las ventajas que podía sacar de ella era reanimar "el espíritu nacional, abatido y casi extinguido". El peligro obligaría a todos los partidos a sacrificar o a diferir sus pretensiones. La guerra era un principio de "unión y de concierto", las vejaciones y los insultos a los mexicanos llegarían a conciliarles el odio popular y dentro de la heterogeneidad de la población se crearía un punto de homogeneidad.³¹

Por su parte, La Voz del Pueblo continuó acusando al gobierno de no desarrollar una campaña para despertar el "espíritu público".³² El Patriota Mexicano al dar la noticia del arribo de las tropas de Taylor a Corpus Christi, afirmaba que había "llegado el momento de manifestar el puro patriotismo"³³.

Durante los meses previos al rompimiento de hostilidades del año de 1846, el periódico El Tiempo mantuvo las ideas expresadas en los meses anteriores. El hecho de tener "comunes enemigos", decía en su "Parte Política" del 29 de abril, era uno de "los lazos comunes" más poderosos que podía tener una nación tan dividida como la mexicana.³⁴ El despojo y la invasión, serían afrentas poderosas que sacarian de "su letargo a la noble Nación que nuestros padres establecieron"³⁵. La guerra contra los Estados Unidos era el hecho que no

sólo serviría para detener el avance expansionista de esa nación, sino que serviría también "para cimentar la paz interior, renovando el espíritu público y el sentimiento de independencia tan amortiguado con las contiendas civiles"³⁶. Un mes antes de suprimir su publicación afirmó:

...hasta llegamos a desear una guerra extranjera, persuadidos que la hora en que sonara sería, tal vez, la de nuestra unión fraternal, que haciéndonos primero invencibles, nos hiciera después ser grandes y felices.³⁷

En la segunda mitad de mayo de 1846 empezaron a llegar a la Ciudad de México las noticias de las derrotas mexicanas. Un comentario seguía a cada noticia que trataba de excitar a la población para que respondiera patrióticamente aunque con cierto desaliento. El Tiempo, por ejemplo, al dar la noticia de la derrota de Palo Alto, decía:

Una derrota nada significa, si hay valor y decisión para luchar hasta conseguir la victoria... combatamos hasta que falte el aliento a nuestro pecho, y pensemos en que nos espera, si sucumbimos, la más grande esclavitud.³⁸

A pesar de que ya todo el norte del territorio estaba ocupado, Don Simplicio no dudaba en afirmar que dada la falta de espíritu público y el abatimiento en que se hallaba México, se hacía necesaria una guerra nacional como la iniciada. Un peligro común seguido de grandes desastres, "nivela a todos". La situación podía ser comprometida, "pero no para el patriotismo, porque éste de acrisola y se eleva cuanto mayores son los sacrificios que tiene que hacer"³⁹. En otro de sus artículos sostenía que la guerra que México llevaba a

cabo, no era otra cosa que una prueba que todas las potencias del mundo habían padecido; no se dudaba, pues, que México saldría de ella mejor de lo que había entrado. Todavía se consideraba a la guerra ⁴⁰ benéfica.

A la sociedad en general la guerra podría serle provechosa. Los pobres darían su sangre, los ricos atenderían los gastos ⁴¹ y todos mejorarían ⁴². El ejército se ~~rejuvenecería~~ rejuvenecería porque:

...sólo en la guerra extranjera se formarían generales dignos bajo todos aspectos de este alto título...la moral y la disciplina del ejército recobrarían todo su lustre y vigor...El ejército ganaría en instrucción, moralidad y ⁴³ disciplina...

Y finalmente, el clero se daría cuenta de su responsabilidad para con el país, pues se encontraría en la disyuntiva de ayudar a una nación que protegía a la religión católica y la consideraba como única, o permitir que "los enemigos de la república", que conocían el monto de sus bienes, se apoderasen de cuanto pertenecía al clero "hasta de los más necesarios para el culto"; amén de permitir la ⁴⁴ introducción de otras sectas religiosas.

Pero el espíritu público y la pretendida unión lejos de dar señas de fortalecimiento, día con día aparecían más debilitados. El Republicano ya en octubre de 1846, al dar noticia de la caída de Monterrey y comentar, simultáneamente los problemas financieros por los que atravesaba el país, no mostraba mayor optimismo. La guerra por sí sola no iba nunca a despertar el sentimiento de nacionalidad, pero la prensa debía sacarlo de su marasmo. Había que forzar a to-

dos a contribuir en la defensa del país en la medida de sus posibilidades⁴⁵. Un mes más tarde, volvía a repetir conceptos similares en las siguientes palabras:

Para la república mexicana es llegado, sin duda el caso de que todos y cada uno de sus hijos, penetrados de la importancia del peligro común, sacrifiquen su egoísmo a la convicción...Hacer la guerra a nuestros enemigos...Cuando la independencia de las naciones se encuentra amenazada injustamente por una guerra extranjera, es un deber de todos los ciudadanos contribuir a la defensa común...⁴⁶

Así llegó el año de 1847, y las cosas parecían de ir de mal en peor. El pueblo realmente parecía indiferente a la invasión.⁴⁷ Los diarios de la Ciudad de México trataron de despertar el sentimiento de nacionalidad de su población mediante varios recursos.

El primero fue el mostrar a los habitantes de la Ciudad de México que tenían un pasado común que debían defender. Desde 1845, se habían hecho menciones a la necesidad de todos los mexicanos de "sostener una guerra" para salvar el precioso bien de la libertad, recibido como una "herencia de los forjadores de la independencia".⁴⁸ La guerra con los Estados Unidos, decía El Siglo XIX, era "la causa más nacional" desde el año de 1810⁴⁹, y para despertar a los mexicanos, había que "evocar los gloriosos e inmortales recuerdos" de la lucha de independencia.⁵⁰ En septiembre de 1846, El Republicano⁵¹ publicó un editorial titulado "Recuerdos de la Independencia", y en él decía:

Al recordar estos ejemplos ¿sufriremos impasibles, siendo hoy nuestras circunstancias, que el pabellón de las estrallas se levante triunfante en nuestros Departamentos? No, porque si así fuese sería también inútil el recuerdo de tan grandes hechos y nuestras festividades patrióticas no tendrían objeto, puesto que la memoria de las grandes acciones si no va acompañada del deseo de imitación, es estéril, e infructuosa... Corramos, pues, unidos a defender la patria, y hagamos ver al mundo, que nos observa, que si los hombres de los años 10 y 21 supieron darnos la independencia, nosotros sabemos conservarla.

Para 1847 el énfasis sobre el pasado común dejó de ser una exaltación para convertirse en una experiencia. Los ejemplos de los hechos heroicos de independencia, dejaron por el momento su lugar a las experiencias de la conquista. El Diario del Gobierno afirmó en su editorial de 1 de enero de 1847⁵², que era el momento de consultar "nuestra propia historia" para sacar de ella las "fecundas lecciones de la experiencia". Para ese momento ya se tenía noticia de la meta que perseguiría la campaña de Scott, y también la lucha partidariasta había empezado una nueva guerra civil. Por lo tanto, la división de los pueblos indígenas durante la conquista española fue el ejemplo usado por los periódicos de la Ciudad. En su número de 18 de mayo decía el mismo diario:

No olvidemos nuestros aborígenes se perdieron por la división preexistente de los tlaxcaltecas, que supieron aprovechar y fomentar los conquistadores capitaneados por

por Cortés; sin embargo, encontraron estas resistencias que no han hallado los norteamericanos; y eran muy pocos los elementos de los invadidos y su situación menos favorable que la nuestra...⁵³

El Republicano, por su parte, siguió el ejemplo del anterior.⁵⁴ Finalmente, el mismo día de la batalla de Padriana, el Diario del Gobierno llamaba a la población de la Ciudad a la defensa de su ciudad, recordándoles la acción de Azcapotzalco, ganada por el ejército trigarante y terminada diciendo: había abierto "las puertas de México a sus libertadores".⁵⁵

Otro recurso fue el de exaltar algunos ejemplos de patriotismo dados en el transcurso de la guerra. Algunos de estos ejemplos antecedieron a la ruptura formal de hostilidades. La Voz del Pueblo en su número de 26 de marzo de 1845, dirigió un aviso "Al Pueblo", en el que le notificaba la apertura de una suscripción en sus oficinas, para llevar a cabo la campaña de Texas. La guerra era "nacional", y era "el pueblo" el que debía hacerla.⁵⁶ Por las mismas fechas El Siglo XIX publicó un "Remitido" de las autoridades y vecinos de San Juan de los Llanos ofreciendo todos los recursos a su alcance para auxiliar al gobierno en la campaña de Texas y la guerra con los Estados Unidos.⁵⁷ Algunos días más tarde el mismo diario, en su "Parte No Oficial" del interior, transcribía una noticia del Departamento de Tamaulipas que hoy resulta grotesca, pero al parecer estimulante para la sociedad del momento.⁵⁸ Los cantos y poemas marciales no se dejaron esperar.⁵⁹ Todo esto, fue en el año de 1845, antes de contar con ejemplos más vivos de patriotismo.

Al romperse las hostilidades, los ejemplos, exaltados fueron más concretos y sensacionalistas. El Republicano publicó la noticia de que el general Valentín Canalizo enviaba una carta pidiendo que se le permitiera regresar a México con el único fin de servir a su patria en la defensa contra el invasor.⁶⁰ En su editorial de 27 de septiembre de 1846, hizo mención a un "bello rasgo de patriotismo";

Tal merece la acción de la joven señorita Dona. Jesús Dosamantes, que se presentó en Monterrey, al general en jefe del ejército del Norte, vestida de capitán, pidiendo que se la emplease en la defensa nacional. Las comunicaciones que insertamos a continuación, instruyen bastante de este hecho, capaz de arrancar lagrimas a todo buen mexicano. ¡Qué tan brillante ejemplo encienda el ardor marcial de todos los hijos de la república! ¡Qué los que no han ofrecido aun sus servicios se levanten entusiasmados a vengarla! ¡Una joven mexicana, digna rival de la romana Clelia y de la heroína de Zaragoza, alza su débil brazo en nuestras fronteras, amenazadas con el exterminio por un ejército numeroso. Esa joven compatriota, es el emblema de los sentimientos más nobles y elevados de que es capaz el corazón humano. No nos detengamos más: la tardanza es la afrenta; el combate es la gloria.⁶¹

Más tarde, hacia la apología de otro "rasgo de patriotismo", el de los alumnos del Colegio de San Juan de Letrán, que cedían parte de su alimento para contribuir al sostenimiento del ejército del norte⁶²

Por la misma época, Don Simplicio hacia campaña patriótica, destacando ^{ejemplos} como el de "El Señor Daza", ⁶³ un joven que había perdido heroicamente una pierna en la batalla de Palo Alto; el de Angel Trias, ⁶⁴ en la defensa de Chihuahua y el de los habitantes de Nuevo México, ⁶⁵ en su levantamiento contra la ocupación norteamericana .

Un tercer recurso lo proporcionaron las noticias procedentes de los propios Estados Unidos. Para septiembre de 1846 empezaron a llegar a las prensas de los diarios de la Ciudad de México transcripciones de oposición a la guerra de periódicos de los Estados Unidos; también debates causados en el Congreso ^{por} el mensaje de Polk pidiendo dos millones de dólares para continuar la guerra. Todo se interpretó como signo de debilidad. Había pues que despertar el entusiasmo mexicano para ofrecer una firme resistencia ⁶⁶ . El Republicano, del 9 de noviembre de 1846, sostenía que a causa de los impuestos con que habían sido cargados los norteamericanos para sostener la guerra, empezaban a causar efervescencia y "discordia", tal vez la victoria mexicana no estaba muy lejana. ⁶⁷

El cuarto y último recurso usado fue mostrar a los norteamericanos como salvajes. Desde el momento mismo en que la posibilidad de una guerra se vislumbró los calificativos de villanos, hipócritas, injustos fueron comunes y corrientes en la jerga periodística. Pero a medida que sus tropas avanzaban y los mexicanos se mantenían en sus disputas internas, los diarios empezaron una campaña sensacionalista, en la que "los yankees civilizados" no resultaban menos bárbaros que "los salvajes que tantos daños" habían causado a la población del norte. ⁶⁸

El Republicano desde junio de 1846, empezó a hablar de excesos de crueldad, de ataques a la propiedad, y hasta de venta de mexicanos como esclavos.⁶⁹ En 1847 los cuadros que se pintaron eran más patéticos. Don Simplicio, describía la actitud de los norteamericanos después de la toma de Monterrey con tintes sangrientos⁷⁰; y a los habitantes de Chihuahua padeciendo el más inhumano "despotismo militar".⁷¹ El Republicano en 1847 publicó notas con el título de "conducta de los Americanos", subrayando las actitudes ilegales y arbitrarias de los norteamericanos en las plazas tomadas.⁷² Se sostenía que los principios de "legalidad, de libertad, de respeto a los derechos de los demás" que practicaban en su país, jamás los aplicarían en las plazas ocupadas, porque consideraban a los mexicanos "inferiores y degradados"⁷³. Por tanto de ser conquistados, los mexicanos serían "extranjeros en su propio suelo", y no gozarían de las consideraciones "que los pueblos dispensan, por derecho natural, a los hijos de otro país". La situación de los mexicanos sería más penosa "que la de los judíos"⁷⁴. Por ello los mexicanos debían defender su propia vida, "el honor de su familia y sus comodidades", si no eran sordos a la voz de sus intereses, tampoco podía serlo al de la patria.⁷⁵ Los norteamericanos

...vienen a incendiar nuestras ciudades, a saquear nuestros templos, a violar a nuestras mujeres e hijas, a asesinar a nuestros hijos e inmolarse a nuestros defensores en nuestra misma presencia, a las puertas de nuestras casas y esas - escenas de destrucción y de muerte, que incitan al odio

inextinguible de todo un pueblo en contra de sus asesinos,
76
haran que encuentren por todas partes mil vengadores.

Estos recursos no tuvieron efecto inmediato, pero es posible que hayan contribuido de una manera decisiva para crear el espíritu que reinó durante la defensa de la Ciudad de México y en la resistencia popular desatada durante los primeros días de la ocupación de la Ciudad de México.

3. Una cruzada en defensa de la cultura latina y en contra de la esclavitud.

Si los Estados Unidos se apoyaron moralmente en la teoría del Destino Manifiesto, los periodistas mexicanos también justificarían su furor bélico en principios de orden moral y de trascendencia universal. Se consideraron defensores de la raza y la cultura latina en el continente americano y paladines contra la esclavitud.

Desde que el asunto de la anexión de Texas empezó a ocupar las columnas de los diarios de la Ciudad de México, uno de los argumentos usados fue que su significación como avance peligroso de la raza anglosajona y de sus valores culturales; había que impedir a toda costa "la influencia siempre creciente de la raza anglo-sajona en el continente Americano".
77

Los periodistas mexicanos subrayaron que entre México y los Estados Unidos existía un distinto origen racial y cultural. Los mexicanos eran descendientes de "los aztecas y los godos", sobre todo de los segundos habían recibido sus características morales y ra-

ciales. Los "timbres de gloria" que España "la noble y valerosa", había alcanzado en la expulsión de los moros, eran parte del legado mexicano. México, el "último de sus vastagos", debía probar ahora, en circunstancias similares, que había heredado la más sublime de todas las virtudes: el amor a la Patria".⁷⁸ Si los anglo-americanos querían la guerra, "los españoles-americanos se la llevarían".⁷⁹ Si los norteamericanos valoraban su cultura y sus instituciones enraizadas en su traición anglosajona,⁸⁰ los mexicanos harían otro tanto. El Siglo XIX, refiriéndose a la necesidad de la guerra comentaba:

...Si no la hacemos dentro de algunos siglos al visitar el viajero estas bellas comarcas que hoy habitamos, encontrara sustituido a nuestro hermoso idioma el de los usurpadores de Tejas, a nuestras costumbres las suyas, a nuestra franca hospitalidad esa acogida mercenaria que el oro y solo el oro procura...⁸¹

El Tiempo daría a estas ideas mayor importancia. La guerra no era sólo para detener el avance territorial, /^{sino} era contra todo o casi todo lo que los Estados Unidos significaban. Era "defensa de nuestra religión, nuestras costumbres y nuestra lengua". Si los mexicanos llegaban a ser derrotados, no sólo se perdía un territorio, sino "los suaves sonidos de la lengua de Castilla no se oírían más", ni habría en lo futuro quien enseñara "a dar culto al Dios de nuestros padres".⁸²

El mismo anticlerical, jacobino y proamericano Don Simplicio, en 1847:

...La nación toda está dominada del mismo espíritu; no la amedrenta el peligro, porque se trata de defender sus ho-

gares, su santa religión, su honor, su nacionalidad, su hermosa lengua... ¡iremos a doblar la rodilla ante el orgulloso americano".⁸³

El Republicano aseguraba que a pesar de que la civilización norteamericana era grandiosa, no significaba ninguna garantía aplicada por los norteamericanos en México, porque "la civilización en manos de un pueblo conquistador, no sirve de garantía a ninguna raza conquistada".⁸⁴

En julio de 1847 apareció el diario El Razonador, el cual trató de mostrar la necesidad de hacer de inmediato un tratado de paz con los Estados Unidos. La pérdida del territorio ocupado por los norteamericanos, decía este diario, era lo de menos "ceder este o aquel monton de tierra o unos cuántos peñascos".⁸⁵ A estos argumentos El

Republicano contestó:

...La usurpación de una parte de nuestro territorio no es ^{sino} el preliminar de esa cuestión de razas que tiene al mundo en expectativa. La designación de nuevos límites que comprenda para nuestro enemigo la mitad y aun más de nuestro territorio, es por sí misma de muy grande importancia; y ella sub-e al más alto grado si se la considera como el medio de poner en contacto dos razas para hacer que una de ellas, la hispanoamericana sea absorbida por la otra.⁸⁶

México tenía la misión de obstaculizar el avance de los Estados Unidos, no sólo porque este afectaba sus intereses materiales y morales, sino porque México tenía un "destino". Este era conservar el continente americano libre de influencias europeas, decía La Voz

del Pueblo, al oponerse a la intervención de Inglaterra en el asunto de Texas. México debía dar seguridades a los Estados Unidos y "a todas las repúblicas de América" que no consentiría el establecimiento de una "vecindad ominiosa para el Continente Americano".⁸⁷ El Boletín de Noticias sin disentir ponía el acento vital en que México tenía también el compromiso de elevarse por encima de los anglo-americanos. Los mexicanos debían presentar a su nación,

...al nivel de la más grande, ocupando en este continente un lugar más elevado que el que los pérfidos norteamericanos han podido alcanzar...⁸⁸

El Siglo XIX, por su parte, comentaba que a México le había tocado la "infausta suerte de ser la primera víctima" del pretendido aniquilamiento de la raza y culturas latinas en el continente Americano. Por ello, ante este "grito de exterminio" que los norteamericanos habían dado a la raza hispanoamericana, México, "la vanguardia de todo el continente" debía acudir a la defensa no sólo de sí mismo, sino de todos los antiguos hijos de España, a la defensa de una "raza llena de sentimientos leales y nobles", contra una "fementida y bastarda."⁸⁹ En suma la misión de México en la guerra con los Estados Unidos era mantener

...la preponderancia de nuestra raza y la nacionalidad de los pueblos hispanoamericanos...⁹⁰

Todo esto, por supuesto, se mencionó antes de que las derrotas hicieran a los mexicanos abandonar momentáneamente sus pretensiones de protección continentalista. Sin embargo, durante todo el resto.

de la guerra se mantuvo la idea de que México era el nuevo baluarte de la religión católica, fuera esto por convicción o producto de los intereses del momento. Desde 1845 hasta 1847, todos los periódicos, aun los más recalcitrantes anticlericales⁹¹, insistieron en que si los mexicanos eran derrotados y su territorio invadido, "las sectas protestantes de los Estados Unidos" vendrían a destruir "nuestra sagrada religión".⁹² El Diario del Gobierno, por ejemplo, decía en 1847 que la Iglesia debía contribuir al mantenimiento de la guerra,⁹³ México podría

...armarse y hacer una grande expedición terrestre y marítima para forzar a adoptar unánimemente la religión católica apostólica y romana y a sangre y fuego convertirlos...

La existencia de la esclavitud en los Estados Unidos fue otro argumento que sirvió como anillo al dedo a los mexicanos para resaltar las características positivas de su naturaleza y justificar la guerra. En este sentido Inglaterra le dió a México la pauta, con sus recién acuñadas actitudes abolicionistas⁹⁴. Los periodistas mexicanos, pese a sus evidentes actitudes racistas para con la población indígena,⁹⁵ se autonostraron los nuevos paladines de la emancipación de los esclavos negros en América.

La causa de México, en el asunto de Texas, decía El Siglo XIX, no sólo era la del derecho contra la usurpación, sino la de "la libertad contra la esclavitud; y esta causa, la de la civilización y el cristianismo"⁹⁶. La Voz del Pueblo, a su vez, afirmaba que al emprender "tan justa guerra", los mexicanos harían un bien a la humanidad, "dando la libertad a una porción de infelices esclavos", y quitando ese

"mercado a los infames traficantes en sangre humana"⁹⁷.

Para casi la mayoría de los diarios de la Ciudad de México, tan to la anexión de Texas como la amenaza de la guerra y la pérdida del territorio, respondía fundamentalmente a una "conjura esclavista", no porque se creyera que se haría esclavos a los mexicanos como a los negros, sino porque se trataba de proteger la continuación y el mantenimiento de dicha institución en el sur.⁹⁸ Por esto, México pa ra defenderse podía "invocar el más noble y filantrópico de los principios: la libertad de una raza esclavizada"⁹⁹. De la misma ma- nera este pretexto era más que suficiente para hacer una guerra de invasión a los Estados Unidos y recibir, al mismo tiempo, el aplauso universal. Los mexicanos podrían, con mejores pretextos que los nor- teamericanos llegar

...a ser conquistadores, si queremos proclamar en Washing- ton la libertad de millones de esclavos que se uniran a las filas de los mexicanos libres...¿Qué nos detiene pues? Volemos y venguemos; volemos y erijamos a nuestra patria un monumento de eterna gloria, siendo vengadores a la vez en el ^{nuevo} mundo de la humanidad, la civilización y religión -
100
ultrajadas...

Todo lo hasta aquí dicho puede ser interpretado como parte de un optimismo previo a las derrotas que se sufrirían en el norte. Pero no fue así. Aún después de aquellas, un día antes de la toma de Mon- terrey, Luis de la Rosa en un discurso pronunciado en la Alameda con motivo de la reciente declaración de guerra y de la conmemoración de la independencia de México, dijo:

...la causa de la libertad del hombre; por la que México pelea contra un pueblo que ha hecho de la esclavitud una inhumana especulación y que explota al hombre y lo marca con sello de servidumbre, como si fuese un bruto, como si todo individuo de la especie humana no fuese hijo de Dios; es la causa de la igualdad santa que nos predica el Evangelio, pues que en ella combate...

101

Las mismas justificaciones fueron usadas por los periodistas mexicanos hasta que la derrota de México fue definitiva, hasta que no hubo ninguna esperanza de triunfar sobre los ejércitos norteamericanos, porque hasta su propia capital había sido ocupada.

CAPITULO VIII

NOTAS

1. Esta justificación de la guerra puede percibirse a través de la mayor parte de este trabajo. Remito al lector a los capítulos III y VII.
2. "Parte Política", El Tiempo, 11 de mayo de 1846, p.1
3. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 27 de marzo de 1845, p.3
4. "Estado de la Cuestión de Tejas", Ibid., 30 de noviembre de 1845, p.1
8. "Porvenir", El Siglo XIX, 25 de marzo de 1845, p.3
9. "La Campaña sobre el Bravo", El Tiempo, 2 de mayo de 1846, p.1; "El pasado pertenece a la historia", Don Simplicio, 2 de septiembre de 1846, p.4. En este artículo se llegó a decir: "México debe hacerla (la guerra) antes que los norteamericanos puedan establecer en las poblaciones mexicanas, su sistema a todas luces más benéfico y productivo que el mexicano; pues si se da tiempo a ello, las poblaciones ocupadas preferirán entregarse a los Estados Unidos. México tan solo les puede ofrecer con teorías risueñas y futuras más o menos lejanas, ellos traen en las manos beneficios inmediatos".
10. "Correo de Veracruz", Don Simplicio, 18 de julio de 1846, p.4
11. "La Guerra", El Republicano, 5 de julio de 1846, p.3
12. "Prolongación de la guerra", Ibid., 9 de noviembre de 1846, p.3
13. "Guerra con los Estados Unidos", El Patriota Mexicano, 5 de agosto de 1846, p.7

14. Diario del Gobierno, 2 de mayo de 1847, p.4
15. "Editorial", Ibid, 18 de junio de 1847, p.3
16. "Tejas", El Siglo XIX, 24 de enero de 1845, p.4
17. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845,p.1
18. "Guerra a Tejas y a los Estados Unidos", Ibid, 26 de marzo de 1845, p.2
19. "Guerra a los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
20. "Nuestra profesión de Fe", El Tiempo, 12 de febrero de 1846,p.1
21. "Parte Política", Ibid, 9 de mayo de 1846, p.1
22. "Honor a nuestro ejército", Don Simplicio, 25 de marzo de 1846, p.4; "Guerra y Unión", El Republicano, 16 de marzo de 1846,p.3
23. "Primer rebuzno de Don Simplicio", Don Simplicio, 14 de febrero de 1846, p.3
24. "Intervención", El Republicano, 9 de julio de 1846, p.4
25. Don Simplicio, nota 10
26. El Republicano, nota 22
27. El Siglo XIX, nota 8; "Unión", Boletín de Noticias, 25 de marzo de 1845, p.4
28. "Cuestión de Tejas", El Siglo XIX, 26 de marzo de 1845, p.4
29. "Federación y Tejas", La Voz del Pueblo, 19 de julio de 1845,p.2
30. Boletín de, nota 27
31. "Bienes de la guerra extranjera", El Siglo XIX, 1 de agosto de 1845, p.4
32. "De la guerra con Estados Unidos", La Voz del Pueblo, 2 de agosto de 1845, p.5

33. "Mexicanos", El Patriota Mexicano, 26 de agosto de 1845, p.32
34. "Importancia de la Revolución", El Tiempo, 29 de abril de 1846, p.1
35. El Tiempo, nota 9
36. "Parte Política, Ibid, 9 de mayo de 1846, p.1
37. Ibid, 11 de mayo de 1846, p.1
38. "Noticias del Norte", Ibid, 23 de mayo de 1846, p.1
39. "Porvenir del Ejército. Don Simplicio, 3 de julio de 1846, p.2
40. "Esperanza", Don Simplicio, 8 de julio de 1846, p.4, "República Federal Mexicana", El Católico, 10 de octubre de 1846, p.166.
Decía de esta manera: "Un solo objeto absorbe en la actualidad la atención de todos los ciudadanos de la capital: la defensa contra el enemigo común. Los reveses, ni pueden, ni deben espantarnos. ¿Qué nación no los ha sufrido? ¿Qué nación no se ha sobrepuesto a ellos queriendo? La Francia, la España sufrieron; pero al fin vencieron. La República Mexicana sufre, pero vencerá; con unión todo se consigue, todo se alcanza".
41. "Editorial", Boletín de Noticias, 28 de marzo de 1845, p.1
42. "Guerra defensiva o defensivos", Don Simplicio, 22 de agosto de 1846, p.1
43. El Siglo XIX, nota 31
No obstante que sistemáticamente se criticó al ejército en estos momentos ha tratado de estimularlo dadas las condiciones del momento. Cfr. supra. Capítulos III y V y veáanse los siguientes ejemplos: "Guerra con los Estados Unidos", Don Simplicio, 20 de febrero de 1847, p.2:

"Nuestra situación, lejos de ser tan lamentable que nos obligue a someternos a la ley del más fuerte, ofrece, por el contrario, probabilidades de buen éxito. Nuestros soldados son valientes y sufridos; se sienten poseídos del entusiasmo precursor de los triunfos y de gloria; quieren vengar a sus hermanos muertos en combates por la mano del extranjero y anhelan, por último, por la continuación de una guerra en que, adquiriendo esclarecido renombre recobren el lugar que les corresponde y la estimación que han perdido, mientras no se han empleado más que en fomentar disensiones intestinas y en elevar al poder a hombres ambiciosos e imbeciles".

"Parte Política, El Tiempo, 9 de mayo de 1846, p.1, decía hablando sobre la escaramuza habida entre el destacamento de Thornton y Torrejón:

"...él influirá necesariamente para abatir el espíritu de los enemigos y levantar el de nuestros soldados; pero además contamos con el apoyo de nuestra justicia evidentísima, con él de la superioridad en número, disciplina y bravura de nuestras tropas y con la pericia y nobles bríos de nuestros generales. Con estos elementos parece que la victoria, según todas las probabilidades, será nuestra en el primer encuentro".

44. "Editorial", Diario del Gobierno, 6 de abril de 1847, p.3; "Sentimientos Religiosos", Don Simplicio, 10 de abril de 1847. En este artículo se decía: "Han comenzado algunos sacerdotes a predicar el peligro en que se encuentra la Religión Cristiana por la invasión de los yankees; se elogía generalmente al señor Obispo de Madrid, y al R.P. Burguichani, y a otros religiosos.

Deseamos que personas como las mencionadas, y otras no menos dignas, honor del púlpito mexicano, como los señores Ormachea, Pinzón, Vera, Moreno y otros señores, contribuyan a levantar el sentimiento religiosos, siendo en esta cuestión intimamente al de la Independencia y salvación de la República".

45. "Recursos para la guerra", El Republicano, 3 de octubre de 1846, p.3
46. "Donativos", Ibid, 1 de noviembre de 1846, p.3
47. "Espiritu Público", Ibid, 18 de abril de 1847, p.4
48. "Comunicado", El Defensor de las Leves, 16 de abril de 1845, p.3
49. El Siglo XIX, nota 8
50. El Siglo XIX, nota 28
51. "Recuerdos de la Independencia", El Republicano, 18 de septiembre de 1846, p. 3
52. "Editorial", Diario del Gobierno, 1 de enero de 1847, p.3
53. "Males presentes y su causa", Diario del Gobierno, 18 de mayo de 1847, p.3
54. "Conquista", El Republicano, 25 de mayo de 1847, p.4
55. "Editorial", Diario del Gobierno, 19 de agosto de 1847, p.3
56. "Al Pueblo", La Voz del Pueblo, 26 de marzo de 1845, p.4
57. "Remitidos", El Siglo XIX, 10 de abril de 1845, p.3
58. El Siglo XIX, 29 de abril de 1845, p.3. Este artículo estaba tomado de El Tribuno del Pueblo de Ciudad Victoria, Tamaulipas, 8 de abril de 1845, y decía así: "Las autoridades y algunos particulares de ésta ciudad han dispuesto un paseo cívico y un baile para el gran día que recibían la noticia de que México declare

la guerra a los Estados Unidos de América, o viceversa; por el ardiente deseo que les anima de servir a su patria en la defensa de su independencia e integridad de su territorio. Y los editores del Tribuno se ofrecen a servir en lo que los crea útiles el valiente general que mande la vanguardia, proponiéndose ir a sus espensas para no serle gravosos al erario nacional. Creemos, sin temor de equivocarnos que los mismos sentimientos animan a nuestros hermanos del Departamento y a los demás de la república".

59. "Remítidos, Guerra a Tejas , Canción Marcial de V.C.C.C.P. Mayo 16 de de 1846", El Defensor de las Leyes, 22 de mayo de 1845,p.2
60. El Republicano, 29 de agosto de 1846, p.4
61. "Bello Rasgo de Patriotismo", Ibid, 27 de septiembre de 1846,p.3
62. "Bello Rasgo de Patriotismo", Ibid, 2 de octubre de 1846; cf. supra., capítulo VI, nota 33
63. "El Señor Daza", Don Simplicio, 2 de septiembre de 1846, p.4
64. "El Señor Don Angel Trias", Don Simplicio, 10 de abril de 1847, p.4
65. "Nuevo México", Ibid, 14 de abril de 1847, p.4
66. "Noticias de los Estados Unidos", Ibid, 9 de septiembre de 1846, p.3
67. "Prolongación de la Guerra", El Republicano, 9 de noviembre de 1846, p.3
68. "Atroz vandalismo", Diario del Gobierno, 23 de febrero de 1847,p.4
69. El Republicano, 20 de junio de 1846, p.4

70. "Taylor", Don Simplicio, 14 de abril de 1847, p.4
71. "Chihuahua", Ibid, 17 de abril de 1847, p.4
72. "Conducta de los Americanos", El Republicano, 28 de junio de 1847, p.4., "Conducta de los Americanos", Ibid, 10 de julio de 1847, p.4
73. El Siglo XIX, nota 54
74. "Mutuos deberes", Diario del Gobierno, 10 de julio de 1847, p.3
75. "Guerra Exterior", El Republicano, 1 de abril de 1847, p.3
76. Ibid
77. El Siglo XIX, nota 16
78. El Siglo XIX, nota 28
79. "Comunicado", El Defensor de las Leyes, 29 de marzo de 1845, p.3
80. Cfr. Weinberg, Albert K. Manifest Destiny. A study of Nationalist Expansionism in American History. Chicago, Quadrangle Books, 1963
Merk, Frederick, Manifest Destiny and Mission in American History A reinterpretation. New York, Vintage Books, 1963. Ortega y Medina Juan A. "Fundamentos Doctrinales del Manifest Destiny", Anglia, Anuario de Estudios Angloamericanos, No. 5, p.11-50. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973
81. El Siglo XIX, nota 3
82. "La independencia de México amenazada por los Estados Unidos", El Tiempo, 15 de mayo de 1846, p.1
83. "Guerra con los Estados Unidos", Don Simplicio, 20 de febrero de 1847, p.2
84. El Republicano, nota 54
85. Citado por El Republicano, 8 de julio de 1847, p.4

86. "El Razonador", El Republicano, 8 de julio de 1847, p.4
87. La Voz del Pueblo, nota 17
88. "Editorial", Boletín de Noticias, 28 de marzo de 1845, p.1
89. "Guerra con los Estados Unidos", El Siglo XIX, 20 de julio de 1845, p.4
90. Ibid., 22 de abril de 1845, p.4
91. "Federaciones y Tejas", La Voz del Pueblo, 19 de julio de 1845, p.2. El artículo dice...Hoy los habitantes de las villas no verían profanados sus altares con un culto extraño, ni oírían hablar un idioma que no fue el de sus padres..."
92. "Editorial", Diario del Gobierno, 14 de enero de 1847, p.4
93. Diario del Gobierno, 17 de abril de 1847, p.4
94. Inglaterra había abolido la esclavitud en sus colonias desde el 28 de agosto de 1834. El 7 de noviembre de 1841 tuvo lugar el Creole Affair. Un cargamento de esclavos negros que eran trasladados de Virginia a New Orleans en el barco Creole se amotinaron, el barco atracó en el puerto de Nassau en las Bahamas, en donde las autoridades británicas liberaron a los negros. Este hecho sirvió como uno de los argumentos para acelerar la anexión de Texas a los Estados Unidos. Por otra parte, recuérdese que en los ofrecimientos de mediación inglesa para obtener el reconocimiento mexicano para la independencia de Texas, estuvo el que Texas se comprometía a liberar a sus esclavos.
95. Cfr. supra., capítulos IV y VI
96. "Tejas agregado a la Unión," El Siglo XIX, 22 de marzo de 1845, p.3

97. "Tejas y el Ejército", La Voz del Pueblo, 19 de marzo de 1845, p.2. Cfr. supra., capítulo VII, nota 24. Este mismo diario, tan solo un mes después, propondría que se reconociese la esclavitud en Texas, si esta aceptaba su reincorporación a México.
98. "Parte Política", El Tiempo, 9 de mayo de 1846, p.1
99. El Siglo XIX, nota 28
100. "Editorial", Boletín de Noticias, 28 de marzo de 1845, p.1
101. Luis de la Rosa, "Discurso pronunciado en la Alameda por...", El Republicano, 19 de septiembre de 1846, p.3

CAPITULO IX

LA DERROTA DESPIERTA LA CONCIENCIA

1. La necesidad de la paz.

Por una de esas extrañas y crueles ironías que se suelen dar, los norteamericanos empezaron a ocupar la Ciudad de México, dos días antes de la tradicional celebración de la independencia de México. El impacto de este acontecimiento fue tan brutal que lógicamente marcó un total cambio en la actitud de los periodistas mexicanos. El furor belicista cedió su lugar a una amarga propaganda a favor de la paz. Esta propaganda empezó por hacer un análisis de las circunstancias generales y particulares, que había llevado a México al lamentable estado en que se encontraba y a su desastrosa derrota frente a los Estados Unidos.

El Observador Católico fue uno de los primeros diarios capitulinos que hizo una explicación global de las causas por las que México había sido derrotado.² Según éste, la justicia había estado en todo momento de parte de México. El fracaso no se había producido únicamente por la inferioridad "del valor de nuestros soldados", ni por el atraso en conocimientos militares; tampoco había sido el producto de la traición, ni de la miseria pública. Había una causa mucho más profunda: "los errores políticos". La humillación y el abatimiento de México en 1848 eran la cosecha de las "innobles y vergonzosas luchas civiles".

Estas despoblaron nuestras ciudades, atrasaron entre

nosotros las ciencias y las artes, arruinaron nuestro comercio, aumentaron la miseria pública, desmoralizaron al pueblo, provocaron con el desengaño el egoísmo general, y produjeron por último resultado, esa indiferencia en todas las clases de la sociedad, esa indiferencia funesta, síntoma inequívoco de la muerte de las naciones.

Tales luchas, además, habían vaciado los arsenales, agotado física y moralmente todos los recursos de la nación. Habían dejado inermes a México en manos "del extranjero audaz" que había querido invadirlo. El resultado, por lo tanto, no había sido otro que el natural, el lógico.

El Monitor Republicano hacia una especie de acto de contricción y sostenía que la guerra se había anunciado "con bastante anticipación", y que los mexicanos la debían haber evitado oportunamente. Los norteamericanos habían pecado de ambición, y los mexicanos "por orgullo". Estos últimos se habían dejado llevar por una sobrevaloración de sí mismos y un desprecio del enemigo.

El Eco del Comercio pensaba que México había ofrecido "al mundo" el espectáculo de su "debilidad e impotencia". Aquello que se había esperado que la guerra produjese: unión entre los mexicanos, desprendimiento de las clases pudientes, respeto a las autoridades del país, disciplina en el ejército, no habían sido más que puras y simples quimeras. Los antecedentes mismos de México claramente habían mostrado que nada de eso se produciría frente a un enemigo como los Estados Unidos.

La culpabilidad de la derrota recaía sobre los antecedentes

mismos de la historia de México, pero también sobre todos aquellos, en especial gobernantes y periodistas, que pese a conocer esa historia habían exigido el inicio y la prosecución de la guerra. El único gobierno exonerado de culpabilidad era el del general José Joaquín Herrera. Él y los miembros de su gabinete habían sido los únicos que no sólo se habían dado cuenta de la situación en que se encontraban México y los Estados Unidos, sino que, se habían opuesto responsablemente a la guerra. Aquellos hombres jamás habían esperado que el éxito fuera favorable a México y así lo había dejado saber a toda la nación. Pero el pueblo y la prensa, se habían burlado de "sus predicciones" y los había "apellidado de traidores"⁶.

El ministerio del 6 de diciembre, que vió la cuestión de la guerra de Tejas con bastante tacto y previsión, y que habló francamente a la república, se le llamó traidor e infame...los que le han sucedido hasta la fecha, han tenido por lema de sus procedimientos la guerra, y no han hecho ni el arreglo honroso que pudo haber concluido la administración del 6 de diciembre, ni una sola operación militar que redunde en provecho y en honra de esta nación...⁷

La "cuestión de Tejas", se volvió a mencionar. Si los mexicanos hubieran reconocido su independencia o su anexión, que de hecho existían en el momento de su legalización por los norteamericanos, México no hubiera tenido que soportar la guerra hubiera recibido una mejor indemnización por el territorio entre el Nueces y el Bravo, y no hubiera perdido Nuevo México y California. Más aun, si desde el momento mismo en que Texas se había declarado independiente, México la hu-

biera reconocido habria sido de infinita utilidad.

...bien por formarnos en ella una república hermana y amiga, en lugar de una hija rebelde, bien por ahorrar el mucho gasto que nos traeria tenerla siempre quieta, sofocando continuamente sus conatos de separación, bien por los millones que podria proporcionarnos el reconocimiento de su independencia, su cesión o venta, o, finalmente, porque podria servirnos de una barrera entre nosotros y los Estados Unidos.

Los argumentos perseguian dos finalidades. Una era preparar la opinión pública de la Ciudad para el restablecimiento del general Herrera como presidente de la república. La otra tendia a preparar a la nación para aceptar el Tratado de Guadalupe Hidalgo que desde fines de 1847 se habia empezado a elaborar, y cuya confirmación definitiva tuvo lugar el 30 de mayo de 1848. Con respecto a esta segunda finalidad, los diarios capitalinos desarrollaron, desde principios de aquel año, una extensa campaña. El Observador Católico, desde el 29 de abril, presentó el aceptar el tratado de paz o la continuación de la guerra como "la gran cuestión", de la cual dependia "nuestra nacionalidad, nuestra religión, nuestra existencia misma". Para demostrar la necesidad que México tenia de aceptar la paz, afirmó que no se contaba con un ejército, ni material bélico, ni recursos económicos con que procurárselo. Los pocos soldados, con los que se contaba, estaban desmoralizados, "desconfiando de sus jefes" y se rehusaban a batirse de nuevo. El enemigo, en cambio, tenia "un ejército acostumbrado a la victoria, triplicadas sus fuerzas, con

un material inmenso, con recursos de todas clases y que se halla, en fin, posesionado de los mejores puntos de la República". Y después de relatar de esta manera el contraste militar de ambos contendientes, el diario preguntaba: "¿podríamos continuar la guerra con probabilidades de éxito?" La respuesta era obvia, la continuación traería consigo males "sin cuento y hasta el exterminio de nuestra raza". Y se pedía al Congreso Mexicano aceptar el tratado de paz, a pesar de "la injusticia de las condiciones". Y concluía afirmando:

México tendrá un poco menos de extensión, es cierto, pero si salva su nacionalidad e independencia, quedándole todavía abundantísimos recursos para llegar a formar una de las primeras naciones del mundo.

El Eco del Comercio en su editorial de 9 de mayo¹⁰ se expresó de manera similar. "La imperiosa ley de la necesidad" obligaba a los mexicanos a aceptar la firma de un tratado de paz como principio de conservación. México carecía de los recursos morales y físicos para continuar la lucha, y pretender esto sería "la continuación de nuestra ignominia". México tenía que hacer el sacrificio de su "pundonor nacional", al aceptar el derecho del más fuerte y la pérdida de una parte de su territorio, "muy considerable ciertamente, pero a la cual no llegaban nuestros brazos" y cuyas riquezas no podíamos explotar. El sacrificio de su amor propio era el único recurso que le quedaba al país para conservar "su independencia, nacionalidad y ser". Por otra parte, la pérdida del territorio no sería total, ya que por él se recibiría "una indemnización más o menos equivalente".

El siglo XIX en su editorial de 2 de junio¹¹, después de que

las ratificaciones habían sido canjeadas, se dió a la tarea de defender el tratado y a sus creadores. Afirmaban que si bien era cierto que las pretensiones de los Estados Unidos eran injustas; ante los resultados de la guerra, México no podía hacer otra cosa que aceptarlas. Se consideraba "conveniente para salvar a la nación" ceder una parte de ella. Para ejemplificar se planteaba la siguiente pregunta:

¿No viola uno de los primeros preceptos de la naturaleza el hombre que para salvar su vida se negara a sufrir la amputación de un miembro?

Ahora bien, la preocupación por la población de los territorios cedidos, se calmaba pensando que para ellos era mejor quedar integrados a los Estados Unidos, que padecer los estragos de la prolongación de la guerra. En cuanto a que el gobierno no tuviera autoridad para ceder territorio de la nación, se contestó que no era el gobierno quien los cedía, sino "la nación misma que amenazada de una ruina total y casi cierta", cedía una parte de los suyos por conservar el resto. A la última cuestión, o el peligro de la proximidad de con los Estados Unidos, se respondió que el Tratado no abría este peligro, pues este había existido aun antes de que la guerra hubiera comenzado. Los Estados Unidos, por otra parte, se habían convertido en peligro, porque los mexicanos mismos habían debilitado a su país.

...lo que hoy hemos perdido no nos lo quita el Tratado, nos lo arrebató nuestra locura, y ésta y no aquel, será (y Dios no lo permita) la que nos borre del catálogo de las naciones.

En suma, el Tratado de Guadalupe-Hidalgo no era necesario sino indispensable. Nadie era culpable en particular, sino toda la nación mexicana.

Un argumento importante por el que la mayor parte de los diarios de la Ciudad de México recomendó la inmedita aceptación del Tratado de Paz, fue el temor a la anexión total de México a los Estados Unidos. Desde mayo de 1847 se había iniciado en Estados Unidos un movimiento periodístico que pedía la anexión total del territorio mexicano a la Unión. Para principios de 1848, esta opinión se había apoderado de los debates del Congreso norteamericano¹². Mien tras tanto, en la Ciudad de México después de la ocupación, los no teamericanos, empezaron a exponer estas ideas expansionistas a través de dos periódicos, The American Star y The Northamerican. A fines de 1847 el escándalo de las elecciones para el Ayuntamiento de la Ciudad de México¹³ que terminó con el resonado caso de "El Brindis del Desierto"¹⁴, confirmaron las sospechas de que entre los mismos mexicanos, existía una fuerte tendencia anexionista. Y más aún, de de que se empezaron a divulgar las noticias de que el gobierno de Querétaro estaba en pláticas con el representante norteamericano Nicholas Trist, los levantamientos en contra de que se firmara un tratado de paz, no se hicieron esperar. El 12 de enero San Luis Potosí lanzó un plan desconociendo al gobierno de Querétaro. El 16 del mismo, Guanajuato amenazó con resumir su soberanía. El mismo día lo hizo la guarnición de Guadalajara. Por su parte, y por sus peculiares problemas, Yucatán ofreció el 25 de marzo el dominio y sobera-

nia de su territorio a los Estados Unidos¹⁵, lo cual sería el objeto de un mensaje enviado por el presidente Polk al Congreso el 29 de abril¹⁶. Ese mismo día, el Observador Católico, comentaba que existían rumores de que un grupo de diputados mexicanos "iban a oponerse resueltamente al tratado, para lograr por ese medio la entera conquista del país y la agregación a los Estados Unidos"¹⁷. Finalmente, un día después del canje de ratificaciones el padre y guerrillero Celedonio Jarauta, junto con Martínez Negrete, lanzó un plan desconociendo a ambos, el gobierno de Querétaro y el Tratado de Gualupe-Hidalgo; a este plan se unieron, más tarde, Manuel Doblado y Mariano Paredes.¹⁸ Y para completar el cuadro de confusión, se empezaron a publicar constantemente noticias sobre la proyectada República de Sierra Madre y la participación en el asunto de filibusteros norteamericanos.¹⁹

La prensa capitalina pensó que todos estos movimientos no eran otra cosa que el producto de facciones políticas, cuyas opiniones eran "diametralmente opuestas", pero que buscaban el aniquilamiento de la independencia de México. Una perseguía el establecimiento de la monarquía bajo la protección de Europa; la otra, llevaba "las ideas democráticas a un extremo pernicioso".²⁰ Pero cualquiera de los dos implicaba la enorme posibilidad de que México fuera anexado en su totalidad a los Estados Unidos.²¹ Por ello, los periodistas mexicanos sostuvieron que la paz y la restaruración de relaciones con los Estados Unidos eran necesarias; puesto que estos eran los únicos medios para exigir al gobierno norteamericano que mantuviera a sus habitantes al margen de los problemas internos del país. Por otra

parte, también se dieron a la tarea de mostrar las inconveniencias de la incorporación total de México a la Unión Americana.

El Observador Católico hizo notar que los beneficios materiales que los norteamericanos habían prometido a los habitantes de Nuevo México, por ejemplo, no se habían cumplido. Por el contrario, se habían cometido "horribles crueldades", especialmente con los mexicanos rebeldes en el 1846. ²² El Siglo XIX comentaba la situación del territorio que México había cedido y el comportamiento de los norteamericanos como sigue:

Nos escriben del Paso del Norte dándonos la noticia de que en Nuevo México crece cada día más el desconcierto que produjo la noticia de la cesión de aquel territorio a los Estados Unidos; y que lo que más disgusta a aquellos pueblos es la frecuencia con que están teniendo que hacer desembolsos de dinero a que no estaban acostumbrados. Se asegura también, que no pueden acomodarse a las costumbres de los norteamericanos. Las tropas de éstos, en su retirada, han cometido excesos de todo género. En su tránsito por El Paso han matado a algunos mexicanos y herido a otros, sin que se sepa el motivo; han talado las sementeras con sus caballerías; han arruinado las viñas, y cuando se les ha reconvenido o han contestado que no entienden lo que se les dice, o han amenazado con las armas. Son en verdad insufribles la audacia y la barbarie de los soldados de una nación que se llama civilizada. Damos estos avisos a los candorosos ²³ anexionistas.

En otro nivel, El Eco del Comercio comentó que la anexión de México a los Estados Unidos sería desventajosa para los mexicanos, pues, los americanos buscaban "el dominio de su raza"; y por ello, en el momento en que una población de diferente tronco racial cayera en el ámbito de su autoridad, se encontraría en nivel de inferioridad. Este diario hizo especial hincapié en la idea de que al llevar se a cabo la anexión se iniciaría el proceso de "destrucción y abajtamiento de la raza indígena"

...y a falta de ésta, la anglo-sajona comenzaría a predominar, llegando dentro de muy poco tiempo a quedar reducida a la más completa nulidad la hispano-americana.

El Siglo XIX, recogió estas ideas en su editorial titulado "Anexación" del 29 de octubre de 1848 y profundizó más en el problema. Si los mexicanos llegaban a someterse al gobierno y autoridad de los Estados Unidos, pronto se llegaría a una situación similar a la de la época colonial.

Las leyes que nos regirán contendrían, no lo dudamos, para nosotros las fórmulas de los derechos de los hombres libres; pero su autoridad no bastaría para confundir en uno/^{se/o} caracteres tan opuestos, como el de la raza anglo-sajona y la mexicana. Por más que el nuevo gobierno fuese equitativo, no podría evitar que los hijos de la primera ejerciesen, sobre los de la segunda, la superioridad que da la fuerza y que da la ilustración; menos evitaría que los segundos con vencidos de su debilidad, reputasen como un yugo insopor-

table la tolerancia respecto de unas costumbres tan extrañas a sus hábitos...¿Qué podemos esperar de los Estados Unidos? Díganlo nuestros hermanos del Nuevo México y la California, cuya suerte y derechos, el Congreso de aquel pueblo ni aun se ha dignado discutir, dejándolos sometidos al despotismo militar.

25

Y concluía diciendo, que si el pretexto para inclinarse a ser anexados a la Unión Americana, era la efectividad de sus instituciones, los mexicanos debían hacer "como los romanos, que copiaron las leyes de los atenienses, sin pedirles su gobierno, ni someterse a su dominación". Además, lo que a México le faltaba no eran leyes, ni tampoco instituciones, sino responsabilidad cívica, educación para entender sus leyes y laboriosidad.

Curiosamente los argumentos sobre los que la prensa de la Ciudad de México justificó la necesidad de firmar un tratado de paz y mantener ésta con los Estados Unidos, fueron exactamente los mismos sobre los que apoyó anteriormente su furor bélico. La paz era necesaria para detener el expansionismo norteamericano, para lograr el respeto internacional, para que el espíritu de nacionalidad no se acabara de perder, para iniciar la restructuración interna de la sociedad y las instituciones, y finalmente, para preservar la raza y la cultura hispánicas.

2. significado de la guerra y la derrota.

La ratificación del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, hasta cierto

punto, calmó la ansiedad pública de la Ciudad de México, aunque fue considerado "el hijo de veinte y cinco años de desarreglos y de infortunios", el fruto de la debilidad de México y de "los muchos vicios de su sociedad ".Había sido dictado por la necesidad, y por tanto no era nada "lisonjero". No obstante, México había logrado conservar algo, "pudiendo haber perdido todo". Esta última posibilidad llevó a los mexicanos a hacer un examen de la significación de la derrota sufrida. Era el momento de hacer un análisis de la trayectoria de México desde su independencia, para que en adelante no se cometieran las mismas faltas.²⁶

El Eco del Comercio, resumiendo la opinión de todos los diarios del momento, afirmó que México, como un ser vivo que era, se había separado de "la casa paterna", y embriagado "con la gloria que había adquirido luchando sin auxilio en la sangrienta guerra de su independencia", había exagerado su amor propio, haciéndose vano y presuntuoso. Las ideas de libertad "que brillaban en un pueblo vecino" lo habían deslumbrado, y por ello México había pretendido hacer "una violenta transición desde el simple estado de colonia hasta la más limitada libertad". Cual jóvenes "licenciosos e incautos", los mexicanos se habían lanzado por una senda de excesos, que los había llevado a la encrucijada de la ruina o la rectificación²⁷. Tal era el significado de la derrota. O como decía El Monitor Republicano:

Ahora lo que conviene es aprovecharnos de lo sucedido...
Este es el único fruto que puede sacar a la república de
nuestras desgracias pasadas...Mucho hemos ganado...No faltará
quién se escandalice con esta proposición...²⁸

Los periódicos mexicanos, como se puede ver, aceptaron que la guerra le daba a México la esperanza de un porvenir mejor. Esta esperanza se basaba en la dura lección recibida. En efecto, la desastrosa guerra de que había sido teatro la república, con tanta fortuna para el enemigo, y tanta desgracia para los mexicanos, purificó en cierto modo las opiniones y las ideas. El riesgo que corrió México de desaparecer para siempre como nación independiente, hizo que sus habitantes, sintieran vivamente los efectos de sus desaciertos y desearan realmente un cambio.²⁹ "Los Frutos de la Guerra" fueron que ésta

...había puesto a la nación en un estado capaz de recibir cualquier reforma que nunca había logrado permaneciendo como estaba y mucho menos si la suerte de las armas nos hubiera sido favorable. Ciertamente parece una paradoja, que si atendemos a la sustancia de las cosas y quitamos la vista de apariencias deslumbradoras, puede ser que haya sido más útil para la República la derrota que la victoria.³⁰

La guerra parecía haber demostrado en algunas ocasiones los mexicanos eran capaces de unirse en torno a un ideal común. Acontecimientos "como los del Peñón Viejo", decía El Monitor Republicano, habían sido formativos, que "si para volver a gozar días semejantes" era una necesidad que el enemigo estuviera a la vista, "multitud de mexicanos lo desearían así".³¹ La guerra había demostrado, también, los efectos de la desunión.³² Los Estados Unidos estaban al acecho de los errores de México para aprovecharlos en sus afanes expansionistas.³³ Y la guerra había acabado también con el prestigio de la

casta militar y habia mostrado el egoismo de la clerecia. En fin, para México se abria en ese momento,

..una era más interesante y difícil que la que comenzó por la independencía...si hoy la nación no se hace fuerte por el orden y civilizaci6n, desaparecerá antes de muchos años nuestra nacionalidad, de manera que exterminada nuestra raza, perdidas nuestras costumbres, y nuestras tradiciones y olvidadas hasta nuestro idioma y nuestros nombres, dejaremos sobre la tierra de nuestros padres, un vestigio más débil que el que ha quedado de nuestros primitivos y valerosos pobladores...

34

A partir de este momento México podía empezar a desarrollarse, pero sólo podía hacerlo en base a las experiencias de la guerra; de otra manera la paz podría serle aun más perjudicial de lo que la guerra habia sido. De aqui que los muchos periódicos se preguntarán:

...si al terminarse nuestro arreglo con los Estados Unidos habremos conseguido solamente haber pedido una inmensa extensión del territorio, quedando como siempre con nuestras antiguas revoluciones de cada seis meses, nuestra emplecma-
35
nía y nuestra absoluta falta de júbio para goberñarnos.

La esperanza de este momento era ⁹⁰⁰la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, abría una era en que México empezaría a reinar la calma social; ³⁶ las experiencias sufridas se traducirían en programas de educaci6n para el pueblo, "poniéndolo al nivel de las instituciones", dándole goces que le hiciera amar a su gobierno y despertar ³⁷ "ese sentimiento natural que hace a los hombres amar a la patria".

México podría algún día "lavar de un modo glorioso la mancha" con que había empafado su honor la guerra pasada.³⁸

En el ambiente general se sentía la necesidad de una reforma, ya fuer³⁹ conservadora o liberal⁴⁰. Lo importante era basarla e n el reco-
nocimiento del "interés común" para que lograra hacer feliz a la
nación.⁴¹ Era importante que "teniendo a la vista el ejemplo vivo
y palpitante de lo pasado", los mexicanos adoptaron una marcha ente-
ramente nueva y "opuesta a la marcha antigua". Que los partidos de-
poniendo sus viejos rencores "e n aras de la patria", se lanzaran
por la vía de la legalidad, e hicieran de México, lo que México de-
bía ser.⁴² El camino de la reforma estaba pues expedito.

CAPITULO IX

NOTAS

1. El impacto moral que produjo el hecho de que la ocupación de la Ciudad de México hubiera tenido lugar en septiembre de 1847, se puede inferir por los artículos publicados para conmemorar las festividades de la independencia en 1848. Cfr. Iglesias, José María. "Discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1848 en la Alameda Central de esta capital por el C...", El Siglo XIX, 16 de septiembre de 1848, p.1, "El 16 de septiembre de 1848", Ibid., p.4, "El Día 14 de septiembre de 1847", Ibid., 14 de septiembre de 1848, p.3
2. "Tratado de Paz", El Observador Católico, 29 de abril de 1848, p. 142
3. "Fmotos de la Guerra", El Monitor Republicano, 7 de julio de 1848, p.3
4. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 16 de marzo de 1848, p.4
5. "Conclusión definitiva para la paz", Ibid., 4 de mayo de 1848, p.3
6. "Temores de una nueva revolución", El Siglo XIX, 2 de junio de 1848, p.4
7. El Eco..., nota 5
8. El Monitor..., nota 3
9. El Observador..., nota 2
10. "La Paz en las actuales circunstancias...", El Eco del Comercio, 9 de mayo de 1848, p.4

11. El siglo XIX, nota 6
12. Lambert, Paul, "The All-Mexico Movement", en: The Mexican War Changing, p.165, Knauth, Josefina Vázquez de, "El Congreso de los Estados Unidos y la guerra del 47". Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos, No.5, México, U.N.A.M., 1973, p.71
13. Roa Bárcena, J.M., op.cit., III,p.205-212, Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, Antón Lizardo. El Tratado Mac Lane-Ocampo. El Brindis del Desierto. México, Editorial Jus, 1962, p.291-296
14. Olavarria y Ferrari, op.cit., p.709, Roa Bárcena, J.M., op.cit., III,p.215
15. Roa Bárcena, J.M., op.cit. III, p.251- y 301-302
16. Valadés, José C., Orígenes de la república mexicana. La aurora constitucional. México, Editores Mexicanos Unidos, 1972,p.568
17. El Observador..., nota 2
18. El siglo XIX, 15 de junio de 1848, p.1, Olavarria y Ferrari, op.cit., p.712; Calendario de Galván, 1851, p.56
19. "Más sobre la República de Sierra Madre", El Siglo XIX, 3 de octubre de 1848, p.3
20. El Eco del..., nota 10
21. Desde el año de 1846 el asunto de la anexión de México a los Estados Unidos había sido discutido por la prensa mexicana. El Tiempo había acusado entonces a los diarios liberales de querer anexar todo el territorio mexicano a aquella nación. Estos, a su vez, se defendieron achacando a El Tiempo de ser él el que atentaba contra la soberanía e independencia de México. La palabra

esclavitud fue usada entonces, por ambas tendencias en acusaciones y defensas, más con un sentido retórico que literal. Algunos ejemplos de la polémica de este año son los siguientes: "Estados Unidos", El Republicano, 18 de abril de 1846, p.4:

"Es necesario que nos convenzamos que la protección de los Estados Unidos es el peor lazo que se puede tender a nuestra nacionalidad e independencia. Conservar nuestra nacionalidad con relación a ellos, es conservar nuestra independencia, libertad y todos los bienes positivos que deseamos para ser felices. Perder nuestra nacionalidad, haciéndonos parte integrante del territorio de la Unión, es subordinar nuestra población a la americana; quedar reducidos a ser sus criados, en una situación poco diferente de la miserable que tienen entre ella sus esclavos".

Rosa, Luis de la, "Discurso pronunciado en la Alameda por..." Ibid, 19 de septiembre de 1846, p.3:

"...Si esa república ambiciosa llega a enseñorearse de nuestro país, toda raza que no fuese la de origen europeo, sería despojada de los derechos políticos y reducida a una inferioridad muy parecida a la servidumbre de los negros..."

"Cuestión del Día", El Tiempo, 5 de abril de 1846, p.1:

"...si los mexicanos llegan a pertenecer a los Estados Unidos serán lo que son todos los pueblos de raza distinta en una nación diferente; sus esclavos."

22. "Colonización. Tolerancia de Cultos", El Observador Católico, 16 de septiembre de 1848, p.622

23. "Nuevo México", El Siglo XIX, 27 de octubre de 1848, p.4
24. "Estados Fronterizos", El Eco del Comercio, 28 de junio de 1848, p.4
25. "Anexación", El Siglo XIX, 29 de octubre de 1848, p.3
26. "La Paz", El Eco del Comercio, 22 de mayo de 1848,p.4
27. "Reorganización", Ibid, 25 de mayo de 1848, p.3
28. El Monitor...nota 3
29. "Revista Política de México", El Eco del Comercio, 11 de julio p.3
30. El Monitor.... nota 3
31. "Aconecimientos Frescos", Ibid, 14 de agosto de 1848, p.3
32. El Siglo XIX, nota 6
33. "La Paz, El Monitor Republicano, 3 de junio de 1848, p.3
34. "Introducción", El Siglo XIX, 1 de junio de 1848, p.1
35. "Cuestiones Sociales", El Eco del Comercio, 13 de marzo de 1848, p.3
36. El Eco del....nota 26
37. "El pasado y el Porvenir", El Siglo XIX, 19 de noviembre de 1848, p.3
38. El Observador... nota 2
39. El Observador.... nota 22
40. "El Partido Dominante", El Siglo XIX, 17 de septiembre de 1848, p.3, "El Partido Puro", Ibid, 28 de septiembre de 1848, p.3, "Mo derados", Ibid, 29 de septiembre de 1848, p.3
41. El Monitor.... nota 33
42. El Eco delnota 26

C O N C L U S I O N E S

El año de 1845 trajo a la historia de México la presencia cada vez mas cercana de una guerra con los Estados Unidos, amenazante de deg de muchos años antes. Para el año de 1848 ésta habia terminado, pero dejando huellas trágicas, profundas e imborrables. México totalmente derrotado perdió más de la mitad de su territorio. El trauma fue pro fundo, pero habria de ser opacado por los otros acontecimientos ^{de} la Reforma y la Intervención Francesa. Sin embargo, parte de los efectos de la guerra del 47 siguieron y siguen viviendo una existencia subterránea, especie de pesadilla que quisiera olvidarse, pero cuyas consecuencias todavía afectan a los mexicanos que ven al suroeste norteamericano, alguna vez nuestro, próspero y rico. Desde el momento en que la guerra fue una posibilidad casi inevitable, hasta que el tratado de paz, los mexicanos conscientes volvieron alternativamente los ojos sobre la nación enemiga y la propia. Habían pedido primero la guerra con gran furor, y luego la rechazaron como uno de los peores males que podía sufrir el país.

Los Estados Unidos fueron vistos como un modelos de imitación. Su prosperidad económica, su organización socio-política, sus instituciones y leyes fueron objeto de la admiración de los periodistas mexicanos. Pero mientras unos consideraron que estas características eran el producto de la continuidad histórica que había sabido mantener aquella nación, otros las atribuyeron al carácter de su población, cuyos valores eran en sí revolucionarios y modernos. La Unión Americana, en suma, fue un ejemplo vivo de los principios pragmáticos y positivos sobre los cuales se debía fincar una nación sólida

progresista y respetable. Al mismo tiempo, el que los Estados Unidos mantuvieran la esclavitud, y hubiera quien la defendiera, justificarán prejuicios anti-indigenistas, y se legalizaran arbitrarias medidas en política internacional, condujo a la idea de que también representaban un modelo de barbarie, salvajismo e incultura. De esa manera los Estados Unidos no eran una nación sino aparentemente, en ella se exaltaban el materialismo más ruín, la vulgaridad y las pasiones más bajas del hombre, disfrazándolas de valores morales, de movimientos de reforma y de sentimientos nacionales. Esta imagen ambivalente fue el producto de los anteojos a través de los cuales cada grupo ideológico miraba a hacia aquel país. La imagen por otra parte, determinó las actitudes que entonces tuvieron y que aún se tienen frente a los Estados Unidos.

Por encima de todo, los Estados Unidos fueron vistos como una amenaza real. El expansionismo norteamericano fue el tema sobre el cual los mexicanos especularon más, con el fin de encontrar una explicación tanto de sus raíces como de las formas en que actuaba. Igualmente determinado por diversos puntos de vista, unos opinaron que el expansionismo norteamericano tenía dos aspectos: primero era ideológico y luego territorial. Otros repararon sólo en la ambición territorial. En cuanto a las fuerzas que lo movían, se explicaron como el resultado de natural de su constitución, como obra de sus políticos y como una etapa más de la secular lucha entre la raza anglo-sajona y la latina.

La amenaza que significó el expansionismo de los Estados Unidos obligó a los periodistas mexicanos a volver sus ojos sobre su propio país, meditaron sobre su pasado, su presente y su porvenir. En un principio la imagen que se formaron estaba teñida con oscuros tintes pe-

simitas. Se tuvo la plena conciencia de que las constantes revoluciones sufridas, casi desde la consumación de la independencia, había de bilitado al país en todos los órdenes que en ese momento estaba total mente indefenso ante el enemigo. Todos aceptaron que México carecía de un auténtico sentimiento nacional, dado que los lazos capaces de unir a los diversos sectores de su población no se habían establecido. La responsabilidad de este fenómeno se achacó a la sociedad inmadura, pero también a sus instituciones inadecuadas para responder a las necesidades del país. Por supuesto que en estas críticas las tendencias liberales enfatizaron el problema social, mientras que los conservadores, subrayaron el problema institucional. Pero las dos tendencias llegaron a la conclusión de que habían pasado cuarenta años de costosos ensayos para el país, y por lo tanto, este debía ser organizado y reformado de una manera definitiva.

El grupo de periodistas liberales sostuvo que a nivel institucional sólo el sistema republicano federal podía dar una solución efectiva a los problemas del momento y del futuro. Respondía a la configuración física y moral de México, podía resolver los problemas económicos, detener la diáspora con que las fuerzas provinciales amenazaban y proporcionar los medios necesarios para llevar a cabo la defensa en la guerra contra los Estados Unidos. Además era el único que podía implantarse de acuerdo con el compromiso tácito que se tenía de ser americanos. El funcionamiento de este sistema requería de una sociedad madura y responsable. La sociedad mexicana no era ni podía serlo si se dejaba a sus propias fuerzas el proceso de regeneración, por lo tanto, el Estado debía reformarla. El gobierno civil debía crear un verdadero nacionalismo para constituir un lazo de unidad de toda

la población sobre la base de unos intereses materiales, únicos capaces de producir la solidaridad social. Orden, libertad y progreso se convirtieron en metas a perseguir. La supresión de fueros y privilegios, la secularización de la educación, la creación de un nuevo ejército, la apertura de canales para la movilidad social y para la inmigración fueron los medios que se consideraron esenciales. En todo este programa una idea estuvo siempre latente: México debía ser como los Estados Unidos, para no perecer ante su fuerza.

Por su parte, los conservadores llegaron a la conclusión opuesta. México debía ser la antítesis de los Estados Unidos. Su debilidad provenía de su empeño por copiar las instrucciones ajenas. Debía buscar en su pasado, fundamentalmente europeo, las bases de su organización. El único sistema que podía sacar al país del caos político en que vivía y capaz de fortalecerlo para resistir el expansionismo norteamericano, ideológica y territorialmente, era el monárquico. Este le aseguraría una permanente alianza con los países de Europa, a la vez que establecería las jerarquías necesarias para alcanzar el verdadero orden, la lógica libertad y el definitivo progreso. La nacionalidad debía fincar en el único medio del que disponían los mexicanos en ese momento: la religión católica. Y los privilegios y fueros cerrar las puertas a los afanes de superación de otros sectores.

En cierta manera se puede afirmar que la presencia y amenaza de los Estados Unidos definió los programas de las facciones, convirtiéndolas en verdaderos partidos políticos. Representaron estas, en aquellos años, el doble papel de paradigma y repudio. Se constituyeron en una instancia necesaria para hacer sentir a los mexicanos que eran

únicos, diferentes, que estaban unidos por/^{algo} común a ellos, que no tenían los demás y un proyecto debía unirles: defender esos elementos que les eran propios.

El programa liberal fue el que acabó por triunfar, después de una lucha sangrienta, que no se puede explicar sin tomar en consideración los principios que hicieron posibles la aparición de los partidos políticos. Con el triunfo del liberalismo los Estados Unidos dejaron de ser una imagen externa y constituyeron la entraña misma de nuestra nación. Muchas de sus características y muchas de sus contradicciones pasaron a ser parte de nuestra tradición. Pero al mismo tiempo, algunos de los principios y prejuicios conservadores se mantuvieron vivos porque el liberalismo los hizo suyos.

La guerra, sirvió de estímulo al surgimiento de los programas políticos y de un nacionalismo más extendido y dio las bases para organizar la defensa liberal de México durante la intervención francesa. La guerra del 47 fue sostenida por los periodistas mexicanos como el único medio viable para detener el expansionismo norteamericano, pero también como un medio para despertar en los mexicanos su conciencia nacional y política, haciéndoles ver que pertenecían a una raza, tenían una religión diferentes a la de sus enemigos y una escala de valores humanos superior. Se esperó que la guerra crearía la unión de todos los mexicanos y aceleraría su regeneración. Enseñó que el ejército, tal como existía en esos momentos era ineficiente. Se pensó que un ejército nuevo, un ejército formado de civiles, podía ser mucho más efectivo. Dejo sentir que para crisis agudas, el caudillo carismático tradicional no funcionaba, y abrió la oportunidad para aceptar un nuevo tipo de gobernante. Simultáneamente, puso en evi-

dancia que las tácticas que se habían puesto en práctica eran inefectivas frente a un ejército organizado; por eso las guerrillas en lugar de la batalla formal serían la base de la defensa durante la siguiente invasión extranjera.

La derrota vino a dar relieve a todo lo que se había dicho durante la guerra. Esta dejó un legado importantísimo. Iba a permitir que los mexicanos vieran con mayor claridad aun la necesidad misma de reorganizar sus instituciones y su sociedad, a la vez que crear o fortalecer los lazos de unión que hicieran posible un verdadero sentimiento nacional. Por otra parte, unió por sí misma a los mexicanos en un proyecto común. La desgracia más que el éxito, muchas veces une a los hombres. Del rencor podría decirse otro tanto. En suma, entre 1845 y 1848 México perdió "más de la mitad de su territorio, casi dos millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados", pero ganó conciencia, responsabilidad y experiencias que le serían muy útiles en el futuro. Obtuvo la posibilidad de constituirse en una verdadera nación que con sus propias contradicciones, seguiría adelante.

La actitud de la prensa de la Ciudad de México de aquellos años nos enseñó una lección, que desgraciadamente hemos olvidado, la necesidad de conocer a nuestro país y a los Estados Unidos. La comparación permite el desarrollo de actitudes críticas que nos permiten ver nuestras debilidades con mayor claridad y estar alertas ante el peligro.

B I B L I O G R A F I A

A) HEMEROGRAFIA

El Amigo del Pueblo. México, 1845-1846.

The American Star. México, 1847-1848.

Boletín de Noticias. México, 1844-1845.

Calendario de Galván. México, 1845-1848.

El Cangrejo. México, 1847-1848.

El Católico. Periódico religioso, político-religioso, científico y literario. México, 1845-1847.

El Constitucional. México, 1848.

El Defensor de las Leyes. México, 1845.

Diario del Gobierno de la República Mexicana. México, 1845-1848.

Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico, por unos simples. México, 1845-1847.

El Eco del Comercio. Periódico de literatura, política, artes e industria de la Sociedad Filatrópica Mexicana. México, 1847-1848.

El Español. México, 1848.

El Espectador. México, 1846.

El Espíritu de la Nueva Sociedad. Periódico de la Junta de Artesanos. México, 1848.

El Estandarte Nacional. Federación y Tejas. México, 1845.

El Estopin. México, 1848.

La Hesperia. México, 1845-1846.

El Ilustrador Católico Mexicano. México, 1846.

El Memorial Histórico. Periódico noticioso, comercial, científico y literario. México, 1846.

El Mexicano. México, 1845.

El Monitor Constitucional. México, 1845-1846.

El Monitor Constitucional Independiente. México, 1845.

El Monitor Republicano. Diario de política, literatura, artes, ciencias industria, comercio, medicina, tribunales, agricultura, teatros modas y anuncios. México, 1846-1848.

The Northamerican. México, 1848.

El Observador Católico. Periódico religioso, social y literario. México, 1848.

La Palanca. México, 1848.

La Patria. México, 1847-1848.

El Patriota Mexicano. México, 1845.

El Porvenir. México, 1846.

El Republicano. México, 1846-1847.

El Razonador. México, 1847.

El Siglo XIX. México, 1845 y 1848.

El Tiempo. México, 1846.

El Universal. Periódico Independiente. México, 1848.

La Voz del Pueblo. México, 1845.

La Voz de la Religión. México, 1848.

B) BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA.

- A cien años de la epopeya. 1847-1947. Antonio Fernández del Castillo (ed). México 1947.
- Alamán, Lucas. Historia de México. 5 v. México, 1968-1969
- Alcaraz, Ramón et.al. Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos. México, 1970.
- Alvear Acevedo, Carlos. La agresión estadounidense del 1847. México, 1968. La Guerra del 47. México, 1957
- Apuntes históricos sobre los acontecimientos notables de la guerra entre México y Los Estados Unidos del Norte, México, 1945
- Arrangoiz, Francisco de Paula de. México desde 1808 hasta 1867. México, 1968.
- Bailey, Thomas A. A Diplomatic History of the American People. New York, 1850.
- Bayles, Francis. A narrative of Major Wool's campaign in México in the years 1846, 1847 and 1848. Albany, N. Y., 1851
- Balbontin, Manuel. La Invasión americana de 1846 a 1848. México, 1883.
- Baldwin, Leland D. The Stream of American History. New York, 1969.
- Bancroft, Hubert H. History of Mexico. 1824-1861. 6 v. San Francisco 1884, 1888. History of North Mexican States and Texas. 2 v. San Francisco, 1884-1889.
- Bannon, John Francis. The Spanish Borderlands Frontier. 1513-1821. New York, 1970.
- Bartlett, Irving. et.al. A new History of the United States. An inquiry approach. New York, 1969.
- Bazant, Jan. Los bienes de la Iglesia en México. (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la Revolución Liberal. México, 1971.

- Bazant, Jan. Historia de la deuda exterior de México. (1823-1946). México, 1968.
- Bemis, Samuel F. A. Diplomatic History of United States. New York, 1955.
- Bauregard, Pierre. The Mexican War. Reminiscences. Baton Rouge, 1956
- Bill, Alfred H. Rehersal for Conflict: The war with México. 1846-1848. New York, 1947.
- Billington, Ray Allen. Westward Expansion. A History of the American Frontier. New York, 1949. The Westward movement in the United States Princeton, 1959. American's Frontier Heritage. New York, 1966.
- Bocanegra, José María. Memorias para la historia de México Independiente. (1822-1846). México, 1892
- Bosch, Garcia, Carlos. Material para la Historia Diplomática de México. (México y los Estados Unidos. 1820-1848). México, 1957. Historia de las Relaciones Diplomáticas entre México y los Estados Unidos. México, 1961.
- Brack, Gene M. "La opinión mexicana, el racismo norteamericano y la guerra de 1848". Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos. México, 1971.
- Bravo Urgarte, José. Historia de México, México, 1940
- Periodistas y periódicos mexicanos. México, 1966.
- Breve reseña histórica de los principales acontecimientos ocurridos con motivo de la rebelión de la colonia de Tejas y la guerra con los Estados Unidos de Norteamérica. 1848, México, 1941.
- Brockway, Thomas P. Basic Documents in United States Foreign Policy.

Princeton, 1968.

Buelna, Eustaquio. Apuntes para la historia de Sinaloa. (1821-1882)
México, 1924.

Bustamante, Carlos María de. El Nuevo Bernal Díaz del Castillo, o
sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México. Com-
puesta en 1847. 2 v. México, 1949. Campaña sin gloria y guerra como
la de los cacomixtles, en las torres de las iglesias, tenida en el
recinto de México, causada por haber persistido Valentín Gómez Fa-
rias... México, 1847.

Calhoun, John C. Works of John C. Calhoun. 6 v. New York, 1854-1857.

Papers of John C. Calhoun. 6 v. Colombia S.C., 1959-70.

Callahan, James M. American Foreign Policy in Mexican Relations.

New York, 1932.

Callcott, Wilfred H. Santa Anna: The story of an enigma who once was
Mexico. Norman, 1936.

Carpers, GERAL M. John C. Calhoun. Opportunist. A Reprisal. Chicago
1969.

Carrasco Puente, Rafael. La prensa en México. Datos históricos. Mé-
xico, 1962.

Carreño, Alberto María. Jefes del ejército mexicano en 1847. Biogra-
fías. México, 1914. La Diplomacia Extraordinaria entre México y los
Estados Unidos. 1789-1947. 2.v. México, 1962. México y los Estados
Unidos de América. Apuntaciones para el acrecentamiento territorial
de los Estados Unidos a costa de México desde la época colonial hasta
nuestros días. México, 1962.

Castañeda, Carlos E. The Mexican Side of the Texas Revolution. Dallas
1928.

Castillo Najera, Francisco. Efectivos de los ejércitos beligerantes: consideraciones sobre la campaña de invasión norteamericana. México, 1947.

Castillo Negrete, Emilio. Invasión de los norteamericanos en México. 4 v. México, 1890.

Coit, Margaret L. John C. Calhoun. American Portrait. Boston, 1950

Connor, Seymour V. Texas A. History. New York, 1971.

et.al. North America Divided. The Mexican War. 1846-1848. New York. 1971

Cook, Philip St. George. The Conquest of New Mexico and California; an historical and personal narrative. New York, 1878.

Crane, Verner. The Southern Frontier. 1670-1732. Michigan, 1964.

Coasío Villegas, Daniel. "De la necesidad de estudiar a los Estados Unidos". Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos. México, 1968.

Cox, Patricia. El Batallón de San Patricio. México, 1963.

Cuevas, Luis Gonzaga. Porvenir de México. Juicio sobre su estado político en 1821-1851. México, 1851.

Chany, Homer Campbell. The Mexican-United States war as seen by Mexican Intellectuals. 1846-1956, Stanford, 1959.

De Voto, Bernard. The year of decisión: 1846. Boston, 1943.

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México. 2v. México, 1970.

Dodd, William E. "The West and the war with México". Journal of the Illinois State Historical Society. vol. V. Springfield, 1912.

Elliot, Charles W. Winfield Scott; The Soldier and the man. New York, 1937.

- Esquivel Obregon, Toribio. México y los Estados Unidos ante el derecho internacional. México, 1926.
- Faulke, Oddie B. et.al. The Mexican War. Changing Interpretations. Chicago, 1973.
- Filisola, Vicente. Memorias para la historia de la guerra de Tejas. 2 v. México, 1968.
- Fuentes Díaz, Vicente. La Intervención norteamericana en México. México, 1947.
- Fuller, John D.P. The Movement for que acquisition of All México. 1846-1848. Baltimore, 1936. "The Salvery question and teh movement to acquire Mexico. 1846-1848". The Mississippi Historical Review. vol. XXI. St. Paul. June 1943.
- Gallatin, Alnert. Peace with México. New York, 1847.
- Grambell, Herbert. Anson Jones: The last president of Texas. New York, 1948.
- García, Genaro. La situación política y económica en la República Mexicana al iniciarse su guerra con los Estados Unidos. México, 1913.
- General Scott and his staff. Comprising memories of general Scott, Twiggs, Smith... Philadelphia, 1852.
- González Navarro, Moisés. Raza y Tierra. La guerra de castas y el henequén. México, 1970.
- Graebner, Norman A. Manifest Destiny. New York, 1968.
- Empire on the Pacific. A study in American Continental expansionism. New York, 1955.
- Gutiérrez Estrada, José María. México en 1840 y en 1847. México, 1848.
- Guzmán y Raz Guzmán, Jesús. Bibliografía de la Reforma y la Interven-

- ción y el Imperio. 2 v. México, 1930-1931.
- Grant Ulysses. Personal Memories. New York, 1886.
- Hamilton, Halman, Zachary Taylor. New York, 1942.
- Haningham, Frank C. Santa Anna: The Napoleon of the West. New York, 1934.
- Henry, Robert S. Story of the Mexican War. New York, 1950.
- Hidalgo, José Manuel. Proyectos de Monarquía en México. México, 1962.
- Holst, Hermann, E. von. The Constitutional and political history of the United States. 8 v. Chicago, 1876-1892.
- Hurwitz, Howard J. An encyclopedic dictionary of American History. New York, 1970.
- Jameson J. Franklin (ed). Correspondence of John C. Calhoun. Annual Report of American Historical Association. vol.II. Washington, 1900.
- Jay, William. Causas y consecuencias de la guerra mexicana. México, 1948.
- Jiménez Moreno, Wigberto. et. al. Historia de México. México, 1967
- Johnson, Willis F. American's Foreign Relations. 2 v. New York, 1916.
- Klose, Nelson, A concise study guide to American Frontier. Nebraska, 1964.
- Knauth, Josefina Vázquez de. Nacionalismo y Educación. México, 1970.
- Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47. México, 1972.
- Historia de México. 1821-1848. (ms) El Colegio de México, México, 1973.
- "El Congreso de los Estados Unidos y la Guerra del 47". Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos. México, 1973.
- Kull, Neil M. Chronological encyclopedia of American History. New York, 1969.

- Leach, Douglas Edward. The Northern Colonial Frontier. New York, 1966
- León Portilla, Miguel et.al. Estudios de Historia de la Filosofía en México. México, 1963.
- Lerdo de Tejada, Miguel. Apuntes históricos de la H. ciudad de Veracruz. México 1850.
- Lepidus, Henry. "The History of Mexican Journalism". The University of Missouri Bulletin. St. Louis, 1928.
- Livermore, Abiel. Revisión de la guerra entre México y los Estados Unidos. México, 1948.
- López de Santa Anna, Antonio. Las guerras de México con Tejas y los Estados Unidos, México, 1910.
- Lowell, James Russell. The Biglow Papers. Cambridge, 1848.
- Manning, William. Early Diplomatic relations between the United States and México. Baltimore, 1916.
- Mansfield, Edward Deering. The Mexican War, a history of its origin and detailed account of the victories... New York, 1851.
- Matute, Alvaro. México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas. México, 1972.
- McClellan, George B. The Mexican war diary. Pricenton, 1917.
- Meigs, William Montgomery. The life of John Cadwell Calhoun. 2 v. New York, 1917.
- Menéndez, Carlos R. La célebre misión del doctor Justo Sierra O'Reilly a los Estados Unidos de Norteamérica en 1847 y 1848. Mérida, 1945.
- Merk, Frederick. The Monroe Doctrine and American Expansionism. 1843-1849. New York, 1966. Manifest Destiny and Mission in American History. A reinterpretation. New York, 1966.

- Miranda Basurto, Angel. La evolución de México. (De la independencia a nuestros días). México, 1960.
- Mora, José María Luis. México y sus revoluciones. 3 v. México, 1965.
Obras Sueltas. México, 1963.
- Morris Richard, et.al. América. A History of the People. Chicago, 1971
- Newman, John B. Texas and Mexico in 1846. New York, 1846.
- O'Gorman, Edmundo. Seis estudios históricos de tema mexicano. Xalapa 1960. La supervivencia política Novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo Mexicano. México, 1969. Historia de las divisiones territoriales de México. México, 1966.
- Ocampo, Melchor. Obras Completas. 3 v. México, 1900.
- Ochoa Campos, Moisés. Reseña histórica del Periodismo Mexicano. México, 1968.
- Olavarría y Ferrari, Enrique. et.al. México a través de los Siglos. tomo IV. México Independiente. 1821-1835. México, 1958.
- Ortega y Medina, Juan A. "Fundamentos Doctrinales del Manifest Destiny". Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos. México, 1973.
- Paso y Troncoso, Francisco del. Guerra del 1847 entre México y los Estados Unidos, desde la salida de Puebla del ejército americano hasta la desocupación de México, México, 1908.
- Peña y Reyes, Antonio de la. (ed). Algunos documentos sobre el Tratado de Guadalupe y la situación de México durante la invasión americana. México, 1930.
- Perkins, Dexter. Hands off. A Review of the Monroe Doctrine. Boston, 1941.
- Polk, James Knox. Diario del Presidente Polk. 1845-1849. Reproducción

- ción de todos los asientos relativos a México. 2 v. México, 1948.
- Pratt, Julius W. A History of United States Foreign Policy. New Jersey, 1965. Expansionistas of 1812. Gloucester, Mass. 1957.
- Price, Glenn W. Origins of the War with Mexico. The Polk-Stockton Intrigue. Austin, 1967.
- Prieto, Guillermo. Memorias de mis tiempos. México, 1969.
- Viaje a los Estados Unidos. 3v. México, 1877-1878.
- Quirarte, Martín. Visión panorámica de la Historia de México, México 1967. Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano. México, 1970.
- Ramírez, José Fernando. México durante la guerra con los Estados Unidos. México, 1905.
- Reeves, Jesse S. American Diplomacy under Tyler and Polk. Baltimore 1907.
- Relación histórica de los cuarenta días que mandó en jefe del ejército del Norte el E. Señor general de división Mariano Arista, escrita por un oficial. México, 1846.
- Ramsey, Albert C. (ed). The other side, or notes of the History of the war between Mexico and United States. New York, 1850.
- Rhodes, James Ford. History of the United States from de Compromise of 1850. Vol. I. New York, 1892.
- Ripley, Roswell Sabine. The war with Mexico. London, 1850.
- Rippy, Fred. The United States and Mexico. New York, 1931.
- Rivera Cambas, Manuel. Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Hapsburgo: 3 v. México, 1888-1895.

- Rivas, George L. The United States and Mexico, 1821-1848. 2 v. New York, 1913.
- Roa Bárcena, José María. Recuerdos de la invasión norteamericana. (1846-1848). Por un joven de entonces. 3 v. México, 1947.
- Ruiz, Ramón Eduardo. The Mexican War. Was it Manifest Destiny? New York, 1966.
- Salado Alvarez, Victoriano. De cómo escapó México de ser yankee. México, 1968.
- Sánchez Navarro, Carlos. La Guerra de Tejas. Memorias de un soldado. México, 1960. Miraron el caudillo conservador. México, 1945.
- Schefer, Christian. Los orígenes de la intervención Francesa (1858-1862). México, 1963.
- Schlesinger, Arthur M. The Age of Jackson. Boston, 1945.
- Sierra, Justo. Evolución política del pueblo mexicano. México, 1957. Juárez. Su obra y su tiempo. México, 1956.
- Sierra O'Reilly, Justo. Segundo libro del diario de mi viaje a los Estados Unidos. México, 1953.
- Silva Herzog, Jesús. El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964. México, 1967.
- Singletary, Otis. A. The Mexican War. Chicago, 1960.
- Smith, Justin H. The war with Mexico. 2 v. Gloucester, Mass. 1963. The Annexation of Texas. New York, 1948.
- Sosin, Jack M. The Revolutionary Frontier. New York, 1967.
- Stenberg, Richard R. "The failure of Polk's Mexican War intrigue of 1845". The Pacif Historical Review. vol. IV. Glendale, 1935.
- Stephenson, Nathaniel W. Texas and the Mexican War. New Haven, 1921.

- Stevens, Isaac C. Campaigns of the Rio Grande and of Mexico. New York, 1851.
- Suárez H. Armando. et.al. Tablas cronológicas de historia de México (1810-1917). México, 1964.
- Suárez y Navarro, Juan. Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna. México, 1850.
- Tena Ramírez, Felipe. Leves fundamentales de México. 1808-1971. México, 1971.
- Thompson Waddy. Recollections of Mexico. New York, 1847.
- Trueba, Alfonso. California. Tierra Perdida. 2 v. México, 1956-1958. Legítima Gloria. México, 1959.
- Torre Villar, Ernesto de la. et.al. Historia documental de México. tomo II. México, 1964.
- Torres, Juan Manuel. A cien años de la epopeya. México, 1947.
- Turner, Frederick, Jackson. The Frontier in American History. New York, 1920.
- Valadés, José C. Orígenes de la República Mexicana. La Aurora Constitucional. México, 1972. Breve historia de la guerra entre México y los Estados Unidos. México, 1947. Don Melchor Ocampo. Reformador de México, México, 1954. Santa Anna y la Guerra de Texas. México, 1935.
- Valle, Rafael Heliodoro. Héroes de 1847. México, 1947.
- Vaughan, Alden T. New England Frontier. Puritans and Indians 1620-1675, Boston, 1965.
- Velasco Márquez, Jesús. "El siglo XIX ante el conflicto con los Estados Unidos. 1845 y 1848". Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos. México, 1973.

- Vigil y Robles, Guillermo. La invasión de México por los Estados Unidos en los años de 1846, 1847 y 1848; apuntes históricos anecdóticos y descriptivos. México, 1923.
- Villaseñor y Villaseñor, Alejandro. Anton Lizardo. El Tratado MacLane-Ocampo. El Brindis del Desierto. México, 1962.
- Weinberg, Albert K. Manifest Destiny. A study of nationalist expansionism in American History. Chicago, 1963.
- Willard, Emma. Last leaves of American History; comprising histories of the Mexican War and California. New York, 1849.
- Wiltse, Charles Maurice. John C. Calhoun. Jv. Indianapolis, 1944-1951.
- Wright, Loui B. et.al. Breve historia de los Estados Unidos de América. México, 1969.
- Young, Philip. History of Mexico; her civil wars and... Cincinnati, 1847.
- Zavala, Lorenzo de. Ensayo histórico de las revoluciones de Nueva España. México, 1949-1950. Viaje a los Estados Unidos de Norte América. Paris, 1834.
- Zorrilla, Luis G. Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América. 1800-1958. México, 1965.
- Zwelling, Shomer S. Expansionism and Imperialism. Chicago, 1970.

APENDICE DOCUMENTAL

"Tejas y Federación", La Voz del Pueblo, 23 de abril de 1845, p.1-4

Adios a la paz, salud a la guerra: Sí, guerra sin tregua a una nación que invoca el nombre sagrado de la libertad para profanarla, que proclama solemnemente la igualdad de derechos entre to dos los hombres, y retiene en la más degradante esclavitud a más de tres millones, sin otro motivo que ser de distinto color que el reg to de los habitantes del país, tratándolos peor que a bestias de carga y de arado. Guerra sin cuartel a esa nación pérfida, que llaman do a nuestra república con los títulos de amiga y hermana, ha estado por más de veinte años meditando el modo de consumir con la traición más negra, la más infame usurpación. Colocadas en un mismo continen te, regidas por instituciones análogas, ligadas con muchos intereses a formar un sistema continental americano en contraposición con el de las potencias de Europa, cualquiera sacrificio hubiera sido corto para conservar entre ambas naciones la paz, la paz tan querida de Dios y de tanto aprecio para el hombre. Pero los Estados Unidos nos faltan; ellos nos provocan; ellos son los agresores. En la vida de las naciones como en la del individuo, hay casos en que no sólo se teme, sino que se hace un deber perder la existencia. Las naciones como los individuos, deben vivir con honor o dejar de existir: la muerte es siempre preferible a la ignominia. Podrá esa república, que deshonra al ilustre nombre de Washington, valerse de su gran fuerza marítima y bloquear nuestros puertos; podrá bombardear nues

tro castillo de Uldá; podrá hostilizar nuestro comercio de cabotaje, haciendo presa los pocos barcos mercantes que tenemos; podrá intrigar; podrá pagar traidores, si (Dios no lo quiera) encuentra algunos, con el oro que ha podido economizar, merced a los muchos años de paz que ha disfrutado. Pero entre tanto nuestros soldados, valientes por temperamento, incitados por el amor a la gloria, entusiasmados porque defienden una causa nacional, y confiando en la protección del Dios de los ejércitos, que se ha manifestado también el Dios de la libertad, nuestros soldados guiados por jefes aguerridos y acreditados, y los ciudadanos armados bajo la dirección de jefes de su misma elección atravesarán los desiertos, y el pabellón mexicano tal vez pasará las márgenes del Sabina; tal vez avanzará mucho más allá; quizá vendrá a tremolarse sobre el Capitolio de Washington. Nuestros soldados han nacido bajo las cureñas de los cañones, se han mecido al estallido de la artillería; su educación, su alimento ha sido la guerra. ¡Cómo podrán resistirlos los que no han oído silbar una bala, los que han pasado su vida en el ocio de la paz! Contamos además con la división de opiniones que reina en Tejas y en los mismos Estados Unidos, sobre la agregación de Tejas a aquella república, y sobre su independencia como nación separada; contamos con las patentes de corso que se podrán expedir, contamos en fin, con el elemento de la población de color. Proclamaremos la libertad de los negros, y haremos un servicio a la humanidad, y destruiremos de un golpe todas las siembras de algodón, caña de azúcar y café que forman la prosperidad de los Estados del Sur, y precipitaremos esa parte de la población sobre nuestros codiciosos vecinos, y será lo mismo que soltar los

diques de un torrente. Mas les valiera acaso que salieran de madre todos sus ríos; que un terremoto arruinase sus más bellas poblaciones.

La codicia de los Estados Unidos ha excitado la de otras naciones; estas haciendo al pueblo de México la justicia que merece, lo hancreído incapaz de prestarse a la seducción, o de dejarse llevar, sin oponer una vigorosa resistencia, el patrimonio que nos legaron nuestros padres, el fruto de once años de guerra, de millares de ilustres víctimas, de infinitos sacrificios, la independencia, nuestra futura respetabilidad, la integridad de nuestro territorio, nuestros más preciosos derechos, el honor y lustre nacional, pues tanto importa la pérdida de Tejas. Persuadidos de esto, decimos los gobiernos de Europa, han adoptado otro camino, han influido en nuestro gabinete, y han logrado que la cuestión de Tejas se vea bajo dos diversas consideraciones (su agregación a los Estados Unidos, su independencia absoluta) queriéndose persuadir que debe resistirse lo primero; pero que debemos convenir en lo segundo. Al fin el ministro se ha quitado la máscara, el lunes de la presente semana se ha dirigido una iniciativa a la cámara de representantes, firmada por el señor Cuevas, pidiéndose facultad al gobierno para entrar en negociaciones con Tejas...

Cuando Mr. Clay en el discurso de que hemos hecho mención, pronunciado en 25 de diciembre de 1810, quería persuadir que el presidente de los Estados Unidos debía apoderarse de la Florida Occidental, entre otros argumentos decía en apoyo de su opinión:

"No tengo duda en decir que si una metrópoli no puede o no quiere mantener su autoridad en una colonia adyacente a nosotros,

y esta existe en estado de desarreglo y desorden, amenazando nuestra paz, y además esa colonia, pasando a las manos de otra potencia, pudiera venir a ser perjudicial a la unión de nuestros Estados, y tender manifiestamente a la subversión de nuestras leyes, tenemos un derecho fundado sobre los eternos principios de nuestra propia conservación, para apoderarnos de ella."

Este mismo argumento, cuya validez no se puede negar, se hace hoy en varios periódicos de los Estados Unidos por lo que sostienen la agregación de Tejas. De hecho, si por nuestra culpa se introdujese en ese territorio una población europea, que pusiese en riesgo las instituciones republicanas, no solamente los Estados Unidos, sino México también y todas las Américas que fueron colonias españolas, debieran adoptar cuantos medios les parecieran justos, sin exceptuar el tristísimo de la guerra, para evitar un mal de tanta trascendencia.

Pero no, cualquiera que sea la política de los que hoy están al frente de la administración, nosotros declararemos que no es esa la política del pueblo. Este conoce su verdadera situación, y sabrá ponerse a la altura de las circunstancias, y dará garantías de los Estados Unidos y a todas las repúblicas de América, de que sabrá sostener el dominio de Tejas como parte integrante de nuestro territorio, y que no consentirá el establecimiento de una vecindad ominosa a nuestras instituciones.

Por todo lo que hemos dicho, creemos que debía adoptarse un sistema de política interior y exterior, que reuniese a la vez las opiniones en lo interior del país, y que dando garantías a nuestros vecinos, nos proporcionase el medio de entrar en honrosos arreglos

que nos librasen de los males de una guerra que nos amenaza.

Con respecto a la cuestión de Tejas, podría proponerse dar en favor de los tejanos leyes excepcionales; por ejemplo, la libertad de cultos, el juicio de jurados, y la conservación de los esclavos que actualmente tengan, sin que se permita la introducción de otros, con la condición de que reconozcan al gobierno de la república, y se sujeten en lo demás a nuestras leyes, formando en todo una parte de la Unión mexicana; y como de este modo se quitaba también a los Estados Unidos el único fundamento y alguna consideración en que pueda apoyarse el decreto de agregación de Tejas, podía también negociarse la revocación de ese decreto.

"Bienes de la Guerra Extranjera", El Siglo XIX, 1 de agosto de 1845,
p.4

El aspecto de la guerra es siempre tan horrible, que apenas se puede creer que sea capaz de producir algún bien. Sin embargo, la historia enseña por el contrario, que casi todos los grandes estados han conseguido su prosperidad después de largas y desastrosas guerras, bajo cuyo peso parece que iban a sucumbir. Ya en otro artículo hemos procurado probar que la guerra con los Estados Unidos era justa e inevitable; pero además creemos que puede ser útil.

La primera de las ventajas que se puede sacar de ella, es reanimar el espíritu nacional, abatido y casi extinguido...Las guerras intestinas son tan triste, tan oscuras, que es imposible que en ellas se despliegue esa ambición de gloria, origen de los hechos de armas,

así, pues, si en efecto es cierto que hay razas más aptas que otras para la guerra; lo cual es por lo menos disputable, y si es cierto que los mexicanos no ocupan bajo ese aspecto el último escalón, solamente una guerra extranjera puede desarrollar esos germenes de virtudes marciales. Sólo ahí se formarían generales dignos bajo todos aspectos de este alto título.

La moral y la disciplina del ejército recobrarán todo su lustre y vigor, lo que hoy no puede suceder, porque los sentimientos mismos de la humanidad no lo permiten. ¿Quién se atreverá hoy a castigar con la muerte a un centinela que se deserta con el enemigo, cuando este enemigo es un hermano? ¿Quién vacilaría en aplicársela al frente de un enemigo extranjero? Nuestras contiendas civiles tienen por lo común un éxito ventajoso para ambas partes, y esto hace que ninguna de ellas cuide de desplegar todos sus recursos para vencer a su contrario; esto ha engendrado el hábito de celebrar capitulaciones y convenios, contrarios las más de las veces a las prevenciones de las leyes militares. La cobardía, el descuido, la relajación del pundonor, que es el precioso resorte de la milicia, son una de las consecuencias forzosas de semejante costumbre. En una guerra extranjera sucede al contrario. La deshonor más vil es el resultado de un descuido, de la impericia o de la cobardía, por tanto todo el mundo cuida de evitarlas. En una palabra, con una guerra extranjera es preciso que hay un ejército digno de llamarse tal, y esto es absolutamente imposible con puras guerras intestinas. Pero fuera de esto a la nación a más trae bienes esa guerra, porque el peligro común obliga a todos los partidos a sacrificar o diferir sus pretensiones, y es un

principio de unión y de concierto...

Organizada cuanto antes la existencia respetable e independiente de los departamentos, estos podrán cooperar eficazmente cada uno por sí. Finalmente las vejaciones y los insultos de los norteamericanos llegarán también a conciliarles el odio popular.

Los primeros movimientos de entusiasmo no se deben despreciar: después el espíritu público desfallece y se muere. Sirvanos de ejemplo la guerra con Francia. Sin embargo de que estamos muy lejos de asemejar en nada la que hoy vamos a emprender con los Estados Unidos; una política torpe hasta el último punto acerreo los desastres de Ulúa y Veracruz; la necesidad de la guerra estaba muy lejos de ser inevitable; pero hoy por el contrario, sólo una política imprevisi-ba podría hacer esquivar la guerra, y este extremo no puede evitarse. Los partidos tuvieron entonces grandes excusas para no unificarse, para no unirse con los que gritaban unión a nombre de la patria, para aprovecharse de la primera sin servir a la segunda. Pues hoy ¿quién el mexicano que cree que se llama perfidamente a la reconciliación? ¿Es ni siquiera posible dejar de entrar en pugna? No, ciertamente no; tan convencidos estamos de la nacionalidad de la guerra con los Estados Unidos, que no tenemos a asegurar que el gabinete que no la abraza con firmeza se arruinaría infaliblemente.

El ejército ganará en instrucción, moralidad y disciplina, y la nación verá acalladas por mucho tiempo las pretensiones mezquinas de los partidos, con la lucha noble y grandiosa que va a trabajar. La mano de hierro de la guerra, despertará el espíritu público, por el riesgo mismo de un peligro de fuera; el amor a la patria será en

fuerza de insultos y de las heridas de sus enemigos; un culto sagrado para todos los mexicanos; y el carro asolador de la guerra, dejará en su tránsito no sólo la devastación y el exterminio, sino también la semilla de las virtudes sublimes que son el ornamento y la ejida de un pueblo republicano.

"Nuestra Profesión de Fe", El Tiempo, 12 de febrero de 1846, p.1

Hemos prometido una manifestación clara, explícita y completa de nuestros principios políticos. Vamos a cumplir nuestra oferta. Nuestros artículos precedentes han demostrado sin duda, nuestras ideas y convicciones. Pero ha parecido, sin embargo, dudarse de nuestra decisión para expresarlas con franqueza y claridad. Si ahora lo hacemos, no es ciertamente, porque sirva de estímulo a nuestro propósito/^{el} ridículo temor que algunos periódicos nos atribuyen; sino porque obramos con arreglo a un plan, y según él ha llegado el tiempo de descorrer la última punta del velo con que pretenden los partidarios de antiguos abusos ocultar a los ojos del pueblo la situación del país. No cumplía a nuestro carácter arrojar grandes ideas, sin preparación alguna, en la miserable arena de los antiguos partidos; quisimos limpiar antes el campo, tantear la opinión, y satisfechos de este examen y seguros del terreno donde intentamos combatir, vamos a empezar nuestro trabajo y a plantear nuestra bandera.

Creemos que nuestra independencia fue un hecho grande y glorioso, un hecho necesario e inevitable; porque, cuando reinos y provincias situados a tal distancia de la metrópoli llegan a cierto grado de desarrollo y crecimiento, cuando la prosperidad y la cul-

tura han creado intereses y capacidades para gobernar a un país, entonces conviene desatar los lazos que unen a las naciones juvenes con las más adelantadas y antiguas, que como madres les dieron educación y fuerza, iniciándolos en la vida de la civilización. Así, más tarde o más temprano, había de llegar la independencia; diez años de guerras crueles no pudieron verificarla: un paseo militar de siete meses en 1821, bastó para que las palabras de Iguala fueran la bandera del país. ¿Por qué? Porque las garantías de aquel plan conciliaron todos los animos, reunieron todas las simpatías; porque el clero, el ejército, el pueblo veían asegurado un porvenir de gloria y prosperidad para la patria. Por esto muchos sacerdotes, militares y comerciantes españoles continuaron en México sus servicios y trabajos, por eso no hubo sangre, ni ruinas para consumir tan importante revolución, y la independencia reunió tantas simpatías, porque se desataron y no se rompieron los lazos que unían a lo pasado con lo presente y futuro.

El plan de Iguala no se verificó. Iturbide, quiso fundar en provecho propio una dinastía; y este imperio, sin cimiento, sin legitimidad, sin el respeto del tiempo y las tradiciones, cayó en ruinas al primer vaiven revolucionario. La tragedia lamentable que le arrancó la vida, quitó también a la patria un servidor fiel, extraviado solo por la inexperiencia y deslumbrado por las lisonjas. Los Estados Unidos empezaron entonces a levantar en México un imperio de otra clase: sus libros y sus ideas, las ofertas de sus representantes y el engañoso espectáculo de su prosperidad, arrastraron por caminos nuevos y peligrosos nuestra generosa confianza. Las ideas republicanas se apo-

deraron al fin de la nación, y se formularon en el gobierno.

Entonces empezamos a entrar en esa senda fatal por donde caminamos todavía. No teniéndose en cuenta las diferencias de origen, de religión y de historia, no considerándose que nuestra unidad social, política y religiosa nos aconsejaba la forma monárquica de gobierno, como a ellos su diversidad de cultos, de pueblos, y de idiomas, la forma republicana y la confederación federal, creímos que el camino más pronto para asegurar la libertad política, era arrojarnos en los brazos de los Estados Unidos, imitar servilmente sus instituciones y seguir exactamente sus perfidos consejos. Formose entonces la absurda constitución de 1824 y el representante norteamericano fundó, en nombre de la libertad, sociedades secretas que tiranizaron y consumieron al país. Desorganizóse la hacienda; destruyóse la administración; teniendo sobrados recursos para todas nuestras atenciones, se dilapidó el caudal del pueblo y empezamos a contratar empresitos cada vez más ruinosos. Debilitose a la nación expulsando a los españoles pacíficos y laboriosos arrojando con ellos a sus familias mexicanas y los inmensos caudales que poseían. La libertad civil se ahogo en continuas revueltas, y de un ejército sufrido y disciplinado, quiso hacerse un instrumento de ambición y de anarquía. Los presidentes y congresos cayeron precipitados por sangrientas revoluciones. La guerra civil en los campos, los desordenes en las ciudades fueron desde entonces nuestro estado casi normal; mientras los indios bárbaros se atrevían a asolar impunemente nuestro territorio, y los Estados Unidos nos arrebatan a Tejas y preparaban la usurpación de Californias.

Esta descripción no es exagerada; los documentos oficiales, los discursos de todas las representaciones del país, los artículos de todos los periódicos contienen una pintura mucho más fuerte de nuestra situación. ¿Qué vemos ahora? ¿Cuál es nuestra situación? en el interior y en el extranjero?

Una administración desorganizada, una hacienda perdida, deudas enormes que nos consumen, las rentas hipotecadas a nuestros acreedores, el soldado mendigando de la usura su escasa subsistencia los servidores del estado desatendidos, la justicia descuidada, los barbaros haciendo retroceder las fronteras de la civilización, Yucatán emancipado, los Estados Unidos ocupando nuestro territorio, y todo esto sin marina con que defender nuestras costas, y sin poder proporcionarnos los recursos necesarios a nuestro valiente ejército para expeler del suelo de la patria a sus osados invasores.

¿Qué somos en el exterior? Nuestra opinión en Europa esta perdida se han acostumbrado sus oidos al perpetuo escandalo de nuestras revoluciones, y se nos mira como una nación condenada a la suerte de las turbulencias de semibárbaras repúblicas del Sur, o destinada a ser presa y esclava de la federal del Norte. Este país, tan rico por sus recursos naturales, no tiene ya crédito en mercado alguno; y la inestabilidad de nuestros gobiernos, el descrédito de nuestras instituciones, nos vendan todas las alianzas solidas que pudieramos entablar en Europa para resistir las invasiones de los Estados Unidos.

Pues bien; nosotros conocimos esta triste situación y no tratamos, como tantos otros, de engañar a nuestro país; y como la nación mexicana tiene los mayores elementos de grandeza y prosperi-

dad que ha tenido nación alguna del mundo, y como los hombres son aquí como en todas partes, lo que los hacen la educación, las instituciones y los hábitos, no pensamos, ni repetimos la vulgaridad de que somos incapaces de existir políticamente, ni de gobernarnos a nosotros mismos. Por esto creemos que las instituciones republicanas nos han traído a semejante estado de abatimiento y de prostración, como hubiera traído a la España, como hubiera traído a la Inglaterra, como hubiera traído a la Francia. Creemos que con los presentes caminamos no sólo a la ruina, a la desmoralización, a la anarquía, sino a la disolución completa de la nación, a la pérdida de nuestro territorio, de nuestro nombre, de nuestra independencia.

La Holanda,,La Francia, La Inglaterra han hecho también, en épocas atrasadas, sus ensayos de república, y han sacudido con disgusto y con espanto, para no morir, esa forma política que como entre nosotros les minaba la existencia...Pero si en ellas no pudo echar raíces la república ¿qué sera en México donde no trae a la memoria más que recuerdos de humillaciones y desastres? Las eternas disensiones de nuestra república nos han hecho perder a Tejas y a Yucatán, ambos países mexicanos al empezar nuestra independencia, y estar cada día amenazados de perder más territorio; en vez de triunfar de nuestros enemigos, el estandarte francés ha ondeado en Ulúa y en Veracruz, las estrellas americanas flotan sobre el Bravo. Nada ha creado la república, lo ha destruido todo; y la altivez de nuestro carácter nacional se rebela contra la impotencia a que se tiene sujeto a un gran país.

Por eso, lo repetimos, creemos que nuestra república ha

sido un ensayo muy costoso, un escarmiento claro; pero que tiene remedio aún. Ahora, si se nos pregunta qué queremos, qué deseamos, vamos a decirlo francamente. Queremos la Monarquía Representativa, queremos la unidad de la nación, queremos el orden junto con la libertad política y civil; queremos la integridad del territorio mexicano; queremos en fin, todas las promesas y garantías del plan de Iguala, para asegurar en cimientos estables nuestra gloriosa independencia. Si la forma de gobierno que han adoptado, tras largas convulsiones, los países más adelantados y civilizados del mundo, esa forma nos conviene a nosotros; lo que se prometió en Iguala por el ejército y su heroico caudillo, eso puede hacer nuestra felicidad y evitar nuestra destrucción; a eso deseamos encaminar, eso anhelamos, eso defendemos.

Nosotros queremos un regimen de gobierno en que la justicia se administre con imparcialidad, porque sea independiente de los partidos; en que el gobierno tenga estabilidad y fuerza para proteger la sociedad y en donde las leyes, respetadas por todos, aseguren las garantías de los ciudadanos; en que las camaras sean electivas y el poder real hereditario, para asegurar la libertad política y el orden existente. Deseamos un estado de cosas que de regularidad al comercio, protección a la industria, que desarrolle la actividad intelectual de la nación, y en cuya ordenada jerarquía tengan un puesto todos los hombres eminentes.

Queremos como sucede en todas las monarquías representativas de Europa, no haya otra aristocracia que la del mérito, de la capacidad, de la instrucción, de la riqueza, de los servicios mili-

tares y civiles; que no se pregunte al hombre de que padres viene, sino que ha hecho, cuanto vale para admitirlo a todos los empleos y a todos los honores.

Queremos si un ejército fuerte y vigoroso que pueda cubrirse de laureles, defendiendo noblemente al país...Queremos el sostén decoroso y digno del culto católico de nuestros padres, no esa amenaza continua con que amaga a sus propiedades la anarquía. Hemos nacido en el seno de la Iglesia, y no queremos ver las catedrales de nuestra religión convertidas en templos de esas sectas que escandalizan al mundo con sus querillas religiosas, y en vez del estandarte nacional, no queremos ver en sus torres el aborrecido pabellón de las estrellas.

Deseamos una monarquía representativa que pueda proteger a los departamentos distantes, como a los cercanos, defenderlos de los salvajes que los asolan y extender esas fronteras de la civilización que van retrocediendo ante la barbarie. Deseamos que haya un gobierno estable que inspirando confianza a la Europa, nos proporcione las alabanzas en el exterior para luchar con los Estados Unidos, si se obstinan en destruir nuestra nacionalidad.

Alrededor de esta bandera caben todos los partidos legales, cuantos deseen ver afirmada la independencia y la libertad de su país; cuantos deseen que se forme la primera nación de América, de nuestra triste y desgraciada patria. Pero nosotros no queremos reacciones de ningún género. Conservadores por convencimiento y por carácter, pedimos protección para todos los intereses creados, cualquiera que sea su origen. Locura es creer que viniendo a México un príncipe de san-

gre real a establecer una dinastía, pudiere apoyarse en extranjeros. Eso podía hacerse hace tres siglos; eso no puede hacerse hoy, y menos en los gobiernos representativos. No queremos un solo empleo, un solo grado militar, sino en manos de mexicanos; en el ejército, en el pueblo mexicano debe apoyarse solo lo que pretenda ser estable en nuestro país.

Hemos acabado nuestra profesión de fe. Es clara al menos y completa. Convencidos que nuestras ideas son las únicas que pueden salvar a la nación, las sostendremos con decoro, con comedimiento, pero también con decisión y energía. Nada nos importan las calumnias con que se persigue a los que combaten los desordenes, las preocupaciones, los abusos,; despreciaremos a los calumniadores y seguiremos sin temor en nuestra obra. Lo que es seguro es que nosotros no seremos jamás cómplices de la ambición extranjera; y jamás las estrellas de los Estados Unidos eclipsarán en nuestro periódico los colores de la bandera nacional.

"Imitación", Don Simplicio, 26 de septiembre de 1846, p.1

Herir por los mismos filos. He aquí nuestro programa respecto a los Estados Unidos, y si alguna vez hemos, pensado con juicio, es cuando queremos oponer pueblo a pueblo, leyes a leyes benéficas, bienes a bienes materiales; y por último, civilización y progreso a la civilización y al progreso americano.

He aquí la teoría: pero mi simpliciana persona, nota, y no sin profunda satisfacción, que hoy que tratamos de imitar la buena

fé las instituciones de los pueblos civilizados, lo hacemos de un modo tan chusco, que siempre pasarán nuestras imitaciones por rasgos originales en el extranjero.

Pugna en Francia la revolución por removerlo todo, por divorciar una generación corrompida de la otra nueva y vigorosa, por sepultar en las ruinas del feudalismo cuanto había de humillante para los pueblos y de ignominioso para la humanidad. Aquí no somos me nos, cojemos el gorro encarnado de sansculote, y gritamos libertad, de donde diere: ¿qué importa el espíritu de la revolución francesa, ni su época, ni la lucha de Titanes que renovarón? Tenemos monteritas, y esto basta; la civilización avanza.

El sistema electoral del Norte es perfecto, es el resultado de una política sabia, de una estadística escrupulosa y exacta, de los derechos que posee el ciudadano y del respeto con que el gobierno los acata. ¡Hola!, ¿Hay eso? Sí señor, de ahí es que al emitir todos los ciudadanos sus opiniones, porque discuten todos lo que a todos interesa, se acaloran, llegan a las manos, hay rifas y puñaladas; pero proclamando el nombre del electo, la discusión cesa y todos obedecen. ¡Hola! ¡Bravo! Esforzoso que nuestro pueblo ande a cachetes en las elecciones, que se empujen, que se atropellen. ¿Un descalabrado? Bien. ¿Un rostrituerto? Magnífico. El pueblo despierta, la cosa marcha. Pero las leyes, la estadística, la... Hombre todo ha de ser un día; ^{se} ¿no ve usted que bastante/avanza con que se magulle las costillas el pueblo soberano?

¿Sistema de hacienda en el Norte? Es cierto que allí las contribuciones estan arregladas perfectamente, que la empleomania

se desconoce, que al trabajo se rodea momento a momento de atractivos, que la industria tiene mil franquicias, que no se conocen las aduanas. Eso, eso, quitemos las aduanas. Restricciones. ¿Nosotros aduanas? Abajo las aduanas: ¿y con que sustituimos las rentas? Retrogrado. Deje usted que el diablo se lleve a los alcabaleros; aprendamos algo de nuestros vecinos, si no pereceremos.

En el Norte hay pocos sabios, pero la instrucción primaria esta extendida en todos los ángulos de aquel continente; aqui es forzoso ese sistema; queremos leguleyos que nos hablen de las partidas y del conde de la Cañada, y dejemos a los pueblos infelices en el embrutecimiento, al fin que se necesita saber poco para que los cojan de leva.

Queremos ser un pueblo como el Norte, es muy sencillo: pies grandes, saco de invierno, paletos en verano; rosbif de comida, pouter a discreción y puñetazos en las elecciones y en los meetings. Se necesita que esta sociedad se cimbre, se estremezca, se epileptice por unos momentos; que los escoberos vendan al compás de sus armónicos; que los polleros anden de blusa; que a las parteras se les ponga falla; que el vaquero cabalgue en albardón, que un ciudadano nos tumbe de la banqueta de un codazo, que el otro de una visita - suba las colosales patas sobre la mesa de la sala; que todos gocemos de la libertad sacro santa que invocamos.

Sabra usted, Don Simplicio, que las comunicaciones en los Estados Unidos son facilísimas, que los ferrocarriles y los canales son los vinculos ciertos de los pueblos, los estrechan y congregan, y establecen positivamente la reciprocidad de intereses que forma

el interés común, de donde emana la soberanía del pueblo.

Luego a saber usted que los Estados Unidos es la patria amorosa de cuantos pisan aquel suelo, que un grito de muera el extranjero sería una blasfemia social, y que no se le opone obstáculo de ninguna clase al que viene a jercer algo útil a aquel país. Cantan el himno a la libertad. Allí se veneran las virtudes de Washington. Allí vitorean al pueblo todos los más alegrillos. Aquí hay cárceles, allí corrigen, aquí corrompen...Allí las sectas todas com-piten por crearse prosélitos, y la caridad y el bien abogan por las diversas creencias; aquí haremos lo mismo, elevarán ciertas clases sus pasiones.

¡Por qué no imitamos de veras a los Estados Unidos!

Don Simplicio.

"Al Tiempo", El Republicano, 28 de marzo de 1846, p.3

Repetimos: ¡Cuánto mejor fuera que las plumas que se ocupan de pretender introducir las ideas de monarquía entre nosotros, se ocuparan de manifestar a los Estados Unidos sus verdaderos intereses! ¡Cuánto mejor fuera persuadirlos a que en lugar de pretender dominarnos y hacernos perder nuestra nacionalidad, nos ayudaran a conservarla. La existencia de las repúblicas americanas es una causa verdaderamente continental, que importa lo mismo que mantener a las Américas independientes y rivales de la Europa, o ser sus esclavas. Introducir celos en ellas para que desconfien unas de otras, es el paso más anti-nacbnal que puede darse en perjuicio de su independencia.

El continente americano esta llamado por la naturaleza a ser en todo el antipoda del antiguo. No en vano se lo ha dado el nombre de Nuevo Mundo, pues parece que la Providencia lo tuvo escondido para revelarlo, cuando el antiguo, después de haber pasado por innumerables vicisitudes, pudiera servirle de ejemplo para precaverle de todos los males de que ha sido al mismo tiempo victima y teatro. La Naturaleza se presenta tan sencilla como es y sin los ra sabios de las preocupaciones, que muchas veces la degradan y desfigurán hasta hacerla enteramente desconocida. Muchas ideas, nuevas necesidades, nuevos remedios, nuevos goces, nuevos espectáculos al mundo entero debe presentar el continente americano.

Todas sus partes deben formar un todo por medio de la coalición; mas no precisamente por el de subordinación. Los climas, las costumbres, las producciones, las localidades, los idiomas son diversos en las repúblicas americanas; cada una debe formar un pueblo separado que desarrolle sus elementos respectivos, y en este desarrollo y progreso debe consistir la armonía, que debe presentar el nuevo al antiguo mundo. Tan difícil es reducir a Europa a una monarquía, como las Américas a una sola república.

Este es el principio que desconocen los anglo-americanos que ofuscados con su desmesurada ambición olvidan las indicaciones de la naturaleza y aspiran al dominio universal de este continente. Para que las repúblicas se refundieran en la de los Estados Unidos, sería necesario que éstos por la fuerza las sujetaran, o que aquellas se amalgamaran voluntariamente con ellos. Esto segundo es imposible, porque las costumbres, el idioma y los diversos intereses no

permiten la fusión sincera de los pueblos. Para que estós lleguen a amalgamarse y a formar uno solo, es necesario que unos pierdan sus costumbres y tomen las de los otros, o que todos pierdan las suyas y adquieran otras nuevas. ¿Dejarían los anglo-americanos sus costumbres por las nuestras? ¿Abandonaríamos nosotros las nuestras para tomar las suyas?

Compararse el orgien de las costumbres de los anglo-americanos, y el clima del territorio que habitan en nuestro continente con la zona torrida y nuestras costumbres, tomadas algunas de nuestros indígonas y la mayor parte andaluzas, y se conocera claramente si es fácil o difícil que se conviertan las unas en otras.

Si los Estados Unidos pretenden adquirir la dominación universal de las repúblicas americanas por medio de la fuerza, aún es mayor el inconveniente, porque a la repugnancia que naturalmente engendra la diversidad de caracteres, genios y costumbres; se añadiría el odio a los conquistadores.

A lo que hemos expuesto debe agregarse que esa natural disposición hóstil que habfía entre nosotros y los anglo-americanos, se añadirían los esfuerzos de la Europa para mantenernos en continua revolución interior. Nada importa más a la Europa como el que subsista nuestro estado de inestabilidad.

Nuestras intenciones han sido hacerles conocer a los Estados Unidos sus verdaderos intereses, y que estos no consisten en usurpar su territorio a las repúblicas americanas, sino en protegerlas fraternalmente para dos cosas: que se liberen de los ataques de Europa y para que progresen. Que ambas cosas influyen en favor de

los Estados Unidos.

"No importa", El Republicano, 21 de abril de 1847, p.4

Por tristes y dolorosos que sean los acontecimientos que hoy ocupan la imaginación de todos los mexicanos, con la fundada esperanza que debimos tener de que la invasión se detendría ante las fuerzas que le disputaban el paso, no ha caído la nacionalidad de México, la causa santa de la patria. El enemigo puede ocupar a Jalapa, Puebla, a México mismo; la guerra no terminará por esto. Los mexicanos están resueltos a ser un país devastado y sacrificado, a que la población entera se inmole, si es preciso, antes de dar el triunfo a los mortales enemigos de nuestra raza, antes de que se firme una paz de oprobio, que haría a México el objeto de desprecio del universo, el miserable ludibrio de todos los que son más fuertes que nosotros. La patria es antes que todo, y la patria se salvará con solo que sus hijos perseveren en la firme voluntad de hacer la guerra; de no oír el nombre de Paz.

El invasor no puede ser dueño más que del terreno que pise; ocupara algunas ciudades, forzará algunos pasos; no tiene ni la fuerza, ni los recursos que necesita para cubrir el país militarmente, para conservar su ocupación por muchos meses. Vencedor y dueño de nuestras poblaciones, sentirá que vive en país enemigo; tendrá que luchar a cada momento con sus enemigos, ya individualmente, ya en guerrillas o en divisiones, no trabajarán mas que en hacerle daño, en debilitarlo para que suene el día de la venganza, para que llegue el santo día en la sangre de los vándalos, de esos mercaderes de hom-

bres, lave la afrenta de la patria. La guerra que nos oprime debe ser una guerra eterna: el odio a los asesinos de sus padres es el primer sentimiento que debemos inspirar a nuestros hijos. Y ese odio llegara a pesar horribilmente sobre nuestros enemigos. La esclavitud y el espíritu de conquista corroen las entrañas de su pueblo: él tendra como todas las naciones, épocas de infortunio y entonces se verá que la Providencia no deja impunes los crímenes de los pueblos, que la generosa raza del Mediodía no ha venido al Nuevo Mundo para ser devorada por el pueblo más egoísta del universo.

No importan las desgracias, no importan los sacrificios, porque la prueba es inescusable, y sería infame sacrificar a un vil egoísmo lo que hay de más santo sobre la tierra. Los que han sucumbido en el Norte y en el Oriente han cumplido con su deber; nos llegó nuestro turno, es preciso cumplir el nuestro porque nuestras casas no son mejores que las que han ardido en Veracruz y Monterrey, porque nuestras propiedades no son más inviolables que las que devastó la mano rapaz y brutal del anglo sajón, porque nuestra sangre no vale más que la noble sangre derramada en la Angostura, en Veracruz, en Cerro Gordo. Que el que no se inflame a la vista de estos desastres, no se llame mexicano; que el que no sienta arder en furor su corazón, no ratiocine; el amor a la patria no se calcula, se siente; y para tales hombres lo único que conviene es la rapacidad, la opresión del invasor. Los verdaderos mexicanos saben lo que deben a su país, están resueltos a pelear hasta que el nombre de la patria quede sin mancha. El Dios que hizo triunfar la causa del mártir de Dolores, dará la victoria a la justicia y el heroísmo.

Que el invasor-sepa que se maldice la paz; que sepa que a la noticia de Cerro Gordo se ha reunido la representación nacional y que por unanimidad ha declarado traidor al que negocie la paz; que sepa que si ocupa la capital no encontrará con quien hablar de paz y que haga uso de su poder. La fuerza no envilece al que resiste, y llegará el día de la venganza, y nuestro suelo será la tumba de los que vienen a traer desolación y muerte a un país cuyo crimen es el de no dejarse robar, y México recobrará entre las naciones el lugar que tuvo. El pueblo español, invadido por tres mil hombres y ocupadas las capitales, se salvó porque a todos los reveses opuso la estoica resolución de las palabras históricas que nos sirven de rubro. Imitemos a nuestros padres y repartiremos con ellos el aprecio de los corazones generosos.

"Frutos de la Guerra", El Monitor Republicano, 7 de julio de 1848.

Vino sobre nuestra República la guerra, en nuestro concepto sin el menor fundamento de justicia en que pudiera apoyarse la nación que nos la hizo, y de la que menos podía esperarse, porque la identidad del sistema de gobierno, el interés de impedir el establecimiento de una monarquía en este continente, la vecindad entre las dos naciones, la identidad de esfuerzos para lograr su independencia, y otras consideraciones, parece que las llamaban a formar un vínculo estrecho, que las uniera para siempre, y a hacer causa común cualquier a que perteneciese a la una de ella. Pero todos los cálculos de la política desaparecen a vista de los del interés, y como decíamos antes, vino sobre nosotros una guerra que jamás debió haber sufrido nuestra nación.

Esta guerra se anunció con bastante anticipación y debió haberse evitado oportunamente. Toda la gente pensadora, que conocía muy bien el carácter, costumbres y moralidad de nuestros vecinos, no dejó de percibir hasta dónde llegarían nuestras contiendas con los Estados Unidos, si no se evitaba la guerra, cediendo o vendiendo tejas. Aun llegó a conocerse que manejando este asunto con maestría, en vez de sernos perjudicial deshacernos de aquella parte de nuestro territorio, podría sernos muy útil, bien por formarnos en ella una república hermana y amiga, en lugar de una hija rebelde, bien por ahorrar el mucho gasto que nos traería tenerla siempre quieta, sofo-cando continuamente sus conatos de separación, bien por los millones que podría proporcionarnos el reconocimiento de su independencia, su cesión o venta, o finalmente, porque podría servirnos de una barrera entre nosotros y los Estados Unidos, si sabíamos dar algún interés en este punto a una nación europea.

Pero nada de esto sucedió. Nosotros pecamos por nuestra parte, y si los Estados Unidos pecaron por ambición, nosotros por orgullo. Dirigidos por un alto concepto que teníamos de nosotros, así como muy bajo, respecto de los americanos, despreciamos todo lo que la sana razón inspiraba, escuchamos solamente los consejos de la vanidad, y nos aventuramos a todo. Los resultados fueron puntualmente los que temía la gente sensata, aunque nadie pudo preveer que fueran tan extremados como lo fueron. Más ya esto fue efecto de otras causas. Suponiendo que las desgracias y fortunas de la campaña fueran alternativas, siempre la guerra habría ocasionado muchos y graves males a nuestra nación; este para el juicio de los hombres imparcia-

les y de cálculo. Los hechos aventajaron esta previsión, y nadie pudo adivinar que las acciones de armas se presentaran tales como se presentaron, mas esto, como insinuamos antes, reconoce causas que no queremos examinar por ahora.

La guerra tal como la hemos visto, nos ha dado desengaños inesperados; pero que por lo mismo deben sernos muy útiles. Ya lo que sucedió entrará o no en la previsión de nuestros políticos. Ahora, lo que conviene es aprovecharnos de lo sucedido. Este es el único fruto que puede sacar la República de nuestras desgracias pasadas, y esto es puntualmente lo que no vemos. Acaso el congreso que debe reunirse el día 15 del presente mes, acometera la ardua empresa de regenerar a la nación, sin embargo, creíamos que ya el gobierno facultado amplia y extraordinariamente como lo está, hubiera manifestado algunos preludios que hiciesen vislumbrar esa deseada regeneración; pero nada hemos percibido hasta ahora.

Mucho hemos perdido en la guerra; más permitasenos decir que también mucho hemos ganado. No faltará quién se escandalice de esta proposición. Advierta para que se le quite todo escrúpulo, que la guerra ha puesto a la nación en un estado capaz de recibir on cualquier reforma que nunca hubiera logrado, permaneciendo como estaba, y mucho menos si la suerte de las armas nos hubiera sido favorable. Ciertamente parece una paradoja, que si atendemos a la sustancia de las cosas y quitamos la vista de apariencias deslumbradoras, puede ser que haya sido más útil para la república la derrota que la victoria.

Como resultado de la guerra se hace necesaria la reforma del ejército, y no solamente necesaria, sino con la gran ventaja de que se verifique sin contradicción. Hace algunos años la reforma del ejército era necesaria, que sin ella la república caminaría rápidamente a su ruina. El mal antes de la guerra, era casi imposible que se remediara, por el contrario, de momento en momento crecía, y habría llegado a destruir a la nación. Más la guerra colocó a ésta en una posición muy ventajosa para hacer esa reforma sin posición alguna; porque ¿qué militar tendrá descaro para reclamar? El valiente y de honor, en vez de llevar a mal la reforma, clamará por ella, para que si por desagravio se presenta otra contienda de armas, pueda contar con la compañía de otros militares semejantes a él, que sepan sostener el decoro y reputación nacional. El cobarde y sin honra, sentirá en su corazón, que se le acabe el teatro en que solo trataba de lucir y medrar; pero confundido por su misma conducta, no se atreverá a levantar la voz, a menos que no sea como algún general de los que nada hicieron, y más debieron hacer en la guerra pasada, que establecer por axioma, que la República tiene obligación de mantener a los soldados pierdan o ganen, sean valientes o cobardes. Pues - ¿quién no se reirá de semejante desatino?

Otro tanto sucede respecto de la clase de empleado. La experiencia ha manifestado la sencillez con que pueden servirse las oficinas, sin excepción de los ministros. De dos puntos han partido los abusos, que tanto perjuicio han causado a las rentas nacionales; el primero, de una imitación material, servil, e imprudente de lo

que hacia el gobierno español, Apenas se proyecta una oficina, cuando los primeros en que se piensa es en nombrar administrador, o director, contador, tesorero, arca de tres llaves, oficiales mayores subalternos y escribientes. El segundo consiste en aquella eterna penuria de manos de que se quejan todas las oficinas. Acostumbrados los oficinistas a cierto modo de trabajar, apenas se recarga una oficina con cualquier bagatela por insignificante que sea cuando inmediatamente los jefes de ella piden creación de nuevos empleados, para formar una nueva mesa.

De todo lo expuesto se deducen dos cosas: la primera que la reforma de los militares y empleados es necesaria; segunda que la nación se halla en una posición ventajosa para verificarla. Por ahora hemos contraído esos dos objetos, continuaremos tratando de otros en nuestros números siguientes.

"Ideas Positivas", El Monitor Republicano, 8 de junio de 1848.

Basta ya de teorías y vamos a lo positivo, dicen algunos individuos cansados ya de sufrir continuas revoluciones. Tienen razón pero es necesario no llevar las cosas hasta el extremo. Sin buenas teorías es imposible que haya cosas razonables positivas.

Se dice: Lo positivo es fomentar el comercio, la agricultura, la industria, la minería y general las artes y las ciencias, y no estar perdiendo el tiempo en consideraciones, leyes y formas de gobierno. Esta proposición, entendida al pie de la letra envuelve una contradicción; porque es imposible proteger al comercio, la

agricultura, etc. sin que haya una base en que se apoye esa protección. Esta necesita garantías, y ¿cuál puede darles una forma de gobierno despótico, si acaso el despotismo puede considerarse como tal forma de gobierno? La protección a los objetos indicados supone el establecimiento político bien arreglado, si falta ese establecimiento es imposible que nada prospere.

La seguridad y la libertad son circunstancias indispensables para el progreso. Nadie se atreve a emprender, si ve sus especulaciones entregadas a la casualidad. Tan malo es el extremo de abandonar enteramente las teorías, como de consagrarse a ellas exclusivamente. Esto segundo es lo que hemos hecho; siempre caminando hacia la perfectibilidad, sólo hemos logrado el retroceso, merced a los caprichos de los partidos.

De todo esto dicho se infiere que es enteramente ilusoria la idea de concretarse a las positivas, sin que estas tengan por base a las especulativas; que si todos los mexicanos convinieran en no alterar el orden establecido y la forma de república federal, podríamos desentendernos enteramente de las teorías y dedicarnos sólo a la práctica de lo que creyeramos conveniente a la nación; más como es imposible que todos los mexicanos, especialmente los monarquistas, se conformen con esa conducta, es preciso estar sosteniendo las teorías actuales mientras que sean acertadas; que con ese objeto nunca debemos prescindir de estar en atalaya acerca del manejo de los revoltosos; en fin, que si bien no nos hemos de contraer, como hasta aquí, a puras especulaciones sobre las formas de gobierno, sino que debemos dar cabida a las ideas positivas, no ha de ser de manera

que estas nos sirvan de adormecernos sobre aquellas, para que cuando menos lo pensamos, veamos nuestra nación esclavizada por alguna potencia europea. Cuando no haya quien piense en revoluciones; cuando esten solidamente cimentadas nuestras instituciones actuales, entonces podamos no pensar en otra cosa sino en lo positivo. Por ahora es preciso ser cautos y activos.